La Saga de los Forsyte III
Dejar hacer

Por

John Galsworthy

Freeditorial

PRIMERA PARTE

I

Encuentro

Soames Forsyte salió del hotel Knightsbridge, donde estaba parando, la tarde del 12 de mayo de 1920, con la intención de visitar una colección de cuadros que se exponía en una sala de la calle Cook. Desde la guerra, nunca tomaba un coche de alquiler si podía evitarlo. Los conductores eran, a su juicio, una pandilla de sujetos inciviles, que sólo se recivilizaban ahora que las restricciones desaparecían y la oferta volvía ya a exceder a la demanda, cosa que sucede forzosamente a los humanos. Sin embargo, no los había perdonado, identificándolos, como a todos los miembros de su clase, con la revolución. La ansiedad considerable que había pasado durante la guerra, y la mayor aún que estaba pasando desde el establecimiento de la paz, habían producido consecuencias psicológicas en una naturaleza que era tenaz. Había experimentado mentalmente tantas veces la ruina, que había dejado de creer en su probabilidad material. Pagando cuatro mil de impuestos al año, no se podía estar ya peor. Una fortuna de un cuarto de millón, sin más que mujer y una hija que sostener y en formas muy diversas invertidas, proporcionaba una considerable garantía contra aquella tontería que algunos propugnaban de la incautación de capitales. En cuanto a la confiscación de los beneficios de guerra, estaba por completo en pro de ella, pues él no había hecho ninguno. El precio de los cuadros, de haber cambiado, había sido para subir, y él había comprado muchos durante la guerra. Los ataques aéreos también habían ejercido influencia sobre un espíritu por naturaleza cauto y habían endurecido su carácter. El peligro de ser destrozado y dispersado inclina a las personas a tener menos miedo a los pequeños destrozos y dispersiones de los impuestos y tasas, mientras que la costumbre de maldecir a los alemanes le había llevado a la costumbre de maldecir a los laboristas, si no abiertamente, al menos en el fondo de su alma.

Echó a andar. Tenía bastante tiempo por delante, ya que Fleur le esperaba en la Sala de Exposiciones a las cuatro y no eran más que las dos y media. Le sentaría bien ir dándose un paseo, pues su hígado estaba un poco mal y sus nervios algo de punta. Su mujer siempre estaba en la calle cuando iban a Londres, y su hija danzaba por todas partes sola, como hacían todas las muchachas desde la guerra. Pero, con todo, tenía que dar gracias a Dios de que hubiera sido demasiado joven y no hubiera podido hacer nada en la guerra misma. No es que él no hubiera apoyado y soportado la guerra desde su

comienzo; pero de eso a soportarla con los cuerpos de su mujer y de su hija, había mucha diferencia. Por ejemplo, se había opuesto terminantemente a que Annette, tan atractiva y con sólo treinta y cinco años en 1914, fuese de enfermera a Francia, su chère patrie, como había empezado a llamarla, ante los estímulos bélicos del momento, a cuidar a sus braves poilus. ¡Estaría bueno! ¡Arruinar por nada su salud y su belleza! Pues si al menos hubiera sido enfermera de verdad… Que hiciera jerseys para ellos, pero en casa. Annette no fue, y desde entonces había sido otra mujer por completo. Una mala tendencia que tenía a burlarse de él, no abiertamente, pero sí de un modo continuo, había crecido y se había desarrollado desde entonces. En cuanto a Fleur, la guerra había resuelto el gran problema de si iría a estudiar a un colegio o no. Estaba mejor lejos de su madre con aquel humor guerrero, lejos del peligro de las incursiones aéreas, de las posibilidades de contagio de hacer cosas raras; así, la metió en un internado lo más al Oeste que encontró, y la había echado terriblemente de menos. ¡Fleur! Nunca había lamentado ponerle aquel nombre un tanto extravagante y extranjero, que decidió súbitamente ponerle cuando nació, marcada concesión a lo francés. Un nombre bonito y una muchacha bonita también. Pero incansable, demasiado incansable, y muy voluntariosa. Y además se daba cuenta de todo el poder que ejercía sobre su padre. Soames a veces reflexionaba sobre el error que supone mimar demasiado a una hija. ¡Vejez y chochera paternal!, pues ya tenía sesenta y cinco… Iba tirando bastante bien, pero no se daba cuenta de ello, pues quizá por fortuna, dada la juventud y belleza de Annette, su segundo matrimonio había resultado bastante frío. No había tenido más que una pasión en su vida: por su primera mujer, por Irene. Y el tipo aquel, su primo Jolyon, decían que estaba muy quebrantado. Y no era extraño, con sus setenta y dos y aquel matrimonio hacía veinte años.

Soames se detuvo un momento a descansar, apoyado en la barandilla del Row. Un sitio muy apropiado para el recuerdo, a mitad de camino entre aquella casa de París Lane, que le había visto nacer y la muerte de sus padres, y aquella casita de la plaza Montpellier, donde hacía treinta y cinco años había gozado su primera edición de matrimonio. Ahora, pasados veinte años de la segunda edición, aquella tragedia le parecía como de una vida anterior, terminada con el nacimiento de Fleur, en vez del hijo que había deseado. Durante varios años estuvo sin lamentarse de que no le hubiera nacido un hijo, pues Fleur llenaba todo el espacio libre de su corazón. Después de todo, ella llevaba su apellido, y quizá no llegaría él a ver el día en que lo cambiara por el de otro hombre. Y si se le ocurría pensar en semejante calamidad, le venía en seguida la idea consoladora de que era lo suficientemente rico para comprar y extinguir el nombre de su posible yerno. Y ¿por qué no, ahora que las mujeres eran iguales en derechos a los hombres? Y Soames, convencido de que se hiciera lo que se hiciera las mujeres no serían nunca iguales a los hombres, se

pasó vivamente la mano por la cara hasta que sintió las mejillas reconfortadas. Gracias a sus costumbres moderadas no se había puesto gordo y grasiento; su nariz era fina y pálida, su bigote estaba bien y su vista era inmejorable. El tiempo había hecho poca mella en el más viejo de los jóvenes Forsytes o en el más joven de los viejos, muy a diferencia de lo que había acontecido con el más viejo de todos: Timoteo, que aquel año cumplía los ciento.

La sombra de los plátanos silvestres caía sobre su limpísimo sombrero de Hamburgo; había dejado de llevar chistera, pues no convenía llamar la atención sobre la riqueza en aquellos días de posguerra. ¡Plátanos silvestres! Sus pensamientos iban rápidos a Madrid, donde había estado la Semana Santa anterior a la guerra, pues teniendo que decidirse sobre aquel cuadro de Goya, había querido estudiar al pintor en su patria. Y le había impresionado: era un verdadero genio, un genio auténtico y extraño. Con los precios que tenía, valdría todavía más antes que él hubiese acabado de estudiarlo. La segunda locura por Goya sería aún mayor que la primera, no cabía duda. Y él había comprado. En aquella visita había hecho lo que nunca: encargar una copia; una copia de un cartón para tapiz, llamado La vendimia, en el que había una muchacha con un brazo en jarras que le había recordado a su hija. La tenía ahora en Mapledurham, y era bastante pobre: no se puede copiar a Goya. Sin embargo, la miraba muy frecuentemente cuando su hija no estaba allí, por algo irresistiblemente reminiscente en la ligera y erecta figura, por la amplitud entre las curvadas cejas, por el aire ensoñador de sus ojos. Era curioso que Fleur tuviera ojos negros, cuando los suyos eran grises —ningún Forsyte puro tenía ojos castaños— y los de su madre azules. Pero los de su abuela Lamotte eran negros como el abismo.

Echó a andar otra vez hacia Hyde Park Corner. En toda Inglaterra había más cambios que en el Row. Nacido casi a su sombra, lo recordaba desde 1860. Y allí le llevaban de pequeño a mirar a los elegantes de pantalón abotinado y patillas, a contemplar sus chisteras blancas, a observar el aire tranquilo de todo y a ver al hombrecillo patizambo de chaleco rojo que iba a ver si vendía entre los elegantes alguno de los perros que llevaba y que siempre pretendía colocarle uno a su madre; perros de aguas Rey Carlos, galgos italianos que se restregaban contra su miriñaque… Ya no se veían perros como aquéllos. Ya no se veía calidad en nada; sólo obreros sentados en hileras aburridas, sin nada que mirar, como no fuera unas cuantas muchachuelas con sombreros modestos que montaban a caballo como los hombres, o coloniales corriendo de arriba abajo en caballejos de alquiler; de vez en vez, un caballero mayor que quería hacer funcionar su hígado con moderado ejercicio ecuestre, o un ordenanza pasean un caballo inerme del ejército. Ya no había pura sangres, ni grooms, ni reverencias, ni amables charlas: nada. Sólo los árboles eran los mismos, los árboles indiferentes a las generaciones y a los dramas de la Humanidad. Sólo quedaba una Inglaterra

democrática, desgreñada, con prisa, ruidosa y sin nada sobresaliente. Y lo que había de exigente y puntilloso en el alma de Soames se le revolvió profundamente: había desaparecido para siempre la clase representativa del rango y la finura. Riqueza sí que había, y mucha; él mismo era más rico de lo que su padre había sido; pero maneras, distinción, calidad…, no había en absoluto; había desaparecido, tragado por un mar de amplia, fea, campechanía y oliente a gasolina, ordinariez. Los bolsillos quebrantados de la gentility andaban de aquí para allá, dispersos y chétif, que hubiera dicho Annette; pero nada coherente y fuerte a que volver los ojos. Y su hija se encontraba lanzada en medio de aquel torbellino de malos modales y moral ligera… Su hija, flor de su vida… Y cuando los laboristas llegasen al Poder…, entonces sería lo peor.

Pasó bajo el arco, ya, gracias a Dios, sin el feo aditamento del reflector antiaéreo. «Mejor sería que pusieran un reflector en el sitio adonde van todos —pensó—, para alumbrar su preciosa democracia». Y dirigió sus pasos a lo largo de la acera de Clubs de Piccadilly. Jorge Forsyte, cómo no, estaría sentado al balcón del Iseum. El hombre estaba tan gordo que no se podía mover de allí en todo el día. Parecía una estatua, con sus ojos despiertos y críticos, observando el declinar de los hombres y las cosas. Y Soames apresuró el andar, automáticamente desasosegado, como siempre, bajo la sonrisa burlona de su primo, Jorge, que decía había escrito una carta en la Prensa, con el seudónimo de Patriota, quejándose del histerismo del Gobierno en restringir el suministro de avena de los caballos de carreras… Sí; allí estaba, alto, gordo, ponderado, limpio, recién afeitado, con su cabello abundante como siempre, que seguramente olía al mejor cosmético, y con un papel color de rosa en la mano. ¡No había cambiado! Y quizá, por primera vez en su vida, sintió Soames una especie de simpatía por aquel pariente humorista. Con su peso, su cabello perfectamente perfumado, su aire bovino, era una garantía de que el viejo orden de cosas tardaría aún algo en desaparecer por completo. Vio que Jorge agitaba el papel rosado como invitándole a subir. El hombre querría saber algo de sus intereses, porque estaba aún bajo el control de Soames. Pues al adoptar el papel de socio que no hace nada en la Sociedad que formó en aquella terrible época de su divorcio, Soames se había encontrado, casi insensiblemente, con el control exclusivo de los asuntos forsyteanos de la Empresa.

Vaciló un instante, pero subió al Club. Desde la muerte, en París, de su cuñado Montague Dartie, en circunstancias de las que todos sabían poco, excepto que no se trataba de un suicidio, el Iseum Club había ganado respetabilidad a los ojos de Soames. También Jorge, lo sabía bien, había terminado sus cosas juveniles, y se limitaba ya a los placeres de la mesa, comiendo sólo lo mejor de lo mejor, para no subir de peso, y poseyendo, como él decía, «sólo un par de tornillos que me ligan con la vida». Y así, se reunió

con su primo en el balcón sin el embarazo que antes tuviera siempre de entrar en un sitio poco serio. Jorge le tendió una mano bien cuidada.

—No te había visto desde la guerra —le dijo—. ¿Cómo está tu mujer?

—Está bien, gracias —dijo Soames fríamente.

Alguna intención burlona curvó por un momento los labios carnosos de Jorge y le brilló maligna en los ojos.

—El belga ese, Profond —dijo—, es miembro del Club. Es un gran aficionado al ron.

—Ya lo creo —dijo Soames—. Y ¿qué me querías?

—Hombre, quería hablarte del viejo Timoteo; puede liárselas en cualquier momento. Supongo que habrá hecho testamento.

—Sí.

—Bueno; pues tú o alguien debiera echarle una mirada. Es el último de los viejos; cien años, ya sabes… Dicen que está como una momia. ¿Dónde vas a meterle? Por derecho le correspondería una pirámide.

—Pues en Highgate, en el panteón familiar.

—Muy bien. Las tías le echarían de menos si no fuera allí. Dice la gente que todavía se interesa por la comida. Podría durar otro tanto, no te quepa duda… Nosotros no saldremos en eso a los viejos. Diez nada menos… Con una vida media de ochenta y ocho años, el otro día hice el cálculo.

—Bueno, ¿eso es todo? Tengo que marcharme.

«¡Vaya un diablo insociable! —parecieron decir los ojos de Jorge—. Sí, eso era todo: enciérrale en el mausoleo… Quizá quiera dedicarse a las profecías», y su mueca sardónica desapareció por completo.

—Oye: ¿no habéis inventado vosotros, los abogados, algún medio de evitar el impuesto sobre la renta? Alcanza de un modo terrible a las rentas heredadas. Yo solía tener dos mil quinientas al año; ahora no llego ni a la miseria de mil quinientas, y el coste de la vida es el doble.

—Sí —murmuró Soames—. El Hipódromo está en peligro.

Por la cara de Jorge se extendió una sonrisa defensiva.

—Bueno, es que no me han enseñado a hacer nada, y aquí estoy, cada día más pobre. Y estos amiguitos laboristas quieren destrozarnos. ¿Qué vas a hacer tú cuando vengan? Yo trabajaré seis horas diarias enseñando a los políticos a entender una broma. Hazme a mí caso, Soames, y hazte diputado. Te aseguras tus cuatrocientas del ala y me das a mí un empleo.

Y cuando Soames se retiró, volvió a sentarse al balcón.

Soames siguió por Piccadilly, absorto en reflexiones provocadas por las palabras de su primo. Él había sido siempre trabajador y ahorrativo, mientras que Jorge era un calavera y un derrochón. Y, sin embargo, si la confiscación llegaba, seria él, el trabajador, el hombre que había ahorrado, el que se quedaría sin nada. Esto era la negación de toda virtud, la burla más sangrienta a los principios del forsyteísmo. ¿Y podía la civilización asentarse en principios distintos? A él le parecía que no. Bueno, los cuadros no se los confiscarían, pues no entenderían lo que valían. Pero ¿qué valdrían en realidad, si aquellos locos empezaban por devaluar el dinero? «Por mí no me importa, pues a mis años puedo vivir con quinientas libras sin notar la diferencia. Pero ¿y Fleur?». Aquella fortuna, tan cuidadosamente invertida; aquellos tesoros, tan inteligentemente seleccionados, todo era para ella. Y si luego resultaba que no podía darle ni dejarle nada… Bueno, la vida carecería de sentido, y de nada le serviría ir a ver aquella Exposición estúpida para tratar de adivinar si sus obras modernistas tendrían porvenir.

Al llegar a la Sala de Exposiciones, próxima a la calle Cork, pagó su chelín, cogió el catálogo y entró. Una decena de personas andaba por allí. Soames llegó a algo que parecía un farol inclinado por el choque de un autobús. Avanzaba unos tres pasos de la pared, y en su catálogo vio que se llamaba Júpiter. Lo examinó con curiosidad, pues de poco tiempo a entonces se interesaba por la escultura.

«Si éste es Júpiter —pensó—, quisiera yo ver cómo es Juno». Y de repente la vio frente a él. Le pareció algo así como una bomba de gasolina con dos manillas, ligeramente cubierta de nieve. La estaba mirando, cuando otros dos visitantes se pararon a su izquierda.

—Epatant! —oyó que decía uno de ellos.

— ¡Tonterías! —murmuró Soames para sí.

La voz juvenil del otro replicó:

— ¿No lo ves, amigo, no lo ves? El artista te está tomando el pelo. Cuando creó esta Juno y ese Júpiter, se dijo: «A ver cómo los tontos se tragan esto…».

— ¡Ignorante! Vospovitch es un innovador. ¿No comprendes que ha llevado la sátira a la escultura? El futuro de las artes plásticas, de la música también, y hasta de la arquitectura, está en el humorismo. Y tiene que ser así por fuerza. La gente está cansada de sentimentalismos.

—Bueno, yo de todas formas tengo interés por la belleza, y eso que he hecho la guerra. Caballero, se le ha caído el pañuelo.

Soames vio un pañuelo frente a sus ojos. Lo tomó con cierta sospecha

natural, y se lo llevó a la nariz. Era el suyo. Tenía su olor débil de colonia y sus iniciales bordadas en una esquina. Algo más tranquilizado miró al joven. Tenía orejas de ciervo y una boca bastante burlona, con unos pelos como de cepillo de dientes en el labio superior; los ojos eran pequeños y rientes y el aspecto general de su rostro bastante normal.

—Gracias —dijo; y movido por una especie de irritación, añadió—: Me gusta oír decir a alguien que le interesa la belleza. Cosa rara hoy en día…

—Sí, señor; me pirro por lo bello. Pero usted y yo somos los últimos de la vieja generación.

Soames sonrió.

—Si le gustan de verdad los cuadros —le dijo—, aquí tiene usted mi tarjeta Le puedo enseñar algunos realmente buenos cualquier domingo, si quiere darse un paseo por el río y venir a verlos.

—Es usted muy amable, señor. Mi nombre es Mont… Michael —y se quitó el sombrero.

Soames, que ya lamentaba su impulso, correspondió quitándose el suyo, con una mirada furtiva al compañero del joven aquel, que llevaba una corbata roja y gastaba unas patillas ridículas, como si fuera un poeta.

Era la primera indiscreción que había cometido en mucho tiempo, y le afectó tanto que tuvo que sentarse. ¿Qué le había llevado a dar su tarjeta a un jovencillo que va con un tipo semejante? Y Fleur, siempre en el fondo de sus pensamientos, se le representó como una de esas figurillas que aparecen en algunos relojes al dar las campanadas. Frente al lugar donde estaba sentado había un gran lienzo con muchos manchones cuadrados color tomate, y nada más, por lo menos que Soames viera desde donde estaba. Miró en su catálogo: «Número 32. La ciudad futura, por Paul Post». «Eso también será pura sátira —pensó—. ¡Qué cosas!». Pero su segundo impulso fue ser más cauteloso. No había que condenar nada apresuradamente. Allí tenía aquellas creaciones de Monnet, que habían resultado luego ser formidables; y después Gauguin. Si, con postimpresionismo y todo, había habido dos o tres pintores que no se podían tomar a risa. Durante los treinta y ocho años de su vida de coleccionista había visto tantos «movimientos artísticos», había visto subir y bajar tantas veces la marea del gusto y de la técnica, que verdaderamente no se podía decir sino que con cada cambio de moda había dinero que ganar. También allí podría suceder que se tratase de un caso en el que conviniera someter el gusto al interés. Se levantó y se quedó mirando al cuadro, tratando de verlo con otros ojos que no fueran los suyos. Sobre las manchas color tomate había algo que le pareció una puesta de sol, hasta que alguien que se paró a mirar dijo:

—Ha sacado los aeroplanos maravillosamente, ¿verdad?

Debajo de los tomates había una banda blanca con rayas negras verticales, que no sabía de ninguna manera lo que querría significar, hasta que otro visitante de la Exposición se acercó murmurando:

— ¡Qué expresión la de este primer plano!, ¿eh?

¿Expresión? ¿Y de qué? Soames se volvió a su asiento. Estaba «la cosa buena», como hubiera dicho su padre. ¡Expresión! Sí…, allí estaban los expresionistas, que hacían furor en el continente. Por lo visto, también se estaban infiltrando en Inglaterra. Se acordó de la primera epidemia de gripe en 1887 o 1888, que decían se había incubado en China. ¿Dónde se habría incubado aquel expresionismo? Tampoco era mala enfermedad.

Se dio cuenta de que una mujer y un muchacho estaban parados viendo La ciudad futura, de espaldas a él; pero en seguida Soames se puso el catálogo delante de la cara, y echándose el sombrero a los ojos, miró por la rendija que quedaba. No podía confundir aquella espalda, elegante como siempre, aunque el cabello que la remataba se había vuelto gris. ¡Irene!…, su antigua mujer, Irene… Y el muchacho era sin duda su hijo, el hijo de Jolyon Forsyte…, seis meses mayor que su hija. Y recordando con amargura los duros días de su divorcio, se levantó para marcharse de allí sin que le viera, pero volvió a sentarse otra vez en seguida. Había ella vuelto un poco la cabeza para hablar a su hijo; su perfil era tan juvenil todavía, que el gris de sus cabellos daba la impresión de ser artificial, teñido por capricho; y sus labios sonreían como Soames, el primero que los poseyó, no los había visto sonreír nunca. De mala gana la reconoció bellísima y casi tan joven como siempre. ¡Y de qué forma la sonreía a ella el muchacho! La emoción contrajo el corazón de Soames. Aquello iba contra todo sentido de justicia. Le dolió aquella sonrisa final, que iba más allá de todo cuanto Fleur le había dado a él y que ella no se merecía. Aquel chico podía haber sido hijo suyo. Fleur podía haber sido hija de ella… Se quitó el catálogo de la cara. Si le veía ella, mejor. Un recuerdo de su conducta, ante el hijo que sin duda no sabía nada, sería un toque del dedo de Némesis, que antes o después habría de visitarla. Entonces, dándose ligera cuenta de que aquel modo de sentir era impropio de un Forsyte a sus años, Soames sacó el reloj. ¡Ya más de las cuatro! Fleur se retrasaba. Había ido a ver a su sobrina Imogen Cardigan, y allí estaría entretenida hablando por los codos, fumando cigarrillos y todo lo que hacían en aquellos tiempos las muchachas. Oyó que aquel muchacho reía y decía de buen humor:

—Oye, mamá: el pintor este, ¿es uno de los protegidos de tía June?

—Paul Post…, creo que sí, querido mío.

¡Querido mío! Aquellas palabras hicieron temblar a Soames; nunca se las

había oído decir a Irene. Y entonces ella le vio. Sus ojos debían de tener algo de la sonrisa sardónica de Jorge Forsyte, pues la mano de ella se crispó sobre su falda, su rostro se quedó como de piedra y sus cejas se tendieron en sorpresa. Echó a andar.

—Tiene mucha gracia —dijo el chico, cogiéndola otra vez del brazo.

Soames los siguió con la mirada. El muchacho era guapo, con una mandíbula forsyteana, y los ojos gris oscuro, algo hundidos; pero con algo luminoso en el rostro, como si le hubieran bañado con una copa de jerez; quizá fuera su sonrisa, quizá el pelo. Mucho mejor de lo que merecían aquellos… dos. Salieron de su vista, y Soames continuó mirando La ciudad futura, pero sin verla. Una sonrisa se extendía por sus labios; sonrisa de desprecio por sus sentimientos, después de tantos años. ¡Meros fantasmas del pasado! Pero cuando se hace uno viejo, ¿le queda algo que no sean esos fantasmas? Si, a él le quedaba Fleur, que entraba en aquel instante. Sabía que la esperaba, pero había de llegar tarde, no faltaba más. Y de repente se dio cuenta de la proximidad de alguien, de alguien que exhalaba una especie de perfume de humanidad… Una figurilla diminuta, vestida de verde y con un cinturón metálico y una especie de diadema sobre el pelo revuelto y rojo con algunos toques de gris. Hablaba con los empleados de la Sala, y le encontraba algo familiar en el rostro, en la mirada… Algo había en sus ojos, en su mandíbula, en su aire, que le sugería… ¡Sí! ¡Era June Forsyte! Su prima June, que se dirigía en línea recta hacia donde él estaba. Se sentó cerca de él, absorta en sus pensamientos; sacó un cuadernito y escribió algo a lápiz. Soames se mantenía inmóvil. ¡Caramba, cuántos primos tenía por el mundo! «Es desagradable», le oyó murmurar; después, como molesta por la presencia de un observador extraño, le miró. Había sucedido lo peor.

Soames volvió la cabeza sólo un poco.

— ¿Cómo estás? —le preguntó—. Hace veinte años que no te veo.

—Eso es. Y ¿qué haces tú por aquí?

—Me han traído mis pecados, pues ¡bonito arte!

—Sí, no ha llegado todavía a su tiempo.

—Ni llegará —dijo Soames—. Deben de estar haciendo aquí mal negocio.

—No puede ser peor.

— ¿Cómo lo sabes tú?

—La Sala es mía.

Soames se quedó boquiabierto.

— ¿Tuya? Y ¿cómo presentas una Exposición semejante?

—Yo no considero el arte como un negocio de verdulería.

Soames señaló la ciudad aquella del cuadro.

— ¡Mira eso! ¿Quién va a vivir en una ciudad así, o quién va a querer tenerla en su casa?

June la contempló por un instante.

—Es una visión —dijo.

—Es el demonio…

Quedaron en silencio, y después June se levantó. «Esta criatura tiene que estar loca», pensó Soames.

—Bien —dijo—. Aquí encontrarás a tu joven hermanastro con una señora que yo conozco. Si me haces caso, cerrarás esta Exposición cuanto antes.

June le miró.

— ¡Forsyte, más Forsyte! —le reprochó, marchándose.

Y en su tono de voz y en la manera de partir y en toda su figurilla había un aire de peligrosa decisión. ¡Forsyte! ¡Pues claro que era Forsyte! ¡Y ella también! Pero desde la época de la juventud de ella, en que había puesto a Bosinney en contacto con la familia, produciendo como consecuencia la ruina de su vida, nunca había perdonado a June, ni podría perdonarla. Y allí estaba, soltera, de propietaria de una Sala de Exposiciones… Y pensó Soames en lo poco que sabía ahora de su familia. Muertas las tías, no había en casa de Timoteo intercambio de noticias. ¿Qué habían hecho todos durante la guerra? El hijo del joven Rogelio había sido herido; el segundo hijo de St. John Hayman, muerto; el mayor del joven Nicolás había recibido no sabía qué condecoración. Todos se habían alistado en algo, le parecía. El hijo de Jolyon e Irene era demasiado joven, y los de su propia generación demasiado viejos, aunque Gilis Hayman había llevado una ambulancia de la Cruz Roja, y Jesse Hayman había sido policía especial. Aquellos Dromios, tan deportistas como siempre. Él había regalado una ambulancia automóvil, había leído los periódicos hasta enloquecerse, había pasado mucha ansiedad, no había comprado ropas, había perdido siete libras de peso y había hecho, en definitiva, todo lo que podía hacerse a su edad. Claro que, pensándolo bien, él y su familia habían tomado aquella guerra de manera muy distinta a como tomaron aquel asunto de los bóers, que les pareció que iba a acabar con los recursos del Imperio. Sí que en aquella guerra su sobrino Val Dartie había sido herido, y el hijo de Jolyon había muerto de tifoideas, los Dromios habían servido en caballería y June había sido enfermera; pero todo esto fue entonces de naturaleza portentosa, mientras que en esta guerra todo el mundo había hecho su poco con toda naturalidad. Indicaba el desarrollo de algo nuevo… O

quizá el declinar de algo. ¿Es que los Forsytes se habían hecho menos individualistas, o más imperialistas, o menos provincianos? ¿O era sencillamente que se odiaba a los alemanes?… ¿Por qué no acababa de entrar Fleur para poder marcharse? Vio a los otros tres volviendo juntos. El muchacho se paró a observar la escultura de Juno, y repentinamente, al otro lado de la estatua, Soames vio a su hija, con los ojos bien abiertos y mirando al muchacho. Y el muchacho la miraba a ella… Por fin, Irene le cogió del brazo y se lo llevó. Soames observó cómo se volvía a mirar y cómo June seguía mirándole.

Una voz alegre dijo junto a él:

—Un poco raro, ¿verdad?

James asintió con un gesto, y dijo:

—No sé hasta dónde vamos a llegar.

—Es verdad, caballero —respondió el joven de la voz alegre—. Yo no lo sé tampoco.

La voz de Fleur dijo:

— ¡Hola, padre! ¿Estás aquí? —exactamente como si hubiera sido ella la que había tenido que esperar.

Aquel joven, quitándose el sombrero, prosiguió andando.

—Hija mía —dijo Soames—, eres la mujer más puntual del mundo.

Aquel verdadero tesoro de su vida era de mediana estatura, con cabello corto castaño oscuro; sus ojos pardos bien dispuestos brillaban en todo momento cuando se movían, y cuando no, tenían un aire de ensueño bajo las pestañas negras. Su perfil era encantador, y en su cara no había nada de su madre, fuera de la mandíbula firme y decidida. Dándose cuenta de que su mirada se dulcificaba al contemplarla, Soames frunció el ceño para conservar la frialdad conveniente a un Forsyte. Bien sabía que su hija era altamente aficionada a aprovechar las ventajas de la ternura que sentía por ella.

Cogiéndole del brazo, le preguntó:

— ¿Quién es ése?

—No lo sé. Es que se me cayó el pañuelo y me lo recogió y hemos hablado un poco de arte.

—No irás a comprar nada de eso, ¿eh, papá?

—No —dijo Soames, resentido—. Ni siquiera esa Juno que has estado mirando.

Fleur le arrastró del brazo.

—Anda, vámonos, que es una Exposición horrible.

En la puerta de la calle se cruzaron con aquel joven llamado Mont y su compañero. Pero Soames puso cara de pensar: «Quienes penetren en esta propiedad serán perseguidos ante la ley», y casi ignoró el saludo que le dirigió el joven.

—Bueno —preguntó en la calle—, ¿quién había en casa de Imogen?

—La tía Winifred y ese monsieur Profond.

— ¡Ah! El tipo ese… No comprendo qué le encontrará tu tía.

—No sé. Parece bastante raro. Mamá dice que le gusta. También estaba el primo Val con su mujer.

— ¡Hombre! Pero ¿no está en África?

—No. Han vendido su granja. El primo Val va a dedicarse a entrenar caballos de carreras en los Sussex Downs. Creo que tienen una casa de campo preciosa; me han invitado a que vaya a verla.

Soames tosió. La noticia era muy desagradable.

— ¿Qué tal es su mujer?

—Muy calladita, pero muy guapa.

Volvió Soames a toser.

—Es un ser extravagante tu primo Val.

—No, papá, no; los dos son muy cariñosos. Yo he prometido ir del sábado al miércoles próximo.

— ¡Dedicarse a entrenar caballos! —dijo Soames despectivamente.

¿Por qué diablos no se había quedado en África? Ya era una cosa mala su divorcio en sí, sin la boda de su sobrino con la hija del culpable de todo, que además era medio hermana de June y de aquel muchacho que Fleur había estado mirando tanto. Si no andaba con cuidado, su hija llegaría a enterarse del pasado deshonroso. ¡Qué cosas más desagradables! ¡Y cómo se le presentaban, una tras otra, aquella tarde!

—No me gusta la idea —prosiguió.

—Yo quiero ver los caballos de carreras —murmuró Fleur—, y me han prometido que montaré alguno. El primo Val no puede andar mucho, pero puede montar muy bien todo lo que quiera.

— ¡Qué lástima que la guerra no haya acabado con las carreras! Ése está

saliendo a su padre, por desgracia.

—Yo no sé nada de su padre.

—Siempre estaba metido en líos de caballos y de apuestas, y se rompió la cabeza en París bajando una escalera. Así quedó por fin descansada tu tía.

Y recordó la encuesta a que tuvo que asistir en París hacía ya seis años. Eran unas escaleras perfectamente normales y seguras de una casa donde se jugaba al baccara. Las ganancias, o la forma de celebrarlas, se le habían subido a la cabeza a su cuñado. La investigación judicial francesa había sido muy molesta, y a él le tocó la parte más desagradable del asunto.

Una exclamación de Fleur distrajo sus pensamientos:

— ¡Mira! El grupo que vimos en la Exposición.

— ¿Qué grupo? —preguntó Soames, aunque sabía bien de quiénes se trataba.

—Esa señora es guapísima.

—Vamos a entrar en esta pastelería —dijo Soames abruptamente, y cogiendo a su hija del brazo la metió en el establecimiento.

Era para él algo muy sorprendente hacer semejante cosa, y dijo precipitadamente:

— ¿Qué quieres tomar?

—No quiero nada. Tomé un cocktail y comí mucho.

—Vamos a tomar algo ahora que estamos aquí —dijo Soames, sin soltarle el brazo.

—Té para dos y dos guirlaches de ésos.

Pero casi antes de descansar su cuerpo en una silla, su alma se sobresaltó. Aquellos tres… ¡entraban también en la pastelería! Oyó que Irene decía algo a su hijo, y la respuesta del muchacho:

— ¡No, mamá; si aquí se está muy bien! —y se sentaron.

En aquel momento, el más desagradable de su existencia, lleno de sombras y fantasmas del pasado, en presencia de las únicas mujeres que amara, su antigua esposa y su hija, Soames no tenía tanto miedo de ellas como de June; ésta era capaz de hacer una escena, podía llegar hasta a presentar a aquellos dos chiquillos… Era capaz de todo. Se comió muy de prisa su guirlache y se le pegó a los dientes postizos que llevaba. ¡Dientes postizos!… ¿Llevaría Jolyon dientes postizos? ¿Llevaría dientes postizos Irene? En otros tiempos no los llevaba ella… Sí, había algo que había poseído él solo. Y ella lo sabía, aunque

estuviera con mucha calma y mucho control de sí misma en aquella mesita de la pastelería, como si nunca hubiera sido su mujer. Un buen humor amargo, separado por el ancho de un pelo del dolor, agitaba su sangre forsyteana. ¡Con tal que June no hiciera una barbaridad…! El muchacho estaba hablando:

—Desde luego, tía June — ¡llamaba tía a su hermana! Sería por la edad, pues debía de andarse ya por los cincuenta, como quien no quiere la cosa—, que está muy bien por tu parte que los animes y los estimules. Pero… ¡vaya un arte el suyo!

Soames los miró disimuladamente. Los ojos inquietos de Irene miraban temerosos a su hijo. Ella…, ella tenía aquellas miradas de devoción… por Bosinney, por el padre del muchacho aquel, por el muchacho… Tocó el brazo de Fleur, diciéndole:

—Bueno, ¿has terminado ya?

—Otro guirlache, papá…

¡Se pondría mala con tanto dulce! Se levantó y fue al mostrador a pagar. Cuando se volvió, vio a Fleur, de pie junto a la puerta, con un pañuelo que el muchacho, evidentemente, le había recogido del suelo.

—F. F., Fleur Forsyte —le oyó decir—. Sí, el pañuelo es mío. Muchas gracias.

¡Santo Dios! Había puesto en práctica la triquiñuela que el mismo le había enseñado contándole lo que le había pasado a él en la Exposición…

— ¿Forsyte? ¡Hombre!… ¡Yo también me llamo así! ¡A lo mejor somos parientes!…

— ¿Sí?… Pues debemos de ser parientes, claro; pues no hay Forsytes… Yo vivo en Mapledurham. ¿Y usted?

—En Robin Hill.

Todo había sido tan rápido, que empezó y terminó antes que Soames hubiera podido mover un dedo. Vio a Irene muy sobresaltada, hizo un ligerísimo movimiento de cabeza y, cogiendo a Fleur del brazo, dijo:

— ¡Vámonos!

Ella no se movió.

— ¿No oyes, papá? ¡Qué raro!… ¡Se llama como nosotros! ¿Seremos primos o algo así?

— ¿Cómo? ¿Forsyte? Quizá haya algún parentesco lejano…

—Y de nombre, Jolyon, caballero. Pero me llaman Jon.

— ¡Oh! ¡Ah! —murmuró Soames—. Sí, parientes lejanos. ¿Cómo está usted? Bien, adiós —y echó a andar.

—Muchísimas gracias —dijo Fleur—. Au revoir!

—Au revoir! —oyó que contestaba el joven.

II

La fine fleur

Al salir de la pastelería, el primer impulso de Soames fue descargar sus nervios diciendo a su hija: «Conque dejando caer el pañuelo, ¿eh?». A lo que ella hubiera podido contestar: «Lo he aprendido de ti…» su segundo impulso fue el de dejar las cosas como estaban. Pero ella le preguntaría. La miró de reojo y vio que su hija le miraba a él lo mismo. Y le preguntó blandamente:

— ¿Por qué no quieres a esos parientes, papá?

Soames levantó un poco el labio superior.

— ¿Y por qué dices que no los quiero?

—Cela se voit.

¡Eso se ve! ¡Y qué forma de decirlo!

Tras veinte años de matrimonio con mujer francesa, seguía Soames con poca simpatía por aquel idioma: era teatral, y en su mente se mezclaba con todos los refinamientos de la ironía doméstica.

— ¿Y en qué se ve? —preguntó.

—Tú le conoces. Y no haces el menor saludo. Vi cómo te miraban ellos.

—En mi vida había visto al joven ese —respondió Soames con perfecta verdad.

—No, hijo; pero a las otras señoras sí las has visto.

Soames volvió a mirarla. ¿Qué sabía? ¿Sería que Winifred o Imogen o Val Dartie o todos ellos habían hablado? Toda insinuación al viejo escándalo le había sido ocultada en casa, y Winifred había recibido numerosas advertencias de que no dejase escapar ni un rumor ante ella. Fleur tenía que creer que él no había estado nunca casado antes de hacerlo con su madre. La miró, pero sus ojos oscuros, con aquel brillo y claridad meridionales que casi le asustaban a veces, le miraron a él con perfecta inocencia.

—Mira —le dijo—. Tu abuelo y su hermano, abuelo de ese muchacho, se

pelearon. Y las dos familias siguen peleadas.

— ¡Qué romántico!

— ¿Qué querrá decir con eso de romántico? —pensó Soames. La palabra le sonaba extravagante y peligrosa. Es como si ante una cosa tan seria hubiera dicho: ¡qué divertido!

—Y la disensión familiar y el no tratarse continúan —añadió, pero lamentando instantáneamente sus palabras.

Fleur se sonreía. En aquellos tiempos, en que los jóvenes tenían a orgullo hacer lo que les parecía, sin tener en cuenta ningún razonable prejuicio, había dicho él lo único que podía llevarla a contrariar la voluntad paterna. Pero recordando la expresión de la cara de Irene, respiró un poco más tranquilo.

— ¿Y por qué fue la pelea aquella? —oyó que le preguntaba Fleur.

—Fue por una casa. Una historia vieja para ti. Tu abuelo murió el día que tú naciste. Tenía noventa años.

— ¿Noventa? ¿Y hay otros Forsytes por ahí?

—Pues todos andan desperdigados por ahí. Y los viejos, todos murieron, excepto Timoteo.

Fleur juntó las manos en éxtasis.

— ¡Timoteo!… ¡Es delicioso!

— ¡Nada de eso! —dijo Soames.

Le ofendía que relacionase a Timoteo con el adjetivo delicioso, que le sonaba a insulto a la raza. Aquellos jóvenes se reían de todo lo sólido y verdaderamente respetable que había en el mundo. Si Timoteo pudiese ver la turbada Inglaterra bisnieta suya, ya diría cuatro cosas, ya… Involuntariamente miró al Iseum; sí…, Jorge estaba todavía al balcón, con el mismo papel color de rosa en la mano.

— ¿Dónde está Robin Hill, papá?

¡Robin Hill! Robin Hill, centro y vértice de aquella tragedia… ¿Para qué quería saber ella dónde estaba?

—En Surrey —murmuró—. No lejos de Richmond. ¿Por qué?

— ¿Está allí la casa esa?

— ¿Qué casa?

—La casa que motivó el disgusto de la familia.

—Sí. Pero todo esto a ti ya no te afecta. Mañana nos vamos a casa. Lo

mejor que puedes hacer es pensar en tus vestidos.

— ¡No te preocupes! Ya está todo pensado. Una lucha familiar… Es como en la Biblia o como en los libros de Mark Twain… Interesantísimo. ¿Y qué has hecho tú en esa lucha?

—Eso no es cosa tuya.

—Bueno; pero si tengo que seguirla yo…

— ¿Quién ha dicho semejante cosa?

—Tú mismo, rico.

— ¿Yo?… Yo dije que tú no tenías que ver nada con eso.

—Y eso es precisamente lo que a mí me parece.

Era demasiado aguda para él; fine, como solía decir Annette. Lo mejor sería distraer su atención. Y le compró en la primera tienda que encontraron la primera cosa que se le ocurrió.

Cuando hubo pagado y siguieron su camino, dijo Fleur:

— ¿No te parece que la madre de ese chico es la mujer más guapa del mundo?

Soames se estremeció. Era terrible la forma que tenía su hija de insistir en el mismo asunto.

—Pues no me he dado cuenta.

—Mira, papá… ¡Si te vi yo mirarla con el rabillo del ojo!

—Tú lo ves todo…, y algo más todavía, me está pareciendo a mí.

— ¿Quién es su marido? Debe ser primo carnal tuyo, si vuestros padres eran hermanos.

—Pues creo que murió. Por lo menos hace veinte años que yo no le veo.

— ¿Y qué era?

—Pintor.

—Mira qué bien.

Las palabras: «Si quieres darme gusto, sácate esas cosas de la familia de la cabeza», casi se escaparon de los labios de Soames; pero pudo contenerlas: no debía dejar ver sus sentimientos.

—Una vez me ofendió —siguió diciendo.

Y los ojos de Fleur se detuvieron en su rostro.

—Sí. Y por lo que veo, no has podido vengarte y aún te duele. ¡Pobre papá! Déjame que intervenga yo y ya verás tú…

Era lo mismo que habérselas con un mosquito en un cuarto sin luz. Tal insistencia y pertinencia en Fleur le eran desconocidas. Cuando llegaron al hotel le dijo, cansado:

—Yo hice todo lo que pude para que las cosas fueran bien. Y ya está bien de esto. Voy arriba hasta la hora de cenar.

—Yo me voy a sentar aquí.

Y con una mirada de despedida a la figura de su hija, medio extendida en un sofá, mirada medio de resentimiento, medio de adoración, entró Soames en el ascensor, que le llevó a su suite en el cuarto piso. Se quedó a la ventana de la salita, que daba a Hyde Park, y con los dedos tamborileó unos instantes sobre el cristal. Se sentía confuso, quisquilloso, turbado… El pálpito de aquella vieja herida, cicatrizada por el tiempo y los intereses, se asociaba con disgusto y temor y con un ligero dolor de estómago, producido sin duda por aquel guirlache que había tomado. ¿Habría vuelto Annette? No es que fuera a ayudarle nada en su preocupación, pues ni sabía nada de su primer matrimonio; pues siempre que le había preguntado la había hecho callar y no hablar de tal asunto. No sabía ella más que una cosa: que había sido la gran pasión de Soames, y que el matrimonio con ella no había sido sino una componenda familiar. Ella había tenido siempre resentimiento por eso, y lo usaba, puede decirse, de una manera comercial. Escuchó. Oyó un sonido: el murmullo inconcreto de una mujer al moverse se percibía al otro lado de la puerta. Estaba. Llamó.

— ¿Quién?

—Yo —dijo Soames.

Se estaba cambiando de ropa y todavía no se había vestido del todo; hacía una figura extraña, reflejada en el espejo. Había cierta magnificencia en sus brazos, hombros y cabello, que se había puesto más oscuro con el tiempo, en la gracia de su cuello y en sus largas pestañas y en sus ojos verdeazules. Estaba a los cuarenta años más hermosa que nunca. Una hermosa propiedad, una excelente ama de casa y una madre bastante sensata y prudente. Sólo que no debiera ser tan cínica en sus opiniones acerca de las relaciones existentes entre ellos; Soames, que no tenía por ella más cariño que ella por él, sufrió con dolor inglés por el hecho de que nunca hubiera ella echado el más ligero velo de sentimiento sobre su sociedad matrimonial, que le quitara crudeza y la embelleciera. Como la mayoría de sus compatriotas, tenía él el criterio de que la base del matrimonio debía ser el amor mutuo entre los esposos; pero que si en un matrimonio había desaparecido el amor, o no había existido nunca —o

sea, que claramente no estaba basado en tal amor—, no debiera reconocerse como existente tal realidad. Se estaba casado y el amor no existía…; pues se estaba casado y había que continuar casado, y considerar que la base del matrimonio era el amor precisamente, y así no se manchaba el matrimonio con el cinismo y la inmoralidad, como los franceses hacían. Además, que era necesario en interés de la propiedad. Él sabía que ella sabía que los dos sabían que no existía el menor amor entre ellos, pero seguía pensando que tal realidad no debieran admitirla ni en palabras ni en conducta, y no podía comprender qué quería decir su mujer cuando hablaba de la hipocresía inglesa. Le dijo:

— ¿A quién has invitado a casa la próxima semana?

Annette prosiguió pintándose delicadamente los labios con una pomada, cosa que a él no le gustaba que hiciera.

—Tu hermana Winifred y los Car-r-digans —y sacó un lápiz negro delgadito—, y Próspero Profond.

— ¿El Belga? ¿Y por qué ése?

Annette volvió la cabeza un poco, se pintó una ceja y dijo:

—A Winifred le parece muy agradable.

—Quisiera que viniera alguien que distraiga a Fleur; está muy nerviosa.

— ¿Ner-r-viosa? ¿Y es ahora cuando te das cuenta, amigo? Es ner-r-viosa desde que nació.

¿No abandonaría nunca aquel afectado arrastrar las erres?

Tocó el vestido que ella se habla quitado y le preguntó:

— ¿Qué has hecho esta tarde?

Annette le miró desde el espejo, sin volverse. Sus labios recién pintados sonrieron irónicamente.

—Divertirme —respondió.

— ¡Si…! —dijo Soames oscuramente—. De compras, ¿verdad?

«De compras» era su expresión para calificar todo aquel incomprensible de tienda en tienda a que se dedicaban las mujeres.

— ¿Tiene ya Fleur sus vestidos de verano?

— ¿No me preguntas si tengo ya los míos?

—A ti no te preocupa que te pregunte o no.

—Desde luego… Pero sí, ya tiene Fleur sus vestidos de verano. Y yo los míos también. Todo carísimo.

— ¡H-m-m! —suspiró Soames—. ¿Y qué hace ese belga en Inglaterra?

Annette alzó las cejas que acababa de terminar de pintarse.

—Se dedica a andar por ahí con su yate.

—Está siempre como medio dormido.

—A veces… —dijo Annette con una sonrisa maliciosa—. Pero a veces es muy divertido.

—Parece que le han dado por la piel unos brochazos de alquitrán.

— ¿Alquitrán? —dijo ella—. ¿Qué es eso? Su madre era arménienne.

—Entonces, eso es —murmuró Soames—. ¿Entiende algo de cuadros?

—Entiende de todo. Es un hombre de mundo.

—Bueno, busca a alguien para Fleur. Quiero que se distraiga. El sábado se va con Val Dartie y su mujer; no me parece bien.

— ¿Por qué no?

Como no podría darse la razón sin entrar en la historia de la familia, Soames respondió vagamente:

—Mucho jaleo. Se hartarán de corretear y de moverse.

—A mí me gusta mucho la mujer de Val. Y es muy tranquila y muy lista.

—Yo lo único que sé es que… —y tomando una création de encima de la cama, dijo: Esto es nuevo.

Annette se la cogió.

— ¿Quieres abrocharme? —le preguntó.

Soames la abrochó. Mirando al espejo por encima de su hombro, veía la expresión de su cara, ligeramente divertida, ligeramente despectiva, como diciendo: «Muchas gracias… Pero nunca vas a aprender a abrochar». A Dios gracias, él no era francés. Acabó dando un tirón al vestido y diciendo: «Este escote es demasiado bajo». Y se encaminó a la puerta, deseando dejar a su mujer y reunirse con Fleur de nuevo.

Annette se pasó una vez la borla de polvos por la mejilla, y luego dijo repentinamente:

—Que tu es grossier!

Conocía Soames la expresión, y tenía motivo de conocerla. La primera vez que ella la empleó creyó que quería decir: «eres un verdulero», y no supo si sentirse aliviado o no cuando supo el verdadero significado. Le dolía la palabra, ¡él no era ordinario! Si era ordinario él, ¿qué sería aquel individuo del

cuarto inmediato al suyo que hacía aquellos ruidos por la mañana, cuando se enjuagaba la boca, o aquella gente que en el salón del hotel hablaba de forma que todos pudieran enterarse de sus asuntos? Ordinario porque había dicho que el escote era muy bajo. ¡Pues era muy bajo! Y salió sin replicar.

Cuando entró en el salón del hotel vio a Fleur en el sitio donde la había dejado. Estaba con las piernas cruzadas, balanceando ligeramente un pie calzado en media de seda y zapato gris, y aquel movimiento era señal segura de que estaba soñando despierta. También lo mostraban sus ojos, que se le ponían a veces de aquella manera. Después, en un instante, reaccionaba y volvía a ser en todo tan rápida e incansable como un mono. Y sabía tanto, tenía tanta seguridad, a pesar de no haber cumplido aún los diecinueve años… ¿Cuál era aquella odiosa palabra? Flapper! ¡Qué criaturas, siempre chillando y gritando como histéricas y enseñando las piernas de aquella manera! La peor de ellas era una pesadilla, y la mejor un ángel empolvado. Fleur no era una niña flapper, de esas que hablaban slang, de esas crías mal educadas. Y, sin embargo, asustaba. Asustaba por su decisión, por su entereza, por su decisión de disfrutar de la vida. ¡Disfrutar! La palabra no sumía a Soames en terrores puritanos, pero sí en el terror en que podía sumirse dado su modo de ser. Siempre había temido disfrutar hoy ante el miedo de no poder disfrutar mañana. Y era miedoso notar que su hija estaba desprovista de aquel criterio de prudencia y salvaguardia. La misma forma de sentarse lo mostraba: allí estaba, perdida en ensueño… Él nunca había ensoñado, no servía para nada eso; y de dónde sacaba ella sus ensueños, no podía adivinarlo. Desde luego que no lo había heredado de Annette… Y eso que Annette, de joven, había tenido una mirada muy dulce. Pero ya la había perdido.

Se levantó Fleur de su asiento, rápida, vehemente, y se lanzó a una mesita de escribir. Tomó papel y pluma y empezó a trazar palabras, como si para poder seguir respirando necesitara indispensablemente haber acabado antes la carta. Y entonces le vio. El aire absorto le desapareció instantáneamente; sonrió, le mandó un beso y puso una carita llena de gestos, como si estuviera cansada, aburrida.

¡Sí!… Fleur era… fine… fine!

III

En Robin Hill

Jolyon Forsyte pasó el decimonoveno cumpleaños de su hijo en Robin Hill, dedicándose tranquilamente a sus cosas. Ahora lo hacía tranquilamente

todo, pues su corazón no marchaba nada bien y, como a todos los de su familia, le disgustaba la idea de morir. Y no se había dado cuenta de hasta qué punto le desagradaba la idea de la muerte hasta que, hacía dos años, habiendo acudido a su médico a exponerle ciertos síntomas, le había dicho: «En cualquier momento, por cualquier exceso o esfuerzo».

Escuchó aquello con una sonrisa: la reacción natural forsyteana ante la verdad desagradable. Pero en el viaje de regreso, ante un recrudecimiento de los síntomas aquellos, se dio cuenta de la gravedad de la sentencia pendiente sobre su cabeza. Dejar a Irene, a su hijo, su casa, su trabajo —aunque no trabajaba mucho ya—; dejar todo aquello para sumirse en la oscuridad ignota, en el futuro inimaginable, donde no pudiera percibir el rumor de las hojas sobre su tumba ni el olor de la hierba, en aquella nada que no podía admitir y que rechazaba ante la esperanza de seguir viendo a sus seres queridos… Pensar en aquello era someterse a una agudísima y punzante tortura espiritual. Antes de llegar a su casa aquel día, estaba decidido a ocultarlo a Irene. Viviría con más precauciones que hombre alguno hubiera vivido hasta entonces, y lo último sería dejar notar nada que pudiera poner a su mujer tan triste casi como él estaba. Su médico le había encontrado bien en otros aspectos, y setenta no eran demasiados años. Todavía viviría muchos más, si podía…

Tal conclusión, mantenida durante cerca de dos años, desarrolla por completo el lado más sutil del carácter. Naturalmente no violento, excepto cuando se excitaban sus nervios, Jolyon se había hecho la personificación del control y del autodominio. La paciencia triste de los ancianos, que no pueden hacer nada, la enmascaraba con una sonrisa que persistía hasta cuando estaba solo. Continuamente ideaba procedimientos a fin de disimular su inactividad forzosa.

Burlándose de sí mismo por su proceder, fingió conversión a la vida primitiva y sencilla: dejó vinos y tabaco, bebía una clase especial de café que no tenía café y, en definitiva, se rodeó de tantas seguridades como un Forsyte podía conseguirse, cubriéndolo todo con su sonrisa irónica. Seguro de no ser descubierto, ya que su mujer y su hijo habían ido a Londres, pasó aquel hermoso día de mayo arreglando tranquilamente sus papeles de forma que, si moría al siguiente, no causara trastorno a nadie. Dio un retoque final a sus documentos terrenales, los guardó todos en la cajita china de su padre y, tras meter la llavecita en un sobre, escribió en él las palabras:

Llave de la caja china, donde se halla todo lo necesario para arreglar los asuntos de mi sucesión.

J. F.

Se guardó el sobre en el bolsillo interior, decidido a llevarlo allí siempre por si le sobrevenía un accidente. Después se hizo servir el té bajo el roble.

Todo hombre está constantemente condenado a muerte; Jolyon, cuya sentencia era algo más definida, se había acostumbrado a ella y, como los demás, pensaba en cualquier cosa sin preocuparse demasiado. En aquel momento pensaba en su hijo.

Aquel día cumplía Jon diecinueve años, y Jon había llegado, por fin, a una decisión. Educado ni en Eton, como su padre, ni en Harrow, como su hermano muerto, sino en uno de aquellos establecimientos docentes que tratan de evitar lo malo de la enseñanza pública conservando lo bueno, pero de los que podía dudarse si en realidad no conservaban lo malo sin conservar lo bueno. Jon había terminado sus estudios en abril perfectamente ignorante de lo que quería ser. La guerra, que prometía terminar para siempre, había acabado cuando él estaba a punto de incorporarse al ejército, seis meses antes del tiempo legal. Desde entonces había estado pensando en que podía ser lo que quisiera. Había mantenido con su padre varias discusiones, de las que, tras un alegre exponer que le gustaba todo —excepto, claro, la Iglesia, el Ejército, la Ley, el Escenario, la Bolsa, la Medicina, los negocios y la Ingeniería—, Jolyon había deducido que a su, hijo no le gustaba nada. Lo mismo le pasó a él a aquella edad. Pero a él aquella agradable despreocupación le había desaparecido pronto, a causa de su temprano matrimonio y de sus lamentables consecuencias. Obligado a ser agente de seguros en Lloyd, había alcanzado prosperidad antes que su talento artístico floreciera. Pero habiendo —como suele decirse— enseñado a su hijo a dibujar cerdos y otros animales, comprendía que Jon no sería nunca pintor, y se inclinó a la conclusión de que, dada su aversión por toda actividad, sería escritor. Creyendo, sin embargo, que hasta para eso hace falta experiencia, le parecía que, mientras tanto, no le quedaba a su hijo otra cosa que ir a la Universidad y viajar. Y entonces ya se vería, aunque no él, lo que convenía hacer. Pero ante estas sugerencias, Jon tampoco se había podido decidir por nada en concreto.

Las discusiones con su hijo habían llevado al ánimo de Jolyon la duda de si, efectivamente, el mundo había cambiado o no. La gente decía que se estaba en una nueva era. Pero, profundamente, Jolyon percibía que, bajo la superficie ligeramente distinta de las cosas, la era seguía siendo la de siempre: la Humanidad seguía todavía dividida en dos amplias clases: la de los pocos que llevaban «especulación» en sus almas y la de los más, que no llevaban ninguna; y entre ambas clases, una larga serie de eslabones híbridos, como él.

Con algo más profundo que su sonrisa habitual había oído decir a su hijo, quince días antes: «Me gustaría probar a ser granjero, papá, si no te fuera a costar mucho. Me parece la única clase de vida que no puede dañar a nadie, aparte del arte, y eso, desde luego, está fuera de duda conmigo…».

Jolyon ocultó su sonrisa, y dijo:

—Muy bien; volverás a lo que fue el primer Jolyon en 1760. Quedará demostrada la teoría de los ciclos, e incidentalmente, no lo dudo, podrás criar mejores nabos que él.

Un poco cortado, Jon había dicho:

— ¿No te parece un buen proyecto, entonces?

—Sí, hombre; no está mal. Y si te dedicas verdaderamente a él, harás más bien que la mayoría de los hombres, que hacen muy poco.

Para sus adentros se dijo: «No se dedicará a ello. Le daré cuatro años. La cosa, desde luego, es sana y en nada puede perjudicarle».

Tras pensar la situación detenidamente y consultar con Irene, escribió a su hija, señora de Val Dartie, preguntándole si conocían a algún granjero cerca de ellos en los Downs que quisiera tomar a Jon de aprendiz. La respuesta de Holly fue entusiástica. Había un hombre excelente que vivía junto a ellos; ella y Val estarían encantados de tener a Jon en su casa.

El muchacho tenía que irse el día siguiente.

Sorbiendo débil té con limón, Jolyon contemplaba a través de las hojas del roble la visión que le gustaba tanto desde hacía treinta y dos años. El árbol bajo el que estaba sentado no parecía un día más viejo. Tan joven como siempre por las hojitas de oro pardusco; tan viejo como siempre por el verdegris tirando a blanco de su tronco, arrugado y grueso. Árbol de recuerdos que viviría cien años todavía si una mano aleve no lo cortaba, que vería la vieja Inglaterra desaparecida por completo, al ritmo que llevaba el suceder de las cosas. Recordó una noche, hacía tres años, cuando mirando desde una ventana, teniendo abrazada a Irene, el evolucionar de un avión alemán, le pareció que descargaba sus bombas precisamente sobre el roble. Al día siguiente se encontró la más próxima en un campo de la granja de Gage. Aquello fue antes de él saber la verdad sobre su estado de salud, y al saberlo casi deseó que la bomba hubiera acabado con él. Le hubiera ahorrado muchas preocupaciones y muchas horas de angustia fría que se le reflejaban en la boca del estómago. Había contado con vivir hasta la edad normal de los Forsytes, hasta los ochenta y cinco o más, en que Irene tendría setenta. Pero tendría que verse sin él antes de lo pensado. Menos mal que le quedaba Jon, más importante en su vida que su marido y que la adoraba.

Bajo aquel árbol, donde el viejo Jolyon, esperando que llegase Irene por el prado, había exhalado su último suspiro, Jolyon se preguntaba si, tras haber puesto las cosas en orden, no sería mejor que cerrase los ojos y partiese también. Había algo indigno en el adherirse como un parásito desesperado a una vida de la que sólo lamentaba dos cosas: la larga separación de su padre y el haberse casado tan tarde con Irene.

Desde donde estaba podía ver un grupito de manzanos en flor. No había nada en la Naturaleza que le conmoviera más que ver en flor los árboles frutales; y su corazón sufrió ante el pensamiento de que quizá no los volvería a ver florecer. ¡Otra primavera! Decididamente, un hombre no debiera morir teniendo todavía el corazón lo suficientemente joven para poder apreciar la belleza. Los mirlos cantaban incansables en el bosque, las golondrinas volaban altas y las hojas que le daban sombra brillaban al sol; y sobre los campos se extendía una gama infinita de tonalidades de color encendido por la luz solar, y en la lejanía, un bosque de nubes caminaba lentamente hacia su ignoto destino. Las flores de Irene tenían una sorprendente individualidad aquella tarde, y eran como bellas afirmaciones de la vida. Solamente los pintores chinos y japoneses, y quizá Leonardo, supieron cómo plasmar su sorprendente espíritu en cada flor, en cada pájaro, en cada animal; aquel espíritu sorprendente que era el sentido de la especie, la universalidad de la vida también. «¡Qué pintores aquellos! —pensaba Jolyon—. Yo no he hecho nada que me sobreviva; he sido un amateur, un enamorado, pero no un creador. Sólo quedará Jon tras de mí cuando muera». ¡Qué suerte que el chico no hubiera tenido que ir a la guerra! Hubiera podido morir fácilmente, como Jolly hacía ya veinte años en el Transvaal. Jon llegaría a hacer algo un día, si la época no le estropeaba, pues era un hombre imaginativo. Aquello de querer ser granjero no era más que una decisión circunstancial que no le duraría. Y entonces los vio venir: Irene y su hijo, que subían de la estación, cogidos del brazo. Y, levantándose, corrió por el nuevo sembrado de rosas para salir a su encuentro.

Irene entró aquella noche en su cuarto y se sentó junto a la ventana, sin hablar. Al fin, Jolyon dijo:

— ¿Qué ocurre, amor mío?

—Hemos tenido hoy un encuentro.

— ¿Quién?

—Soames.

¡Soames! Durante aquellos dos años había tenido aquel nombre fuera de su pensamiento, consciente de que el recordarle le era cosa perjudicial. Y ahora, su corazón latió, latió de forma desconcertante, como si se le hubiera cambiado de lugar dentro del pecho.

Irene prosiguió lentamente:

—Él y su hija estaban en la Exposición esa, y después en la pastelería donde entramos a merendar.

Jolyon se le acercó y le puso la mano en el hombro.

— ¿Cómo está?

—El pelo gris; pero en lo demás, como siempre.

— ¿Y la chiquilla?

—Preciosa. Al menos así le pareció a Jon.

El corazón de Jolyon volvió a desplazarse. El rostro de su mujer mostraba dolor y sorpresa.

—Tú no… —empezó a decir.

—No; pero Jon sabe cómo se llaman. La chica dejó caer el pañuelo, y él se lo recogió.

Jolyon se sentó en su cama. ¡Una casualidad lamentable aquella!

—June estaba contigo, ¿no? ¿Hizo alguna tontería?

—No; pero la situación fue muy extraña y violenta, y Jon comprendió que pasaba algo.

Jolyon emitió un profundo suspiro y dijo:

—Muchas veces me he preguntado si hemos acertado ocultándoselo. Algún día tiene que saberlo.

—Cuanto más tarde, mejor, Jolyon; los jóvenes tienen unos juicios muy elementales y muy duros. Cuando tenías tú diecinueve años, ¿qué hubieras pensado de tu madre si hubiera hecho lo que he hecho yo?

Sí…, aquél era el problema. Jon adoraba a su madre, y no sabía nada de tragedias, de las necesidades inexorables de la vida; nada de la cárcel espantosa que da un matrimonio infeliz, nada de celos ni de pasión, ni de nada todavía.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

—Que eran parientes, pero que no los tratábamos; que tú nunca te habías preocupado por tu familia ni ellos por ti. Pero creo que te preguntará.

Jolyon sonrió.

—Esto es peor que los bombardeos aéreos —dijo—. Casi se los echa de menos.

Irene le miró, diciendo:

—Sabíamos que algún día tendría que suceder.

Y Jolyon dijo con repentina energía:

—Pero yo no podría soportar que Jon, en su interior, te condenase. Y no lo

hará. No es tonto y comprenderá las cosas si se le exponen con la claridad debida. Creo que debo decírselo antes que lo adivine por otra parte.

—Todavía no, Jolyon.

Eso era muy de ella: nunca tenía decisión para hacer frente a las dificultades. Mas…, ¿quién podría decir que era lo más conveniente? No era acertado ir contra el instinto maternal. Quizá fuera mejor dejar que el muchacho viviera y de la vida sacara criterios para juzgar las cosas, los valores de la vieja tragedia, hasta que el amor, los celos, el deseo, hicieran mayor su caridad. De todas formas, había que tomar precauciones, todas las precauciones posibles. Y mucho tiempo después de haberse ido Irene, seguía despierto meditando sobre las precauciones a tomar. Tenía que escribir a Holly diciéndole que Jon no conocía todavía nada de la historia de la familia. Holly era discreta, haría ser discreto a su marido y todo iría bien allí. Jon podía llevar la carta cuando partiera al día siguiente.

Y así, el día en que Jolyon había arreglado sus asuntos, terminó con las campanadas del reloj de las cuadras. Y otro día empezó para él, lleno de las sombras de un desorden espiritual que no podía arreglarse tan fácilmente.

Y Jon, en su cuarto, el mismo que tuviera de niño, yacía también despierto, presa de una sensación que niegan los que nunca la han conocido: «el flechazo» de amor. Lo había empezado a sentir ante el resplandor de aquellos ojos oscuros que miraban la escultura de Juno. Había comprendido que había encontrado su «sueño»; y así, lo que siguió le había parecido a la vez natural y milagroso. ¡Fleur! Su nombre era casi suficiente para enamorar a quien como él era tan susceptible al encanto de las palabras. En la época de la homeopatía, en que niños y niñas se sometían a régimen de coeducación y se veían mezclados en su vida temprana hasta la casi abolición del sexo, Jon era singularmente chapado a la antigua. A su colegio iban chicos solamente, y sus vacaciones las había pasado en Robin Hill con amiguitos o solamente con sus padres. Por tanto, no estaba vacunado contra los efectos del amor mediante pequeñas dosis del veneno. Y ahora tenía fiebre; estaba despierto recordando y reproduciendo a Fleur, repitiéndose sus palabras, especialmente aquel au revoir tan dulce y tan suave.

Al amanecer estaba tan despierto, que se levantó, se puso sus zapatos de tenis, los pantalones y un sweater, y en silencio descendió, saliendo por la ventana del despacho. Había ya algo de claridad matinal; la hierba perfumaba el ambiente. ¡Fleur, Fleur! Todo estaba misteriosamente blanco, y nada había despierto, salvo los pájaros que comenzaban a piar. «Voy a llegarme al seto», pensó. Corrió por los campos, llegó al estanque precisamente cuando salía el sol y entró en el seto. Las flores alfombraban el suelo allí; entre los alerces había algo misterioso, el aire tal vez, impregnado de algo nuevo y

desconocido. Jon aspiró su frescura y contempló las campanillas que se iban vivificando a la creciente claridad. ¡Fleur!… Todo rimaba con su nombre. Y vivía en Mapledurham, un nombre bonito también, de un lugar cerca del río. Lo buscaría en el Atlas. Le escribiría. ¿Pero le contestaría ella? ¡Sí! Le había dicho au revoir, no adiós. ¡Qué suerte que se le cayera el pañuelo! Si no hubiera sido por eso, no la hubiera conocido jamás. Y cuanto más pensaba en ello mayor le parecía su suerte. ¡Fleur! La verdad que le iba bien el nombre… Y por su cabeza pasó una sinfonía de ritmos y las palabras se le ocurrían fáciles de juntar: estaba viviendo un poema.

Jon permaneció en aquel estado por espacio de más de media hora. Después volvió a la casa y, cogiendo una escalera, trepó hasta la ventana de su cuarto, lleno de risa feliz. Pero recordando que había dejado abierta la ventana del despacho, bajó a cerrarla, quitando la escalera, para borrar así las señales de su sentimiento. Pues lo que sentía era demasiado hondo para ser dicho a nadie, ni siquiera a su madre.

IV

El mausoleo

Hay casas cuyas almas se han incorporado a los senos del tiempo, dejando sus cuerpos en el seno de Londres. Casi pasaba eso con la casa de Timoteo, en la carretera de Bayswater. Y pasaba casi y no del todo, porque el alma de Timoteo tenía aún en pie en el cuerpo de Timoteo Forsyte, y Smither mantenía la atmósfera inmutable: conservaba aquel olor de alcanfor y vino de Oporto que tienen las casas cuyas ventanas se abren sólo dos veces cada día para que entre el aire.

Para la imaginación forsyteana aquella casa era una especia de estantería, en cuyo último estante estaba Timoteo. No se llegaba a él, o al menos esto era lo que decían aquellos miembros de la familia que de Pascuas a Ramos iban a interesarse por el tío superviviente. Uno de tales miembros era Francie, en aquel tiempo emancipada de Dios (confesaba abiertamente ser incrédula); otro, Eufemia, emancipada del viejo Nicolás, y otro, Winifred, emancipada ya del hombre de mundo que en vida fue su marido. Pues todos estaban emancipados de algo, o decían estarlo, que no era lo mismo.

Cuando Soames se dirigió a casa de Timoteo tras aquellos encuentros en la Sala de Exposiciones de June, casi no tenía esperanza de verle. Su corazón aceleró ligeramente su marcha al pisar la entrada de aquella casa, a la que había ido o de la que había salido innumerables veces cargado de fardos de

noticias de la vida familiar, donde habían vivido cuatro Forsytes y ahora no vivía más que uno, la casa de los viejos del otro siglo, de otra edad.

El ver a Smither —todavía encorsetada hasta los sobacos, pues la nueva moda que se había presentado hacia 1903 no pareció decente a tía Julita y tía Ester— trajo una débil sensación de amistad al espíritu de Soames. Y Smither, todavía ataviada según el tradicional modelo de la casa en todos los detalles, una sirvienta inapreciable —como las que ya no quedaban—, le sonrió diciéndole:

— ¡Pero si es el señorito Soames! ¡Tanto tiempo sin verle! ¿Cómo está usted, señorito? El señorito Timoteo se alegrará mucho de saber que ha venido…

— ¿Y cómo está él?

—Pues está muy bien para sus años. Es un hombre que asombra, señor. Lo que le dije a la señora Dartie cuando estuvo aquí la última vez: ¡Cómo gozarían las señoritas si le vieran con el gusto con que se come una manzana! Pero está muy sordo. Y creo que es una bendición de Dios, pues no sé qué hubiéramos podido hacer con él si se hubiera dado cuenta de cuando venían los aviones.

— ¡Eso! —dijo Soames—. ¿Qué hacían con él en los raids aéreos?

—Pues le dejábamos en la cama, y desde la bodega oíamos si tocaba la campanilla. Pero no tocaba nunca y dormía tan bien, sin enterarse de nada. Y una vez que el ataque fue de día estaba tomando su baño, y así no podía ver a la gente mirar para arriba, que lo hubiera visto, pues está mucho tiempo mirando por la ventana.

— ¡Ya! —exclamó Soames. Smither estaba muy habladora—. Pues yo no quiero más que echar un vistazo por aquí para ver si hay que hacer algo.

—Sí, señor. Creo que no hay nada de particular, como no sea que el comedor huele a ratones y no sabemos dónde puedan anidar; y no se entiende cómo hay ratones, pues allí no hay ni una miga, desde que el señor dejó de bajar, antes de la guerra. Pero es que son unos animales malísimos.

— ¿Está siempre en la cama?

— ¡No, señor, no!… Todos los días hace su poquito de ejercicio: por la mañana, paseando desde la cama al balcón, con mucho cuidado de no coger un aire. Y está muy bien. Todos los días saca su testamento. Le entretiene mucho.

—Bueno, Smither; quiero verle, si es posible, por si quiere decirme algo.

Smither mostró gran entusiasmo.

— ¡Será como una fiesta en la casa! —dijo—. ¿Quiere que le acompañe a

dar una vuelta por aquí mientras la cocinera le avisa?

—No, no; avísele usted misma, que ya puedo yo verlo todo solo.

Nadie puede ponerse sentimental delante de otra persona, y Soames se daba cuenta de que iba a caer en sentimentalismo a la vista de aquellas habitaciones tan cargadas de pasado. Cuando Smither, temblando de excitación, le dejó, entró Soames en el comedor y olió el aire. A su juicio, no se trataba de ratones, sino de olor a madera a punto de empezar a pudrirse, y examinó el zócalo. Si merecía la pena, a los años de Timoteo, de una mano de pintura, fue cosa sobre la que no pudo decidir. Aquella habitación había sido la más moderna de la casa… Sobre el zócalo de roble, vio las paredes pintadas de hermoso color verde. Una hermosa lámpara de metal colgaba del techo, sostenida por una gruesa cadena. Los cuadros que había los compró Timoteo, haciendo buen negocio, en Jobson, sesenta años atrás; tres naturalezas muertas de Snyder, dos dibujos encantadores y de suave color que representaban una muchacha y un muchacho, y que llevaban las iniciales J. R., de los que Timoteo estaba seguro se debían a la mano de Joshua Reynolds, pero de los que Soames pensaba eran de Jhon Robinson, y un Morland dudoso que mostraba un caballo blanco al que estaban herrando. Cortinas de felpa rojo oscuro, diez sillas de caoba de alto respaldo, tapizadas también en rojo oscuro; una alfombra turca y una mesa de caoba tan grande como pequeña era la habitación, constituían el mobiliario y adorno de aquel cuarto que no había cambiado desde que él iba allí a los cuatro años. Miró especialmente los dos dibujos, y pensó: «Los compraré cuando todo esto se subaste».

Del comedor pasó al despacho de Timoteo. No recordaba haber estado nunca en aquel cuarto. Tenía las paredes cubiertas, desde el suelo al techo, de libros, y Soames los miró con curiosidad. Una pared parecía dedicada a libros pedagógicos, que la Empresa de Timoteo había publicado hacía ya dos generaciones; solía haber hasta veinte ejemplares de cada obra. Soames leyó los títulos y sintió un escalofrío: en la pared principal había precisamente las mismas obras que tenía su padre en Park Lane, de lo que dedujo que un día su padre y su hermano menor habían salido juntos y había comprado un par de bibliotecas. A la tercera pared que examinaba se acercó con mayor interés, pues allí seguramente podría descubrirse el propio gusto de Timoteo. Y así era: los libros eran de imitación, meras cajas en forma de libro. La cuarta pared era un gran balcón cubierto por una pesada cortina. Y vuelta hacia ella había una gran butaca suplementada con un atril de caoba, en el que un ejemplar amarillento y plegado del Times, de fecha 6 de julio de 1914, el día en que Timoteo había dejado de bajar de su habitación, como preparándose para la guerra, parecía esperar a su lector con fidelidad perenne. En un rincón había una gran esfera terrestre, mapa del mundo aquel que Timoteo no conocía, profundamente convencido de la irrealidad de todo lo que no fuera

Inglaterra, y permanentemente contrariado por la existencia de tanto mar, en el que se sintió malísimo un domingo por la tarde en 1836, en que hizo una excursión en barca por el muelle de Brighton en compañía de Julita, Ester, Swithin y Hatty Chessman. Y todo por culpa de Swithin, que siempre estaba metiéndole en la cabeza locuras como aquélla… Menos mal que Swithin también se había mareado. Soames conocía bien la aventura, pues la había oído contar unas cincuenta veces. Se acercó a la esfera y le imprimió un fuerte impulso de rotación; la esfera dio un chirrido que parecía un grito de angustia y giró algo así como una pulgada, poniendo a los ojos de Soames un ciempiés muerto a los 44 grados de latitud.

«¡Un mausoleo!», pensó. Jorge tenía razón. Y salió y echó escalera arriba. En el primer descansillo se paró ante la vitrina de pájaros disecados que habían constituido una delicia en su niñez. No parecían haber envejecido nada, allí parados en sus alambres sobre la hierba ficticia del fondo de la caja, que si se abría ni animaría a los pájaros a ponerse a cantar, pero en cambio cantaría ella su canción de vejez chirriante, sin duda alguna. Aquello no valdría la pena de ponerlo a subasta. Y le asaltó un recuerdo de la pobre tía Ana, teniéndole de la mano frente a la vitrina, y diciéndole: «¡Mira, Soamie, mira qué pájaros tan preciosos!». Y recordó también su propia respuesta: «Sí, pero no cantan, tía». Tendría entonces seis años, y llevaba un vestidito de terciopelo negro con cuello azul claro… lo recordaba bien… Y la tía Ana, con sus pulseras y sus manos delgadísimas y cariñosas, y su sonrisa grave… Guapa mujer la tía Ana. Siguió hacia la puerta del salón, a cuyos lados seguían estando aquellas miniaturas. ¡Ésas sí que las compraría! Representaban a sus tías, y otra de ellas a su tío Swithin, de jovencito, y otra a su tío Nicolás, de muchacho también. Las había pintado una señorita amiga de la familia, allá por 1830, cuando las miniaturas se estimaban mucho y duraban más, pintadas como estaban en marfil. Muchas veces había oído hablar de la señorita aquella: «Gran talento de mujer. Tenía debilidad por Swithin. Murió tísica…, lo mismo que Keats… Hablábamos mucho de él».

Allí estaban Ana, Julita, Ester y Susana; Swithin, con ojos azul celeste y carrillos sonrosados, y Nicolás, mirando al cielo como Cupido. Ahora que lo pensaba, el tío Nicolás siempre había sido así…, un hombre maravilloso hasta el final. Sí; la pintora debiera haber tenido talento, y las miniaturas siempre tenían un cachet propio, poco sujeto a las corrientes de la moda artística. Abrió Soames la puerta del salón. Estaba limpísimo: los muebles, sin funda; las cortinas, descorridas, exactamente como si sus tías estuvieran allí, esperando… Y se le ocurrió a Soames pensar: Cuando muriera Timoteo, ¿por qué no…? ¿No era casi un deber conservar aquella casa, como la de Carlyle, y poner un letrero y enseñarla al público? «Vivienda típica victoriana. Entrada, un chelín, con catálogo». Después de todo sería —era ya— la casa más completa y más muerta de Londres. Era perfecta en su gusto y en su expresión

de una cultura, y no tendría que hacer más que llevarse los cuatro cuadros de Barbizon que les había regalado. Las paredes azul celeste todavía, las cortinas verdes con rameados de flores rojas y helechos; la pantalla de estambre protectora del calor de la chimenea ante la rejilla de hierro fundido; el chinero de caoba con portezuelas de cristal; las banquetas con cuentas redondas; Keats, Shelley, Southey, Cowper, Coleridge, El Corsario de Byron (y nada más), y los poetas victorianos en una tabla de un estante; la cajita de marquetería forrada de felpa roja, llena de reliquias familiares: el primer abanico de Ester, las hebillas de los zapatos de la madre de su padre, tres escorpiones embotellados y un colmillo de elefante muy amarillo ya, mandado de la India por el tío-abuelo Edgar Forsyte, que se había dedicado al cáñamo; un pedazo de papel amarillo con algo escrito, recordando Dios sabría qué cosa… Y los cuadros que cubrían las paredes, todos acuarelas, excepto los cuatro de Barbizon, y dos estilo Frith que les había regalado Swithin. ¡Oh! Muchos, muchos cuadros que Soames había mirado tantas veces; una maravillosa colección de marcos de dorado suave…

Y el piano de cola, sin átomo de polvo, brillando bellamente a la luz, herméticamente cerrado como siempre, con el álbum de algas prensadas de tía Julita encima de él; y las sillas doradas, mucho más fuertes de lo que parecían; y a un lado de la chimenea, el sofá de seda carmesí, donde tía Ana y después tía Julita habían gustado sentarse; y al otro lado de la chimenea, una verdadera easy chair para tía Ester. Soames cerró los ojos, y le pareció verlas sentadas allí. Y sobre todo el ambiente, la atmósfera antigua, conservada… «No —pensó—. No hay nada como esto. Habría de conservarse». Y se podrían reír de aquello, pero para las gentes de antes, las de fina piel y olfato delicado, para quienes no gustaban de aquellos tiempos de automóviles y plebeyos baños de agua corriente, de permanente fumar, de cruzar las piernas, de muchachas escotadas a las que se les veía todo si se quería uno molestar en mirarlas (cosa agradable al sátiro que cada Forsyte lleva dentro, pero en modo alguno de acuerdo con su concepto de lo que es una dama), de muchachas que atornillaban pie y pierna a la pata de la silla cuando estaban comiendo, con sus frases chabacanas y sus carcajadas, muchachas que le hacían sentir escalofríos pensando en Fleur, que vivía entre ellas; para las gentes que no gustaban de todo lo que había llegado a ser la vida, aquella casa sería casi un altar ante el que hacer reverencia al pasado…

Con sensación casi de sofoco cerró la puerta y siguió subiendo, de puntillas, las escaleras. Por todas parles se percibía el orden perfecto del ochocientos, aquel mismo papel aceitoso amarillo que cubría las paredes… Al final de la escalera, se detuvo, vacilando ante cuatro puertas. ¿Cuál sería la de Timoteo? Y escuchó. Se percibía en una de las habitaciones un ruido como el que hace un niño al arrastrar un caballito de juguete. Llamó con los nudillos, y Smither abrió toda sofocada.

El señor estaba dando su paseo, y no había conseguido que le prestase atención. Si el señorito Soames quería pasar al cuarto de atrás podía verle por la rendija de la puerta.

Soames pasó a donde le decían y observó.

El último de los viejos Forsytes estaba en pie, andando con impresionante lentitud, con un aire de concentración perfecta en sus asuntos, desde su cama a la ventana, una distancia de unos metros nada más. La parte inferior de su cara cuadrada, ya no afeitada limpiamente como antes, estaba cubierta de una barbita cortada todo lo corta que podía ser. En una mano tenía un grueso bastón, y con la otra sujetaba el faldón de su bata, que dejaba ver sus pies con calcetines de cama y zapatillas de paño. La expresión de su rostro era la de un chiquillo enfadado porque no le habían concedido un capricho. Cada vez que daba un paso, se dejaba el bastón atrás, y luego tiraba de él, como para mostrar que no lo necesitaba para apoyarse.

—Todavía parece que está fuerte —murmuró Soames.

— ¡Sí, señor, ya lo creo! Tenía que verle tomando su baño, lo que le gusta…

Aquellas palabras, dichas en voz alta, supusieron una revelación para Soames: Timoteo había vuelto a la infancia.

— ¿Muestra algún interés por las cosas? —preguntó Soames en voz alta también.

—Sí, señor: la comida y su testamento. Da gusto verle pasar una hoja, y luego otra y otra… Claro que no lo lee. Y de cuando en cuando pregunta el precio del papel del Estado, y yo se lo escribo en una pizarra con números grandes. Siempre le escribo lo mismo: el precio que tenían la última vez que se dio cuenta él, en mil novecientos catorce. Dijimos al médico que le prohibiera leer el periódico cuando estalló la guerra. Al principio le molestó no leer, pero pronto comprendió que la lectura le cansaba. Y es una maravilla cómo conserva la energía, como decía él, cuando las señoritas, que en gloria estén, vivían. En eso se parece a ellas, que eran tan activas, como usted recordará, señorito Soames.

— ¿Qué pasaría si yo entrara ahora? ¿Se acordaría de mí? —preguntó Soames—. Yo hice su testamento, ya sabe usted, cuando murió la señorita Ester, en mil novecientos siete.

—Yo creo que sí le recordaría… Es una maravilla, señorito. Pero, realmente, no sé…

Soames abrió la puerta, y esperando que Timoteo se diera la vuelta, gritó:

— ¡Tío Timoteo!

— ¿Eh? —dijo.

— ¡Soy Soames! —gritó lo más alto que pudo—. ¡Soames Forsyte!

— ¡No! —dijo Timoteo, y dando un bastonazo en el suelo, continuó su caminar.

—No le hace ningún efecto —dijo Soames.

—No, señor —dijo Smither, bastante contrariada—. Ya ve usted cómo no ha terminado su paseo… No puede hacer más que una cosa, y dos a un tiempo, no… Como siempre. Esta tarde me preguntará seguramente si venía usted a cobrar el gas, y será buen trabajo explicarle.

— ¿Cree usted que debiera tener un hombre para cuidarle?

Smither se echó las manos a la cabeza.

— ¡Un hombre! ¡No, señor!… La cocinera y yo lo hacemos divinamente. Un hombre extraño le volvería loco en nada de tiempo. Y a las señoritas no les gustaría la idea de tener un hombre en la casa. Además, nosotras estamos tan orgullosas de él.

— ¿Vendrá el médico a verle?

—Todas las mañanas. Pone una cuenta especial, y el señor está ya tan acostumbrado, que no lo advierte. Sólo lo nota cuando tiene que sacar la lengua.

—Bueno —dijo Soames—. Todo esto es bastante doloroso para mí.

— ¡Por Dios, no, señor! —replicó Smither cariñosamente—. No tiene usted que pensar así. Ahora que no tiene que preocuparse de las cosas es cuando disfruta de la vida. Es lo que le digo yo a la cocinera: el señor está ahora mejor que nunca. Ya ve usted: cuando no está paseando o tomando su baño, está comiendo, y cuando no está comiendo, está durmiendo. Y siempre sin preocuparse de nada.

—Sí, eso ya es algo… —dijo Soames—. Vamos hacia abajo. Y a propósito, déjeme ver su testamento.

—Para eso tendré que tomarme tiempo. Lo guarda debajo de la almohada, y si voy a sacarlo ahora, me verá.

—No quiero saber más que si es el mismo que yo le hice. Fíjese en la fecha cuando pueda y hágamelo saber.

—Sí, señor; sí que es el mismo, pues ya se acordará usted de que la cocinera y yo fuimos testigos, y nuestros nombres están allí, y no hemos firmado en ningún otro papel.

—Sí —dijo Soames.

Se acordaba bien. Smither y Juana habían sido testigos, y los mejores del mundo, pues Timoteo no les dejaba nada para que no tuvieran gana de que se muriera. Había sido eso —él lo admitía plenamente— una precaución indebida, pero Timoteo lo había querido así, y después de todo, la tía Ester les había dejado bastante.

—Muy bien —dijo, despidiéndose—. Adiós, Smither, y cuide usted mucho de él, y si alguna vez dice algo, apúntelo y dígamelo después.

—Sí, señor, señorito Soames. Eso haré si dice algo. Ha sido una novedad tan agradable verle a usted… La cocinera se pondrá tan contenta cuando le diga que ha venido…

Saludó Soames con la mano y bajo la escalera. Se quedó unos instantes junto al perchero donde tantas veces dejara él su sombrero. «Todo pasa —pensaba—. Pasa y vuelve a empezar. ¡Pobre viejo!». Y oyó por si volvía a oír el ruido que hacía Timoteo como arrastrando un juguete. O por si alguna voz fantasmal decía: «Mira, si es Soames. Precisamente estábamos diciendo ahora que hacía una semana que no te veíamos…».

Nada…, nada. El mismo olor de alcanfor, las mismas notas de polvo en un rayo de sol que pasaba por el montante de la puerta de la calle. ¡Aquella vieja casita…, aquel mausoleo! Y salió andando de prisa, pues tenía que tomar el tren.

V

El solar nativo

Con sentimientos como los que expresa la poesía, con cuarenta años ya, aquel jueves por la mañana Val Dartie salió de la casa solariega en que vivía en los Sussex Downs. Iba a Newmarket, donde no había estado desde el otoño de 1899. Se detuvo en la puerta para dar un beso a su mujer y meterse un frasco de oporto en el bolsillo.

—Procura no cansar la pierna demasiado, Val, y no apuestes mucho.

Bajo la presión del cuerpo de Holly en el suyo, sentía Val pierna y bolsillo seguros. Tenía que ser cuidadoso; Holly siempre tenía razón. No le parecía raro, aunque era medio Dartie, haber guardado fidelidad a su prima hermana desde que veinte años antes se casó con ella como consecuencia de la guerra anglo-bóer, y había sido fiel sin impresión de sacrificio ni de aburrimiento: ella era tan inteligente y tan comprensiva de su temperamento… No le había

dado hijos su mujer, y aunque algo más pálida que antes, había conservado su belleza, su esbeltez y el color de su pelo. Val admiraba, sobre todo, la vida que llevaba, además de llevar la suya y además de montar cada día mejor: seguía con su música y leía muchísimo: novelas, poesía y toda clase de libros. En su granja de El Cabo, se había distinguido por el entusiasmo con que ayudó a los niños y mujeres negras en todo lo que había podido. Era inteligente de verdad, y, sin embargo, no presumía de ello y no tenía pose. Aunque no era notable por su humildad, Val había llegado a la conclusión de que era superior a él, y no le dolía. Hay que hacer notar que nunca miraba a Holly sin que ella se diera cuenta de que la miraba, pero que a veces ella le miraba a él sin que él lo percibiera.

La había besado a la puerta de la casa porque no quería hacerlo en el andén de la estación, donde iba con él para traerse luego el coche. Curtido y lleno de pecas por la vida de la colonia y por la vida al aire libre que se ha de llevar dedicándose a los caballos, con una pierna lesionada, que si bien le hizo sufrir en la guerra bóer, probablemente le salvó de morir en la europea, Val era con mucho el muchacho que fue cuando la conoció y fueron novios: su sonrisa era tan amplia y tan atrayente como entonces; sus pestañas, si habían cambiado, se habían hecho más espesas y oscuras. Únicamente su cabello griseaba un poco en las sienes. Daba la impresión de lo que había estado haciendo: vivir activamente con los caballos en un país de sol.

Haciendo torcer en ángulo muy cerrado el coche para salir de la reja, preguntó:

— ¿Cuándo viene Jon?

—Hoy.

— ¿Quieres que te traiga algo para él? Puedo traértelo el sábado.

—No, pero podías venirte en el mismo tren que Fleur, en el de la una cuarenta.

Val soltó las riendas del Ford; todavía guiaba como hombre en país desconocido y de malas carreteras, que espera volcar en cada bache.

—Ésa es una chica que sabe lo que se hace. ¿No te parece a ti?

—Sí —dijo Holly.

—El tío Soames y tu padre están en situación tirante, ¿verdad?

—Él no sabe nada, ni ella tampoco, y deben salir de aquí sin saberlo. No son más que cinco días, Val.

—Secreto absoluto, ¡muy bien!…

Si Holly pensaba que podía callarse la cosa, podía, sin duda.

Mirando disimuladamente a su marido, le preguntó:

— ¿Te diste cuenta de cómo se invitó ella sola para venir a casa?

—No, no me di cuenta.

—Pues sí, eso hizo. ¿Qué piensas tú de ella?

—Es guapa y es lista; pero podía tener un tropezón gordo si no anduviera con ojo, me parece a mí.

—Yo me pregunto —murmuró Holly— si es el tipo de mujer moderna. Una se siente desorientada al llegar aquí.

— ¿Y dices tú eso, que te das cuenta de las cosas tan pronto?

Holly metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Tú das siempre en el clavo. ¿Qué te parece el belga ese, Profond?

—Creo que es un diablo divertido.

Val guiñó un ojo.

—Me parece un tipo raro para ser amigo de nuestra familia. La verdad que nuestra familia también es un poco rara, con tío Soames casándose con una francesa y tu padre con la primera mujer de Soames. Nuestro abuelos hubieran andado a puñetazos.

—Y creo que todo el mundo.

—Este coche —dijo Val de pronto— necesita taller. No mueve las patas traseras cuesta arriba nada bien. En la cuesta abajo tendré que soltarle las riendas del todo si quiero llegar al tren.

Era su amor por los caballos lo que le impedía que los automóviles le gustasen de verdad, y su manera de guiar el Ford distaba mucho de la manera de llevarlo Holly. Pero llegó al tren.

—Ten cuidado con este trasto. Como pueda, te tira. Adiós, mi vida.

—Adiós —dijo Holly, y se besó la punta de los dedos.

En el tren, tras un cuarto de hora de vacilación mental entre pensar en Holly, leer el periódico y contemplar el paisaje, se sumió en la lectura de un librito cuadrado, todo lleno de nombres, pedigrees y datos sobre caballos. El Forsyte que llevaba dentro le inclinaba a la adquisición de un tipo de caballo, mientras que el Dartie le hacía tender a otro. Tras su vuelta a Inglaterra, después de haber vendido ventajosamente su granja y material, observó que el sol brillaba rara vez en su patria, y pensó: «Tengo que hacerme indispensablemente de un interés por la vida, pues sino, en este país me muero de tristeza. La caza no va a ser bastante. Me dedicaré a criar y a entrenar».

Con esa pequeña dotación extra de agudeza que da el vivir largo tiempo en otro país, Val había visto los puntos flacos de los procedimientos de cría. Todo el mundo se dejaba hipnotizar por la moda y los precios altos. Él compraría caballos buenos, y lo demás no le importaba. Pero ahora se sentía hipnotizado por una clase de sangre determinada. Casi inconsciente se dijo: «Hay algo en este condenado clima que le hace a uno marearse. De todas formas, debo probar los caballos de sangre de Mayfly».

Y pensando así, llegó a la Meca de sus esperanzas. Era uno de esos días aptos para disfrutar viendo caballos mucho más que viendo libras, y así, Val se fue a ver caballos. Sus veinte años de vida colonial, quitándole el dandysmo en que se había criado, le habían dejado las condiciones fundamentales del hombre de caballos, y le habían dado acierto para ver lo que llama «el tartamudear tonto» de algunos ingleses y «el cotorrear» de algunas inglesas. Holly no tenía nada de eso, y Holly era su modelo. Observador, despierto y pronto de recursos, Val se fue inmediatamente al grano del negocio, y ya se dirigía a comprar una jaca de Mayfly, cuando una voz calmosa dijo a su lado: «Señor Val Dartie… ¿Cómo está su señora? Espero que bien», y vio que era el belga que había conocido en casa de su hermana Imogen.

—Próspero Profond, para servirle. Le espero a almorzar —dijo la voz calmosa.

— ¿Cómo está usted? —murmuró Val.

—Estoy muy bien —contestó monsieur Profond, sonriendo con una lentitud inigualable.

Sí; era un diablo divertido; Holly tenía razón. Su mirada era algo diabólica, como su aspecto, con aquella barbita negra acabada en punta, con un ligero aire soñoliento y con reflejos inesperadamente inteligentes en los ojos.

—Hay un caballero que quiere conocerle. Es primo suyo, el señor Jorge Forsyte.

Val vio un gran corpachón, un rostro pulcramente afeitado, bovino, con una mirada sardónica en los ojos grises; le recordaba oscuramente de cuando cenaba con su padre en el Iseum Club.

—Yo iba mucho a las carreras con tu padre —decía Jorge—. ¿Te interesaría comprar alguno de mis caballos?

—No sabía que a usted le interesaran estas cosas —dijo Val a monsieur Profond.

—No me interesa, no. No soy hombre de yate. Tampoco me importan los yates, pero me gusta verme con mis amigos. Tengo un poquito de almuerzo, señor Val Dartie, un poquitito de almuerzo. Si quiere compartirlo con

nosotros… No es mucho, no…, verdaderamente un poquito… En mi coche.

—Gracias, es usted muy amable. Vendré dentro de un cuarto de hora.

—Es allí. Míster Forsyte también almuerza con nosotros —y monsieur Profond señaló con un dedo enguantado en amarillo—. El coche pequeñito, con almuerzo pequeñito —y se marchó, lento, lejano, adormilado.

Jorge Forsyte le seguía gordo, limpio, con su eterno aire de bromista.

Val se quedó mirando la jaca de Mayfly. Jorge Forsyte era viejo, pero Profond tendría su misma edad; Val se sentía extremadamente joven y miraba la jaca como si fuera un juguete del que los otros se reirían.

—Esa pequeña yegua —le pareció oír a monsieur Profond—, ¿qué tiene de particular?

Y Jorge Forsyte, compinche de su padre, todavía en asuntos de caballos… Pero bueno, la sangre de los caballos Mayfly ¿era mejor que otras sangres, o no? Tampoco estaría mal comprar otra clase de caballo.

«¡No, caramba! —se dijo—. Si no merece la pena criar caballos, ¿qué vale la pena en este mundo? ¿A qué he venido aquí? Voy a comprarla».

Se quedó mirando la oleada de visitantes de la dehesa que se dirigían hacia el stand de la venta de caballos; elegantes viejos sonrientes, muchachos de aire despierto, judíos, entrenadores profesionales que aparentaban no haber visto un caballo en su vida; altas, airosas y lánguidas mujeres, o mujeres vivarachas que hablaban en voz alta; jovenzuelos con aspecto de tomar todo aquello muy en serio, dos o tres de ellos mancos…

«Aquí la vida es un juego —pensó Val—. Sonar de campanillas, correr de caballos, correr de dinero…».

Pero alarmado ante su filosofía, se acercó a ver trotar la jaquita. Se movía bien. Tras mirarla un poco, se dirigió al coche «pequeñito». El almuerzo «pequeñito» era de la clase de los que el hombre se atreve a soñar a veces y no consigue nunca. Cuando terminaron, monsieur Profond le acompañó a ver otra vez la jaca.

—Su señora es muy guapa —dijo, dejando sorprendido a Val.

—Para mí, la más guapa del mundo —respondió éste secamente.

—Sí. Tiene una cara muy bonita. Yo admiro a las mujeres bonitas.

Val le miró lleno de recelos; pero había algo amable y sincero en el aire diabólico de su acompañante que le desarmó por completo.

—Cuando ustedes quieran acompañarme en mi yate, tendré mucho gusto en organizar para ella un pequeño crucero.

—Gracias —dijo Val, otra vez pertrechado de todas sus armas—. Mi mujer aborrece el mar.

—Yo también —dijo monsieur Profond.

—Entonces, ¿por qué navega?

Los ojos del belga sonrieron.

—No lo sé. Es que he hecho de todo. Esto es lo último que estoy haciendo.

—Debe de ser muy caro. Creo que tendrá otra razón para hacer una cosa que no le gusta y que le cuesta buen dinero.

Monsieur Profond levantó las cejas.

—Yo soy un hombre sencillo, sin complicaciones de ésas —dijo.

— ¿Ha estado usted en la guerra?

—Sí…, también he hecho eso. Resulté gaseado; fue algo desagradable —y sonrió con aire soñoliento y de prosperidad, como captado de su nombre.

Aquel hombre le pareció a Val capaz de todo. Entre el grupo de compradores que observaba la jaca, monsieur Profond le preguntó:

— ¿Va usted a pujar en la subasta?

Val asintió. Con aquel Satanás a su lado, necesitaba de la fe. Aunque colocado a resguardo de los últimos golpes de la Providencia por la previsión de un abuelo que le había atado a mil libras al año, a lo que se añadían las mil a que su abuelo había atado a Holly, Val no tenía demasiado dinero que gastar. Y pronto hubo de decirse: «¡Maldita sea! ¡Se me escapa…!». Su límite —seiscientas— se vio sobrepasado; dejó de pujar. La jaca fue vendida en setecientas cincuenta guineas. Se daba ya la vuelta malhumorado, cuando la voz lenta de monsieur Profond le dijo al oído:

—Oiga: he comprado esa jaquita, pero no la quiero; cójala usted y regálesela a su señora.

Val miró a aquel hombre con renovada sospecha, pero el buen humor que reflejaban sus ojos era tal que no pudo ofenderse.

—Hice algún dinero en la guerra —explicó monsieur Profond en respuesta a aquella mirada—. Tenía acciones en Compañías de armamentos. Y me gusta gastarlo. Yo siempre estoy haciendo dinero, y para mí necesito muy poco. Me gusta que disfruten mis amigos.

—Pues le compraré el animal al precio que ha pagado —dijo Val con resolución repentina.

—No; usted se lo lleva. Yo no lo quiero.

— ¡Pero, hombre, yo no voy a…!

— ¿Por qué no? Yo soy amigo de su familia.

—Es que setecientas cincuenta guineas no son una pequeñez —dijo Val, impaciente.

—Bueno, guárdeme la jaca hasta que yo la necesite, y mientras tanto haga lo que quiera de ella.

—En el entendido de que es suya, no me importa llevármela.

—Pues de acuerdo —dijo monsieur Profond marchándose.

Val se quedó mirándole. Podía ser un «diablo divertido», pero podía ser otra cosa. Le vio reunirse con Jorge Forsyte, y luego le perdió de vista.

Aquellas noches las pasaba en casa de su madre, en la calle Green.

Winifred Dartie, a los sesenta y dos años se conservaba muy bien, sobre todo si se tenían en cuenta los treinta y tres que había tenido que soportar a Montague Dartie, hasta que la suerte quiso librarla de él en una escalera de Francia. El regreso de su hijo de África le producía la mayor satisfacción imaginable; además había tomado cariño a su nuera. Winifred, que en sus últimos años de soltera había estado en la vanguardia de la libertad, del placer y de la moda, confesaba que su juventud no había sido nada en comparación con la de las doncellas del día. Éstas parecían, por ejemplo, considerar el matrimonio como un incidente sin importancia, y Winifred lamentaba muchas veces no haber sido del mismo criterio ella también; un segundo, tercero, cuarto incidente podrían haberle llevado a tener un marido de menos brillantes condiciones malas; aunque, después de todo, el que tuvo le había dejado a su Val, a Imogen, a Maud, a Benedicto (casi coronel y sin un rasguño en la guerra), ninguno de los cuales se había divorciado todavía. La formalidad de sus hijos sorprendía a quienes recordaban al padre pero como a ella le gustaba explicárselo, es que todos eran Forsyte, salidos a ella, excepto quizá Imogen. La «chiquilla» de su hermano, Fleur, extrañaba francamente a Winifred. Aquella niña era tan agitada como todas las de su generación. «Es una llamita en una corriente de aire», había dicho tras una cena Próspero Profond. Pero no hacía la tonta ni hablaba a gritos. El firme forsyteísmo temperamental de Winifred lamentaba el modo de ser de la joven y sobre todo su frase constante: «Todo va a ser de todos. Hay que gastar, que mañana seremos pobres». Le encontraba de bueno que una vez que deseaba con empeño una cosa, no dejaba de desearla hasta que la conseguía, lo que suponía considerable ahorro. Además la chica era muy bonita, y daba prestigio llevarla al lado, con el buen gusto francés de su madre para vestirla y el buen gusto, heredado de ella, que tenía para llevar sus vestidos; todo el mundo se volvía para mirar a Fleur, cosa del agrado de Winifred, que, enamorada del buen estilo y de la distinción, se

había visto tan cruelmente engañada en el caso de Montague Dartie.

Hablando de ella con Val, en el desayuno del sábado por la mañana, Winifred trató del secreto de la familia.

—El asunto ese de tu suegro, Val, y de tu tía Irene es ya más viejo que los cerros, y desde luego Fleur no tiene por qué saber nada. Tu tío Soames no transige en ese punto. Habéis de tener cuidado.

—Sí; pero el problema es que Jon, el medio hermano de Holly, viene con nosotros mientras aprende de granjero. Ya estará en casa.

— ¡Ah!, ¿sí? —dijo Winifred—. Y ¿cómo es el chico? Eso desde luego es una dificultad.

—Yo no le he visto más que una vez, en Robin Hill, cuando estuvimos en Inglaterra en 1909; andaba vestido de indio y pintarrajeado de colores. Me hizo mucha gracia.

Winifred dijo que sí, que aquello era muy gracioso, y añadió tranquilizadora:

—Bueno, Holly es prudente; ya sabrá manejarse bien. Yo no le diré nada a tu tío, pues sólo serviría para preocuparle. ¡Qué gusto que estés aquí, hijo, ahora que ya soy vieja!

— ¿Cómo vieja? Estás tan joven como siempre. Oye: ¿y qué clase de pájaro es ese Profond? ¿Es persona decente?

— ¡Próspero Profond! ¡El hombre más divertido que he visto en mi vida!

Val le contó la historia de la jaca.

—Eso es un detalle muy propio de él —murmuró Winifred—. Siempre está haciendo cosas así.

—Sí —dijo Val con agudeza—. Nuestra familia no ha tenido suerte con esa clase de ganado; son muy ligeros de cascos para nosotros.

Era la verdad, y la meditación de Winifred duró bastantes minutos antes que respondiera.

—Bueno, sí. Pero es un extranjero, Val, y hay que tener alguna tolerancia con sus costumbres.

—Muy bien. Usaré su jaca y se la pagaré de alguna forma.

Y dando un beso a su madre, se despidió, dirigiéndose a la estación Victoria.

VI

Jon

La señora de Val Dartie, tras veinte años de estancia en Sudáfrica, se había enamorado, afortunadamente, de algo de su país: de la visión que se columbraba desde las ventanas de su casa, de la luz fría y clara de los verdes Downs. ¡Era Inglaterra otra vez! Inglaterra, al fin, más bella de lo que había soñado. La casualidad había llevado a los Darties a un lugar donde los South Downs tenían un encanto verdadero cuando el sol brillaba. Holly tenía mucho de la capacidad de su padre para captar las calidades de la belleza, y era una delicia que casi nunca intentaba compartir con Val, cuya admiración por la Naturaleza se confundía con el instinto forsyteano de sacar algo de ella, como, por ejemplo, el interés que en su marido despertaba un prado como posible campo de ejercicio de caballos.

Cuando llevaba el Ford hacia casa, con humorística suavidad, se prometió que lo primero que haría con Jon sería llevarle a contemplar el paisaje, bellísimo bajo aquel cielo de mayo.

Esperaba a su hermano con un sentimiento maternal que Val no había podido amortiguar. Una visita a Robin Hill de tres días de duración, tras su llegada a Inglaterra, no le había permitido verle, pues estaba todavía en el colegio. Así, pues, el único recuerdo que de él tenía era el de un niño pintarrajeado que jugaba a los indios junto al estanque.

Aquellos tres días en Robin Hill habían sido pródigos en emociones: recuerdos de su hermano muerto, recuerdos de su noviazgo con Val; el ver envejecer a su padre, a quien no había visto en veinte años y en el que notaba algo mortal en su irónica suavidad, pues no podía escapársele a espíritu tan fino; sobre todo, la presencia de su madrastra, a la que aún recordaba vagamente como «la señora de gris» de los días en que ella era pequeñita, y vivía el abuelo, y mademoiselle Beauce se enfadaba porque aquella intrusa le daba lecciones de música. Todo aquello confundía y atormentaba su espíritu, que había soñado tanto con Robin Hill y que hubiera querido hallarlo exactamente igual a su llegada. Pero a Holly le gustaba guardarse para ella sus propios sentimientos, y todo había marchado bien.

Su padre, al marchar, la besó con labios que notó temblorosos.

—Bien, hija mía —le dijo—. La guerra no ha cambiado, Robin Hill. Si hubieras podido traer a Jolly contigo… Fuera de eso, es el marco de siempre para nuestras vidas, ¿no te parece? Pero creo que cuando el roble muera, desaparecerá.

Del calor del abrazo de su hija probablemente dedujo que había

descubierto sus sentimientos, pues en seguida se refugió en la ironía.

— ¡Marco de nuestras vidas! ¡Qué palabras tan raras!… Cuando se dicen una vez se advierte que nuestras vidas no tienen marco ni norma…

— ¿Por qué? —preguntó Holly.

—Piensa en la manera de tomar una fotografía; es menester que haya algo material que mantenga la luz y la sombra: es el marco. Pero en la fotografía no se advierte. ¿Es que no es un agente, un medio material, entonces? Creo que acabaremos llamando al espíritu materia, o a la materia, espíritu. De todas formas, cuando el roble muera…, desaparecerá todo: nuestra vida, nuestro pasado, todo…

—Pero sobreviviremos, papá. ¿No lo crees así?

Jolyon la había mirado profundamente, y la tristeza de su mirada, que no consiguió disimular por entero, la impresionó con viveza.

—Yo, hija mía, bien quisiera sacar algo de la muerte. Llevo algún tiempo mirándola de cerca. Pero me parece que las emanaciones del almacén del mundo no interesan a los que no están en él, a los vivos. ¡Ojalá yo os interesara después!

Holly había apretado los labios contra la frente de su padre con la impresión de que efectivamente toda materia es espíritu. ¡Le pareció algo tan inmaterial, tan inconcreto, aquella frente!…

Pero el recuerdo más patético que conservaba de la breve visita a su vieja casa era el de su madrastra, a la que vio, sin ser vista, leer una carta de Jon. Era Irene leyendo la carta, no le cabía duda alguna, la visión más bella que jamás había contemplado. Irene, absorta en la carta de su hijo, la leía ante una ventana donde daba plenamente la luz, donde se veían perfectamente su rostro hermoso y su pelo gris; movía los labios, sonriendo; sus ojos negros reían también, danzando felices de renglón a renglón, y la mano que no mantenía la carta la tenía apoyada en el pecho. Holly se retiró de su observación convencida de haber visto la expresión del amor perfecto y convencida de que Jon tenía que ser bueno.

Cuando le vio salir de la estación, con una maleta en cada mano, confirmó su predisposición favorable. Se parecía algo a Jolly; pero de mirada ansiosa y de aire menos formal, con ojos más profundos y cabello más brillante, sin sombrero. Un hermanito atractivo e interesante.

Su cortesía la encantó: quedó tristísimo de que fuera ella quien tuviera que llevar el Ford para ir a casa, en vez de ser él quien la llevara a ella. ¿No le permitiría probar? En Robin Hill no tenían coche desde la guerra, y él había guiado sólo una vez. Pero había aterrizado en un bancal bastante confortable,

así que podía confiar en que no la mataría. Su risa, suave y contagiosa, era de lo más atrayente —aunque Holly había oído que aquella palabra había pasado de moda—. Cuando llegaron, sacó él una carta completamente arrugada, que ella leyó mientras se lavaba; una carta muy breve, que a su padre le habría producido mucho dolor escribir:

Querida hija:

Tú y Val no tenéis que olvidar que Jon no sabe nada de la historia familiar. Su madre y yo creemos que es demasiado joven todavía. Es muy bueno y las niñas de los ojos de su madre. Verbum sapientibus.

Tu padre que te quiere,

J. F.

Esto era todo, pero lo suficiente para renovar en Holly el pesar porque Fleur fuera entonces a su casa.

Después de merendar cumplió la promesa que se había hecho y llevó a Jon a admirar el paisaje. Hablaron mucho, sentados en el vértice de una pequeña colina. Flores brillantes lucían como estrellas sobre la ladera verde; las alondras cantaban, y entre los arbustos gorjeaban los malvises, y de vez en vez una golondrina, isla solitaria en el cielo, giraba su cabeza en el gris del atardecer, brillando a la luz de la luna que te insinuaba. Llegaba a ellos una dulce fragancia, como si seres invisibles corretearan agitando las flores y la hierba en su obsequio.

Jon, que había caído en profundo silencio, dijo de repente:

—Oye: esto es maravilloso. Aquí no hay camelo; vuelos de golondrinas y sonar de esquilas de ganado…

—Oye, oye…: ¡eres un poeta!

Jon suspiró.

— ¡No te rías! No valgo para eso.

—Tú prueba. A tus años yo hacía, de vez en vez, mis poemas…

— ¡Ah!, ¿sí? Mamá también me dice que pruebe. Pero no me animo nunca. ¿Tienes tú algo que pudiera yo ver?

— ¡Hombre, no!… —murmuró Holly—. Llevo casada diecinueve años. Sólo escribía versos cuando quería casarme.

— ¡Oh! —dijo Jon, y volvió la cara a otra parte.

La mejilla de su hermana podía ver tenía un color vivísimo. ¿Estaba ya Jon «tocado en vuelo», como Val decía? ¿Ya? Si era así, mejor que mejor; ni

miraría a Fleur. Además, el lunes empezaría con lo de la granja. Y se sonrió. ¿Era Burns el que manejaba el arado, o era Piers Plowman?. Casi todos los muchachos y la mayoría de las muchachas se empeñaban en ser poetas en aquellos tiempos. Ella había leído muchos de sus libros en África, importados por Hatchus y Bumphards. Eran muy buenos, muy buenos: mucho mejores que ella en su tiempo. Otra larga conversación, después de cenar, ante el fuego encendido en el hall de abajo, y le quedó poco o nada que saber de Jon, como no fuera algo de mucha importancia que mantuviera callado. Se despidió Holly de él a la puerta del dormitorio que le había preparado, y tras mirar dos veces que todo estaba en orden, se fue convencida de que le tomaría cariño y de que Val le querría también. Era un oyente magnifico, simpático y comprensivo y muy dado a burlarse un poco de sí mismo. Era evidente que quería a su padre y que adoraba a su madre. Le gustaba montar, remar y hacer esgrima más que jugar. Salvaba las polillas que iban a ser devoradas por las llamas. No podía aguantar las arañas; pero las sacaba de la habitación en un papel sin matarlas. Y Holly se retiró a dormir pensando que era muy cariñoso y que sufriría terriblemente si alguien le hiciera daño. Pero ¿quién iba a hacerle daño?

Por su parte, Jon se quedó despierto mucho rato junto al balcón, con un papel y un lápiz en la mano, haciendo su primera poesía a la luz de la lámpara, porque, desgraciadamente, la luna no alumbraba lo necesario, y sólo lo bastante para dar encanto a la noche, como si estuviera cuajada en plata: verdadera noche para pasear con Fleur y mirar sus ojos… Y Jon, con el entrecejo fruncido, escribía y escribía, y rompía el papel, y volvía a escribir de nuevo, e hizo todo lo necesario para la creación artística; y tenía la misma impresión que debían tener los primeros vientos primaverales al soplar entre las flores primeras. Jon era uno de esos muchachos (no hay muchos) en quienes el amor por la belleza cultivado en el hogar resiste con éxito la vida de colegio. Tenía que guardárselo para sí, desde luego, y ni el profesor de dibujo se había percatado de nada; pero él allí lo tenía, exigente y limpio, en su alma. Y su poema le pareció tan pequeño y flojo como bella y etérea la noche. Pero lo conservó de todas formas. Era una «bobada», desde luego; pero más valía eso que nada, como expresión de lo inexpresable. Y pensó, lamentándose: «No podré enseñárselo a mamá». Durmió terriblemente bien, cuando durmió, todavía sorprendido por la novedad.

VII

Fleur

Para evitar preguntas difíciles de contestar, todo lo que Holly dijo a Jon fue:

—Va a venir una muchacha con Val a pasar el fin de semana.

Y por la misma razón, todo lo que Fleur había oído fue esto:

—Tenemos un muchacho en casa.

Los dos «críos», como Val los llamaba para sí, se encontraron de una manera que, por falta de imprevisión, no tenía nada que desear. Los presentó así Holly:

—Éste es Jon, mi hermanito; ésta es Fleur, una prima nuestra, Jon.

Jon, que salía de un balcón donde tomaba el sol, quedó tan confundido por la naturaleza providencial de aquel milagro, que tuvo tiempo de dejar que Fleur hablase la primera, diciéndole, como si no le hubiese visto nunca: «¿Cómo estás?», y de comprender, ante el movimiento más leve imaginable, qué tenía que hacer que no la conocía de nada. Hizo una inclinación de cabeza sobre la mano que le tendía, y quedó más callado que un muerto. Sabía que le convenía callar, pues una vez, de pequeño, en que su madre le sorprendió leyendo en la cama, dijo: «No hacía más que volver las hojas», a lo que Irene le había respondido: «Mira, Jon: no digas nunca mentiras, porque se te conoce en la cara».

Y aquello había minado para siempre la confianza en sí mismo, necesaria para el éxito de la falta a la verdad en el dicho. Se limitó, por tanto, a escuchar las rápidas y vehementes alusiones de Fleur a lo bonito que era todo, le sirvió pródigamente los manjares y se marchó en cuanto terminaron. Se dice que en el delirium tremens se ve siempre el mismo objeto, generalmente en negro, que de pronto cambia de forma y posición. Jon veía siempre el mismo objeto: tenía ojos negros y cabello bastante oscuro, y cambiaba de posición, pero nunca de forma. El conocimiento de que entre él y aquel objeto había un entendimiento secreto (aunque él no entendía mucho lo que pasaba), le exaltaba hasta la fiebre y empezó a copiar en limpio su poema —que, claro, nunca se atrevería a enseñar—, hasta que un ruido de herraduras le hizo reaccionar y asomarse al balcón, desde donde la vio montar a caballo con Val. Era natural que no perdiera el tiempo; pero el ver aquello le llenó de dolor. Él sí que había hecho el tonto: si no se hubiera ido tan apresuradamente, le hubieran dicho que fuera con ellos. Y desde el balcón los vio desaparecer, aparecer otra vez, desaparecer de nuevo y volver por segunda vez.

— ¡Qué burro soy! —exclamó casi en voz alta—. ¡Qué manera de perder las oportunidades!

¿Por qué no había de tener dominio de sí mismo y calma? Y con el mentón

entre los puños empezó a imaginar lo que hubiera sido aquel paseo con ella. Un fin de semana es sólo un fin de semana, y él había perdido tres horas tontamente. ¿Había alguien en el mundo tan necio como él? Si lo había, no lo conocía; que no lo habría, no…

Se vistió temprano para la cena y bajó el primero. No volvería a perder el tiempo. Pero Fleur vino la última. Se sentó frente a ella en la mesa, y fue terrible…, imposible decir nada por miedo a decir lo que no debía; imposible mirarla siempre, pero con naturalidad. En definitiva: imposible tratar normalmente a la persona con quien en imaginación se ha paseado por las montañas y por lugares lejanos. Además, tenía la triste seguridad de que le estaba pareciendo, y a todos, un tonto incapaz de decir nada. ¡Sí, era terrible! … ¡Y ella, que estaba hablando tan rebién!… Era maravilloso ver cómo dominaba un arte que a él le parecía tan difícil. A ella le estaría pareciendo tonto sin cura posible.

Los ojos de su hermana, fijos en él con suma extrañeza, le hicieron mirar a Fleur; pero instantáneamente Fleur, abriendo mucho los suyos, pareció decirle: «¡Por el amor de Dios!…», lo que le llevó a mirar a Val, que a su vez le hizo un guiño que le obligó a mirar su chuleta, que, como no tenía ojos ni guiñaba, le tranquilizó y se la comió entera.

—Jon va a dedicarse a granjero —oyó decir a Holly—. Granjero y poeta.

La miró con reproche, le vio levantar burlonamente el entrecejo, exactamente como hacía su padre; tuvo que reírse y se sintió mejor.

Val contó el extraño encuentro con monsieur Próspero Profond; y nada pudo ser más del agrado de Jon, pues Val miraba a Holly, Holly miraba a Val, y él miraba a Fleur, mientras que Fleur parecía ensimismada en algún pensamiento muy hondo. Llevaba un vestido blanco, muy sencillo y bien hecho, con los brazos sin mangas, y en el pelo tenía prendida una rosa blanca. En aquel breve momento de libre contemplación, después de tanta turbación. Jon la vio sublimada, como en la oscuridad se ve un árbol frutal esbelto y blanco; la captó en la esencia de su belleza como se capta en un instante el significado de un verso, o una melodía que flota en el aire y muere en la distancia.

Se preguntó cuántos años tendría; parecía tener más dominio de sí misma que él. ¿Por qué había de ocultar que se habían visto antes? Y recordó repentinamente la cara de su madre, extrañada, dolorida, cuando le contestó: «Sí, son parientes, pero no nos tratamos». Era imposible que su madre, que amaba la belleza, no amase a Fleur si la conocía.

A solas con Val después de cenar, le acompañó para tomar una copita y contestó a las preguntas del recién descubierto cuñado. Por lo que se refería a

caballos, primicísima cuestión para Val, podría montar el potro castaño, ocupándose de ensillarlo y desensillarlo y de cuidarlo en general, ya que iba a ser el suyo. Jon explicó que sabía hacer todo perfectamente, pues lo había hecho siempre en su casa, y comprendió que había ascendido un punto en la consideración de su cuñado.

—Fleur —dijo Val— no sabe montar muy bien todavía, pero es lista y aprenderá. Su padre es el que no distingue un caballo de una carretilla. Y tu padre ¿monta?

—Montaba bastante; pero ya es…, ya es… —y se detuvo, pues odiaba la palabra viejo.

Su padre era viejo, sí; pero no era viejo, no…, ¡nunca!

—Sí —dijo Val—. Yo conocía a tu hermano. Fuimos los dos a Oxford…, el que murió en la guerra con los bóers… Una vez nos pegamos en el jardín de uno de los colegios. Fue una cosa rara, y de ahí salieron luego muchas cosas —murmuró.

Jon abrió unos ojos como platos. Todo le empujaba hacia la investigación histórica, cuando la voz de su hermana sonó suavemente en la puerta.

—Venid aquí, vosotros…

Y se levantaron, teniendo que contentarse Jon con cosas contemporáneas.

Fleur había declarado que el tiempo era maravilloso, y salieron. La luna pintaba de blanco la hierba cuajada de rocío, y en la esfera de un viejo reloj de sol hacía al gnomon proyectar una larguísima sombra. Dos arriates de flores, perpendiculares, oscuros y cuadrados, separaban el huerto. Fleur se dirigió hacia allí.

— ¡Venid! —dijo.

Jon miró a los otros y la siguió. Iba corriendo entre los árboles como un fantasma. Todo era bello y como de espuma por donde ella pasaba, y había un profundo olor a tronco de árbol y a ortigas. Desapareció. Creyó que la había perdido, echó a correr y casi se dio de bruces con ella, que estaba parada, inmóvil.

—Qué bonito es esto, ¿verdad? —exclamó ella.

Y Jon respondió:

— ¡Mucho!

Cogió ella una ramita, la rompió y la tiró. Luego dijo:

—Podré llamarte de tú, ¿verdad?

—Claro que sí…

—Muy bien. Pero no sé si sabes que hay una vieja división, por disgusto, entre nuestras familias.

Jon quedó sorprendidísimo.

— ¿División? ¿Y por qué?

—Suena tan romántico y tan tontito… Por eso es por lo que he hecho como que no nos conocíamos. ¿Quieres que mañana nos levantemos temprano y demos un paseo antes del desayuno y hablamos de todo? A mí no me gusta la lentitud en nada…

Jon asintió entusiasmado.

—Entonces, a las seis. Me parece que tu madre es guapísima.

Y Jon dijo con fervor:

—Sí, sí que lo es.

—A mí me encanta la belleza, cuando es excitante. Los griegos no me gustan nada.

— ¿No? ¿No te gusta Eurípides?

— ¡No!… No puedo soportar la tragedia griega. Son siempre larguísimas. Yo creo que lo bello ha de ser rápido. Me gusta mirar un cuadro por un momento y marchar en seguida a ver otro. Y no puedo resistir muchas cosas juntas. Mira: creo que esta flor, por ejemplo —y levantó una que había cogido —, es más hermosa que todo el huerto.

Y de pronto, con la otra mano, cogió la de Jon.

—De todas las cosas del mundo, la peor es tener que disimular. Mira: huele esto.

Jon convino que lo más insoportable era el disimulo, y besó la mano que había cogido la suya.

—Eso es bonito y anticuado —dijo Fleur tranquilamente—. Pero estás muy callado, Jon. Sin embargo, me gusta el silencio cuando es breve. ¿Crees que tiré el pañuelo a propósito?

— ¡No! —exclamó Jon, sorprendido.

—Pues sí, lo hice aposta. Y vamos a volvernos, no se crean ésos que esto también es aposta —y otra vez corrió como un fantasma entre los árboles.

Jon la siguió con el corazón rebosando amor y primavera. Llegaron al sitio de donde habían partido, Fleur andando tranquilamente.

—Esto es una maravilla —dijo Fleur, ensoñadora.

Jon guardó silencio, esperando desesperadamente que a ella le pareciera breve.

Fleur le dijo «buenas noches» como distraída y casualmente, y con tan fría naturalidad, que por un momento pensó si no había estado soñando.

En su habitación, se quitó Fleur su vestido y se puso una bata muy cómoda, dejando la flor blanca en el pelo. Parecía una estatuilla japonesa, envuelta en un quimono, sentada en la cama con las piernas cruzadas y escribiendo a la luz de la mesilla de noche.

Mi queridísima Cherry:

Creo que estoy enamorada. Tengo eso metido en la cabeza, aunque la sensación es más abajo, en el corazón. Es un primo segundo mío. Es un crío: seis meses mayor y diez años más joven que yo. Los chicos se enamoran siempre de chicas mayores, y las chicas, de chiquillos o de hombres de cuarenta. No te rías, pero sus ojos son los más leales que he visto en mi vida. Además, es divinamente silencioso.

Tuvimos un encuentro de lo más romántico en Londres, junto a la Venus de Vospovitch. Y ahora está durmiendo en la habitación inmediata a la mía, y la luz de la luna ilumina las flores; y mañana por la mañana, antes que nadie se despierte, vamos a ir a pasearnos por el país de hadas de estos Downs. Hay una vieja disensión entre nuestras familias, que hace que todo sea interesantísimo. Sí, y tendré que usar subterfugios y recurrir a ti para que nos invites a los dos. Mi padre no quiere que nos conozcamos, pero yo no puedo evitarlo. La vida es demasiado corta.

Tiene una madre que es toda una belleza, de cabello plateado y con ojos negros en una cara divinamente joven. Estoy en casa de su hermana, que se casó con un primo mío; todo es muy confuso, pero mañana estoy dispuesta a sonsacarla. Nosotras hemos hablado muchas veces del amor diciendo que es una tontería. Pero la tontería es decir que es tontería; es algo formidable, y cuanto antes lo sientas, mejor.

Jon (no es John, sino abreviatura de Jolyon, que es un nombre importante en mi familia, según dicen) es de la clase de chicos que te vuelven loca: alto, y seguramente crecerá más, y creo que va a ser poeta. Si te ríes de mí, hemos terminado para siempre. Me doy cuenta de que existe toda clase de dificultades; pero ya sabes que cuando yo me propongo una cosa, la consigo. Uno de los efectos del amor es que se ve el aire como habitado por alguien o por algo, lo mismo que se le ve la cara a la luna, y te sientes…, le sientes con gana de balar y muy buena al mismo tiempo. Una sensación muy divertida. Éste es mi primer amor, y me parece que va a ser el último, lo que es absurdo,

claro, con todas las leyes de naturaleza y de la moral. Si te ríes de mí, te pego, y si se lo dices a alguien, no te perdonaré nunca. Y, mira, tanto es así, que me parece que no te voy a enviar esta carta. Lo consultaré con la almohada. Adiós, Cherry.

FLEUR.

VIII

Idilio sobre la hierba

Cuando los dos jóvenes Forsytes llegaron a la cumbre de la loma y orientaron sus caras al Este en busca del sol, no había ni una nube en el cielo y los Downs estaban cubiertos de rocío. Habían trepado a buen paso la ladera y estaban algo sofocados en su respirar; si tenían algo que decirse, no se lo dijeron, sino que marcharon con la torpeza del madrugón y de la falta de desayuno, bajo el canto de las alondras. La escapada había sido divertida; pero en la libertad de las cumbres cesó la impresión de conspiración, sustituyéndose por un gran silencio.

—Hemos cometido un gran error —dijo Fleur, después de andar una buena media milla—. Tengo hambre.

Jon sacó una pastilla de chocolate. Se la repartieron y sus lenguas se sintieron más sueltas. Discutieron la naturaleza de sus casas y de su vida anterior, que parecía algo totalmente irreal en aquellas alturas solitarias. En el pasado de Jon no quedó más que una cosa concreta: su madre; y una sola también en Fleur: su padre. Y de ambos, como si en la lejanía vieran sus rostros llenos de reproche, hablaron poco.

El terreno se ahondaba y se alzaba otra vez hacia Chanctonbury Ring; un destello del mar lejano llegó a su vista; un gorrión volaba frente al sol, de forma que sus alas marrones parecían de sangre. Jon tenía pasión por los pájaros y aptitud para estarse muy quieto y poder verlos de cerca. De vista aguda y con buena memoria para recordar lo que gustaba, merecía casi la pena oírle hablar de pájaros. Pero en Chanctonbury Ring no había ninguno, y sus alrededores parecían vacíos de vida y casi gélidos a hora tan temprana; de buena gana llegaron a la zona soleada ascendente. Ahora le tocaba a Fleur; habló de perros y de la forma que la gente tiene de tratarlos. ¡Era horroroso aquello de tenerlos atados con cadenas! Con mucho gusto azotaría a la gente que hacía semejante cosa. Jon quedó sorprendido de saberla tan humanitaria. «Conocía un perro —le dijo— al que su dueño había tenido tantos años atado a su caseta, que el pobre animal se había quedado mudo a fuerza de

desgañitarse a ladrar».

—Y lo peor es —dijo con vehemencia— que si el pobre perro no ladra siempre que pase alguien, el amo ni siquiera lo querrá. Creo que los hombres son brutos con algo de inteligencia. Yo lo he soltado dos veces sin que se dieran cuenta; las dos veces casi me ha mordido; luego se vuelve loco de alegría… Pero al final acaba volviendo a su dueño, que lo encadena de nuevo. Si pudiera, encadenaría yo a ese hombre —y Jon vio que sus ojos y dientes brillaban—. Le marcaría a fuego la palabra bruto sobre la frente. Así aprendería…

Jon convino en que no estaría mal aquello.

—Es el sentimiento de la propiedad —dijo— lo que hace a los hombres encadenar a los animales. La generación pasada no pensó más que en la propiedad, y por eso ha habido guerra.

— ¡Oh! —exclamó Fleur—. Nunca se me había ocurrido eso. Tu familia y la mía riñeron por cuestiones de propiedad. Pero de todas formas, las dos familias han quedado bien acomodadas…; por lo menos supongo que la tuya estará bien.

—Sí… Y menos mal, pues yo no creo que valgo mucho para hacer dinero.

—Si valieras, a mí no me gustaría.

Jon deslizó una mano temblorosa bajo el brazo de ella.

Fleur miró de frente y cantó:

Jon, Jon, el hijo del granjero,

robó un cerdo y salió corriendo.

El brazo de Jon se ciñó a la cintura de ella.

—Esto es bastante prematuro —dijo Fleur con mucha calma—. ¿Estás muy acostumbrado a hacerlo?

Jon retiró el brazo. Pero rompió a reír y volvió a llevarlo donde lo pusiera. Y Fleur volvió a cantar:

¡Oh!, ¿quién será que por el campo libre,

¡oh!, quién será que conmigo cabalgue?

¡Oh!, ¿quién será que se levante a seguirme?

— ¡Canta, Jon!

Jon cantó. Las alondras los acompañaron, y los acompañaron las esquilas de unas ovejas y la campana madrugadora de una iglesia, allá por Steyning.

Fueron de melodía en melodía, hasta que Fleur dijo:

— ¡Dios mío! ¡Ahora sí que tengo hambre!…

—Lo siento.

Ella le miró a la cara.

—Jon, eres un encanto.

Y apretó la mano que la abrazaba contra su cintura. Jon casi se desvaneció de felicidad. Un perro blanco y amarillo, que corría tras una liebre, les dio un susto que los hizo separarse. Vieron cómo ambos animales desaparecían a lo lejos, y Fleur dijo con un suspiro:

—Quiera Dios que no la coja. ¿Qué hora es? Mi reloj está parado. Es que nunca me acuerdo de darle cuerda.

Jon miró al suyo.

— ¡Caramba! —dijo—. El mío se ha parado también.

Echaron a andar de nuevo, cogidos de la mano.

—Parece que la hierba está seca —dijo Fleur—. Vamos a sentarnos un poco.

Se quitó Jon la chaqueta y la compartieron.

—Huele, verás qué bien. Es tomillo.

Con el brazo de él otra vez en torno a la cintura de ella, estuvieron sentados unos minutos en silencio.

— ¡Somos tontos! —dijo Fleur, levantándose de un sallo—. Vamos a llegar muy tarde y con cara de bobos, y se van a dar cuenta de todo. Mira, Jon; decimos que salimos a dar un paseo para abrir el apetito y que luego nos perdimos, ¿eh?

—Bueno —contestó Jon.

—Es una cosa muy seria. Van a querer atarnos. ¿Te salen a ti bien las mentiras?

—Pues no muy bien. Pero probaré.

Fleur arrugó el entrecejo.

—Ya sabes —dijo—. No quieren que seamos amigos.

— ¿Por qué no van a querer?

—Ya te lo he dicho.

—Pero eso es una bobada.

—Tú no conoces a mi padre.

—Te querrá horrores.

—Sí, pero para él soy una cría; lo mismo eres tú para tu madre. ¿No es un fastidio? Esperan que uno haga todo lo que se les antoje. Pero conmigo ya pueden esperar, ya, que van listos…

—Sí —murmuró Jon—. Y la vida es demasiado corta para tonterías. Uno que quisiera vivir eternamente y conocerlo todo…

— ¿Y amar a todo el mundo?

— ¡No! —gritó Jon—. Yo no quiero amar más que una vez…, y a ti.

— ¡Ah!, ¿sí?… Mira con lo que sales. Éste es el pozo de cal de antes. Ya no podemos estar muy lejos. Vamos a echar una carrera.

Jon la siguió, preguntándose asustado si la había ofendido.

Fleur se paró de pronto y se echó el cabello hacia atrás.

—Bueno —dijo—. Por si ocurren accidentes, puedes darme un beso, Jon —y adelantó la mejilla. Jon, sumido en éxtasis, besó aquella mejilla suave y caliente.

—Y acuérdate bien: nos hemos perdido, y déjalo de mi cuenta todo lo posible. Yo, para más seguridad de todo, voy a ser muy antipática contigo. Y tú haz lo mismo conmigo.

Negó Jon resueltamente:

—Eso es imposible.

—Anda, sí, dame ese gusto… Aunque no sea más que hasta las cinco…

—Todo el mundo verá que es ficción —dijo Jon con voz profunda.

—Hombre, tú esmérate lo más que puedas. ¡Mira! ¡Ya están allí! ¡Mueve el sombrero! ¡Pero si no tienes!… Bueno, yo gritaré. Sepárate un poco de mí y ponte antipático.

Cinco minutos después, al entrar en la casa y hacer lo posible para mostrarse antipático, Jon oyó la voz melodiosa de Fleur en el comedor:

— ¡Vamos, que vengo aburrida! ¿Pues no dice que quiere ser granjero y se pierde por el campo? Ese chico es idiota…

IX

Goya

Terminó el almuerzo y Soames subió a ver sus cuadros. Tenía lo que Annette llamaba ofensa. Fleur no había vuelto todavía. La esperaban el miércoles; había telegrafiado diciendo que sería el jueves, y había vuelto a telegrafiar que sería el domingo por la tarde cuando llegara. Y allí estaban su tía y sus primos los Cardigans, y Profond y todos, echándola de menos. Se paró ante su Gauguin, el cuadro que más le preocupaba de su colección. Había comprado aquella cosa grande y fea, junto con dos Matisses de la primera época antes de la guerra, en vista de la viveza de comentarios sobre los postimpresionistas. Y se preguntaba si Profond se los compraría, pues aquel hombre parecía que no sabía en qué gastar el dinero, cuando oyó la voz de su hermana:

—Esto es una cosa horrible, Soames —y comprendió que había subido tras de él.

— ¿Tú crees? —preguntó secamente—. Pues pagué quinientas.

— ¡Qué horror! Las mujeres no son así, aunque sean negras.

Soames emitió una risa tétrica.

—No habrás subido para decirme eso, ¿eh?

—No. ¿Sabes tú que el chico de Jolyon está también en casa de Val y su mujer?

— ¿Qué?

—Lo que oyes —declaró Winifred—. Ha ido a vivir con ellos mientras aprende de granjero.

Soames se puso a caminar de uno a otro lado de la estancia; pero la voz de su hermana le perseguía en sus movimientos:

—Yo advertí a Val que ninguno de los dos tenía que saber nada de historias pasadas.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Winifred encogió sus robustos hombros.

—Fleur hace lo que quiere; tú la has mimado mucho. Además, hijo mío, ¿qué mal hay en ello?

— ¿Que no hay mal? —dijo Soames—. Pues ya ella… —y se contuvo.

La estatua de Juno, el pañuelo, la forma de mirar de Fleur, sus preguntas y ahora el retraso en volver a casa… Todos aquellos síntomas le parecían tan siniestros, que, dado su modo de ser, no podía dejar de pensar en ellos.

—Me parece que le das demasiada importancia —dijo Winifred—. Si yo fuera tú, le diría todo lo que pasó en aquellos tiempos. No pensemos que las muchachas de hoy son lo que eran antes. De dónde sacan las cosas, yo no lo sé; pero el hecho es que están enteradas de todo.

La cara de Soames se alteró con una contracción dolorosa.

—Si tú no quieres hablar de ello, yo puedo decírselo.

Negó Soames moviendo la cabeza. A menos que fuera absolutamente necesario, no quería que su hija conociera aquello que tanto hería su orgullo.

—No —dijo—. Todavía no. Y si puede ser, nunca.

—Es inútil, Soames. Tiene que enterarse. Ya sabes lo que es la gente. Veinte años son muchos años. Fuera de la familia, ¿quién se iba a acordar?

Calló Winifred. Se sentía cada vez más inclinada a buscar la paz de que Montague le privó en los años de su juventud. Y como los cuadros la deprimían mucho, marchó muy pronto de allí.

Soames fue al rincón donde, junto con su auténtico Goya, colgaba la copia de La vendimia. La adquisición de su Goya daba datos preciosos referentes al enlazamiento y trabazón de los intereses humanos y pasiones, que como una tela de araña enredan las alas vivas de la vida humana. Un antecesor del noble propietario del cuadro había entrado en posesión de él en una de las guerras españolas: una rapiña, diciendo las cosas por su nombre. Y el noble propietario había permanecido ignorante de su valor hasta que un crítico emprendedor había descubierto que un pintor español llamado Goya era un genio. Tenía sólo aquel hermoso Goya; pero como era casi único en Inglaterra, el noble propietario se hizo famoso. Tenía otras muchas propiedades y aquella aristocrática cultura que, independiente del mero goce que proporciona a los sentimientos, está fundada sobre el sano principio de interesarse enormemente por todo y conocerlo todo. Concibió el propósito de conservarlo de por vida y legarlo a la nación a su muerte. Afortunadamente para Soames, la Cámara de los Lores fue violentamente atacada en 1909, y el noble propietario del cuadro se alarmó y se puso furioso. «Si piensan —se dijo para sus adentros— que se van a aprovechar de mí por los dos medios, están muy equivocados. Si me dejan tranquilo, la nación tendrá algunos de mis cuadros cuando muera. Pero si la nación va a andar fastidiándome y robándome, vendo toda mi colección. No van a quedarse con mi propiedad privada y con mi espíritu público a la vez». Y así anduvo meditabundo varios meses, hasta que una mañana, tras la lectura de un discurso de cierto hombre de Estado, telegrafió a su agente que fuera a verle llevando a Bodkin. Tras observar Bodkin la colección, aquel hombre, cuya opinión en pintura era más solicitada que la de nadie, dijo que vendiendo en Alemania, en América y en otros sitios donde había interés por

el arte, se podía sacar un montón de dinero, mucho más que vendiendo en Inglaterra. «El espíritu público del noble propietario —dijo— era bien conocido; pero allí había cuadros únicos». El noble propietario metió la opinión que le dieron en su pipa, y la estuvo fumando durante un año. Al final de éste leyó otro discurso del mismo hombre de Estado, y dijo: «Dese a Bodkin autorización para vender». Y fue entonces cuando Bodkin concibió la brillante idea que salvó el Goya y otras dos obras maestras para el país del noble propietario de ellas. Con una mano Bodkin ofreció los cuadros al mercado extranjero; con la otra formó una lista de coleccionistas ingleses. Y tras obtener las que consideró mayores posibles ofertas de allende el mar, mostró obras y ofertas a los coleccionistas ingleses y los invitó, apelando a su espíritu patriótico, a sobrepujar las ofertas. En tres casos (incluyendo el Goya), de veintiuno, tuvo éxito. ¿Y por qué? Uno de los coleccionistas ingleses fabricaba botones. Fabricaba tantos, que quería que a su esposa la llamaran «excelentísima señora Botones». Y así, compró una de aquellas obras maestras y la cedió a la nación. Era parte, decían sus amigos, de su juego. El segundo de los coleccionistas era un americanófobo, y compró otra de las obras maestras «para reventar a los malditos yanquis». El tercero de los coleccionistas era Soames, quien —más prudente que los anteriores— compró, tras un viaje a Madrid, para estar bien seguro de que Goya era lo que debía ser. Goya no estaba en el candelero por el momento, pero volvería a estarlo; y mirando aquel retrato, hogartiana y manetesco en sus líneas generales, pero con una técnica propia bellísima y extraña, quedó tranquilo y seguro de no cometer error, aunque el precio fuera elevadísimo, el más elevado que hubiera pagado jamás. Y junto a aquel cuadro colgaba la copia de La vendimia. Allí estaba la criatura aquella, mirando ensoñadora, en la forma que le gustaba ver mirar a su hija, porque se sentía mucho más seguro cuando la veía mirar así.

Y estaba contemplando el cuadro, cuando el aroma de un habano llegó a su nariz, y una voz dijo a sus espaldas:

—Bien, señor Forsyte. ¿Y qué va usted a hacer con su coleccioncita?

Era aquel belga cuya madre —como si la sangre flamenca no fuera ya bastante— era armenia. Dominando una irritación espontánea, le dijo:

— ¿Entiende usted de pintura?

—Me gusta. Yo también colecciono un poco.

— ¿Tiene posimpresionistas?

—Sí…, me gustan bastante.

— ¿Qué le parece esto? —dijo Soames, señalándole el Gauguin.

Monsieur Profond avanzó el labio inferior y la puntiaguda barbita.

—Bastante bueno, me parece a mí —dijo—. ¿Quiere vendérmelo?

Soames contuvo su negativa espontánea, y dijo:

—Pues sí.

— ¿Cuánto quiere usted por él?

—Lo que yo pagué.

—Muy bien —dijo monsieur Profond—. Tendré mucho gusto en llevarme el cuadrito. ¡Posimpresionistas!… Son divertidos. No es que me importe la pintura, pero tengo algo.

— ¿Y qué es lo que le importa a usted?

Monsieur Profond se encogió de hombros.

—La vida es terriblemente parecida a una pelea de micos por llevarse una nuez hueca.

—Es usted muy joven —dijo Soames.

Si el sujeto aquel quería lanzarse a generalizaciones, no tenía por qué llevarlas hasta afirmar que las diversas formas de bienes que pueden poseerse son cosas vacías.

—Yo no me preocupo por nada —replicó monsieur Profond, sonriendo—. Nacemos y tenemos que morir. Medio mundo está ya medio muerto de hambre. Yo alimento un grupito de niños en el país de mi madre. ¿Y para qué? Lo mismo daría si tirara mi dinero al río.

Soames le miró y se volvió después a mirar a su Goya. No sabía lo que pretendía aquel tipo.

— ¿Por cuánto le extiendo el cheque? —preguntó monsieur Profond.

—Quinientas —dijo Soames secamente—. Pero no quiero que se lo lleve si le parece caro.

—Está bien —dijo monsieur Profond—. Tendré mucho gusto en quedarme con ese cuadro.

Y extendió el cheque con una estilográfica de oro. Soames le veía hacer intranquilo. ¿Cómo diablos había comprendido que quería vender aquel cuadro? Monsieur Profond le dio el cheque.

—Los ingleses son divertidísimos en cuestiones de pintura. Y los franceses, y los míos también. Todo el mundo es divertidísimo.

—No le comprendo —dijo Soames con sequedad.

—Lo mismo que los sombreros —dijo monsieur Profond, enigmático

siempre—. Grandes o pequeños, con ala subida o con ala baja…, según la moda. Divertidísimos —y sonriendo, salió de la sala de los cuadros, azul y sólido, como el humo de su magnífico cigarro.

Soames guardó el cheque, sintiendo toda la trascendencia de la transacción. «Es un cosmopolita», pensó, viendo cómo Profond salía al jardín con Annette, camino del río. No comprendía qué podía encontrar su mujer en él, como no fuera que podían hablar en el común idioma. Y le vino a la cabeza la duda de si su mujer no era demasiado hermosa para pasearse con aquel cosmopolita. Hasta a aquella considerable distancia podía ver las espirales del humo azul del cigarro de Profond, y sus zapatos de ante gris y su también sombrero gris. Era un dandi aquel hombre. Y también vio el movimiento rápido, hacia atrás, de la cabeza de Annette, sobre su cuello tan hermoso y sus bellísimos hombros. Aquella manera que tenía de volver la cabeza siempre le parecía ostentosa, muy estilo de «reina de todo, todo lo contemplo», y nada distinguida. Los vio pasar por el caminito al fondo del jardín.

Un joven en traje de franela se les unió allí, un visitante dominguero sin duda. Se volvió a su Goya. Y estaba mirando la reproducción de Fleur, preocupado con las noticias de Winifred, cuando la voz de su mujer dijo:

—El señor Michael Mon, Soames. Le invitaste a ver tus cuadros.

Allí estaba el muchacho sonriente de la Sala de Exposiciones cercana a la calle Cork.

—Otra vez nos vemos, señor; vivo a cuatro millas de Pangbourne, nada más. Hermoso día, ¿verdad?

Frente a frente con las consecuencias de su charlatanería, Soames observó con detenimiento a su visitante. La boca de aquel joven era demasiado grande y tendente a la sonrisa. Parecía que hacía guiños constantemente. ¿Y por qué no dejaría que le saliese entero aquel bigote de payaso, en vez de afeitárselo de la forma que lo hacía? ¿Por qué los jóvenes de entonces se dejaban aquellos cepillitos y aquellas patillitas tan ridículas? ¿No comprendían los muy majaderos que así rebajaban su dignidad? Por lo demás, era bastante presentable, y su ropa era pulquérrima.

—Celebro mucho volverle a ver —le dijo.

El joven, que había estado mirando a todas partes, le miró ahora a él como asustado:

— ¡Caramba! ¡Menudos cuadros!…

Soames observó, con sensaciones mezcladas, que no quitaba los ojos de la copia de Goya.

—Sí, pero eso no es un Goya; es una copia. La hice pintar porque el

original me recuerda a mi hija.

— ¡Por Júpiter! Ya me parecía a mí que me era conocido el rostro. ¿Está su hija en casa?

La sinceridad de su interés desarmó por completo a Soames.

—Llegará a la hora del té —dijo—. ¿Quiere que veamos todo?

Y Soames empezó aquella caminata ante sus cuadros que nunca le cansaba. No preveía mucha inteligencia en uno que confunde una copia con un original; pero según pasaba de sección en sección, de época en época, se iba sorprendiendo ante la agudeza de las observaciones del joven. Inteligente por naturaleza, y hasta listo tras su máscara, no en vano había pasado Soames treinta y ocho años dedicado a los cuadros y sabía algo más que lo que le habían costado. Él era, ni más ni menos, como vínculo infrecuente entre el artista y el público. Eso del arte por el arte era, desde luego, monserga. Pero el buen gusto es necesario. El criterio de numerosas personas de buen gusto era precisamente lo que daba valor comercial a una obra de arte, o en otras palabras, la hacía obra de arte. No había una división auténtica entre arte bueno y malo. Y estaba muy acostumbrado a visitantes gregarios e incompetentes, que se quedaban boquiabiertos ante quien osaba decir de Mauve: «¡Qué hermosos montones de heno!», o de James Maris: «Parece de papel… Matew sí que es bueno. Allí puede uno ver cosas». Fue tras un silbido que el joven emitió ante un Whistler, diciendo luego: «¿Usted cree, señor, que éste había visto alguna mujer en su vida?», cuando le preguntó:

— ¿Usted qué es, señor Mont? ¿Puedo preguntárselo?

— ¿Yo? Yo iba a ser pintor, pero la guerra lo estropeó. En las trincheras di en soñar en la Bolsa, cosa cómoda y segura; pero con ese poquito de emoción que siempre parece que hace falta. Pero la paz estropeó eso también, pues no sé qué les pasa a las acciones, ¿verdad? Y me han desmovilizado no hace todavía un año. ¿Qué me aconsejaría usted que hiciese, señor?

— ¿Tiene usted dinero?

—Pues verá usted —dijo el joven—. Tengo padre. En la guerra no me desligué de él; por tanto, es de esperar que él no se desligue de mí. Aunque hay una duda, claro: si le dejaremos conservar sus propiedades o no. ¿Usted qué piensa, caballero?

Soames, pálido y a la defensiva, sonrió.

—Al buen viejo le dan ataques cuando le digo que quizá tenga que trabajar para comer. Tiene tierras, y eso, usted lo debe de saber, es mala enfermedad.

—Éste es mi Goya auténtico —dijo Soames, adusto.

— ¡Menudo!… Era un tío grande. Yo vi un Goya en Munich y me quedé helado. Una vieja feísima con unos encajes de maravillosa alegría. ¡Ése sí que no pactaba con el gusto del público! En sus tiempos debió de acabar con un montón de convencionalismos. Era un tío explosivo, vamos… ¡No pintaba el mozo! Hace que Velázquez parezca académico y tieso.

—Yo no tengo ningún Velázquez.

—Claro, sólo las naciones y los especuladores se pueden permitir ese lujo, creo yo. Oiga: ¿por qué las naciones en bancarrota no venderán sus Velázquez y sus Tizianos a los especuladores, y promulgarán luego una ley diciendo que quien tenga un clásico de la pintura debe colgarlo en un Museo público? No sería mal procedimiento para sanear…

— ¿Bajamos a tomar el té? —interrumpió Soames.

Las orejas del joven parecían colgadas de su cráneo. «No es profundo», pensó Soames, siguiéndole fuera de aquella gran habitación.

Goya, con su sátira y su exactitud suprema, su línea original y la valentía de sus sombras y luces, podía haber reproducido para la admiración de todos el grupo reunido en torno a la bandeja de té de Annette. Él solo, tal vez, de todos los pintores, podría haber hecho justicia a la luz solar que se filtraba a través de una cortina de enredaderas, al bello pálido del latón, a los cristales antiguos del servicio, a las finas rodajas de limón en el té ambarino; a Annette en su vestido negro con encajes; había algo de la belleza española en su tipo, aunque le faltaba la espiritualidad rara de las mujeres de España; sólo Goya podría haber hecho justicia a Winifred, con su cabello gris y su busto encorsetado; a Soames, con su distinción gris y chupada; al vivaz Michael Mont, agudo de orejas y ojos; a Imogen, morena y de brillante mirar, algo regordeta; a Próspero Profond, con aquel aire en que parecía decir: «Bien, míster Goya: ¿qué utilidad tiene pintar este grupito pequeño?». Y también a Jack Cardigan, con su mirada brillante y su piel curtida, que denunciaban el criterio: «Yo soy inglés y vivo para estar bien». Y a propósito de esto, era curioso que Imogen, que de jovencilla había declarado solemnemente en casa de Timoteo que nunca se casaría con un hombre bueno — ¡eran tan aburridos! —, se hubiera casado con Jack Cardigan, en quien la buena salud había destruido tan completamente toda huella de pecado original, que hubiera ella podido casarse con diez mil ingleses sin notarlos diferentes del que había escogido como esposo. «¡Oh! —solía decir de él. Jack está maravillosamente bueno; en su vida ha tenido una mala enfermedad. Hizo toda la guerra sin un mal dolor de cabeza. No podrá darse cuenta nadie de lo bueno que está». Y sí, estaba y era tan bueno como siempre, que no se daba cuenta de cuando ella flirteaba, lo que era una ventaja, sin duda. De todas formas ella le quería, por lo menos todo lo que se puede querer a una máquina de funcionamiento

perfecto. Y quería también a los dos Cardigancitos, que habían salido en todo al autor de sus días. Merendaban, e Imogen comparaba maliciosamente a su marido con Próspero Profond. No había pequeño deporte o juego que monsieur Profond no hubiera practicado, desde los bolos a la pesca con arpón, cansándose de todos. Quisiera que los juegos deportivos cansaran a Jack, que jugaba sin cansarse y hablaba sin cansarse de ellos, con el entusiasmo de una colegiala que está aprendiendo hockey; a la edad de tío Timoteo estaba bien segura de que jugaría al golf en la alfombra de su cuarto.

Estaba explicando cómo había derrotado a un amigo en el último agujero, y cómo había incitado a Próspero Profond para que jugara con él un partido de tenis después de merendar, para que sentara bien…, para estar sano.

— ¿Y para qué hace falta estar sano? —preguntó monsieur Profond.

—Sí, señor —se adhirió Michael Mont—. ¿Para qué se conserva usted tan bueno?

— ¡Jack! —chilló Imogen, encantada—. ¿Para qué quieres conservarte tan bueno?

Jack Cardigan los miró a todos lleno de salud. Aquellas preguntas eran como el zumbar de un mosquito, y movió la mano como para espantarlo. Durante la guerra, era evidente, había que estar bueno para matar alemanes; ahora que había pasado, él tampoco lo sabía, o su delicadeza le impedía aducir el principio de que vivía para estar bien.

—Pero tiene razón —dijo monsieur Profond cuando nadie lo esperaba—. Lo único importante es estar fuerte.

La afirmación, demasiado profunda para un domingo a la hora de merendar, hubiera pasado sin comentario, a no ser por el temperamento del joven Michael Mont.

— ¡Bien! —exclamó—. Ése es el gran descubrimiento que hemos hecho en la guerra. Creíamos estar progresando, y ahora vemos que sólo estamos cambiando.

—Para empeorar —dijo monsieur Profond.

—Se siente usted optimista, amigo —dijo Annette.

—Claro que lo único importante es estar fuerte —dijo Cardigan—. Ande, vamos a jugar ahora al tenis. Acabamos en seguida, ¿no? Y usted, ¿juega al tenis, señor Mont?

—Le doy a la pelota, señor Cardigan.

En este punto Soames se levantó, con un sentido de premonición que siempre, durante toda su vida, había tenido antes de ocurrir algo importante.

—Cuando venga Fleur… —oyó decir a Jack Cardigan.

— ¡Sí! ¿Por qué no venía? Atravesó la sala, el hall y el portal y salió afuera, y allí quedó escuchando a ver si oía el automóvil. Todo estaba tranquilo, de descanso de domingo; los lilos, llenos de flor, perfumaban el aire. Había nubes blancas como plumas de pato abrillantadas por el sol. El recuerdo del día en que nació Fleur, así como de la angustia que pasó con la vida de ella y de su madre en peligro, se le presentó repentinamente. Entonces la salvó, para que fuera la flor de su vida. ¿Y ahora? ¿Iba a darle dolores y preocupaciones? No le gustaba nada el cariz que iban tomando las cosas. Un mirlo interrumpió con su canto sus pensamientos; un pájaro muy gordo en la rama de aquella acacia… Soames se había interesado mucho por los pájaros en aquellos últimos años; él y Fleur solían pasear para verlos; los ojos de la niña eran más agudos que agujas y descubría pronto los nidos. Vio el perro de su hija, tumbado al sol. Le llamó: «Hola, amigo… ¿Esperando a la amita también?». El perro se le acercó lentamente, moviendo la cola, y Soames, mecánicamente, le dio una palmada en la cabeza. El perro, los pájaros, las lilas, todo eran para él cosas de Fleur, ni más ni menos. «La quiero demasiado —pensó—. ¡Demasiado!». Era como un hombre con barcos no asegurados en alta mar. Otra vez sin seguro ni seguridad, como entonces, hace tiempo, cuando andaba absorto y lleno de celos, por Londres, buscando a aquella mujer, a su primera esposa…, la madre de aquel maldito chico. ¡Pero ya llegaba el coche, por fin! Se detuvo. Traía equipaje, pero no a Fleur.

—La señorita viene andando, señor, por el camino.

¿Andando todas aquellas millas? Soames se quedó mirando al chófer. En el rostro del hombre se insinuaba una sonrisa. ¿De qué se reía? Pero se volvió rápidamente, diciendo: «Está bien, Sims». Y entró en la casa. Subió a la sala de los cuadros una vez más. Desde allí columbraba una amplia zona del río, y quedó con los ojos fijos en ella, sin pensar que habría de pasar por lo menos una hora antes que la viera. ¡Andando tanto trayecto! ¡Y la sonrisa del chófer! ¡Y el chico de Jolyon!… Se separó hoscamente de la ventana. No podía ponerse a espiarla. Si quería ocultarle sus cosas…, podía hacerlo; él no podía espiarla. Sentía un gran vacío en el corazón, y desde allí le subía una gran amargura a la boca. Los gritos de Mont persiguiendo la pelota y la risa de Cardigan llegaban a sus oídos en la calma de la tarde. Confiaba en que estuvieran haciendo correr a Profond. Y la muchacha de La vendimia estaba allí, con su brazo en asa y sus ojos soñadores mirando a la lejanía. «He hecho por ti todo lo que he podido —pensó—, desde que no me llegabas a la rodilla. ¿Y ahora vas a hacerme… sufrir?».

Pero la copia de Goya no le contestó nada. «No tiene vida esta mala copia —se dijo Soames—. ¿Pero por qué no viene?».

X

Terceto

Entre aquellos cuatro Forsytes de la tercera, y podría decirse de la cuarta, generación, un fin de semana prolongado hasta un noveno día había tendido los hilos de la tenacidad hasta casi un momento de rotura. Nunca había sido Fleur tan fine, Holly tan observadora, Val no había hablado nunca tanto de caballos y Jon jamás se había sentido tan turbado. Poco fue lo que aquel fin de semana aprendió del oficio de granjero. Él, cuyo temperamento era tan opuesto a todo lo que se pareciese a intriga, y cuya adoración por Fleur le hacía pensar que un sentimiento tan elevado no había de ocultarse, se sentía agobiado y encadenado, pero obedecía, compensando su disgusto con los breves momentos en que estaba a solas con ella. El jueves, hallándose en el balcón de la sala, vestidos ya para cenar, le dijo:

—Jon me voy a casa el domingo en el tren de las tres cuarenta; si tú te fueras a tu casa el sábado, podrías subir el domingo y acompañarme, y después volverte aquí en el último tren. Porque tú irías a tu casa de todas formas, ¿no?

Jon asintió:

—Cualquier cosa con tal de estar contigo. Lo que pasa es que no sé por qué tengo que fingir que…

Fleur le cortó:

—No tienes instinto, Jon. Déjame a mí la dirección de esto. Lo que ocurre en nuestras familias es asunto serio. Tenemos que llevarlo todo en secreto si es que queremos estar juntos —la puerta se abrió, y Fleur añadió en voz alta—; Jon, eres un tonto.

Algo se retorció en el corazón de Jon; no podía soportar aquellos subterfugios para ocultar un sentimiento tan natural, tan avasallador y tan hermoso.

El viernes por la noche, hacia las once, tenía ya hecha la maleta, y estaba asomado a la ventana, entre desgraciado y feliz, pensando en la estación de Paddington, cuando oyó un ruidillo, algo así como el golpear de una uña contra la puerta. Escuchó detenidamente. Sí, era una uña. Abrió. ¡Y qué hermosa visión se presentó ante sus ojos!

—Quería que me vieras con mi disfraz —dijo. Y adoptó una deliciosa pose, junto a su cama.

Jon suspiró hondo y se apoyó en la puerta. La aparición llevaba la cabeza tocada con muselina, un pañuelo tapándole los hombros desnudos que emergían de un vestido color vino, acampanado bajo la esbelta cintura. Tenía un brazo puesto en jarra, el otro levantado y doblado en ángulo recto, manteniendo en la mano un abanico con que se tocaba la cabeza.

—Esto tenía que ser un cesto de uvas —susurró—, pero aquí no lo tengo. Es mi vestido de Goya. Y ésta es la actitud en el cuadro. ¿Te gusta?

—Es un sueño.

La aparición hizo una pirueta.

—Tócalo; fíjate cómo es.

Jon se arrodilló y tocó la falda reverencioso.

—Color de uva —dijo el susurro—. Todo uva. La vendimia…

Los dedos de Jon casi no osaban tocar la cintura; y miraba su cara con ojos de adoración.

— ¡Oh, Jon! —murmuró la aparición. Y se inclinó, le besó en la frente, hizo otra pirueta y desapareció.

Jon quedó de rodillas, inclinó la cabeza y la reposó en la cama. No supo cuánto tiempo permaneció así. El ruidillo de las uñas contra la puerta, el fru-fru de la falda, el ruido de sus pasos, todo se le reprodujo como en sueños; y ante sus ojos cerrados persistía la figura, que sonreía y hablaba bajito, y llenaba el aire de perfume de narciso. Y en su frente, en el sitio en que le había besado, sentía una pequeña zona de dulzura y suavidad, como al contacto con una flor. El amor llenaba su alma; el amor de muchacho por una muchacha, el amor que ignora todo y espera tanto, que no se abandonaría por nada en el mundo y que con el tiempo se convierte en fragante recuerdo.

Ya se ha dicho bastante de Jon Forsyte aquí y en otra parte del libro para mostrar la diferencia entre él y su tatarabuelo, el primer Jolyon, el que vivió en Dorset, junto al mar. Jon era sensible como una niña, más sensible que nueve de diez muchachas de entonces: imaginativo como uno de los pintores pobres a los que su hermana June protegía; y tan afectivo como al hijo de sus padres correspondía ser. Pero, con todo, en su interior había algo del viejo fundador de su familia, una secreta tenacidad de alma, un miedo profundo a mostrar sus sentimientos, una resolución grande a no reconocerse derrotado. Los chicos sensibles e imaginativos lo pasan mal en la escuela, pero Jon había mantenido instintivamente, muy en secreto, su carácter, y no había sido normalmente desgraciado donde otros sufren mucho. Sólo con su madre había sido, hasta entonces, absolutamente sincero. Y cuando aquel sábado llegó a Robin Hill, el corazón le dolía porque Fleur le había impuesto no ser sincero con aquella a

quien nunca había ocultado nada; no podía decirle ni que se habían encontrado de nuevo, a no ser que ya lo supiera ella. Tan intolerable le parecía esto, que estuvo a punto de telegrafiar una excusa y quedarse en Londres. Y la primera cosa que le dijo su madre fue:

— ¿Conque has estado con nuestra amiguita de la pastelería, Jon? ¿Cómo te ha parecido, ahora que la has visto bien?

Tremendamente descansado y subiéndosele los colores, respondió:

— ¡Oh, encantadora, mamá!

Y la mano de su madre le apretó el brazo.

Nunca la quiso Jon tanto como en aquel momento en que pareció demostrar la irrealidad de los miedos de Fleur, descansando así su alma. Volvió a mirarla; pero algo que vio en su rostro sonriente, algo que quizá sólo él podría haber captado, le hizo detener las palabras que le venían a los labios. ¿Puede el miedo ir asociado con una sonrisa? Si esto era posible, en el rostro sonriente de su madre había miedo. Y Jon dijo otras palabras muy distintas: habló de granjas, de Holly y de los Downs. Hablaba de prisa, esperando que ella volviera a mencionar a Fleur. Pero no lo hizo. Ni su padre tampoco, aunque, lógicamente, debería saber que habían estado juntos. ¡Qué privación le suponía no hablar de Fleur…, cuando todo su ser estaba lleno de ella! ¡Qué privación para Irene, cuando su corazón estaba tan lleno de su hijo, y que privación para Jolyon, cuando se hallaba su alma tan llena de su mujer! Y así, en privación total, pasó el trío aquella tarde de sábado.

Después de cenar, su madre tocó; le pareció que tocaba las cosas que a él le gustaban más. La oía sentado, con una rodilla entre las manos enlazadas y con los ojos fijos en ella. Pero veía a Fleur, a Fleur en el huerto iluminado por la luna, a Fleur en la excavación aquella inundada de sol; a Fleur con el disfraz puesto, ondulante, hablando bajo, inclinándose, besándole en la frente. Una vez miró a su padre, frente a él en la otra butaca. ¿Qué estaría pensando su padre con aquella cara? Le pareció triste y de mirada asombrada, y sin saber por qué, sintió remordimiento; tanto, que se levantó y se sentó sobre el brazo de la butaca de su padre. Allí no le podía ver la cara, y volvió a ver a Fleur en todas partes: en las manos de su madre, delgadas y blancas sobre las teclas; en el perfil de su cara, y en su cabello encanecido, y allí en el fondo de la habitación, junto a la ventana abierta por donde entraba la noche de mayo.

Cuando se acostó, su madre subió a su cuarto. Se paró junto a la ventana y dijo:

—Los cipreses que plantó el abuelo han crecido mucho ya. ¡Qué hermosos son a la luz de la luna!… Me gustaría que hubieras conocido a tu abuelo, Jon.

— ¿Te casaste tú con papá en vida de él? —preguntó Jon de repente.

—No; él murió el noventa y dos, muy viejecito… Creo que tenía ochenta y cinco años.

— ¿Y se le parece papá?

—Algo, pero es más sutil y no tan sólido.

—Eso me parece a mí, por el retrato. ¿Quién lo pintó?

—Uno de los pobres diablos de June. Pero está muy bien.

Jon cogió a su madre de la mano.

—Dime algo de esa pelea de la familia, mamá.

Y notó que se ponía a temblar.

—No, hijo; eso es cosa de tu padre el día que lo considere oportuno.

—Entonces fue cosa seria —dijo Jon con desaliento.

—Sí —y se produjo un silencio, en cuyo intervalo ninguno sabía qué mano temblaba más que la otra.

—Algunos dicen —habló Irene suavemente— que la luna trae mala sombra cuando está detrás de uno. Para mí siempre es encantadora. Mira ahora los cipreses… Jon, tu padre dice que nos vayamos los dos a Italia, tú y yo, por un par de meses… ¿Te gusta la idea?

Jon soltó la mano de su madre. Quedó abatido y confuso. ¡Ir a Italia con su madre! Quince días antes le hubiera parecido el cúmulo de lo delicioso. Ahora le llenaba de angustia pensarlo. Además tuvo la impresión de que aquel viaje tenía algo que ver con Fleur. Exclamó:

—Sí, claro… Pero ahora que he empezado a imponerme de lo referente a granjas… Me gustaría pensarlo.

Y la voz de su madre, suave y armoniosa:

—Sí, hijo mío, piénsalo. Pero es mejor ahora, antes que empieces a aprender en serio. ¡Ir a Italia contigo!… ¡Qué cosa tan maravillosa, hijo!

Jon le pasó la mano por la cintura, esbelta y firme como la de una muchacha.

— ¿Y crees que debes dejar a papá? —preguntó débilmente, sintiéndose muy vil.

—La idea es suya precisamente: cree que debes ver Italia, por lo menos, antes que te pongas a hacer nada definitivamente.

El sentimiento de vileza desapareció en Jon. Sabía, sí, lo sabía… Sus

padres no estaban siendo sinceros con él tampoco. Querían separarle de Fleur. Su corazón se endureció. Y como si Irene lo comprendiera, se despidió:

—Buenas noches, hijo mío. Que duermas bien y que lo pienses. Sería muy bonito.

Y le besó tan de prisa, que Jon no vio su cara. Jon tenía exactamente la misma sensación que cuando de pequeño era travieso; sufría porque no era cariñoso y porque encontraba justificación en no serlo.

Irene pasó del cuarto de su hijo al de su marido.

— ¿Qué tal?

—Lo pensará, Jolyon.

Y viendo la sonrisa dolorosa prendida en los labios, Jolyon dijo lentamente:

—Debieras dejarme que se lo dijera todo y acabaríamos de una vez. No debemos ignorar que Jon tiene sentimientos caballerosos. No hace falta más que hacerle comprender…

— ¿Te parece poco, Jolyon? No puede comprenderlo, es imposible…

—Pues yo creo que a su edad lo habría comprendido.

Irene le cogió la mano.

—Tú has sido siempre más realista que Jon y nunca tan inocente.

—Eso es verdad. Y, ¡qué raro!, tú y yo contaríamos nuestra historia a cualquiera sin sentir la menor vergüenza. Pero a nuestro hijo…

—A ti no te ha preocupado nunca la opinión del mundo, ni a mí tampoco.

—Jon no desaprobaría a sus padres.

—Sí, Jolyon, sí… Está enamorado, yo me doy cuenta… Y diría: Mi madre se casó una vez sin amor. ¿Cómo pudo hacerlo? Le parecería un crimen. Y eso fue…

Le cogió Jolyon la mano, diciendo con sonrisa triste:

— ¿Por qué naceremos jóvenes? Si naciéramos viejos, y fuéramos haciéndonos jóvenes año tras año, comprenderíamos todo muy bien, y abandonaríamos la maldita intolerancia que tenemos. Pero bueno, si está enamorado…, bien sabes tú que no olvidará, con Italia ni sin Italia. Nosotros somos una raza tenaz, y él se dará cuenta instintiva del motivo del viaje. Nada le curará sino la impresión que le produzca el saberlo todo.

—Vamos a probar primero con Italia.

Jolyon quedó en silencio. Entre el horror de explicar el pasado a su hijo y el dolor de separarse de su mujer por dos meses, prefería lo primero. Pero si ella estaba por lo segundo, no debía oponerse. Y le serviría de entrenamiento para la separación definitiva, de la que no hay regreso. Y estrechándola entre sus brazos, le besó los ojos, diciendo:

—Lo que quieras, amor mío.

XI

Dueto

Esa pequeña emoción que es el amor crece sorprendentemente cuando se ve amenazada. Jon llegó a la estación de Paddington media hora antes de su tiempo, que a él le pareció un siglo. Se paró junto al quiosco de libros convenido, entre una multitud de viajeros domingueros, y le parecía que su chaqueta no podía disimular al conocimiento general los latidos de su corazón. Leyó los nombres de las novelas del quiosco, y al fin compró una para evitar que el librero le mirara con sospecha. Se llamaba ¡El corazón del sendero!, lo que sin duda quería decir algo, aunque no lo pareciese. También compró The Lady’s Mirror y The Landsman. Cada minuto era una hora para él, llena de imágenes horribles. Y cuando hubieron pasado diecinueve, la vio venir con su bolso y un mozo llevándole en una carretilla el equipaje. Andaba rápidamente; llegó con completa frialdad. Le saludó como se saluda a un hermano.

—Primera clase —dijo el mozo—. Asientos laterales, enfrente uno del otro.

Jon quedó admirado de aquella tranquilidad tan grande.

—A ver si podemos meternos en un departamento solos —murmuró él.

—No sirve de nada. Es un tren que hace muchas paradas. Después de Maidenhead, tal vez; pero antes, imposible. Tú aparenta naturalidad, Jon.

Procuró dar a su rostro la naturalidad pedida, pero sólo reflejó el gesto del niño a quien regañan. Entraron…, y había dos bestias de personas en el departamento, ¡santo Dios!… Dio indebida propina al mozo, en su confusión. El tío animal no merecía nada por colocarlos y mirar con una sonrisa, como si lo supiera todo.

Fleur se escondió tras The Lady’s Mirror. Jon hizo lo mismo con The Landsman. El tren partió. Fleur dejó caer su revista y se inclinó hacia adelante.

— ¿Qué hay? —preguntó.

—Parece que han pasado quince días.

Asintió ella, y la cara de Jon se iluminó de satisfacción.

—Aparenta naturalidad —dijo Fleur. Y se echó a reír.

Le dolió a Jon. ¿Cómo podía aparentar naturalidad ante la amenaza de Italia pendiente sobre él? Pensaba decírselo poco a poco, pero se le vino a los labios inconteniblemente.

—Quieren que me vaya a Italia con mi madre por dos meses.

Fleur bajó los ojos, se puso algo pálida y se mordió los labios.

— ¡Oh! —dijo.

No fue mucho, pero sí lo bastante. La exclamación fue como el rápido echar atrás la muñeca, en esgrima, para disponerse a la respuesta. Y ésta fue:

—Tienes que ir.

— ¿Ir? —dijo Jon con voz ahogada.

—Claro.

—Pero dos meses… ¡Dos meses!

—No —dijo Fleur—. Seis semanas. Para entonces me habrás olvidado. Nos encontraremos en la National Gallery el día siguiente al de tu regreso.

Se echó a reír Jon.

—Serás tú la que me olvides —murmuró, hablando acompasado con el ruido del tren.

Fleur movió la cabeza.

—Algún otro bestia se te presentará y…

Fleur le dio un pisotón.

—Nada de otro bestia —dijo, levantando otra vez The Lady’s Mirror hasta el rostro.

Paró el tren. Se apearon los dos viajeros y entró otro.

—Si no nos quedamos solos —dijo—, me muero.

Prosiguió el tren, y otra vez Fleur se inclinó hacia adelante.

—Yo nunca olvido. ¿Y tú?

— ¡Nunca! —dijo Jon, vehemente—. ¿Me escribirás?

—No, pero tú puedes escribirme… a mi Club.

Tenía Club y todo… ¡Era encantadora!

— ¿Sacaste algo de Holly? —murmuró.

—Nada. No me atreví a preguntar demasiado.

— ¿Qué será?

—Yo me enteraré.

Siguió un largo silencio, hasta que Fleur dijo:

—Esto es Maidenhead; ponte de pie, Jon.

El tren paró. El pasajero que quedaba se apeó. Fleur echó su cortinilla.

— ¡Rápido! —exclamó—. Ponte de pie en la puerta. Pon toda la cara de bruto que puedas.

Jon se sonó estentóreamente, hizo ruidos guturales… Jamás en su vida había sido tan soez. Una vieja señora que iba a entrar retrocedió precipitada, y una señorita agarró el picaporte. Giró, pero la puerta no se abrió. Empezó a moverse el tren y la señorita se fue a otro departamento.

— ¡Qué suerte! —exclamó Jon—. La puerta ya se abría.

—Sí. Ya no podía sujetarla más fuerte —dijo Fleur.

Arrancó por fin el tren, y Jon cayó de rodillas.

—Mira si alguien viene por el pasillo —murmuró ella—. ¡Y rápido!

Sus labios se juntaron. Y aunque el beso no duraría ni diez segundos, el alma de Jon abandonó su cuerpo y se elevó a regiones tan lejanas, que cuando se sentó frente ella, muy seria, él estaba más pálido que la muerte. La oyó suspirar, y le pareció el sonido más exquisito que jamás oyera…, una dulce declaración de que significaba algo para ella.

—Seis semanas no es tanto —dijo Fleur—, pues puedes hacer que sean realmente seis semanas si allí aparentas normalidad y no acordarte de mí.

Jon suspiró.

—Que eso es realmente lo que se busca, Jon —continuó ella—: que me olvides. Pero si seguimos queriéndonos cuando vuelvas, abandonarán esa postura ridícula. Lo que siento es que el viaje no sea a España. En Madrid hay un cuadro de Goya con una chica que se parece a mí, dice papá. Claro que no soy yo… Nosotros tenemos una copia.

Para Jon fue como un rayo de luz en las tinieblas.

—Haré que sea España. A mamá no le importará; nunca ha estado. Y mi padre está enamorado de Goya.

—Es pintor, ¿verdad?

—Acuarelista… —dijo Jon modestamente.

—Cuando lleguemos a Reading, Jon, sales tú primero y sigues hasta la presa de Caversham y me esperas allí. Yo mandaré el coche a casa y seguiremos andando por el caminito del río.

Jon le apretó la mano con agradecimiento, y siguieron en silencio, con el mundo perdido para los dos, y la mirada en el pasillo del vagón. El tren parecía ahora correr doble que antes.

—Estamos llegando —dijo Fleur—, y el camino del río está siempre muy concurrido. ¡Otro más!… ¡Oh, Jon, no me olvides!

Jon la besó. Y muy pronto pudo verse a un joven de aspecto como —según se dice— transido por el dolor, que corría alocado por el andén, buscándose el billete en los bolsillos.

Cuando al fin se encontraron en el camino del río, un poco más allá de la presa de Caversham, él había hecho un esfuerzo y alcanzado alguna serenidad. Si tenían que separarse, no iba a empeorar la situación haciendo escenas. Una brisa procedente del río puso al sol el blanco envés de las hojas de los sauces y los acompañó con su suave susurrar.

—Le dije al chófer que venía mareada del tren —dijo Fleur—. ¿Saliste con naturalidad de la estación?

—Yo no sé. ¿Qué es naturalidad?

—En ti la naturalidad consiste en parecer serio y feliz. La primera vez que te vi me pareciste distinto de todo el mundo.

—Lo mismo me pasó a mí contigo. Y comprendí que sólo a ti podría amar.

Se echó a reír Fleur.

—Creo que somos jóvenes, Jon. Y los sueños de amor de la juventud están pasados de moda. Además, esclavizan. Piensa en todo lo que podrías tú divertirte. Y ahora ni siquiera has empezado a hacerlo. Y yo…, pues menos. Es una vergüenza, hombre…

El espíritu de Jon se llenó de confusión. ¿Cómo podía hablar de aquella forma en el momento de separarse?

—Si piensas eso, no me voy. Le diré a mi madre que quiero trabajar. Pues yo no puedo ponerme a divertirme estando como está el mundo…

— ¿Y cómo está el mundo?

Jon se metió las manos en los bolsillos.

— ¿Pero no lo sabes? ¿No sabes, no ves que la gente se muere de hambre?

Fleur movió la cabeza.

—No, no quiero sufrir pensando en eso, no quiero sentirme desgraciada sin motivo.

— ¡Sin motivo!… ¿Te parece poco motivo el estado de las cosas? Uno tiene que hacer algo…

—Sí, sí…, claro… Ya me sé eso de memoria. Pero tú no puedes arreglar el mundo, no puedes salvar a la gente. La gente es insalvable. Si la sacas de un agujero, inmediatamente cae en otro. Mira lo que hace la gente ahora; peleándose todavía y conspirando y luchando…, sin comprender que todo termina muriendo por millones… ¡Idiotas!…

— ¿Pero no te da lástima?

—Sí, me da lástima… Pero no voy a hacerme yo desgraciada por lo que no tiene remedio.

Y quedaron en silencio doloridos por aquellos primeros reflejos de sus modos de ser respectivos.

—Mi opinión es que la masa es idiota —insistió Fleur, obstinada.

—Pues a mí me duele la desgracia de la masa —dijo Jon.

Era como si se hubieran peleado, y en aquel momento supremo de la despedida.

—Bueno, pues a ayudar a los desgraciados y no te acuerdes de mí.

Jon quedó inmóvil. Sudaba una gota por cada poro y le temblaban brazos y piernas. Fleur se había parado también y hacía guiños al río.

—Yo creo —dijo Jon con agonía— que Dios quiere que todos los humanos gocemos de lo bueno que ha puesto en la vida.

Fleur se echó a reír.

—Sí; y, sin embargo, tú no quieres gozar, quieres atormentarte. O quizá tu idea de gozar es eso precisamente… Hay mucha gente así, ya lo creo…

Estaba pálida, los ojos se le habían oscurecido, los labios se le habían afinado. ¿Era realmente Fleur aquella que estaba mirando, ceñuda, el río? Jon tenía la sensación de vivir una escena de libro, de esas en que el enamorado tiene que elegir entre el amor y el deber. Pero entonces ella se volvió a mirarle con mirada vivaz. Y nunca vio Jon nada tan enloquecedor como aquella mirada. Le hizo el mismo efecto que un tirón de la cadena produce en un perro…, obligándolo a acercarse meneando la cola y con la lengua fuera.

—Vamos a no ser tontos —dijo Fleur—. El tiempo es demasiado corto. Mira, Jon: por allí tengo que cruzar el río. Allí, en aquella curva, donde empieza el boscaje.

Jon vio un tejado a dos aguas, una chimenea, un trozo de pared entre los árboles. Y le pareció que se le paraba el corazón…

—No puedo detenerme más. No podemos seguir juntos más lejos, pues se domina desde la casa. Tenemos que decirnos adiós.

Anduvieron, silenciosos, otro poco, hasta una valla donde las flores, blancas y rosadas, estaban en plenitud.

—Mi Club es el Talismán, calle Stratton, Piccadilly. Allí las cartas están seguras, y yo voy un par de veces por semana.

Jon asintió. Su cara se había puesto extremadamente inmóvil y sus ojos miraban, perdidos al frente.

—Hoy es veintitrés de mayo. El nueve de julio estaré frente al cuadro de Baco y Ariadna, a las tres. ¿Estarás tú?

—Sí.

—Si te sientes lo mal que me siento yo…, todo está bien. Deja que pase esa gente.

Un hombre y una mujer, vestidos de domingo, iban dando un paseo con sus hijos.

— ¡La familia, el hogar!… —dijo Fleur. Y pasó al otro lado de la valla.

Las flores se abrieron y se cerraron después tras ella, y una color de rosa le golpeó la mejilla. Jon extendió, celoso, la mano para evitarlo.

—Adiós, Jon.

Un instante permanecieron con las manos apretadas. Después se juntaron sus bocas por tercera vez, y cuando se separaron. Fleur salió corriendo. Jon quedó allí parado, con la cabeza apoyada en la valla. Se había ido… Para una eternidad. Por siete semanas menos dos días. Y allí quedaba él, intentando que sus ojos no la perdieran. Volvió ella la cabeza, y le hizo una seña con la mano.

La letra de una canción humorística:

El ruido de Paddington…, el más feo del mundo…

Lanzó un grito de Paddington, sepulcral y profundo…

le vino a la memoria. Salió corriendo hacia la estación de Beading. Y en el tren, durante todo el camino hasta Londres y después hasta Wansdon, se absorbió en hojear ¡El corazón del sendero! y en elaborar mentalmente un

poema tan lleno de sentimiento, que no rimaba.

XII

Capricho

Corría Fleur porque necesitaba correr; llegaba tarde a su casa, y necesitaba de toda su agudeza para cuando entrara. Pasó las Islas, la estación y el hotel, y estaba a punto de tomar el ferry, cuando vio un bote con un hombre en él.

—Señorita Forsyte —le dijo—. Déjeme que la cruce a la otra orilla. Estoy aquí para eso.

Ella le miró sorprendida.

—Sí, sí… Vengo de tomar el té con su familia. Puedo ahorrarle ir en el ferry. Me pilla de camino. Me vuelvo a Pangbourne. Me llamo Mont, y la he visto a usted en aquella Sala de Exposiciones no sé si se acordará, cuando su padre me invitó a ver sus cuadros.

— ¡Ah, sí! —dijo Fleur—. ¡El pañuelo!

Era a aquel hombre a quien debía el conocer a Jon; y aceptando su mano, entró en el bote. Todavía algo sofocada, se sentó en silencio, El joven batelero, todo lo contrario. Nunca había oído ella hablar a nadie tanto en tan poco tiempo. Le dijo sus años, veinticuatro; su peso, diez libras con once§; su domicilio; describió sus sensaciones bajo el fuego y lo que se sentía en un ataque de gases; criticó la Juno aquella, explicando su concepción personal de la diosa; comentó la copia del Goya, opinando que ella no se parecía tanto; diseñó rápidamente la situación de Inglaterra; habló de monsieur Profond, o como se llamara; opinó que su padre tenía algunos cuadros muy buenos; expresó su confianza en volver a remar otra vez para ella, en un paseo por el río, pues él remaba muy bien y era de toda confianza; le pidió su opinión sobre Tchejov, le participó la suya propia; manifestó su esperanza de que irían juntos al ballet ruso; maldijo a su familia por haberle puesto de nombre Michael, antepuesto a Mont; describió a grandes rasgos cómo era su padre, y le dijo que si quería deleitarse con un buen libro, que leyera Job; su padre se parecía bastante a Job, cuando Job todavía poseía tierras.

—Pero Job no tenía tierras —murmuró Fleur—. Sólo tenía ganados y rebaños e iba por ahí, de un lado para otro.

— ¡Ah! —respondió Michael Mont—. ¡Ya quisiera yo que mi padre anduviera de un lado para otro! Y no es que quiera yo sus tierras, no… La tierra es un engorro tremendo en estos días, ¿no le parece?

—En mi familia nunca hemos tenido tierras —dijo Fleur—. Tenemos de todo lo demás. Creo que uno de mis antepasados tuvo una granja sentimental en Dorset, porque procedemos de allí, pero le daba más gastos que satisfacción.

— ¿La vendió?

—No, siguió con ella.

— ¿Y por qué?

—Porque no encontró quien la comprara.

— ¡Buen elemento!

—Mi padre dice que le hacía sufrir mucho. Y se llamaba Swithin.

— ¡Pues sí que es un nombrecito!…

— ¿Se da usted cuenta de que nos alejamos? El río nos lleva.

— ¡Estupendo! —exclamó Mont, metiendo un poco los remos—. Es formidable encontrar una chica lista.

—Pero es mejor encontrar un chico con ganas de remar.

El joven Mont soltó los remos para alisarse el cabello.

— ¡Bueno! —dijo Fleur—. ¡A ver si rema!

—Sí, sí. Esta barca es muy fuerte, muy buena…

— ¿No le importa remar un poco? —dijo Fleur severamente—. Tengo prisa.

— ¿Sí? Pero cuando llegue, me separo de usted y me quedo sin verla, de momento. Fini, como decía aquella niña francesa cuando se metía en la cama después de rezar sus oraciones. ¿No bendice usted el día en que tuvo una madre francesa que le puso un nombre tan bonito?

—Mi nombre me lo puso mi padre. Mi madre quería llamarme Marguerite.

— ¡Qué equivocación! ¿No le importaría a usted llamarme M. M., y que yo la llamase a usted F. F.? Esto está muy de acuerdo con el espíritu de nuestra época.

—No me importa nada. Lo que quiero es llegar pronto.

Mont cogió un cangrejito y contestó:

—Mire qué cangrejo tan mono.

—Haga el favor de remar.

—En seguida —y dio varios golpes de remo, mirándola con ojos de

asombro—. Usted comprenderá —dijo, parándose— que he venido por verla a usted, no por ver cuadritos de monsergas.

Fleur se puso en pie.

—Si no rema usted, me tiro al río y voy nadando.

—Bueno, tírese, que yo la sigo por si se cansa.

—Señor Mont, estoy cansada y tengo prisa. Haga el favor de cruzarme inmediatamente.

Cuando Fleur saltó de la barca en el embarcadero del jardín, él se levantó, y agarrándose el cabello con las dos manos, se quedó mirándola.

— ¡No, por favor! —gritó Mont—. ¡No me diga: «Fuera de aquí, malos pelos»!…

Fleur no le dijo nada. Se dio la vuelta y le saludó con la mano. Luego añadió:

— ¡Adiós, señor M. M.! —y desapareció entre los rosales.

Miró su reloj de pulsera y a las ventanas de la casa, que le pareció como deshabitada. ¡Eran más de las seis! Las palomas se retiraban ya para la noche, y el sol brillaba en el tejadillo del palomar, en sus níveas plumas y en las cumbres de los árboles. Llegó hasta Fleur el chasquido de las bolas de billar. Sería Jack Cardigan sin duda. También oyó el murmullo de las ramas de un eucalipto, extraño árbol meridional en un jardín inglés. Llegó a la terraza, e iba a pasar cuando se detuvo ante unas palabras que oyó en el salón, a su izquierda. ¡Eran su madre y monsieur Profond! Tras una cortina oyó decir:

—Yo no, Annette.

¿Sabría su padre que aquel hombre llamaba Annette a su madre? Siempre al lado de su padre —los hijos siempre están al lado de uno de sus padres cuando hay disensión en el matrimonio— se sintió asombrada y se detuvo, llena de incertidumbre. Su madre hablaba en voz baja, agradable y algo metálica. Oyó una palabra: Demain. Y la respuesta de Profond: «De acuerdo». Fleur frunció el ceño. Y un leve sonido le llegó en el profundo silencio. Después oyó a Profond: «Voy a dar una vuelta por ahí».

El ruido de las bolas de billar, que había dejado de percibir, en busca de otros sonidos, lo percibió de nuevo. Dejó pasar a Profond sin que la viera. Entró en otra habitación, y de allí pasó a la sala. Su madre estaba sentada en el sofá que había entre dos ventanas, con las piernas cruzadas, la cabeza reposando en una almohada, los labios entreabiertos y los ojos semicerrados. Le pareció extraordinariamente bella.

— ¡Ah!, ¿ya estás aquí, Fleur? Tu padre se estaba poniendo ya excitado.

— ¿Dónde está?

—Estará con sus cuadros. Sube a verle.

— ¿Qué vas a hacer mañana, mamá?

— ¿Mañana? Voy a ir a Londres, con tu tía.

—Me lo había figurado. ¿Quieres comprarme una sombrilla lisa, sin ningún dibujo?

— ¿De qué color?

—Verde. Se marcharán ya todos, ¿no?

—Sí, ya se marchan. Anda, dame un beso y sube a consolar a tu padre.

Fleur se inclinó, recibió un beso y pasó junto a la huella de otro cuerpo todavía marcada en los almohadones del sofá. Echó a correr escaleras arriba.

No era Fleur nada anticuada, y no deseaba gobernar a sus padres según las normas con que la gobernaban a ella. Pero quería gobernarse a sí misma; además un instinto certero para comprender qué cosas podían serle útiles a ella se le estaba desarrollando rápidamente. En un hogar perturbado, podría tener más oportunidad de seguir su impulso cordial hacia Jon. De todas formas se sentía ofendida como una flor por un viento molesto. Si aquel hombre había besado a su madre, aquello estaba serio, y su padre tenía que saberlo. «Demain»… «De acuerdo»… Y su madre ¡iba a Londres! Entró en su cuarto y se asomó a la ventana para que se le refrescase la cara, que de repente se le había enardecido. Jon estaría en la estación en aquel momento. ¿Qué sabría su padre de Jon? Probablemente, todo o casi todo…

Se puso otro vestido, para que pareciera que llevaba ya mucho rato en casa, y subió al cuarto de los cuadros.

Soames estaba fijo ante su Alfred Stevens, el cuadro que le gustaba más. No se volvió al oír la puerta; pero Fleur se dio cuenta de que la había oído y comprendió que estaba enfadado. Se le acercó lentamente y se le puso a la espalda, colocándole la barbilla sobre el hombro y la mejilla junto a la de él. Era un método de acercársele que nunca había fallado; pero le falló aquella vez, y Fleur tuvo los peores augurios.

—Ya era hora de que vinieras —dijo Soames fríamente.

— ¿Eso es todo lo que me dice mi papaíto malo? —y le restregó la carita con mimo.

Soames separó la cabeza todo lo que pudo.

— ¿Por qué me tienes en ascuas así, retrasando y retrasando la venida?

—Pero, papá, si no era nada malo…

—Bastante sabes tú lo que es malo y lo que es bueno.

Fleur dejó caer los brazos con desaliento.

—Bueno, dime lo que pasa, con toda franqueza —y se sentó junto a una ventana.

Su padre se volvió, y quedóse mirando al suelo. Parecía muy abatido.

—Tú eres mi único consuelo —dijo Soames repentinamente—. Y mira lo que me haces.

El corazón de Fleur latió con fuerza.

—Pero ¿qué te hago?

Soames la miró con una mirada que, de no ser por el cariño que reflejaba, hubiera sido furtiva.

—Ya sabes lo que te he dicho: no quiero nada con esa rama de la familia.

—Muy bien, papá. Pero ¿por qué tampoco voy a tener nada yo?

—No quiero entrar en razones —dijo Soames—. Pero debes hacerme caso y confiar en mí, Fleur.

La forma de pronunciar sus palabras entristeció a Fleur; pero pensó en Jon, y quedó callada. Sin darse cuenta, había adoptado una actitud moderna, con una pierna trenzada sobre la otra, con la mejilla en una mano doblada por la muñeca y el otro brazo cruzado sobre el pecho. No había en ella una sola línea de postura que no fuera típico en la pose. Sin embargo, conservaba toda su gracia.

—Ya conoces mis deseos —continuó Soames—. Y sabiéndolos, te has quedado cuatro días. Y el chico ese te habrá acompañado ahora, claro…

Fleur le miró fija.

—No te pregunto nada —dijo Soames—. No entro en lo que te afecta a ti.

Repentinamente se levantó Fleur y se asomó a la ventana, con la cara entre las manos. El sol se había puesto tras los árboles, y de abajo subía el chasquido de las bolas de billar.

— ¿Te quedarás más tranquilo si te prometo no verle en… digamos seis semanas?

No estaba preparada para oírle temblar la voz.

— ¿Seis semanas? Seis años, o sesenta…, lo que quieras. No, Fleur, no te engañes a ti misma, no te engañes haciéndote ilusiones.

Se sintió alarmada.

— ¿Qué te pasa, papá?

Soames se le acercó para poderle ver la cara.

—No me vayas a decir, que eres tan loca como para haber concebido algo más que un capricho. ¡Sería demasiado! —y se echó a reír.

Oyéndole reír de aquella forma, Fleur se convenció de que era grave el caso. Y cogiéndole del brazo, le dijo suavemente:

—Sí, es un capricho. Lo que pasa es que me gustan mis caprichos y los tuyos no.

— ¡Los míos!… —dijo Soames con amargura, volviéndose.

La luz del día casi se había extinguido, y el río presentaba un aspecto lechoso. Los árboles habían perdido toda alegría en el color. Sintió Fleur hambre de Jon, de ver su cara, de tocar sus manos, de sentir la presión de sus labios.

—O la la! ¡Qué pequeño disgusto!, como diría monsieur Profond.

—Papá, no me gusta nada ese hombre.

Vio que su padre se paraba y sacaba algo del bolsillo.

— ¿No te gusta? ¿Por qué?

—Nada… Simple capricho —murmuró Fleur.

—No. Ahí no hay capricho —dijo Soames, y rompió el papel que había sacado—. Ahí tienes razón. A mí tampoco me gusta.

—Mírale —dijo Fleur, señalando por la ventana—. Ahí va. Me fastidia su calzado, tan silencioso…; nunca se sabe cuándo va a presentarse.

Por el jardín, a la débil luz, marchaba Próspero Profond, con las manos en los bolsillos, silbando suavemente para su barba. Se paró y miró al cielo como diciendo: «No me gusta mucho esa pequeña luna».

Fleur se echó hacia atrás.

—Parece un gato —dijo.

Y las bolas de billar sonaron como compendiando en su sonido el gato, la luna, el capricho y la tragedia…

Monsieur Profond volvió a marchar al ritmo de la melodía que silbaba. ¿Qué era? ¡Ah, sí, Rigoletto! La donna é mobile. Eso estaría pensando. Apretó el brazo de su padre.

—Mira cómo se pasea —murmuró cuando doblaba la esquina.

El día estaba en esa cortadura que lo separa de la noche, marchándose y quedándose a la vez; y el aire, incapaz de ser vehículo de colores, tenía, en cambio, un poderoso transmitir de perfume de lilas. Un mirlo rompió a cantar. Jon estaría en Londres en aquel momento, tal vez en el parque, sin duda pensando en ella… Un ruidillo le hizo volver la cabeza. Su padre rompía otra vez aquel papel: el cheque que le había dado Profond.

—No le vendo mi Gauguin —dijo—. No sé qué le encuentran tu tía e Imogen.

—Y mamá.

— ¿Tu madre?

«¡Pobre padre! —pensó ella—. Nunca parece ser feliz. No voy a hacer yo que sufra más todavía. Pero tendré que hacerle sufrir cuando vuelva Jon. Pero bueno, ya está bien por esta noche».

—Voy a vestirme —dijo.

En su cuarto se le ocurrió ponerse aquel vestido de fantasía. Era de tisú de oro y tenía pantalones, del mismo género, sujetos a los tobillos. Una capita de paje le caía de los hombros, y se completaba con sandalias doradas y un casco dorado también, como el de Mercurio, con alas; y estaba recamado de cascabeles dorados, de forma que a cada movimiento que hacía sonaba suavemente. Cuando se lo hubo puesto lamentó que Jon no estuviera allí para verla; casi sentía que aquel simpático Michael Mont no pudiera contemplar la estampa. Pero el batintín había sonado, y bajó, interrumpiendo toda lamentación interior.

Causó sensación en la sala. Winifred la encontró graciosísima, Imogen quedó encantada, Jack Cardigan dijo que estaba asombrosa, estupenda, superior… Monsieur Profond sonrió con los ojos y dijo:

—Es precioso ese pequeño vestido…

Su madre, muy elegante, vestida de negro, la miró y no dijo nada. Quedaba para su padre hacer oír la voz del buen sentido.

— ¿Por qué te has puesto eso? No vas a ir a ningún baile de máscaras.

Fleur dio una vuelta rápida y las campanillas sonaron.

—Capricho…

Soames se la quedó mirando, se volvió y dio el brazo a Winifred. Jack Cardigan se lo dio a Annette; Profond, a Imogen. Y Fleur marchó sola, sonando los cascabeles.

La pequeña luna se ocultó pronto, y la noche de mayo se extendió blanda y

cálida, envolviendo con su color de uva madura y su aroma los millones de caprichos, intrigas, pasiones, deseos y pesares de mujeres y hombres. Feliz era Jack Cardigan de poder roncar sobre el blanco hombro de Imogen, y también Timoteo en su mausoleo, demasiado viejo para hacer otra cosa que dormir con el sueño de un niño. Pero ¿cuántos estarían despiertos, o soñando, doloridos por las cosas del mundo?

El rocío y las flores se cerraron; los ganados pastaban en los prados, buscando con su lengua las hierbas que no podían ver; y las ovejas de los Downs estaban quietas como piedras. Los faisanes de los altos árboles de Pangbourne, las alondras de los nidos de hierba en la cantera de cal de Wansdon, las golondrinas de los tejados de Robin Hill y los gorriones de Mayfair pasaban una noche sin sueño, disfrutando de la ausencia de viento. La jaquita de Mayfly, no acostumbrada todavía a su nuevo alojamiento, arañaba con la pezuña su lecho de paja, y los murciélagos, las polillas y los búhos se sentían vigorosos en la oscuridad caliente; pero la paz de la noche no era para todos los humanos. Hombres y mujeres, cabalgando en los tiovivos locos de la ansiedad o del amor, consumían las velas de sus ensueños e ideas en las horas solitarias.

Fleur, acodada en su ventana, oyó las doce en el reloj del hall, oyó el leve ruido de un pez al saltar, el murmurar de las ramas de los árboles con una ocasional ráfaga de viento, el pitido lejano de un tren nocturno, y oía el tiempo, y esos ruidos que no tienen nombre, expresiones oscuras de emociones no catalogadas de hombres y bestias, de pájaros y máquinas, tal vez de Forsytes muertos, de Darties, de Cardigans, que daban su paseo nocturno por un mundo que una vez fue el de sus espíritus encarnados en cuerpos. Pero Fleur no hacía caso de tales ruidos; su espíritu, nada ausente de su materia, volaba con ala rápida de un vagón de ferrocarril a una valla coronada de flores, corría tras de Jon, persiguiendo tenaz su imagen prohibida y su voz que era tabú. Y arrugó su naricilla, buscando recordar el olor de las flores de la valla cuando la mano de él había querido evitar que las flores la rozasen. Mucho tiempo estuvo asomada, con su traje de fantasía, ansiosa de quemar sus alas en la llama de la vida; en tanto, las polillas chocaban contra su cara en su camino hacia la lámpara de su tocador, ignorantes de que en casa de un Forsyte no hay llamas de verdad. Pero al fin sintió sueño, y, olvidando los cascabeles, se adentró rápidamente.

Por la ventana abierta de su cuarto, vecino del de Annette, Soames, también despierto, oyó el tintinear del gorro de su hija, como podían haberlo producido las estrellas locas saltando de flor en flor, si el oído humano pudiera percibir sonidos de esa clase.

«¡Capricho! —pensó—. Yo no sé… Es muy voluntariosa. ¿Qué haría yo? ¡Fleur!».

Y luego quedó dormido en el seno de la pequeña noche.

****

SEGUNDA PARTE

I

Madre e hijo

Decir que Jon Forsyte fue a España de mala gana sería poco apropiado. Fue como un perro de buen carácter que sale de paseo con su ama dejándose un hueso delicioso en la caseta. Se fue volviendo la cabeza atrás. Los Forsytes, cuando se los priva de un buen hueso, se ponen tristes. Pero Jon tenía poca tristeza entre sus elementos constitutivos. Adoraba a su madre, y aquél era su primer viaje. Italia se había convertido en España ante sus solas palabras: «Yo preferiría ir a España, mamá. Tú has estado en Italia varias veces. Preferiría que nos encontrásemos frente a un país nuevo para los dos».

El hombre era agudo, además de cándido. No olvidaba que iba a reducir los dos meses a seis semanas, y por eso no mostraba su ansia porque sucediera así. Y para tratarse de uno que había abandonado tan rico hueso y que estaba tan supeditado a una idea fija, hacía bastante buen compañero de viaje, indiferente adonde y cuándo llegaban, indiferente a la buena o menos buena comida, y lleno de apreciación por un país extraño al inglés más dado a viajes. La sabiduría de Fleur al rehusar escribirle fue profunda, pues llegaba a cada ciudad enteramente sin ansia ni esperanza febril, y podía concentrar toda su atención en los borriquillos y en las campanas, en los sacerdotes, mendigos, niños, gallos cantarines, sombreros, cactos, pueblos viejos y blanquísimos de cal, cabras, olivares, llanuras verdeantes, pájaros cantores encerrados en jaulitas, vendedores de agua, puestas de sol, sandías, mulas, iglesias grandiosas, cuadros y montañas de aquel país fascinador.

Ya hacía calor, y gozaban la ausencia de compatriotas suyos. Jon, que creía no tener una gota de sangre que no fuera inglesa, se sentía con frecuencia molesto en presencia de compatriotas. Se daba cuenta de que no se andaban con tonterías y de que miraban las cosas desde el punto de vista más práctico posible. Confió a su madre la opinión de que era un ser insociable… Era agradable estar lejos de la gente que hablaba de las cosas de que habla la gente. A lo cual Irene respondió:

—Sí, Jon. Te comprendo perfectamente.

En aquel aislamiento tuvo grandes oportunidades de apreciar lo que pocos hijos pueden: la magnitud del cariño de una madre. El tener un secreto que había participado a ella le hacía indebidamente sensible; y el estar en un país meridional le llevaba a una apreciación completa de su belleza, que frecuentemente había oído decir que era española, pero que ahora veía no serlo. La belleza de su madre no era ni inglesa, ni francesa, ni española, ni italiana. Era simplemente una belleza especial. También apreciaba, como nunca, la sutileza del instinto de su madre. No sabía si su madre se había percatado de la emoción absorta con que contemplaba aquel cuadro de Goya, La vendimia, ni si sabía que se había marchado al Museo otra vez después de almorzar, y de nuevo a la mañana siguiente, para pasarse frente al cuadro sus buenas medias horas cada vez. No era Fleur, desde luego; pero se parecía lo bastante para hacer agitar, e dolorido su corazón, con ese dolor que tanto aman los enamorados. Compró una postal que reproducía el cuadro, y sacarla del bolsillo y mirarla se hizo para Jon uno de esos hábitos que antes o después descubre el ojo aguzado por el cariño, los celos o el miedo. Y los ojos de su madre estaban aguzados por los tres sentimientos. En Granada fue sorprendido in fraganti, sentado en un banco de piedra de un jardinillo de la colina de la Alhambra, desde donde debiera estar mirando el paisaje. Creía que su madre estaba entretenida, cuando oyó su voz que decía:

— ¿Ése es tu Goya favorito Jon?

Quiso contener, pero demasiado tarde, un movimiento como el de un colegial que trata en la escuela de esconder un libro de cuentos, y respondió:

—Sí.

—Realmente es precioso; pero yo creo que a mí me gusta más El Quitasol. A tu padre le volvería loco Goya. Creo que no vio sus obras cuando estuvo en España el año noventa y dos.

El año 92… Nueve años antes de nacer él. ¿Qué habían hecho hasta entonces su padre y su madre? Si tenían derecho a participar de su futuro, indudablemente tenía derecho él también a participar de su pasado. La miró. Pero algo que vio en su cara —huellas de dolor antiguo, de vida dura, señales misteriosas de emociones, experiencias y sufrimientos— hizo que su curiosidad le pareciera impertinente.

Su madre debía de haber llevado una vida maravillosamente interesante; era tan hermosa, tan, tan… Y no daba con una palabra que expresara lo que sentía hacia ella. Se levantó, y se quedó mirando la ciudad a sus pies, al llano verde y a la cadena de montañas que destellaban a la luz del sol. La vida de su madre era como el pasado de la vieja ciudad mora: lleno, profundo, remoto; y su propia vida era aún como la de un niño o un objeto, desesperadamente ignorante de todo. Decían que en aquellas montañas del Oeste, que se alzaban

de la llanura verdeazul, habían vivido los fenicios, raza extraña, oscura y misteriosa. La vida de su madre era para él tan desconocida como la de los fenicios lo era para aquella vieja ciudad, cuyos gallos cantaban y cuyos niños jugaban tan alegres, de crepúsculo a crepúsculo. Le dolía que su madre supiera todo acerca de él y que él no supiera de ella nada más que le quería mucho y que quería a su padre, y que era hermosa. Su honda ignorancia —pues él no tenía ni la experiencia de la guerra, como casi todo el mundo— le hacía sentirse pequeño.

Por la noche, desde el balcón de su dormitorio, contempló el panorama de la ciudad, como incrustado de oro y azabache y marfil. Estuvo despierto hasta muy tarde, escuchando la voz del sereno que cantaba las horas, y haciendo estos versos en su mente:

Voz de la noche que grita en la vieja y durmiente

ciudad española, oscura bajo las estrellas blancas…

¿Qué dice esa voz con su clara, permanente, angustia?

¿Es el guardián que narra su cuento antiguo de paz?

¿O es un bandolero que asusta con su canto a la luna?

¡No! Es el triste de ausencia, que su alma solloza

estas palabras: «¿Hasta cuándo?»

Las palabras triste de ausencia le parecían frías y poco expresivas. Pero poner muerto de pena le parecía algo definitivo e irrevocable, y otras palabras que sumaran cinco sílabas no se le ocurrían, y si ponía más o menos, tenía que quitar el que su alma solloza. Eran más de las dos cuando terminó el poema, y más de las tres cuando se durmió, tras haberlo repetido al menos veinticuatro veces. Al día siguiente lo copió y lo metió en una de aquellas cartas que escribía a Fleur antes de bajar a desayunar, para quedarse con la cabeza libre y poder ser buen compañero de viaje.

A mediodía, estando en la terraza del hotel, sintió un agudo dolor en la nuca, una sensación extraña en los ojos y mareo. El sol le había besado con demasiado afecto. Y pasó tres días en semioscuridad, dolorosamente indiferente a todo lo que no fuera la bolsa de hielo en la frente y la sonrisa de su madre. Ella no se movió de su cuarto, no abandonó jamás su vigilancia callada, que a Jon le parecía angélica. Pero había momentos en que se sentía muy desgraciado y en que deseaba que Fleur pudiera verle. A veces se despedía dolorosamente de ella y del mundo, manándole lágrimas amargas ante la situación imaginaria. Llegaba hasta preparar, mentalmente, la carta de despedida que le enviaría con su madre —que lamentaría hasta el día de su muerte el intento de separarlo—. ¡Pobre madre! Pero con todo, se dio

rápidamente cuenta de que tenía a mano el gran pretexto para regresar inmediatamente a casa.

Hacia las seis y media de cada tarde se oía una gaspacha de campanas, una cascada de campanadas de reloj que subía desde la ciudad durante unos instantes. Tras oírla el cuarto día, dijo de repente:

—Me gustaría que nos volviésemos a Inglaterra, mamá. Aquí el sol calienta mucho.

—Muy bien, hijo mío. En cuanto estés en condiciones de viajar, nos vamos.

Y al momento se encontró mejorado…, pero se sintió peor.

Habían esta fuera cinco semanas cuando llegaron a casa. La cabeza de Jon había recobrado su prístino estado, pero tenía, quisiera que no, que llevar un gorro que le hizo su madre con muchos forros de seda naranja y verde, y que pasearse por la sombra. Obligado por la providencia española a pasar un día en Madrid entre tren y tren, era más que natural ir otra vez al Museo del Prado. Y esta vez se detuvo Jon con perfectamente fingida casualidad ante su cuadro de Goya. Ahora que iba a volver a ver a Fleur, podía permitirse una inspección más somera de aquella obra. Fue su madre la que se interesó más por aquella pintura diciendo:

—La cara y el tipo de la muchacha son exquisitos.

Jon la oyó con alarma. ¿Le había adivinado el pensamiento? Pero se convenció una vez más de que no había nadie como su madre en cuanto a dominio de sí mismo. Ella sabía, por algún medio misterioso cuyo secreto no se le alcanzaba a él, tomar el pulso de sus pensamientos; Irene sabía por instinto lo que su hijo había esperado, temido y deseado. Y Jon se sentía culpable, pues tenía una conciencia superior a la mayoría de los muchachos. Hubiera deseado que su madre fuera franca con él, y casi suspiraba por una lucha abierta y cara a cara. Pero no hubo lucha, y tranquilamente se dirigieron hacia el Norte. Así vio por primera vez cuánto más aptas que los hombres son las mujeres en un juego de espera. En París tuvieron que detenerse otro día, y Jon se puso nervioso porque aquel día se convirtió en dos por cosas referentes a un modisto; ¡como si su madre, que era tan guapa, tuviera necesidad de adornarse más! El momento más feliz de su viaje fue el de saltar al barco de Folkestone.

En pie sobre cubierta, cogiéndole por el brazo, le dijo Irene:

—Me temo que no lo hayas pasado muy bien, Jon. Pero has sido muy bueno conmigo.

— ¡Sí, sí!… Lo he pasado maravillosamente… Fuera de lo de mi cabeza…

Y ahora que el viaje terminaba, se dio cuenta de que en verdad lo había pasado bien, que había experimentado un goce doloroso, como el que había intentado expresar con aquellos versos de la voz que lloraba en la noche; sentía algo así como lo que sentía al oír a Chopin. Y se preguntó por qué no pudo decir a su madre algo como lo que le dijo ella: «Has sido muy buena conmigo». En vez de eso, le dijo: «Me parece que nos vamos a marear».

Se marearon, y llegaron a Londres bastante fatigados, habiendo estado fuera seis semanas y dos días, sin una sola alusión al problema que constantemente había ocupado sus pensamientos.

II

Padres e hijas

Privado de su mujer y de su hijo por la aventura española, a Jolyon se le hacía intolerable la soledad de Robin Hill. Un filósofo, cuando tiene todo lo que necesita, es distinto de un filósofo cuando no lo tiene. Acostumbrado, sin embargo, aunque no resignado, a la soledad, lo hubiera pasado peor a no ser por su hija June. Para ella era entonces otro ser desvalido a quien proteger. Y habiendo verificado —momentáneamente— el rescate de un grabador en mala situación, se presentó en Robin Hill quince días después de la partida de Irene y de Jon. La diminuta June vivía entonces en una diminuta casa con un gran estudio, en Chiswick. Forsyte de la mejor calidad, por lo menos en lo que a falta de responsabilidad se refería, había arreglado el problema de una renta no grande por un procedimiento satisfactorio para ella y para su padre. El alquiler de la Sala de Exposiciones y el impuesto sobre su renta llegaban casi a igualarse. Y así, el arreglo había sido muy sencillo: no le pagaba a su padre el alquiler para amortizar la compra de la Sala. Tras dieciocho años de vida, la Sala rendía lo meramente indispensable para ir tirando con ella sin tener que gastar en mantenerla; así, a Jolyon no le importaba el arreglo inventado por su hija, que le permitía disponer de mil doscientas libras al año; y reduciendo su comida y teniendo, en vez de dos belgas mal pagados en la Sala, una austríaca peor pagada, podía dedicar gran parte de su dinero a la protección del genio ignorado del mundo. A los tres días de estancia en Robin Hill, se llevó a su padre a Londres con ella. En aquellos tres días, June descubrió el secreto que su padre había guardado celosamente durante dos años, e inmediatamente de saberlo, se decidió a curarle. Ella conocía, sin duda alguna, al hombre que necesitaban. Había hecho maravillas curando a Paul Post, el pintor aquel, un tanto más avanzado que el futurismo. Y se impacientó con su padre porque abrió mucho los ojos y dijo que no había oído hablar ni de Paul Post ni del

ilustre galeno. Desde luego que si no tenía fe, no había nada que hacer. Y era absurdo no tener fe en el hombre que había curado a Paul Post, o que le hubiera curado a no ser por los excesos de trabajo, o de otra índole, en que incurrió el paciente. La gran cosa del galeno es que creía en la Naturaleza. Había hecho un estudio especial de los síntomas de la Naturaleza, y cuando un paciente fallaba en la presentación de alguno de aquellos síntomas naturales, le daba el veneno, natural también, que lo producía, y así, el cuadro sintomatológico estaba completo, la enfermedad perfectamente localizada y… ¡a curarse tocan! June tenía mucha esperanza. Su padre, evidentemente, en Robin Hill no había vivido una vida natural y había, por tanto, que hacerle tener síntomas. Su padre estaba —ella lo sentía— fuera de contacto con los tiempos, lo que era natural; su corazón necesitaba, sin duda, algún excitante.

En su casita de Chiswick, ella y la austríaca —alma agradecida a June por ayudarle a vivir, con un agradecimiento tan grande, que estaba a punto de matarse a trabajar— estimularon el corazón de Jolyon por toda clase de medios, preparándole para curarse. Pero no conseguían que bajase las cejas en señal de haber perdido el asombro, por ejemplo, cuando la austríaca le despertaba a las ocho, precisamente cuando empezaba a dormirse, o cuando June, de un tirón, le quitaba el Times que estaba leyendo, ya que era antinatural leer aquello en vez de interesarse por lo que pasaba en el mundo. Y nunca, nunca, dejó de asombrarse ante los recursos de la fantasía de su hija, especialmente por las tardes, que era cuando más se empeñaba en que llevara vida natural. En beneficio de él, según ella manifestaba, aunque él sospechaba que también en beneficio propio, congregaba a gentes de la época que tenían algún parentesco con el genio; y con cierta solemnidad, ella y sus amigos se movían en el estudio ante él a los ritmos del fox-trot y de aquella otra forma mental del baile, el one-step, que tanto iba contra la música y que hacía que Jolyon levantara las cejas hasta casi incrustárselas en el nacimiento del pelo, a causa de la admiración que le causaba el esfuerzo a que tendrían que someter la voluntad para bailar aquello. También, comprendiendo June que su padre, como acuarelista, era un atrasado respecto de aquellos que con razón podían pretender que se los llamase artistas, le llevaba alguna muchacha o muchacho de mérito, a juicio suyo, para que le hablaran de arte. Jolyon hacía lo que podía para colocarse al nivel de sus interlocutores. Pero aunque no se encontraba mejor, a pesar de tanto estimulante, no dejaba de admirar el espíritu indomable de su hija. Y no parientes del genio, sino genios en sí, asistían de cuando en cuando a aquellas reuniones, mirando a todo el mundo por encima del hombro. June siempre presentaba aquellos genios a su padre. Comprendía que era excepcionalmente beneficioso para quien, aunque le quería mucho, no dejaba de reconocerlo, de genio tenía realmente pocos síntomas.

Con toda la seguridad que tenía de no haber transmitido en herencia tal

modo de ser a su hija, pensaba de dónde habría sacado aquel carácter y aquel pelo colorado antaño y de un color especial hogaño, por las canas; y de dónde habría sacado aquella cara, tan distinta de la suya, y su figurilla diminuta, cuando él y la mayoría de los Forsytes eran tan altos. Y se ponía Jolyon a meditar sobre el origen de las especies y a debatir si su hija era viking o celta. Más le parecía celta que otra cosa, debido a su combatividad y a sus gustos extraños. Desde luego que prefería a su hija antes que a cualquier persona de aquellos tiempos, aunque le parecían altamente peregrinos sus criterios en todo. Por ejemplo, se empeñó en que debería sacarse todos los dientes. El dentista de ella le había encontrado en pleno desarrollo staphylcoccus aureus, que sin duda le producirían accesos febriles. Y Jolyon tuvo que poner en juego toda la tenacidad forsyteana para no verse en posesión de dos hermosas hileras de dientes artificiales en vez de los naturales que tenía. No había tenido ningún acceso febril y sus dientes le durarían hasta el final. June admitió que sí que le durarían si no se los sacaba. Pero si se pusiera dientes nuevos, tendría un corazón nuevo también y viviría más. «Su persistencia —le decía— era el símbolo de su actitud general: se rendía ante la vida, no quería luchar». ¿Cuándo iba a ver al hombre que curó a Paul Post? Jolyon lo sentía mucho, pero no pensaba ir a verle, y June se enfadó. Pondridge, le explicaba, era un hombre maravilloso, y además tenía bastantes dificultades para comer los últimos días de cada mes, ya que el vulgo ignorante no parecía estimar debidamente sus teorías. La incomprensión y prejuicios que su mismo padre mostraba era lo que se oponía al triunfo brillante del gran hombre. ¡Sería espléndido que los dos se pusieran de acuerdo!

—Tú lo que quieres —dijo Jolyon— es matar dos pájaros de un tiro.

— ¡Curar dos pájaros a la vez! —manifestó June que era su deseo.

—Bueno, hija, es lo mismo.

Protestaba ella. Era desleal adoptar una postura perjudicial para un tercero sin haber hecho antes una prueba. Pero Jolyon pensaba que si hacía una prueba, no podría después adoptar postura alguna.

—Es que eres desconfiado —decía June.

—Eso sí que es verdad —respondía Jolyon—; pero quiero seguir siéndolo el mayor tiempo posible. Prefiero dejar las cosas como están, que ahora están bastante en calma.

—Pues eso es no querer dar una oportunidad a la ciencia —exclamaba June—. Tú no sabes lo abnegado que es Pondridge. Él antepone su ciencia a todo.

—Lo mismo que el señor Paul Post antepone su arte a todo, ¿verdad? El arte por el arte…, la ciencia por la ciencia… Ya conozco bien esos tópicos. Y

sus defensores te hacen la vivisección, si pueden, sin pestañear. Y yo soy lo bastante Forsyte para no hacerle caso.

Cómo llegó a decirle el motivo de que Irene se llevase a Jon a España, no lo supo nunca. Pero, tras decírselo, se quedó extrañadísimo de haberlo hecho, pues confiaba muy poco o nada en su discreción. Tras haber ella meditado bien sobre el asunto, tuvieron una viva discusión, en la cual Jolyon pudo percibir la diferencia fundamental entre el temperamento dinámico de su hija y el temperamento pasivo de su mujer. Y llegó a pensar que todavía quedaba algo del dolor de la herida producida tantos años hacía por el amor de ambas hacia Felipe Bosinney, lucha en la que había triunfado el principio de pasividad sobre el de dinamismo.

Según June, era equivocado y cobarde ocultar el pasado a Jon. Falta de criterio general, oportunismo circunstancial, era aquello, según ella.

—Lo que, sin duda —dijo suavemente Jolyon—, constituye el principio que rige siempre la vida.

— ¡Oh! —exclamó June—. ¿Pero de verdad que la defiendes por no habérselo dicho todo a Jon? Por ti se lo hubieras dicho sin omitir nada.

—Yo se lo diría; pero sólo porque sé que antes o después tiene que descubrirlo, lo que será peor que si se lo decimos nosotros.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices? Eso es también dejar las cosas como están.

—Hija mía —dijo Jolyon—, por nada del mundo iría yo contra el instinto de Irene. Al fin y al cabo es su hijo.

—También es tuyo.

— ¿Y qué es el instinto de un hombre comparado con el de una madre?

—Bueno, bueno… A mí me parece que es una debilidad tuya.

—Tal vez, tal vez…

Y eso fue todo lo que ella pudo sacarle. Pero el problema quedó dándole vueltas en el cerebro. Ella no podía nunca dejar las cosas como estaban. Y le nació un impulso tortuoso por llevar las cosas a una decisión. Jon tenía que saberlo, para que sus sentimientos murieran al instante o para que se desarrollaran en ampulosa y fragante flor. Y decidió ver a Fleur por sí misma. Cuando June decidía algo, delicadeza y modales perdían para ella toda importancia. Después de todo, era prima de Soames, y los dos se interesaban por la pintura. Iría a verle y le diría que comprase un cuadro de Paul Post o una escultura de Boris Strumolowski, sin informar de su visita, claro está, a su padre. El domingo siguiente salió, llena de decisión, hasta el punto de que no

le fue fácil tomar un coche en la estación de Reading. El río estaba hermoso aquellos días, y June se sintió turbada ante su encanto. Ella, que vivía sin saber lo que era amor, lo sentía grande por la naturaleza. Y cuando llegó al bello paraje donde Soames había levantado su tienda, despidió el coche, pues aparte de su negocio, quería deleitarse en la contemplación del agua y del campo. Llegó, pues, a la puerta de Soames andando, y entregó su tarjeta. Creía June que cuando sus nervios se hallaban excitados era porque estaba haciendo algo de importancia. La hicieron pasar a una sala, que aunque no en su estilo, estaba puesta con todo detalle de comodidad y elegancia. Estaba pensando que había allí demasiado buen gusto, cuando en un espejo con un bello marco de laca vio reflejada la figura de una muchacha que entraba de la terraza. Vestida de blanco, y con unas rosas blancas también en la mano, producía su reflejo, en el lago inmóvil de cristal, una visión fantasmal, como si un lindo duende hubiera surgido entre la verdura del jardín.

— ¿Cómo estás? —dijo June, aproximándose a ella—. Yo soy prima de tu padre.

— ¡Ah!, sí… La vi a usted en aquella pastelería.

—Eso es. Con mi hermanastro Jon. ¿Está tu padre en casa?

—Vendrá en seguida. No ha salido más que a dar una vueltecita.

June cerró ligeramente sus ojos azules y levantó la barbilla decidida.

—Tú te llamas Fleur, ¿no? He oído hablar de ti a Holly. ¿Qué piensas de Jon?

La muchacha levantó las flores, las miró, y después respondió tranquilamente:

—Es un chico muy simpático.

—No se parece en nada a Holly o a mí, ¿verdad?

—En nada.

«Es serena», pensó June.

Y de repente, la muchacha dijo:

—Me gustaría saber por qué nuestras familias están distanciadas.

Hallándose frente a la situación que había aconsejado a su padre resolver explicándolo todo, guardó silencio, pues no es lo mismo lo que se piensa que lo que se hace.

—Ya sabe usted —continuó Fleur— que el mejor procedimiento de hacer que se piense lo peor es no decir de qué se trata. Mi padre me ha dicho que es referente a asuntos de propiedad…; pero yo no lo creo, pues las dos familias

están muy bien. No habrían sido tan bourgeois como para eso.

June se ruborizó. Aquella palabra aplicada a su padre y a su abuelo la ofendía.

—Mi abuelo —dijo— era muy generoso, y mi padre lo es también. A ninguno de los dos puede llamársele bourgeois.

—Pues entonces, ¿qué pasó? —insistió Fleur.

Consciente de que aquella joven Forsyte quería salirse con la suya, June decidió al momento evitarlo y ser ella la que sacara algo.

— ¿Y por qué quieres saberlo?

La chica olió sus rosas.

—Pues… precisamente porque no me lo quieren decir.

—Pues sí, fue un disgusto por cuestiones de propiedad; pero hay varias clases de propiedad…

—Entonces es peor… Ahora sí que tengo que saberlo.

La carita pequeña y resuelta de June se estremeció. Llevaba un pequeño sombrero redondo; el pelo se le había escapado de él, y en aquel momento estaba muy rejuvenecida, sin duda por influencia…

—Mira: yo vi cómo dejabas caer el pañuelo. ¿Hay algo entre tú y Jon? Porque si es así, eso también debes dejar que caiga.

Fleur se puso pálida, pero sonrió.

—Si algo hubiera, no es ése el mejor modo de llevarle a dejarlo caer.

Ante la valentía de la respuesta, June levantó la mano.

—Me gustas mucho; tu padre, no; no me ha gustado nunca, hay que decirlo…

— ¿Vino usted a decirle eso?

June se echó a reír.

—No; he venido a verte a ti.

—Es usted muy atenta.

Aquella chica sabía hacer esgrima.

—Yo tengo dos veces y media tus años, pero te comprendo —dijo June—. Y sé que es terrible no poder hacer lo que se quiere.

Fleur sonrió de nuevo.

—Creo que podía usted decirme lo que pasa.

¡Cómo insistía aquella chicuela en sus propósitos!

—El secreto no es mío. Pero ya veré lo que puedo hacer, pues creo que tanto tú como Jon debierais saberlo. Y ahora me marcho.

— ¿No quiere esperar a papá?

Denegó June con un gesto.

— ¿Cómo puedo pasar a la otra orilla?

—Yo la cruzaré a usted en el bote.

— ¡Mira! —dijo June impulsivamente—. Éstas son mis señas. La próxima vez que vayas a Londres, ve a verme. Por las tardes suelo tener en casa alguna gente joven. Pero lo mejor sería que no dijeras nada a tu padre.

Fleur dijo que sí con la cabeza.

Observándola mientras remaba, June pensaba: «Es guapísima y muy elegante. No creí yo que Soames pudiera tener una hija así. Con Jon haría una hermosa pareja».

Su instinto para formar parejas, fracasado en ella, estaba siempre despierto. Se detuvo a mirar cómo Fleur regresaba; la muchacha soltó un remo y le hizo una señal de saludo, y June empezó a andar lánguidamente entre los prados y el río, sintiendo cierta angustia en el corazón. Aquellos dos jóvenes, lanzados mutuamente el uno en busca del otro, como moscas juguetonas a la luz del sol del amor… ¿Qué fue de su propia juventud? ¡Qué lejana estaba cuando Felipe y ella…! ¿Y desde entonces? Nada…, no había encontrado a nadie que llenara del todo sus aspiraciones ni deseos. Y así, su juventud estaba perdida. Pero ¡qué complicación si aquellos muchachos estaban realmente enamorados!, como su padre, Irene y Soames parecían temer… ¡Qué complicación y qué barrera entre ellos! Y la emoción interesada por el futuro y el desprecio por el pasado movió el corazón de aquella persona que mantenía como principio de vida que lo que uno quiere es más importante que lo que quieren los demás. En la otra orilla, oliendo la hierba y viendo las plantas acuáticas brillar al sol, June se preguntaba cómo podría hacer feliz a todo el mundo, Jon y Fleur dos pobrecitos necesitados de ayuda… ¡Era un dolor contemplar su drama! Quizá pudiera ella hacer algo. No hay que dejar las cosas como están. Y siguió andando, y llegó a la estación acalorada y triste.

Aquella tarde, fiel a su impulso hacia la acción directa, que hacía que la gente la evitara, dijo a su padre:

—Papá, he estado a ver a la pequeña Fleur. La he encontrado muy atractiva. No hay que esconder la cabeza debajo del ala, me parece a mí.

El sorprendido Jolyon dejó en el plato su taza de infusión y comenzó a destrozar el pan.

—Pues eso es lo que estás haciendo tú precisamente —dijo—. ¿Es que no sabes de quién es hija?

— ¿Pero es que no puede enterrarse el pasado?

Jolyon se puso en pie.

—Hay cosas que no pueden enterrarse nunca.

—No estoy de acuerdo —dijo June—. Ese criterio es el que se opone a toda felicidad y a todo progreso. Tú no comprendes los tiempos, papá. De nada sirven ya las cosas excesivas. ¿Qué es lo que crees tan grave que Jon no pueda conocer de su madre? ¿Quién hace caso ya de esas cosas? Las leyes matrimoniales son exactamente las que eran cuando Soames e Irene no podían divorciarse, y tuviste que entrar en escena tú. Nosotros hemos cambiado, y las leyes, no. No, de eso nadie hace caso. Si Irene quebrantó las antiguas normas, ¿qué importa?

—No soy yo quien está en desacuerdo con eso —dijo Jolyon; pero no radica ahí la cuestión. Se trata de un sentimiento humano.

— ¡Precisamente! ¡Se trata del sentimiento humano de esos chicos!

—Hija mía —dijo Jolyon con suave exasperación, no dices más que tonterías.

—Nada de eso. Si demuestran que se quieren verdaderamente, ¿por qué van a ser desgraciados por culpa del pasado?

—Tú no has vivido ese pasado. Yo, sí…, a través de los sentimientos de mi esposa; a través de mis nervios y de mi imaginación, como sólo puede vivirlos quien ama.

June también se levantó y empezó a andar excitada.

—Si fuera hija de Bosinney —dijo repentinamente—, podría entender mejor tu postura. Irene le quería, pero nunca amó a Soames.

Jolyon emitió un extraño sonido: la clase de sonido que una campesina italiana lanza para dirigir a su mula. El corazón empezó a latirle apresuradamente; pero no prestó atención a ello, dejándose arrastrar por sus sentimientos.

—Lo que dices demuestra que entiendes poco la cuestión. Ni a Jon ni a mí, si es que le conozco, nos importaría un pasado de amor. Pero es la brutalidad del matrimonio sin amor. Esa niña es hija del hombre que poseyó a la madre de Jon, lo mismo que se posee un esclavo negro. Y eso no puede enterrarse, ni

se te ocurra tratar de hacerlo, June. Eso es pedirnos ver a Jon unido y ligado con la carne y la sangre del hombre que en tiempos poseyó a la madre de Jon contra su voluntad. No hay que confundir las cosas, y quiero que todo quede claro de una vez para siempre. Y ahora no puedo seguir hablando de esto si quiero tener algún reposo esta noche —y poniéndose la mano sobre el corazón, volvió Jolyon la espalda a su hija y se quedó mirando por el balcón al Támesis.

June, que por temperamento no veía una piedra hasta que había tropezado con ella, quedó seriamente alarmada. Se acercó a su padre y le cogió del brazo. Sin estar convencida de que tuviese razón y ella no, pues no estaba en su modo de ser convencerse de cosa semejante, quedó impresionada por el hecho obvio de que aquello era muy malo para su padre. Le acarició el hombro con la mejilla y no le dijo nada.

**

Tras de llevar a su pariente a la otra orilla, Fleur no desembarcó inmediatamente, sino que remó entre los juntos y cañaverales del río, bajo la luz del sol. La belleza tranquila de la tarde sedujo ligeramente a quien no era muy dada a lo inconcreto y lo poético. Cerca de donde pasó su bote, un caballo arrastraba una máquina que trabajaba un campo de heno. Observó fascinada cómo la hierba caía en cascada tras las ruedas. Parecía hierba muy tierna y fresca. El ruido de la máquina se juntaba con el de las hojas de los álamos y el arrullo de una paloma, formando una verdadera canción. A lo largo del río, en las aguas verdes y profundas, plantas amarillas se agitaban incesantes, como culebras, con la corriente; ganado diverso, al otro lado del campo de labor, descansaba bajo un sombrajo, moviendo los animales la cola. Era una tarde buena para ensoñar. Y ella sacó las cartas de Jon: sin efusiones ni florituras, pero trascendido el relato de cosas vistas y hechas por un amor y un gran deseo, muy agradables a Fleur, y terminando todas ellas con la frase: «Tuyo que te quiere, J». Fleur no era sentimental; sus deseos eran siempre determinados y concretos; pero el sentimiento poético que había en la hija de Soames y Annette se había despertado en aquellas semanas de espera al conjuro del recuerdo de Jon. Sabía percibir el encanto de la hierba y de las flores e interpretar el mensaje de las estrellas, que le decían que ella, en todo momento, estaba junto a Jon sentada en el mismo centro del mapa de España.

Mientras ella releía sus cartas, dos blanquísimos cisnes se deslizaban majestuosos por el agua, seguidos de su progenie de seis cisnes pequeños en fila, conservando exactamente las distancias mutuas, como una flotilla de destructores grises. Fleur se guardó las cartas, tomó de nuevo los remos y se dirigió hasta el embarcadero. No sabía si informar a su padre de la visita de June. Si se enteraba por alguien del servicio, le disgustaría que ella no se lo hubiera dicho. Además, diciéndoselo, tenía otra oportunidad de conocer la

razón de la pelea familiar. Así, pues, se dirigió por la carretera para acudir a su encuentro.

Soames había salido para ver un terreno donde las autoridades locales pensaban edificar un sanatorio antituberculoso. Fiel a su individualismo racial, él no tomaba parte en los asuntos de la localidad y se limitaba a pagar los impuestos, que por cierto subían constantemente. Pero no podía permanecer indiferente ante el nuevo y peligroso proyecto. El lugar elegido no estaba a medio kilómetro de su casa. Le parecía muy bien que se defendiera el país de la tuberculosis; pero aquel lugar no era adecuado para un sanatorio. Tenían que hacerlo más lejos de su casa. Adoptaba la actitud forsyteana de pensar que los males de los demás no eran asunto propio, y el Estado tenía que realizar sus funciones sin perjudicar de ninguna manera las ventajas que había ganado o heredado Francie, el espíritu más liberal de su generación (exceptuando quizá a Jolyon), le había preguntado una vez: «¿Has visto en alguna ocasión el apellido Forsyte en alguna lista de gente que da algo para algo?». No lo había visto nunca; pero las cosas como son: un sanatorio depreciaría el valor de los terrenos vecinos, y él firmaría la petición colectiva que se iba a hacer para que se edificara en otra parte. Volvía con esta decisión reafirmada cuando vio a Fleur que iba a su encuentro.

Aquellos últimos tiempos, su hija le mostraba más cariño, y aquel verano, junto a ella, le había rejuvenecido mucho; Annette estaba siempre en Londres, bien por una cosa o por otra. Y así, tenía a Fleur casi exclusivamente para él. Por cierto que el joven Mont se había acostumbrado a presentarse en su «moto» allí casi todos los días. Menos mal que el hombre se había afeitado el cepillo de dientes que antes llevaba por bigote, y ya no parecía un payaso. Con una amiga de Fleur que estaba pasando con ella una temporada y otros muchachos de la vecindad, por la noche, después de cenar, bailaban a la música de una pianola eléctrica que tocaba fox-trots. Annette, de cuando en cuando, se deslizaba graciosamente en los brazos de algún muchacho a los acordes de la música. Y Soames, llegándose a la puerta del salón, se quedaba mirándolos, esperando recoger alguna sonrisa de Fleur. Después se volvía a su butaca junto a la chimenea, a seguir con el Times o a examinar alguna lista de precios de cuadros en que estaba interesado. A sus ojos, Fleur no presentaba ningún síntoma de seguir con el capricho aquel…

Cuando se encontraron en la carretera polvorienta, él la cogió del brazo.

— ¿A que no aciertas quién ha venido a verte, papá? No podía esperar, y se ha marchado…

—Pues no sé… ¿Quién era?

—Tu prima June Forsyte.

Inconscientemente, Soames le apretó el brazo. ¿Qué querría aquélla?

—No sé a qué habrá venido; pero me parece que habrá sido a restañar la escisión.

— ¿Escisión? ¿Qué escisión?

—Esa escisión imaginaria que, según tú, hay en la familia.

Soames le soltó el brazo. ¿Se estaba burlando de él o pretendía sacarle algo?

—Querría, seguramente, que le comprase algún cuadro.

—Creo que no. Lo más fácil es que se trate de puro afecto familiar.

—Es realmente sobrina mía.

— ¿E hija de tu enemigo?

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada. Es que me figuré eso, no sé por qué.

— ¡Mi enemigo!… —repitió Soames—. Es una vieja historia. Yo no sé de dónde sacas tú las cosas.

—De June Forsyte.

Le había acudido a Fleur la inspiración de que si su padre se figuraba que se había enterado del secreto o que estaba al borde de enterarse, lo contaría. Pero poco sabía ella de la precaución y de la tenacidad de su padre.

—Pues si June te ha informado, ¿por qué me preguntas tonterías a mí?

Fleur vio que se había pasado de lista.

—Yo no te pregunto nada, papaíto. Como dices tú mismo, ¿para qué ocuparse del asunto ese, de hace tantos años? No me importa ese pequeño misterio… Je m’en fiche, que diría Profond.

—El tipo ese… —dijo Soames con voz profunda.

El tipo ese estaba desempeñando un papel importante, aunque invisible, aquel verano en la familia de Soames. Desde el día en que había llamado la atención de su padre sobre su modo de andar, éste había pensado mucho en él, y siempre relacionándolo con Annette, aunque sin existir razón alguna, como no fuera que estaba mejor y más bella que algún tiempo atrás. Su instinto de la propiedad, más sutil, menos formalista, más elástico desde la guerra, vivía, poderoso, una vida subterránea. Lo mismo que se mira un río americano, quieto y agradable, pero pensando que muy fácilmente podía haber un cocodrilo en sus aguas, al acecho y dispuesto a atacar, así miraba Soames al

río de su propia existencia, sospechando que el cocodrilo era Profond, pero negándose a tener algo más que mera sospecha. En aquella época de su vida tenía Soames todo lo que deseaba, y era todo lo feliz que su naturaleza permitía. Estaba tranquilo, tenía a su hija para depositar cariño, su colección de cuadros era famosa, tenía su dinero bien invertido, su salud era excelente, aparte de algunas molestias de hígado; no había empezado todavía a preocuparse seriamente acerca de lo que sucedería tras la muerte… Las dos únicas hojas marchitas del rosal de su existencia eran el capricho de Fleur y la posibilidad de que monsieur Profond le resultase un cocodrilo. Pues con arrancarlas o mirar el rosal desde otro punto de vista, problema resuelto.

Aquella tarde, la casualidad, que sorprende al más acaudalado Forsyte, puso una clave del enigma en manos de Fleur; su padre fue al comedor sin pañuelo, y la muchacha se prestó solícita.

—Yo te traigo uno en seguida, papá —dijo ella, y corrió escaleras arriba.

En la bolsa de pañuelos donde buscó, una bolsa muy vieja, de seda ya descolorida, había dos compartimientos: uno contenía pañuelos; el otro estaba abrochado y guardaba algo duro y plano. Llevada de un impulso infantil, Fleur lo desabrochó y sacó una fotografía suya, de niña. La miró con la fascinación que da el presentimiento. Deslizó el dedo por detrás de la «foto» y vio que el portarretratos guardaba, oculto, otro, además del suyo. Lo sacó y vio una cara que le parecía conocer: una mujer joven, muy guapa, con un traje de noche ya muy anticuado. Cogió un pañuelo y bajó al comedor. Por las escaleras recordó. Aquella fotografía era de la madre de Jon. La seguridad la hizo pararse sorprendida. ¡Ya estaba!: el padre de Jon se había casado con la mujer a quien amaba el suyo; le había quitado la novia, sin duda… ¡Ése era el disgusto familiar!

—Éste es el pañuelo más suavecito que he encontrado, papá.

— ¡Bueno! Estos los uso sólo para después de los catarros; pero es lo mismo… Fleur pasó la velada sumando cuántas sería dos y dos; recordó la cara que puso su padre en la pastelería. Pensó que debía de haber querido mucho a aquella mujer, cuando al cabo de tantos años conservaba un retrato de ella. Reflexionó sobre las relaciones de su padre con su madre. ¿La quería realmente? Se dijo que no. Jon era el hijo de la mujer a la que quería o quiso de verdad. Entonces no le extrañaría que ella le quisiera; lo único que tenía que hacer era acostumbrarle a la idea. Y suspirando descansada, se acostó.

III

Encuentros

Los jóvenes sólo perciben la vejez en momentos fuera de lo corriente. Por ejemplo, Jon no se había dado nunca cuenta de la edad de su padre; fue sólo al verle, de regreso de España, cuando se percató de que era viejo. Y le emocionó la cara del cuarto Jolyon, llena de la emoción del encuentro. Estaba pasado de moda que los jóvenes tuviesen la menor consideración con los viejos; pero Jon no era un muchacho moderno en modo alguno. Su padre había sido siempre bueno con él; y el conocer que inmediatamente iba a lanzarse a hacer aquello que había motivado que el pobre viejo se pasase seis semanas solo, le dolía.

Ante la pregunta: «Bueno, hombre, ¿qué te ha parecido el gran Goya?», la remordió la conciencia. El «gran Goya» sólo existía para él porque había creado un rostro que se parecía al de Fleur.

La noche de su regreso se fue a la cama lleno de remordimientos; pero se despertó lleno de ilusiones. Estaban sólo a 5 de julio, y no se había citado con Fleur hasta el 9. Iba a estar tres días en casa sin volver a la de su hermana… Tenía que hacer algo para verla en seguida.

En la vida de los hombres hay cosas que los padres no pueden evitar: por ejemplo, la necesidad de llevar pantalones. Al segundo día, por tanto, fue Jon a Londres, y tras de tranquilizar la conciencia en una sastrería, se fue a Piccadilly. La calle Stratton, donde estaba el Club de Fleur, se hallaba junto a Devonshire House. Sería una casualidad enorme que la encontrara en el Club. Pero fue por la calle Bond abajo con el corazón agitado y notando que los demás muchachos eran superiores a él: llevaban la ropa de otra manera, mostraban seguridad, eran todos mayores. Se sintió agobiado repentinamente por la seguridad de que Fleur le había olvidado. Absorto en pensar en ella todo aquel tiempo, había desechado esa posibilidad. Pasó muy mal rato. Pero tenía la gran idea de que siempre hay que afrontar con valor cualquier calamidad que se presente. Y cuando estaba ya preparado para sufrir cualquier desgracia, se dio de manos a boca con Val Dartie, que iba hacia el Iseum Club, en que acababan de admitirle.

— ¡Hombre, tú por aquí! ¿Adónde vas?

Jon se ruborizó.

—Vengo del sastre.

Val le miró contento.

—Pues muy bien, hombre. Voy a comprar cigarrillos, y después te convido a almorzar.

Jon le dio las gracias y se alegró del encuentro, pues quizá supiera algo de ella por Val.

La situación de Inglaterra, la pesadilla de su Prensa y de sus hombres públicos parecía desaparecer en el estanco en que entraron.

—Sí, señor; precisamente el cigarrillo que servía a su señor padre. ¡Dios le tenga en gloria! El señor Montague Dartie era cliente mío desde, desde…, déjeme ver… ¡Desde el año en que Melton ganó el Derby! Era uno de mis mejores clientes —y una suave sonrisa iluminó el rostro del estanquero—. ¡Y buenas indicaciones que me daba sobre caballos! Creo que se llevaba un par de cientos de estos cigarrillos cada semana, un año con otro, y nunca fumó otra clase. Un caballero muy afable; me trajo mucha clientela. Sentí muchísimo el accidente que tuvo el pobre señor. ¡Clientes así ya no quedan!…

Sonrió Val. La muerte de su padre había cerrado una cuenta que había durado más, tal vez, que ninguna otra; y en una espiral del humo de uno de aquellos ilustres cigarrillos le pareció ver la cara de su padre, morena, agradable, con bigote negro… Su padre tenía fama en el estanco, por lo menos, y ¡cómo no!… Un hombre que fuma doscientos cigarrillos a la semana, que da orientaciones para ganar las carreras y que tiene cuenta abierta siempre… ¡El héroe del estanquero! Hasta en eso había distinción que heredar.

—Yo pago al contado. ¿Cuánto es?

—Pues por ser para su hijo, y siendo al contado…, diez chelines con seis peniques, caballero. Yo nunca olvidaré al señor Montague Dartie. Era tan amable, que a veces se estaba media hora hablando conmigo. Ya no quedan clientes así… ¡Todo el mundo con esas prisas! La guerra causó mucho daño a los buenos modales, caballero, mucho daño… Usted estuvo en la guerra, ya lo veo…

—No —dijo Val golpeándose la pierna—. Esto fue en la otra. Quizá me haya salvado la vida. ¿Tú quieres cigarrillos, Jon?

Muy avergonzado, Jon murmuró:

—No; ya sabes que no fumo.

Y vio que el estanquero movía los labios para decir: «¿Pero es posible?», o tal vez: «¿Y a qué espera usted para fumar?».

—Eso está bien —dijo Val—. Resiste todo el tiempo que puedas. ¿Pero es el mismo tabaco que fumaba mi padre?

—Exactamente el mismo, señor; un poco más caro, pero el mismo. No hay tabaco que tenga mayor estabilidad… Es el Imperio británico, como yo digo.

—Entonces mándeme un centenar cada semana a estas señas, y factúreme cada mes. Vamos ya, Jon.

Jon entró en el Iseum con curiosidad. Excepto en el Hotch-Potch con su

padre, nunca había estado en un Club de Londres. El Iseum, confortable y sin excesivas pretensiones, no cambiaba en nada, no podía cambiar mientras Jorge Forsyte perteneciera a su Comité, donde su talento culinario era la fuerza que todo lo dirigía. El Club se había puesto en contra de los nuevos ricos, y fue menester toda la capacidad oratoria y todo el poder descriptivo de Jorge para que se decidieran a admitir a Próspero Profond.

Los dos comían juntos cuando los cuñados entraron en el comedor, y, atraídos por las llamadas del dedo índice de Jorge, se sentaron a la mesa. Había una atmósfera de privilegio en el rincón que aquella mesa ocupaba, como si un par de grandes maestros de la degustación estuvieran almorzando allí. El camarero vivía pendiente de los labios de Jorge y del resplandor de satisfacción que pudiera o no reflejarse en sus ojos.

Con excepción de un «tu padre era un gran entendido en cigarros puros», que le dirigió Jorge, ninguno de los dos grandes maestros del buen comer hizo a Jon el menor caso. La conversación se centró en razas, precios y carreras de caballos, y el muchacho escuchaba vagamente al principio, preguntándose cómo podría retenerse tantos datos en la cabeza. No podía separar los ojos del más moreno de los grandes maestros, y de pronto le oyó decir:

—Me gustaría que el señor Soames Forsyte se interesara por los caballos.

— ¡Soames!… Es un bicho raro.

Trató Jon con toda su voluntad de no enrojecer. El maestro moreno prosiguió:

—Su hija es una pequeña muy atractiva. El señor Soames Forsyte es algo anticuado. Me gustaría verle algún día disfrutar de alguna pequeña satisfacción.

Jorge Forsyte hizo un guiño.

—No se preocupe usted, que no es tan desgraciado como parece. Nunca deja entrever su satisfacción por algo…, podría despertar envidia e inducir a que se lo quitaran.

—Bueno, Jon —dijo Val apresuradamente—. Si has terminado, vámonos abajo a tomar café.

— ¿Quiénes eran éstos? —preguntó Jon por la escalera—. Yo no sé si…

—Jorge Forsyte es primo hermano de tu padre y de mi tío Soames. Siempre está aquí. El otro, Próspero Profond, es un tipo muy raro. Me parece que anda detrás de la mujer de Soames, si no me equivoco.

Jon le miró sorprendido.

—Pero eso es terrible —dijo— para Fleur.

—No te creas que a Fleur le importará mucho. Es muy moderna.

— ¡Pero tratándose de su madre!…

—Tu eres aún muy niño, Jon.

Jon se puso colorado.

—Pero las madres… —dijo casi furioso— es diferente.

—Tienes razón —dijo Val—. Pero las cosas no son hoy como cuando yo tenía tus años. Hay un sentimiento de «para lo que hemos de vivir…», que bueno… Eso es lo que el tío Jorge quería decir del tío Soames. Él no piensa que se va a morir mañana.

Jon preguntó rápidamente.

— ¿Qué es lo que les pasa a él y a mi padre?

—Secreto permanente, Jon. Tú hazme a mí caso, y calla. Para nada te hace falta saberlo. ¿Quieres una copita?

Dijo que no, añadiendo:

—Me revienta la manera que tiene la gente de ocultarme las cosas, y que se rían de uno porque es joven.

—Bueno, pues pregúntale a Holly. Si ella no te lo dice, ya puedes creer que es por tu bien.

Val le sonrió, algo entristecido y a la vez divertido. El muchacho parecía muy contrariado.

—Adiós, nos veremos el viernes.

Y realmente no lo sabía. Aquella conspiración de silencio le desesperaba. Era humillante verse tratado como un niño. Volvió otra vez a la calle Stratton, decidido a ir a preguntar al Club. Le dijeron que la señorita Forsyte no estaba, que tal vez fuera más tarde; solía ir los lunes, pero no podían darle ninguna seguridad. Jon dijo que volvería más tarde, y al cruzar por el Parque Green se metió de un salto debajo de un árbol. El sol brillaba, y una suave brisa movía las hojas de los árboles jóvenes; pero él sufría, a pesar del agradable tiempo. Oyó el reloj del Big Ben dar las tres. El sonido de las campanadas le conmovió y, sacando un papel, se puso a escribir unos versos. Había terminado ya una estrofa, y estaba mirando atentamente la hierba a ver si por allí encontraba otro verso, cuando algo le tocó en el hombro: una sombrilla verde. Frente a él estaba Fleur.

—Me dijeron en el Club que habías estado y que volverías después. Pensé que podías andar por aquí y vine a ver si te encontraba… ¡Es maravilloso!

— ¡Fleur! Temía que me hubieras olvidado.

— ¿No te dije que no te olvidaría?

Jon le apretó un brazo.

—Es demasiada buena suerte… Vámonos de aquí —y Jon la arrastró casi en busca de otro sitio donde pudieran sentarse y cogerse las manos.

— ¿No te habrá hecho nadie el amor? —preguntó, mirándola con admiración.

—Por ahí hay un idiota; pero ése no cuenta.

Jon sintió lástima por el idiota aludido.

—Tuve insolación, pero no quise decírtelo.

— ¿Sí?… ¡Es interesante!

—No… Pero mamá se portó como un ángel. Y a ti, ¿te ha pasado algo?

—Nada. Excepto que me parece que he averiguado lo que pasa entre nuestras familias, Jon.

El corazón empezó a latirle fuerte.

—Creo que mi padre quería casarse con tu madre, y tu padre se la llevó.

— ¡Oh!

—Me tropecé con una «foto» de tu madre; estaba en un portarretratos detrás de una mía. Y es natural, ¿no?, que si mi padre quería mucho a tu madre, tuviera un disgusto muy grande, ¿verdad?

Jon se quedó pensativo unos momentos.

—No; si ella quería a mi padre más, no.

—Pero ¿y si eran novios?

—Si tú y yo estuviéramos ya para casarnos y tú descubrieras que querías a otro más que a mí, yo sufriría mucho; pero no te iba a reclamar nada.

— ¡Ah, pues yo sí, Jon!… ¡No pienses siquiera hacerme nada semejante!

— ¡Qué cosas se te ocurren!

—No creo que mi padre haya querido nunca a mi madre.

Jon, en silencio, recordó las palabras de Val y las de los dos maestros del arte de comer en el Club.

—No podemos decir nada. A lo mejor ella se portó mal con él. Suelen pasar cosas así.

—Mi madre no se ha portado nunca mal con nadie.

Fleur se encogió de hombros.

—Nosotros no sabemos nada de nuestros padres. En realidad, los vemos a la luz de la vida familiar y los interpretamos según deducimos que son por la forma en que se portan con nosotros. Pero ellos han tenido trato con otras gentes, y no sabemos cómo se hayan podido portar antes que nosotros naciéramos. Mira, por ejemplo, tu padre, con tres familias distintas…

— ¿Hay algún sitio en este maldito Londres —preguntó Jon— donde podamos estar solos?

—Como no sea un «taxi»…

—Vamos a buscar uno.

Cuando estuvieron instalados, preguntó Fleur de repente:

— ¿Vas a ir a Robin Hill hoy? Me gustaría ver dónde vives, Jon. Esta noche me quedo yo aquí con mi tía; pero podría estar de regreso para la hora de cenar. Claro, no entraría en tu casa.

Jon la miró loco de amor.

— ¡Formidable! Te enseñaré la casa desde el otero, y no nos tropezaremos con nadie. Tenemos un tren a las cuatro.

El dios de la propiedad, como sus hijos los Forsytes grandes y pequeños, y los bien acomodados, y los que se dedicaban al comercio, y los que cultivaban las profesiones liberales, y los de la clase trabajadora, trabajaban todavía siete horas diarias; así, aquellos Forsytes de la cuarta generación llegaron a Robin Hill en un coche de primera ellos solos y con toda comodidad. Viajaron en un silencio feliz, estrechándose continuamente las manos.

En la estación no vieron más que a un par de mozos y a algún vecino desconocido de Jon. Luego echaron a andar por el campo, que olía a polvo y a madreselva.

Para Jon, aquello era un milagro mucho mayor que el de los Downs o el de su paseo por la orilla del Támesis, pues ahora no tenía dudas ni le amenazaba el fantasma de la separación. Era amor, puro amor, una de esas páginas iluminadas de la vida donde cada palabra y cada contacto entre ellos, cada mirada y cada sonrisa, era como una mariposa de oro, rojo y azul, o como un pajarillo multicolor de las viñetas que adornaban el texto encantado. Llegaron al soto al iniciarse el crepúsculo. Jon no se atrevió a llevarla hasta las proximidades de la granja, sino hasta un sitio desde donde pudo ver los terrenos y la casa. Marchaban entre los árboles cuando ante ellos apareció Irene, sentada en un banco rústico de madera.

Hay varias clases de impresiones: a las vértebras, a los nervios, a la sensibilidad moral; y una más fuerte y permanente: a la dignidad personal. De esta clase fue la impresión que recibió Jon al encontrarse con su madre. Se dio repentinamente cuenta de que estaba cometiendo una indelicadeza. Haber llevado abiertamente a Fleur, sí. ¡Pero haberla llevado subrepticiamente!… Lleno de vergüenza, asumió el aspecto más sereno que pudo.

Fleur sonreía un poco desafiadora; la cara sorprendida de su madre estaba rápidamente transformándose en desapasionada y cordial. Ella fue quien pronunció las primeras palabras:

—Me alegro mucho de verte; ha sido buena idea la de Jon de traerte con nosotros.

—No íbamos a la casa —dijo Jon como pudo—. Sólo quería enseñarle a Fleur el sitio donde vivo.

Su madre dijo con todo reposo:

—Pero vendréis a tomar el té, ¿verdad?

Comprendiendo que había agravado su proceder, oyó a Fleur decir:

—Muchas gracias, pero tengo que volver a la hora de cenar. Me encontré con Jon por casualidad y pensamos que sería muy divertido llegarnos a ver su casa.

¡Qué dominio de sí misma tenía!

—Muy bien; pero tienes que merendar con nosotros. Luego te llevará alguien a la estación. Mi marido se alegrará mucho de verte.

La expresión de los ojos de su madre, que se pararon un instante en él, humilló a Jon a la altura del polvo y se sintió como vil gusano. Después, ella echó a andar y Fleur la siguió. Él se sentía como un niño, andando tras ellas, que hablaban tranquilamente de España y de Wansdon y de la casa, que tras los árboles se aparecía, en la pendiente, cubierta de hierba. Vio cómo se miraban aquellos seres, los más queridos para él en el mundo.

Vio a su padre sentado bajo el roble, y sufrió de antemano toda la pérdida de prestigio que experimentaría ante aquel hombre tranquilo, flaco, con las piernas cruzadas, viejo y elegante; ya percibía casi la suave ironía que presentaría su sonrisa y su voz.

—Ésta es Fleur Forsyte, Jolyon. Jon la trajo a que viera la casa. Vamos a tomar el té en seguida, pues ella tiene que tomar el tren. Jon, podías avisar un coche por teléfono.

Le parecía extraño dejarla sola con ellos, y, sin embargo, como sin duda su madre había previsto, era lo mejor para él en aquel instante. Corrió a la casa.

Ya no volvería a ver a Fleur a solas aquella tarde, y no habían quedado en nada para su próxima entrevista. Cuando regresó, bajo la protección de las muchachas y del servicio de té, no había una señal de tirantez debajo del árbol. Todo el problema estaba en él y nada más que en él. Estaban hablando de la Sala de Exposiciones cercana a la calle Cork.

—Nosotros, los viejos —explicaba su padre—, estamos muy preocupados porque no podemos entender el arte moderno. Tú y Jon tenéis que definírnoslo.

—Dicen que es un arte satírico, ¿no? —decía Fleur.

Jolyon sonrió.

— ¿Satírico? Yo creo que es algo más que satírico. ¿Qué te parece a ti, Jon?

—Yo no entiendo —balbució Jon, y vio en la cara de su padre una tristeza repentina.

—Los jóvenes están cansados de nosotros, de nuestros ideales, de nuestros dioses. «¡Duro con ellos!», dicen. Y ¡derribemos sus ídolos, y volvamos a… la nada! Y lo han conseguido. Jon es poeta. El avanzará también por los caminos nuevos del arte, tropezando e irritándose con lo que quede de nosotros: propiedad, belleza, sentimiento…, todo humo. Hoy no debemos poseer nada, ni sentimientos siquiera. Molestan, estorban en el camino de… la nada.

Jon escuchaba asombrado, ultrajado casi por las palabras de su padre, en las que percibía un sentido oculto que no podía penetrar. ¡Él no se irritaba con nadie, ni le estorbaba nada, ni quería derribar ningún ídolo!

—Hoy no hay un dios ni una autoridad reconocida —continuó Jolyon—. Hemos retrocedido a donde estaban los rusos hace sesenta años, cuando iniciaron el nihilismo.

—No, papá —exclamó Jon repentinamente—; nosotros queremos simplemente vivir, y no sabemos cómo, por culpa del pasado. Eso es todo.

— ¡Hombre! —dijo Jolyon—. ¡Eso es muy profundo, Jon! ¿Se te ha ocurrido a ti? ¡El pasado! ¡Viejas propiedades, viejas pasiones y sus consecuencias! Vamos a fumar un cigarrillo.

Dándose cuenta de que su madre se había llevado la mano a los labios rápidamente, como para impedir que pronunciaran palabras, les ofreció tabaco. Encendió el cigarrillo de su padre y el de Fleur, y después hizo lo propio con el suyo. Ya había dejado de resistir, como había dicho Val. El humo que salía del cigarrillo era azul, y el que él expelía, gris. Le agradó la sensación que sintió en la nariz, y el sentimiento de igualdad que le produjo. Y le satisfizo mucho que nadie dijera: «¿Ya empiezas a fumar?». Se sintió menos niño.

Fleur miró su reloj y se puso en pie. Su madre entró con ella en la casa. El quedó con su padre, aspirando y aspirando el cigarrillo.

—Acompáñala al coche, hombre —dijo Jolyon—. Y cuando se haya ido, dile a tu madre que venga.

Jon hizo lo que le decían. La acompañó al coche. No hubo ocasión para la menor palabra; sólo pudieron darse un apretón de manos significativo. Esperó toda la tarde que le dijeran algo. Pero no le comunicaron nada. Nada parecía haber sucedido. Subió a acostarse, y en el espejo de su cuarto se enfrentó consigo mismo. No habló, ni habló su imagen; pero se miraron como pensando mucho todo lo que había pasado.

IV

En la calle Green

No se sabía por qué era Próspero Profond peligroso, si por su intento de regalar a Val la jaca de Mayfly, o porque, como había dicho una vez Fleur, parecía un duende dispuesto a hacer el mal, o por su extraña pregunta a Cardigan: «¿Y para qué quiere estar usted sano?», o simplemente por el hecho de ser extranjero. Lo que sí era evidente es que Annette estaba más bella que nunca y que Soames le había vendido un Gauguin y después había roto el cheque que Profond le había dado, de forma que el belga podía decir: «No es mío aquel pequeño cuadro que le compré a míster Forsyte».

Y aunque se le mirara ya con sospecha, seguía frecuentando la casa de Winifred, en la calle Green, con una bonachonería que no podía llamarse naiveté, pues tal palabra no podía en modo alguno atribuirse a semejante persona. Winifred todavía le encontraba divertido, y de cuando en cuando le escribía notitas así:

Venga usted a pasar un rato con nosotros.

El misterio que todos notaban en aquel hombre se debía a la circunstancia de que había hecho, visto, oído y conocido todo sin haber encontrado nada en nada…, lo que no era natural. La desilusión a la inglesa la experimentaba mucho Winifred, que siempre se había movido en círculos elegantes. Daba cierto cachet distinguido, luego de tal desilusión, de tal no sacar nada, sacar algo. Pero no sacar de nada ni siquiera una pose no era inglés, y lo que no era inglés no podía menos de sentirse, en secreto, peligroso, si bien no era nada efectivamente malo. Era como tener el espíritu traído por la guerra sentado en un sillón Imperio; era como escuchar palabras imbuidas de aquel espíritu a labios gruesos y rosados, sobre una barbita diabólica. Era, como Jack Cardigan

decía —para la mayoría de los temperamentos a la inglesa—, un poco demasiado, pues si en verdad nada merecía la pena, siempre quedaban algunos juegos y deportes… Hasta Winifred, siempre tan Forsyte en el fondo, a pesar de las apariencias, pensaba que de tal desilusión por las cosas no se podía sacar nada, y, por tanto, no había que ser así. Monsieur Profond, la verdad, proclamaba demasiado abiertamente su desilusión en un país donde la gente decente oculta sus sentimientos.

Cuando Fleur llegó de Robin Hill a casa de su tía Winifred, la personificación del desencanto por lo humano estaba en pie en su salita, junto al balcón, mirando a la calle Green con aire de no ver nada. Y Fleur miró a la chimenea con aire de ver un fuego que allí no había.

Monsieur Profond se separó del balcón. Estaba de tiros largos, con chaleco blanco y una flor blanca en el ojal.

—Buenas noches, señorita Forsyte —saludó—. Estoy encantado de verla. ¿El señor Forsyte bien? Hoy decía yo de él que me gustaría verle satisfecho por algo. Está amargado.

— ¡Ah!, ¿sí? —dijo Fleur secamente.

—Está amargado —repitió monsieur Profond.

Fleur reaccionó por un instante:

— ¿Quiere usted que le diga qué es lo que le molesta?

Pero las palabras: «El que no se vaya usted cuanto antes» murieron en sus labios al ver la expresión de su cara: todos sus hermosos dientes le brillaban en una sonrisa.

—Hoy, en el Club, he oído hablar de su desgracia.

Fleur abrió mucho los ojos.

— ¿Qué está usted diciendo?

Monsieur Profond hizo un gesto como para quitar importancia a la cosa.

—Antes que usted naciera… —dijo—. Aquel pequeño asunto…

Aunque dándose cuenta de que lo que quería era evitar que le reprochara la parte de culpa que le correspondía en la amargura de su padre, Fleur fue incapaz de resistir un ataque de curiosidad.

—Dígame usted lo que ha oído.

—Bueno —murmuró Profond—, si ya lo sabe usted.

—Supongo que sí. Pero querría ver si le han informado a usted exactamente.

—Su primera esposa —dijo el belga.

Cambió, mediante un poderosísimo esfuerzo, las palabras: «Mi padre no ha tenido otra esposa», por las de:

—Sí, su primera esposa, ¿qué pasa con ella?

—No, nada. Que el señor Forsyte me estaba contando que la primera esposa de su padre se casó luego con su primo Jolyon. Sería un pequeño disgusto, creo yo. He visto a su hijo, un mozo muy simpático.

Fleur le miró. Monsieur Profond se agitaba diabólico ante ella. Ya, ya conocía la razón… Con el esfuerzo más heroico de su vida, consiguió que ante sus ojos dejara de danzar aquella figura. No podía decir si se había dado o no cuenta de su turbación. Y en aquel momento entró Winifred.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Ya están ustedes aquí? Imogen y yo hemos pasado una tarde encantadora en eso de los niños…

— ¿Qué niños? —preguntó Fleur mecánicamente.

—La tómbola benéfica para los niños. Y he hecho el gran negocio. He sacado una pieza de cerámica armenia de antes del Diluvio… Quisiera que me diera su opinión, Próspero.

—Tía —murmuró Fleur, angustiada.

Ante el tono de voz de la muchacha, Winifred se le acercó.

— ¿Qué te pasa, hija? ¿No estás bien?

Monsieur Profond había salido al balcón y no podía oír desde allí.

—Tía, me… me ha dicho Profond que mi padre estuvo casado antes y que se divorció, y que su mujer se casó con el padre de Jon Forsyte… ¿Es verdad eso?

Jamás en su vida se vio tan embarazada la madre de cuatro pequeños Darties. La cara de su sobrina estaba tan pálida, estaban sus ojos tan abiertos, su voz murmuraba las palabras con tanto dolor, que se sintió verdaderamente alarmada.

—Tu padre no quería que lo supieras —dijo con todo el aplomo de que pudo disponer—. Cosas así pasan frecuentemente en la vida. Ya le decía yo a tu padre que te lo dijera todo.

— ¡Oh! —murmuró Fleur.

Y eso fue todo; pero llevó a Winifred a darle en el hombro unas palmadas de consuelo. Y al dárselas, pensó que su sobrina tenía unos hombros muy bonitos, y que en todo era muy guapa y que se podría casar muy bien; pero,

claro, no con Jon.

—Eso lo tenemos olvidado ya hace años —dijo tranquilizadora—. Anda, vamos a cenar.

—No, tía, no me encuentro bien. ¿No te importa que me retire?

— ¡Hija mía!… ¡No lo tomes tan a pecho! ¡Pero si todavía eres una niña! Y el muchacho ese es un críο…

— ¿Qué muchacho? Es que me duele la cabeza. Y no puedo resistir a ese hombre.

—Bueno, bueno, vete y acuéstate. Yo te mandaré un poco de bromuro, y ya le diré yo a Profond… ¿Qué tiene que meterse él a chismorrear lo que no le importa? Aunque estoy segura de que es mejor que te hayas enterado.

Fleur sonrió.

—Sí —dijo, y se retiró de la habitación.

Llegó a su cuarto con la cabeza dándole vueltas, con una sensación de ardor en la garganta y llena de miedo a algo. Nunca en su vida había temido tanto no conseguir lo que se había propuesto. La tarde aquella había estado llena de impresiones, y el descubrimiento terrible que había coronado todas ellas la hacía sentirse verdaderamente enferma. No era extraño que su padre hubiera guardado aquel retrato, escondido bajo el suyo, avergonzado de conservarlo. Pero ¿podía odiar a la madre de Jon y a la vez conservar su fotografía? Se apretó la frente con las manos, tratando de ver claro. ¿Le habrían contado las cosas a Jon? ¿Habría determinado su visita a Robin Hill que le informasen de todo? Ella ya lo sabía; lo sabían ya todos, menos, tal vez, Jon…

Se paseó excitada por su habitación, mordiéndose los labios y pensando con fuerza desesperada. Pero si no le habían dicho más, ¿no debería ella…, no podría ella… casarse con él antes que se diera cuenta? Trató de recordar todo lo que había visto en Robin Hill. La sonrisa de Irene, con su pelo como empolvado; su calma, su reserva, la desconcertaban. Y su padre, irónico, afable…, tampoco le daba ninguna luz con su actitud. Instintivamente comprendió que no le dirían nada a Jon, que les repugnaría la idea de hacerlo, pues sabrían que sería un gran sufrimiento para su hijo.

Tenía que conseguir que su tía no dijera a su padre que ya se había enterado ella. Mientras creyeran que ni ella ni Jon sabían nada, había todavía una posibilidad. Pero se quedó casi sobrecogida ante su soledad. Todos estaban contra ella, todos… Era lo que Jon había dicho: él y ella querían simplemente vivir, y el pasado se lo estorbaba; un pasado que ellos no habían contribuido a forjar y que no comprendían. ¡Qué vergüenza! Y se acordó de

June. ¿Querría ella ayudarlos? Sin duda June había insinuado que ella comprendía su amor, que le molestaba que encontrasen obstáculos. Pero su instinto la llevó a pensar: «Yo no descubriré nada, ni a ella misma. Me casaré con Jon en contra de todos».

Le subieron un plato de sopa y una de las pastillas favoritas de Winifred para el dolor de cabeza. Tomó las dos cosas. Después subió Winifred a verla. Fleur hizo la primera descarga de su campaña.

—Mira, tía: yo no quiero que la gente piense que estoy enamorada del chico ese. Porque, la verdad, es que casi no le he visto.

Winifred, aunque experimentada, no era fine, como Fleur. Aceptó sus palabras, sintiéndose muy aliviada. Desde luego que no era agradable para una chiquilla saber de un escándalo familiar, y se dedicó a quitar importancia a la cosa, tarea para la cual se hallaba eminentemente dotada, siendo hija de un padre y de una madre cuyos nervios no se agitaban fácilmente, y esposa por muchos años de Montague Dartie. Su exposición fue magnífica. La primera esposa del padre de Fleur había sido una mujer muy alocada. Hubo un joven que murió atropellado, y ella había abandonado a su marido. Años después, cuando todo podía haberse solucionado bien, conoció al primo de su padre y se comportó escandalosamente. Por eso su marido tuvo que divorciarse de ella. Ya nadie se acordaba de todo aquello, excepto, como era natural, la familia. Y quizá todo había ocurrido de la mejor manera posible; su padre le había tenido a ella, y Jolyon e Irene habían sido muy felices, según se decía, y su hijo era un muchacho muy agradable.

—Y Val se casó con Holly, para que tú veas.

Y con estas palabras tranquilizadoras se despidió de su sobrina, pensando que era muy guapa, y regresó con Próspero Profond, que, a pesar de su indiscreción, aquella noche estaba divertidísimo.

Durante unos minutos permaneció Fleur bajo los efectos del bromuro material y espiritual que le había administrado su tía. Pero más tarde la realidad volvió a presentarse ante ella. Su tía había hecho abstracción de lo que verdaderamente importaba: del resentimiento, del odio, del amor y de la imposibilidad de perdonar que tienen los corazones apasionados. Ella, que conocía tan poco de la vida, que no había hecho sino rozar el problema del amor, comprendía que las palabras tienen tan poca relación con los hechos como la moneda con el pan que compra. «¡Pobre padre! —pensó—. Y ¡pobre Jon y pobre de mí! ¡Pero no importa!… ¡Yo quiero casarme con él y me casaré!». Desde la ventana de su cuarto vio salir a aquel gatazo y deslizarse en la calle oscura. Si él y su madre… ¿Qué influencia podría tener aquel asunto en el suyo? Sin duda que llevaría a su padre a aferrarse a ella más y más, a quererla más, de forma que al final acabaría por consentir todo lo que quisiera

ella o por perdonar lo que hiciera sin su consentimiento.

Cogió un puñado de tierra de una maceta de la ventana y, con toda su fuerza, se la tiró a Profond, que se alejaba. No le dio, pero se quedó más descansada.

Y una brisa vino de la calle Green, oliendo desagradablemente a gasolina.

V

Asuntos exclusivamente Forsyte

Soames fue a la City con intención de recoger a Fleur tras despachar sus cosas y llevarla a casa con él. Aunque era socio sólo de nombre, iba alguna vez que otra por Cuthcott, Kingson y Forsyte, donde tenía un empleado a cargo de los asuntos exclusivamente Forsyte en que él se ocupaba. Ahora fluían con gran intensidad, pues era un buen momento para vender propiedad inmobiliaria. Y Soames estaba transformando en dinero las fincas de su padre y del tío Rogelio y, hasta cierto punto, también las del tío Nicolás. Su agudeza y su probidad en cuestiones de dinero le habían llevado a ser un autócrata respecto de los legados familiares. Si Soames opinaba esto o lo otro, lo mejor era evitarse uno la molestia de opinar también. Él era la tranquilizadora garantía de la irresponsabilidad de numerosos Forsytes de la tercera y de la cuarta generación. Sus coalbaceas, como sus primos Rogelio y Nicolás; sus primos políticos Tweetyman y Spender, o el marido de su hermana Cicely, confiaban todos en él. El firmaba el primero, y donde firmaba él, firmaban en seguida todos los demás, y hasta el momento nadie había perdido nada; por el contrario, todos ganaban algo, y Soames veía el fin de muchos de aquellos asuntos tan agradable como era posible en aquellos tiempos.

Atravesando la parte más agitada de la City hacia la más tranquila de Londres, Soames meditaba. El dinero estaba extraordinariamente sujeto, y la moral, desmedidamente suelta. La guerra era la causa de aquello. Los Bancos no dejaban dinero, la gente rompía contratos por todas partes… Había algo en el aire y en las caras de todos que a él no le gustaba. El país parecía llamado a desaparecer en una vorágine de juego y de declaraciones de quiebra. Era un consuelo pensar que ni él ni los que en él veían su máxima garantía tenían el dinero en negocios a los cuales podía afectar otra cosa que no fuera la bancarrota nacional o la confiscación de sus fondos. En lo que tenía Soames fe era en lo que él llamaba sentido común inglés, o capacidad de obtener las cosas de una manera o de otra. Él podría decir —como su padre antes que él— que no sabía adónde iría todo a parar; pero en el fondo de su corazón sabía que

no irían a parar a ninguna parte. Si el dinero no se le escapaba a él, no se escaparía, pues él no era más que un inglés cualquiera, tan tenaz en su posesión, que sabía bien que nunca se quedaría sin una cosa, a menos de recibir otra equivalente.

Le enojaba mucho, al entrar en aquel remanso de paz londinense, el hecho de que numerosas Compañías y Sociedades habían sustraído al mercado bienes de todas clases, manteniendo los precios a una altura artificial. Aquellos rufianes eran los que tenían la culpa de todos los trastornos de la economía.

Las oficinas de Cuthcott, Kingson y Forsyte ocupaban los bajos y el primer piso de una casa del lado derecho de la calle. Mientras subía a su despacho, Soames pensaba: «Ya es hora de que pintemos esto».

Su viejo empleado Gradman estaba sentado donde siempre, ante un gran bureau con innumerables compartimientos. Otro empleado estaba en pie junto a él, dándole unos datos referentes a la venta de la casa de la plaza Bryanston, de Rogelio Forsyte. Soames dijo:

—Qué bajos andan hoy los valores…

El viejo Gradman le contestó:

—Sí; pero es que todo anda bajo, señor Forsyte —y el otro empleado se retiró.

Soames colgó su sombrero.

—Quiero ver mi testamento y mi contrato matrimonial, Gradman.

El viejo Gradman, inclinando hasta el límite su silla articulada, sacó dos cuadernillos de papel, cosidos con balduque, del último cajón de la izquierda. Recobrando la posición normal, levantó su rostro arrugado, rojo por el esfuerzo al agacharse.

—Aquí tiene, señor.

Soames cogió los documentos. De repente notó que Gradman se parecía mucho al perro guardián que tenían en su casa, y que Fleur un día se había empeñado en soltar, que había mordido a la cocinera y que había habido que matarlo. Si se soltara la cadena de Gardman, ¿mordería también?

Reprimiendo estas frívolas fantasías, Soames se puso a mirar su contrato matrimonial. No lo había examinado en dieciocho años, desde que rehízo su testamento a la muerte de su padre y nacimiento de Fleur. Quería ver si las palabras cobertura permanente figuraban allí. Sí que figuraban — ¡extraña expresión, derivada tal vez de la cría de caballos!—. Ascendía a mil quinientas libras que él le pagaba, sin deducir el impuesto sobre la renta, mientras fuera

su esposa y después mientras fuera su viuda dum casta —vieja expresión bastante fuerte para asegurar la conducta de la madre de Fleur—. Su testamento llegaba a una renta anual de otras mil libras en las mismas condiciones. Devolvió los documentos a Gradman, que los tomó sin mirar, inclinó la silla y los devolvió a su cajón.

—Gradman… No me gusta cómo andan las cosas; hay mucha gente sin sentido común en el país. Quisiera encontrar un medio de asegurar a mi hija contra cualquier eventualidad que pudiera presentarse.

Gradman trazó el número 2 en el secante.

—Sí —dijo—. Andan sueltas unas ideas muy raras.

—Las restricciones ordinarias contra la prodigalidad no sirven para nada.

—No —dijo Gradman.

—Supóngase usted que esos laboristas llegan al Poder u otra cosa por el estilo. Esa gente con ideas fijas es la peligrosa. Mire usted Irlanda… Supongamos que hiciera con mi hija un contrato ahora mismo, por el cual ella reconoce deberme cierta cantidad. Sólo podrían quitarme a mí los intereses, a menos que modifiquen la ley.

Gradman movió la cabeza y sonrió.

—Eso no lo hacen.

—No estoy yo tan seguro. No me fío de ellos.

—Tardaría dos años, señor, para ser válida la ley que modifique las obligaciones a cumplir en materia de deudas.

Soames dio un resoplido. Dos años… Y él tenía sólo sesenta y cinco…

—No es eso. Redacte un documento de donación de todos mis bienes a los hijos de mi hija, por partes iguales, de las que disfrutarán sólo el interés mientras yo viva y mientras viva su madre, sin poder ella tocar el principal. Y añada una cláusula que establezca que si por no haber nacido a mi muerte los hijos de mi hija, o por morir tales hijos, los intereses que les corresponderían de mi fortuna no pudiesen percibirlos, no sería mi hija quien los percibiría, sino mis albaceas para usarlos, en exclusivo beneficio de mi hija, a su discreción.

—Bastante prematuro a su edad, señor. Pierde usted el dominio de su fortuna.

—Eso es cosa mía —gruñó Soames.

Gradman tomó nota de todo, y preguntó luego:

— ¿Qué albaceas? Ahí tiene usted al hijo del señor Kingson; es un joven muy serio y muy inteligente.

—Sí, ése podría ser uno. Pero necesitamos tres. Ya no queda un Forsyte que me convenza.

— ¿No le convence el hijo del señor Nicolás Forsyte? Actúa en los tribunales, y todo…

—Ése no inventará la pólvora —dijo Soames.

Una sonrisa apareció en los labios de Gradman, rostro grasiento y con manchas, como de quien está sentado todo el día.

— ¿Qué quiere usted que descubra a sus años, señor?

—Pero ¿qué años tiene? ¡Lo menos cuarenta!

—Eso es, cuarenta. Un chiquillo…

—Bueno, sí, tome usted nota de él. Pero me haría falta alguien que tuviese verdadero interés. Y no veo a nadie que…

— ¿Qué tal le parecería a usted el señor Valerio Dartie? Ahora está en Inglaterra…

— ¿Val? ¿Siendo hijo de su padre?

—Bueno… —murmuró Gradman—. Ya hace siete años que murió.

—No —dijo Soames—. No me gusta el parentesco, aunque haga siete años que se extinguió —y se dispuso a marchar.

Gradman dijo de repente:

—Pero si llegara una incautación de capitales, también se llevarían el de los albaceas, señor. Yo, en su caso, lo pensaría bien…

—Eso es verdad —reconoció Soames—. Tengo que pensarlo, sí; tengo que pensarlo. ¿Qué ha hecho usted con la notificación de derribo de la casa de la calle Vere?

—Todavía no he notificado nada. La inquilina es muy vieja. No se querrá marchar de la casa a sus años.

—Quién sabe… El espíritu de aventura de los tiempos afecta a todos.

—De todas formas… Tiene ochenta y un años.

—Nada, nada, comuníquele el derribo, a ver qué dice. ¡Ah, y mi tío Timoteo! ¿Está ya todo preparado por sí…?

—Ya tengo dispuesto el inventario de todos sus bienes. Ahora habrá que tasar los muebles y los cuadros para que sepamos a qué atenernos. Sentiré

mucho que se muera. ¡Hace ya tiempo que le vi por primera vez!…

—No podemos ser eternos.

—Claro —dijo Gradman—. Pero será una pena. El último de la vieja familia… ¿Quiere que denuncie lo de la calle Old Compton? Esos órganos son muy molestos.

—Sí. Ahora tengo que buscar a mi hija para tomar el tren de las cuatro. Adiós, Gradman.

—Adiós, señor Forsyte. Espero que la señorita Fleur estará bien…

—Sí, muy bien, pero siempre danzando por ahí…

—Claro —convino Gradman—. Es joven…

Soames se marchó murmurando: «¡Buena persona este Gradman! Si fuera más joven, le hacía albacea. No hay nadie en que pueda confiar que se tomará verdadero interés».

Dejando atrás la tranquilidad biliosa, la paz desagradable de aquella casa, pensó: «¡Cobertura permanente! ¿Por qué no habrán muerto todos los tipos como Profond, en vez de tantos alemanes, buenos trabajadores?». Y se dijo que las cosas debían de andar muy mal, hasta el punto de concebir él tan antipatrióticos pensamientos. ¡No se podía estar nunca tranquilo! ¡Siempre había algo de qué preocuparse! Y se encaminó a la calle Green.

Dos horas después, Tomás Gradman, revolviéndose en su silla articulada, cerró el último cajón del bureau, y metiéndose en el bolsillo un manojo de llaves que hacía que apareciera una gran protuberancia en el lado del hígado, cepilló su sombrero con la manga, cogió el paraguas y se fue. Grueso, bajo, muy abotonado, se dirigió al mercado de Covent Garden. No se privaba jamás de aquel paseo hasta la estación del Metro, por Highgate, ni de comprar sus verduras y su fruta. Los hombres nacían, cambiaban los sombreros, y ocurrían las guerras y los Forsytes se morían. Pero Tomás Gradman, leal y gris, se daba su paseo diario y compraba sus vegetales, ajeno y superior a todo suceso histórico. Los tiempos no eran los mismos que antes, y su hijo había perdido una pierna, y a él ya no le daban aquellos cestitos para que llevase la compra, y el Metro era un gran invento… No se podía, pues, quejar. Tenía buena salud, considerando su edad, y tras cincuenta y cuatro años de trabajar con una familia de abogados, se iba aproximando a sus buenas ochocientas libras al año, aunque estaba un tanto preocupado últimamente. Pero «Dios proveerá», como solía él decir. ¡Cuánta vida y cuántas vidas había visto! El señor Soames estaba muy bien, y la señorita Fleur era muy linda; se casaría, sí, se casaría; pero ahora la gente no tenía hijos. Él había tenido su primer hijo a los veintidós años; y el señor Jolyon había tenido el suyo el mismo año. ¡Ya había

llovido desde entonces!… Aquello fue en el 70, mucho tiempo antes que el viejo señor Jolyon le quitara su testamento a su hermano James… En aquellos tiempos hacían lo contrario que ahora: compraban casas por todas partes, y no se peleaban ni se disgustaban nunca, y los pepinos valían entonces dos peniques, y un melón…, ¡aquellos melones, que se hacía la boca agua!… Ya hacía cincuenta años desde que, entrando en la oficina del señor James, éste le había dicho: «Bueno, Gradman: usted es ahora un chiquillo. Pero si se aplica y presta atención al trabajo, llegará a ganar sus quinientas al año». Y las había ganado, y era temeroso de Dios y servidor de los Forsytes, y guardaba dieta vegetal por las noches. Compró el John Bull —no es que le pareciera bien aquel periódico extravagante—, entró en el ascensor del Metro con su paquetito de verdura en la mano y descendió a las entrañas de la tierra.

VI

La vida privada de Soames

Cuando iba hacia la calle Green, se le ocurrió a Soames que podía entrar en la casa Dumetrius, en la calle Suffolk, para percatarse de las posibilidades de adquirir el Old Crome de los Bolderby. Casi merecía la pena haber hecho la guerra para tener el Old Crome de actualidad: el viejo Bolderby había muerto, y su hijo y su nieto habían caído luchando. Un primo había heredado todo y pensaba venderlo también todo. Unos decían que a causa de la situación de Inglaterra, y otros, porque tenía asma.

Si Dumetrius echaba la uña al cuadro, subiría hasta un precio inasequible; necesitaba Soames enterarse de si Dumetrius lo tenía ya para evitarse gestiones. Así, se lanzó a discutir con Dumetrius si los Monticellis volverían a estar de moda, ya que se estilaban cuadros que parecieran todo menos cuadros; después hablaron del futuro de John, con unas ligeras consideraciones sobre Knights. Sólo en el momento de marchar, le dijo:

—Qué, ¿por fin, no venden el Old Crome de los Bolderby?

Y lleno de sentimiento de superioridad racial, replicó Dumetrius:

— ¿Que no? ¡Ya verá usted cómo dentro de poco es mío, señor Forsyte!

Y Soames decidió, en vista de aquello, escribir inmediatamente al nuevo Bolderby, explicándole que la única manera conveniente y digna de negociar el Old Crome era evitando los negociantes. Y así, dijo:

—Bueno, adiós —y marchó, dejando al sabio Dumetrius.

En la calle Green se encontró con que Fleur había salido y de que se

quedaría por otra noche en Londres. Se fue a la estación lleno de tristeza, y tomó el tren.

Llegó a su, casa hacia las seis. El aire estaba cargado y tormentoso. Cogió su correspondencia y fue a quitarse la ropa que traía, para limpiarse de Londres.

No tenía ningún interés el correo de aquel día. Un recibo, una factura por compras de cosas para Fleur, una circular que anunciaba una Exposición de grabados. Una carta que comenzaba:

Muy señor mío:

Considero un deber…

Aquello tenía que ser algo desagradable. Buscó la firma. ¡No la había! Sin llegar a creerlo, volvió la hoja, mirando en las esquinas a ver si tenía algún membrete. No siendo hombre público, Soames no había recibido ninguna carta anónima en su vida, y su primer impulso fue romperla sin leer, impulso peligroso; pero el segundo fue leerla, impulso más peligroso todavía:

Muy señor mío:

Considero un deber que, si bien no me importa, la clase de relaciones que su señora mantiene con un extranjero…

Al llegar allí, Soames detuvo automáticamente la lectura y examinó el matasellos. Le pareció que ponía algo acabado en sea y que tenía una «i» hacia la mitad de la palabra. ¿Chelsea? No, era Battersea. Y leyó más abajo:

Estos extranjeros son todos iguales: mala gente. Este que le digo se ve con su señora dos veces por semana. Lo sé por observación personal, y ver cómo se burlan de un inglés me desagrada mucho. Usted vigile y verá cómo es verdad lo que le digo. Yo no me metería en esto si no se tratase de un indecente extranjero. Atentos saludos.

La sensación que percibió Soames fue parecida a la que hubiera experimentado si al entrar en su dormitorio se lo hubiera encontrado lleno de escarabajos. La vileza del anónimo ponía un tinte de obscenidad a la delación. Y lo peor de todo era que la sombra de la sospecha había entrado en su mente desde aquella tarde de domingo en que Fleur había dicho de Profond, que se paseaba por el jardín, que parecía un gato. ¿No había leído, en relación con su sospecha, aquel mismo día, su contrato matrimonial? Y ahora, aquel rufián anónimo, sin nada que ganar aparentemente, como no fuera desahogar su odio contra los extranjeros, había puesto de manifiesto lo que él esperaba se quedara en la sombra de la sospecha. ¡Tener que soportar el conocer el comportamiento de la madre de Fleur, y a aquellas alturas en su vida! Cogió la carta de la alfombra, la rompió en dos trozos, y cuando la doblaba para

romperla otra vez, los juntó y leyó de nuevo. En aquel instante estaba tomando una de las resoluciones de su vida. Nada le obligaría a otro escándalo. Sin embargo, tenía que enfrentarse con el problema y habría de tener la mayor habilidad y precaución. Desde luego, no haría nada que pudiera perjudicar a Fleur. Tomada aquella resolución, fue a lavarse las manos. Al secárselas, le temblaban. No habría escándalo, desde luego; pero tenía que hacer algo para detener aquella vergüenza. Entró en el cuarto de su mujer y se quedó mirando a su alrededor. La idea de registrar en busca de alguna prueba que estableciera su culpabilidad y le proporcionara una base en que apoyar su amenaza, ni siquiera se le ocurrió. Allí no habría nada; ella era un espíritu práctico. La idea de hacerla vigilar la desechó antes que se le ocurriera; se acordaba muy bien de su experiencia anterior. No; no tenía más que aquella carta rota, salida de la pluma de algún rufián, cuya violenta intrusión en su vida privada le dolía mucho. Era repugnante hacer uso de la carta, pero no tendría otro remedio. ¡Menos mal que Fleur no estaba en casa aquella noche! Una llamada a la puerta le sacó de su dolorosa meditación.

—El señor Michael Mont, señor. ¿Va el señor a recibirle?

—No —dijo Soames—. Sí…, ahora bajo.

Cualquier cosa que le distrajera por unos instantes le vendría bien.

Michael Mont, con su traje de franela, estaba en la terraza fumando un cigarrillo. Lo tiró cuando se acercó Soames y se pasó la mano por el pelo.

Los sentimientos de Soames por aquel joven eran muy singulares. Sin duda, era uno de aquellos jóvenes modernos y absurdos, según los viejos criterios; sin embargo, tenía algo muy agradable, por la manera extraordinariamente alegre de manifestar sus opiniones.

—Pase usted —le dijo—. ¿Ha tomado ya el té?

Entró Mont.

—Creí que Fleur estaría ya de vuelta; pero me alegro de que no haya venido todavía. El hecho es… que estoy loco por ella; tan loco, que he pensado que debía decírselo a usted. Está pasado de moda, desde luego, eso de dirigirse a los padres primero; pero creo que me disculpará usted. Yo se lo dije a mi padre, y dice que si me formalizo, él me ayudará. La idea le parece bastante aceptable. Le he hablado de su Goya.

—Conque bastante aceptable, ¿eh? —dijo Soames con sequedad.

—Sí, señor. ¿Y a usted?

Soames sonrió débilmente.

—Ya sabe usted —prosiguió Mont, dando vueltas a su sombrero de paja,

mientras que el pelo, las cejas y las orejas parecían ponérsele de punta a causa de la emoción—. Cuando se ha estado en la guerra no puede evitarse el tener prisa.

—Para casarse y descasarse al día siguiente, ¿no?

— ¡Por Dios, no, señor! ¡Descasarse de Fleur!… ¡Póngase usted en mi lugar y verá!

Soames carraspeó. Claro, si se ponía en lugar del joven, tendría que darle la razón.

—Fleur es demasiado joven —dijo.

— ¡Ah, no, señor! La gente de hoy somos viejísimos. Y mi padre me parece a mí un verdadero bebé; su máquina de pensar no ha evolucionado absolutamente nada. Pero es que la baronía le pesa.

— ¿La baronía le pesa?

—Sí, señor. Yo heredaré el título, pero no me afectará.

—Bueno, pues que no le afecte tampoco que le diga que no piense tonterías.

El joven Mont dijo con voz plañidera:

— ¡Oh, no, señor!… ¡Si no tengo alguna oportunidad, alguna pequeña facilidad, me ahorco! Usted no se oponga, deje hacer a Fleur lo que ella quiera… Su señora no me ve con malos ojos.

— ¡Qué bien! —dijo Soames con voz helada.

— ¿Verdad que no? —dijo el joven mirando acongojado a Soames—. ¿Verdad que usted no se opondrá?

Y Soames tuvo que sonreír.

—Usted se creerá viejísimo, pero a mí me parece un niño. El empeñarse tanto en una cosa no es prueba de madurez.

—Pero sí es que yo quiero a Fleur… Mire, para que vea, me he buscado un trabajo.

—Eso me parece muy bien.

—Me he asociado con un editor. Mi padre pone el dinero.

Soames tuvo que taparse la boca, pues llegó casi a decir: «¡Que Dios ayude al editor y a tu padre, mocito!». Y sus ojos grises se clavaron en el agitado joven.

—A mí no me parece usted mal, señor Mont; pero Fleur es todo para mí.

¡Todo!…, ¿me entiende?

—Sí, señor; pero a mí me pasa lo mismo.

—Ya ve usted lo que son las cosas… Pero de todas formas me alegro de que me lo haya dicho. Y por ahora creo que hemos hablado bastante de este asunto.

—Lo que falta ahora es que ella decida.

—Confío en que faltará eso por mucho tiempo.

—No es usted muy animador, ¡caramba! —dijo Mont con viveza.

—No. Mi experiencia de la vida no me lleva a querer casar a la gente en un dos por tres. Y buenas noches, señor Mont. No le diré a Fleur nada de esto.

— ¡Oh! ¡Sería capaz de matarme por ella! Y ella lo sabe bien…

—Seguramente —y Soames le tendió la mano. Un apretón doliente, un hondo suspiro y unos sonidos de la «moto» del joven, y todo volvió a quedar como antes.

«La joven generación…», pensó con tristeza; y salió al jardín.

Los jardineros habían estado segando, y todavía persistía el olor de la hierba recién cortada. El aire tormentoso mantenía todos los olores adheridos a la tierra. El cielo era de un tono purpúreo, los álamos parecían negros. Dos o tres botes pasaron por el río, dirigiéndose, al parecer, a sus albergues antes que la tormenta empezase. «Tres días de buen tiempo, y después tormenta —pensó Soames—. ¿Dónde estaría Annette? Sin duda, con aquel tipo. Es que era muy joven…». Y con aquel pensamiento caritativo y de perdón, entró en el cenador y se sentó. La verdad era —tenía que reconocerlo— que Fleur era mucho para él, mientras que su mujer no era nada; era francesa, y para él no había sido nunca mucho más que una amante, y él ya iba sintiendo indiferencia por las aventuras amorosas. Era extraño; pero con su criterio de orden y moderación, siempre ponía su corazón en una sola persona: primero, Irene; después, Fleur. Una cada vez, un cariño en cada ocasión… Aquel modo de ser le había llevado una vez al escándalo. Ahora le llevaría a la paz. Lo que sí le gustaría sería descubrir quién era aquel comunicante anónimo, para enseñarle a no remover el limo del estanque que él quería con toda su alma permaneciera tranquilo. Un relámpago lejano, un trueno prolongado y unas gruesas gotas de agua que le cayeron no consiguieron conmoverle. Quedó indiferente, haciendo un dibujo con el dedo sobre la mesita rústica, cubierta de polvo, del cenador. ¡El futuro de Fleur! Eso era lo único que le interesaba. Y ¡qué cosa más solitaria era la vida!… Se levantó y arrancó una rosa que se estaba marchitando. La Naturaleza creaba flores y las destruía después… El trueno resonó otra vez, prolongándose a lo largo del río, y pálidos resplandores

atrajeron su mirada. Las copas de los álamos apuntaban agudas y espesas al cielo, y la lluvia caía fuerte, resonando contra el cobertizo de hojas y ramas del cenador, mientras él estaba allí, sentado, indiferente, meditabundo.

Pasó muy pronto el chubasco; salió del cenador, y echó a andar por el camino, mojado, que seguía el curso del río.

Dos cisnes habían acudido allí a refugiarse entre los cañizos. Conocía bien aquellos pájaros, y se quedó observando la dignidad de la curva de sus cuellos y de sus cabezas. No encontraba nada que hacer que pudiera tener dignidad. Y, sin embargo, tenía que hacer, al menos que decir algo si quería evitar que las cosas fueran a peor. Annette habría regresado ya de donde hubiera estado, pues ya era casi la hora de cenar; y según se acercaba el momento de verla, la dificultad de decirle algo aumentaba. Un nuevo y atemorizador pensamiento se le ocurrió: «¿No pretendería divorciarse de él para casarse con aquel tipo?». Pero si deseaba eso, tendría que aguantarse las ganas. Él no se había casado con ella para terminar así. La figura de Próspero Profond se le presentó por unos instantes en el recuerdo, tranquilizándole. No; aquel hombre no era de los que se casan. Y se sintió lleno de cólera. ¡Que no se pusiere el tipo aquel en su camino! ¡Pues sí que era mucho aquel mestizo!… Pero ¿qué era Próspero Profond? ¡Nada, absolutamente nada! Mas sí que era algo, sí que representaba algo: la inmoralidad desencadenada, la desilusión hecha hombre, como bien lo decía aquella expresión que le había captado a Annette: Je m’en fiche! Un tipo fatalista, un continental, un cosmopolita, un producto auténtico de los tiempos. Y si pudiera pensarse algo peor de Profond, Soames no lo sabía.

Los cisnes habían vuelto la cabeza, y miraban más allá de él en alguna dimensión exclusiva de ellos. Uno emitió un ligero silbido, agitó la cola, dio la vuelta como a un timón y nadó rápido, alejándose. El otro le siguió. Soames perdió de vista sus cuerpos y sus cuellos blancos, y penetró en la casa.

Annette estaba en la sala, ya vestida para cenar. Soames la encontró muy bella. Durante la cena, perfecta en cantidad y en calidad, no hablaron de nada, aparte de unos comentarios sobre las cortinas de la sala y de la tormenta. Soames no bebió nada. La siguió al salón después, y la encontró fumando un cigarrillo en el sofá. Estaba apoyada en el respaldo, casi erecta, con su vestido negro y las piernas cruzadas y los ojos medio cerrados. Un humo gris azulado salía de sus labios encarnados y bastante llenos. Llevaba las medias de seda más finas que pudiera imaginarse y zapatos de altísimos tacones, que proyectaban hacia afuera el empeine de sus pies. ¡Bonita figura para decorar cualquier sala! Soames, que llevaba cogida aquella carta rota en la mano dentro del bolsillo, dijo:

—Voy a cerrar la ventana. Hay mucha humedad.

Cerró y se quedó mirando un David Cox que adornaba la pared, color

crema, cerca de donde él estaba.

¿En qué pensaba? Nunca había entendido a las mujeres en su vida, excepto a Fleur, y no siempre… El corazón le latía de prisa. Pero si quería hablar de aquello estaba en el mejor momento.

Dejando de mirar el cuadro, dijo:

—He recibido esto.

Los ojos de Annette se agrandaron, le miraron y su mirada se endureció.

Soames le tendió la carta.

—Está rota, pero puedes leerla.

Y volvió a mirar al David Cox; era una marina, buena de color, pero sin movimiento casi. «¿Qué estará haciendo ese individuo en este momento?», se preguntó. Y con el rabillo del ojo miraba a Annette, que sostenía rígidamente la carta y que movía los ojos siguiendo los renglones, bajo sus pestañas ennegrecidas. Dejó caer la carta, tuvo un ligero escalofrío, sonrió y dijo:

— ¡Qué cosa más sucia!

—Estoy de acuerdo —dijo Soames—. Es degradante; pero ¿es verdad?

Sobre el rojo labio inferior de ella mordieron sus blancos dientes.

—Y si lo fuera, ¿qué?

No había visto Soames cinismo semejante.

— ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—No.

—Habla entonces.

—Bueno, ¿y para qué voy a hablar?

—Entonces, ¿admites que es cierto?

—Yo no admito nada. Eres un necio en preguntar. Un hombre como tú no debe preguntar nada. Es peligroso.

Soames se dio una vuelta por la habitación para dominar su cólera creciente.

— ¿Te acuerdas —le dijo, parándose frente a ella— de lo que eras cuando me casé contigo? Una pobre diabla que tenía que llevar las cuentas en un restaurante.

— ¿Y te acuerdas tú de que no tenía ni la mitad de tus años?

Soames no pudo seguir mirándola, y llevó la mirada al cuadro de David

Cox.

—No voy a enzarzarme en palabras. Te requiero a que rompas esa… amistad. Me pongo frente al asunto rotundamente por los efectos que puede tener sobre Fleur.

— ¡Ah… Fleur!

—Sí. Es tan hija tuya como mía.

Muy amable en aceptarlo.

— ¿Vas a hacer lo que te digo?

—Me niego a contestarte.

—Entonces, te obligaré.

Annette sonrió.

—No, Soames; no puedes hacer nada —dijo—. No amenaces con cosas que no puedes llevar a efecto.

La rabia abultó las venas de su frente. Abrió la boca para desahogar su cólera, pero no pudo decir nada. Annette prosiguió:

—No habrá más cartas de ésas, te lo prometo. Eso ya es bastante.

Se estremeció Soames. Tenía la impresión de que le trataba como a un niño, aquella mujer que merecía no sabía qué cosa.

—Cuando dos personas se han casado y vivido como nosotros, Soames, lo mejor es no importunarse el uno al otro. Hay cosas que no se sacan a relucir para que la gente no se ría. Tú te estarás quietecito, y no por mí, sino por ti mismo. Te estás haciendo ya viejo, y yo todavía no. Tú me has enseñado a ser muy práctica.

Soames insistió:

—Te requiero a dejar esa amistad.

— ¿Y si no lo hago?

—Pues te borraré de mi testamento.

Vio que aquello que le dijo no serviría de nada, Annette se echó a reír.

—Todavía vivirás muchos años, Soames.

—Tú… ¡Tú eres una mala mujer! —dijo Soames repentinamente.

Annette se encogió de hombros.

—No lo creo yo así. El vivir contigo ha matado muchas cosas en mí, es cierto. Pero no soy mala. Soy razonable…, eso es todo. Y tú también lo serás

cuando hayas reflexionado.

—Veré a ese hombre —dijo Soames, tétrico—, y le haré comprender a lo que se expone.

—Mon cher, eres muy divertido. Tú ya no me quieres ni me deseas; ya has tenido de mí todo lo que buscabas, y ahora pretendes que lo que resta de mí, quede muerto. Yo no admito nada; pero no quiero quedarme muerta, Soames, a mis años. Lo mejor que puedes hacer es dejar las cosas tranquilas, te lo digo yo. Por mi parte, desde luego, no produciré el menor escándalo, puedes estar seguro. Y ahora, ya hemos hablado bastante.

Se levantó, alargó la mano, cogió una novela francesa de una mesita y la abrió. Soames la observaba, callado ante el tumulto de sus pensamientos. El pensar en aquel hombre le hacía casi desearla, y esto era toda una revelación acerca de sus relaciones, que sorprendió a quien como él era tan poco dado a la filosofía introspectiva. Sin añadir palabra se fue a su sala de pinturas. ¡Aquello le pasaba por haberse casado con una francesa! Pero si no se hubiera casado con ella, no tendría a Fleur. Realmente, le había servido para su objeto primordial en aquel matrimonio.

«Tiene razón —pensó—: No puede hacer nada. Ni siquiera estoy cierto de que haya nada de verdad en eso».

Fue a su habitación. Y le recibió como si no hubiera pasado nada, y él se quedó persuadido de un gran sentimiento de paz. Si uno se decidía a no ver, no ve a nada… Y decidió no ver, pues ¿qué ganaba viendo? Abrió un cajón, sacó su bolsa de pañuelos y el portarretratos con la fotografía de Fleur. Cuando la hubo mirado un rato, sacó la otra, la de Irene. Chilló un búho según la estaba mirando. Y con el chillido del búho, las rosas trepadoras que llegaban a su ventana parecieron intensificar su color, y hasta él llegó un suave aroma de naranjo en flor. ¡Pero aquello había sido diferente!… ¡Pasión…, recuerdos…, cenizas en definitiva!…

VII

June interviene

Un hombre que era escultor, eslavo y residente ocasional en Nueva York; que era egoísta y estaba arruinado, se encontraba una tarde en el estudio de June Forsyte, en Chiswick, a orillas del Támesis. La tarde del 6 de julio, Boris Strumolowski —varias de cuyas obras estaban expuestas allí por ser demasiado avanzadas para exponerse en otra parte— había empezado bien, con aquel altanero y casi hierático silencio que iba tan bien con su cara

redonda y juvenil, enmarcada por rizos como los de una muchacha. June hacía tres semanas que le conocía, y todavía le parecía una gran personificación del genio y una esperanza del futuro, una especie de estrella del Oriente, perdida en un Occidente que no percibía ni apreciaba sus fulgores. Hasta aquella tarde se había limitado en la conversación a exponer sus opiniones de los Estados Unidos, cuyo polvo había sacudido, satisfecho, de sus zapatos. Era aquél, a su juicio, un país bárbaro, tan bárbaro que prácticamente no había vendido nada de su obra; además, se había permitido dudar de él la Policía; un país, decía, sin una raza propia, sin libertad, igualdad ni fraternidad; sin principios, tradiciones ni gusto; sin alma, en una palabra. Lo había abandonado satisfechísimo, marchando al único país donde podría vivir. June había pensado mucho, llena de preocupación, en él; y en sus momentos de soledad, se había quedado con frecuencia observando sus producciones; horribles, pero poderosas y altamente simbólicas, una vez que se las habían explicado a uno. Que él, con su halo capilar, como un santo de la primitiva pintura italiana; con su absorción en la seguridad de su talento —la única prueba de talento que daba—, fuera un pobre diablo sin tener donde caerse muerto, acongojaba el corazón de June hasta el punto de llevarla casi a olvidar a Paul Post. Y había dado los primeros pasos para desalojar su Sala de Exposiciones al objeto de llenarla exclusivamente de las obras maestras de Strumolowski. Pero inmediatamente había encontrado dificultades grandes. Paul Post había coceado; Vospovitch había mordido. Con todo el énfasis de sus genios, que ella todavía no los negaba, habían exigido otras seis semanas, por lo menos, de exposición en la Sala. El torrente americano, todavía persistente, se agotaría pronto…, ya que nadie en el necio país de su vivienda actual se interesaba por el arte. Y June había accedido: después de todo, a Boris no le importaría que los otros tuvieran el beneficio absoluto del torrente americano, que él despreciaba tan violentamente.

Aquella tarde había planteado la cuestión a Boris a solas, salvo la presencia de Hannah Hobdey, la artista de temperamento medieval, y de Jimmy Portugal, director del Neoartista. Se lo había planteado con aquella repentina confianza que el contacto continuo con los innovadores del arte no había podido destruir en su modo de ser generoso. Él no rompió su silencio mesiánico; pero ella, por espacio de más de dos minutos, movió los ojos de uno a otro lado, como un gato mueve la cola, al ver la cara que ponía. Y, por fin, el escultor habló. «Aquello —dijo— era característico de Inglaterra, el país más egoísta del mundo; el país que chupaba la sangre de otros países; que destruía el cerebro y el corazón de irlandeses, hindúes, egipcios, bóers y burmeses, de las mejores razas del mundo… ¡Oh la pérfida, hipócrita Inglaterra! Aquello era lo que se esperaba él al llegar a semejante país, donde el clima era la niebla, y los hombres, comerciantes insensibles al arte, sumidos en los negocios y en el más grosero materialismo». Dándose cuenta de que

Hannah Hobdey murmuraba: «¡Bravo, bravo!», y de que Jimmy Portugal se reía como un tonto, June se puso encendida y dijo sin poderse contener:

—Entonces ¿por qué ha venido? Aquí no le ha llamado nadie…

La observación fue tan completamente distinta de lo que él había esperado de ella, que Strumolowski tendió la mano y cogió un cigarrillo.

—Inglaterra jamás llamaría a un idealista —dijo.

Pero la fibra auténticamente inglesa de June estaba totalmente excitada; el sentido de justicia del viejo Jolyon se había despertado en ella.

—Ustedes vienen a explotarnos —dijo—, y después nos insultan. Si le parece que eso es leal, a mí no.

Y entonces descubrió lo que ya muchos había descubierto antes que ella: la espesa abundancia de pelo de la dehesa que, frecuentemente, oculta al genio. El rostro juvenil e ingenuo de Strumolowski se hizo la encarnación del desprecio.

—Explotar, explotar… Uno no hace más que tomar lo que le corresponde…, una décima parte de lo que le corresponde. Usted se arrepentirá de hablar así, miss Forsyte.

—No; nada de eso —dijo June.

— ¡Ah! Nosotros, los artistas, los conocemos muy bien. Fingen ayudarnos para sacar provecho de nosotros. Yo no quiero nada de usted —y echó una bocanada de humo del tabaco de June.

La decisión surgió casi inmediata en su sensibilidad ultrajada.

—Muy bien; ya puede llevarse entonces sus cosas.

Pero casi en el mismo instante pensó: «¡Pobre muchacho! No tiene más que una guardilla, y quizá no tenga el importe de un viaje en taxi…».

El joven Strumolowski agitó la cabeza con violencia; su cabello, espeso y suave como un casquete de oro, no se movió.

—Yo puedo pasarme sin nada —dijo con voz chillona—. Lo he tenido que hacer muchas veces por amor a mi arte. Son ustedes, los burgueses quienes nos obligan a gastar dinero.

Aquellas palabras hirieron a June como una pedrada en la frente. Después de todo lo que había hecho ella por el arte, después de toda su adhesión a sus pobres diablos, tenía que oír aquello. Estaba buscando las palabras adecuadas para responder cuando se abrió la puerta, y la austríaca anunció:

—Una señorita, gnädiges Fraulein.

— ¿Dónde está?

—En el comedor.

Con una mirada a Boris Strumolowski, a Hannah Hobdey y a Jimmy Portugal, sin decir nada, June salió, perdida la serenidad. Al entrar en el comedor, vio que la señorita anunciada era Fleur…, muy linda, pero muy pálida. En aquel momento de desencanto, un ser necesitado de su propia sangre había de ser muy bien recibido por June.

La muchacha habría ido a verla, sin duda, a causa de Jon; o si no, a ver si se enteraba de algo por ella. Y entonces sintió June que ayudar a alguien era la única cosa soportable de la vida.

—Te has acordado de venir —le dijo.

—Sí. ¡Pero qué casita tan mona es ésta!… Mas no quisiera molestar, si hay otra visita…

—Nada de eso, nada de eso —dijo June—. Así los dejo que se cuezan en su propia salsa un rato. ¿Has venido por algo de Jon?

—Tú me dijiste que debía saber lo que pasaba. Bueno, pues ya lo sé.

— ¡Oh! —dijo June—. No es cosa agradable, ¿verdad?

Estaban en pie, una a cada lado de la mesita, pequeña y desnuda, de comer. Sobre ella había un cacharro lleno de amapolas de Islandia; la muchacha extendió una mano enguantada y las tocó. A June le pareció muy bien hecho su vestido, muy a la moda. Pensó que aquella habitación de paredes blancas, suelo y chimenea de ladrillo rojo, de ventanas con celosías, donde daban los últimos rayos de sol, nunca había estado tan bonita como ahora con la presencia de la muchacha: formaba un verdadero tema de cuadro. Con repentino recuerdo, revivió aquellos días en que ella también había sido bonita y tenía su corazón puesto en Bosinney, el amado muerto, que había roto para siempre la lealtad de Irene para con el padre de la muchacha aquella que tendía la mano para tocar las flores.

—Bueno —le dijo—. Y ¿qué vas a hacer?

Pasaron unos segundos antes que Fleur respondiera.

—No quiero que sufra Jon. Tengo que verle en seguida para terminarlo todo.

— ¿Terminarlo todo, dices?

— ¿Qué otra cosa se puede hacer?

La muchacha, repentinamente, se le antojó a June intolerablemente desanimada.

—Tal vez tengas razón —murmuró—. Mi padre es de ese criterio; pero yo…, yo no lo haría eso nunca.

Fría, sin emoción, sonó la voz de Fleur:

—La gente creerá que estoy enamorada.

— ¿Y no lo estás?

Fleur se encogió de hombros, y June pensó: «Debiera habérmelo supuesto. Es hija de Soames…, tiene la sangre fría. ¡Y el pobre chico…!».

— ¿Entonces qué quieres que haga yo? —le dijo de mala gana.

— ¿Podría yo ver a Jon mañana aquí, cuando pasa por Londres camino de casa de Holly? Creo que si tú le enviases dos letras, él vendría. Y después, tú podrías tener la amabilidad de informar tranquilamente en Robin Hill que todo ha terminado y que no tienen necesidad de decirle nada a Jon de su madre.

— ¡Muy bien! —dijo June abruptamente—. Ahora mismo escribo, y tú echas la carta al marcharte. Mañana, a las dos y media. Yo no estaré en casa.

Se sentó a un pequeño bureau que ocupaba un rincón. Al volver la cabeza tras haber escrito la nota, vio que Fleur estaba tocando otra vez las flores.

Humedeció June un sello y lo pegó.

—Bueno, aquí está. Si no estás enamorada, es esto lo mejor que puedes hacer.

Fleur cogió la carta y dijo:

—Muchísimas gracias.

«¡Qué sangre fría tiene esta criatura!», pensó June. Y le pareció humillante que Jon, hijo de su padre, amara y no fuera correspondido por la hija de… ¡Soames!

— ¿Eso es todo?

Fleur asintió y se despidió de June.

— ¡Adiós! —contestó June, y añadió in mente—: Pedazo de hielo a la moda —y cerró la puerta.

Volvió al estudio. Boris Strumolowski había vuelto a caer en su grandioso silencio, y Jimmy Portugal estaba maldiciendo de todos, excepto del grupo en cuyo beneficio hacía el Neoartista. Entre los maldecidos estaban Eric Cobbley y otros varios genios protegidos de June. Ésta sintió desilusión y disgusto y abrió la ventana para que el aire del río entrara a limpiar la atmósfera de aquellas palabras tan desagradables.

Pero cuando al fin terminó Jimmy Portugal y se fue con Hannah Hobdey, se sentó June a hacer de madrecita de Strumolowski. Y a la media hora le había prometido disfrutar de un mes del torrente americano; y así, él se marchó con su halo en perfecto orden. «A pesar de todo —pensó June—, Boris es maravilloso».

VIII

La carne de los dientes

Saber que uno está frente a todos es, para ciertas naturalezas, motivo de satisfacción moral. Fleur no experimentó remordimiento al salir de casa de June. Al adivinar una censura en los ojos de su diminuta pariente, se sentía segura de que la había engañado, y se inclinaba a despreciar a la vieja idealista por no haber sabido descubrir su juego.

¡Acabarlo todo! Sí, sí… Ahora les enseñaría que lo que pasaba es que todo comenzaba de verdad. Y se dedicó, en el piso alto del autobús, una sonrisa de felicitación a sí misma. Pero la sonrisa murió pronto, ante el pensamiento, lleno de ansia, de su encuentro con Jon. ¿Sería capaz de imponérsele? Ella había mordido fuerte; pero ¿conseguiría también que Jon mordiera sin deseo de dejarse quitar el bocado? Se daba cuenta del peligro que cualquier retraso suponía. Él no sabía ni el pasado familiar, ni tenía sensación alguna de peligro. En diferencias así está el secreto de muchos éxitos en el mundo.

«Si se lo dijera todo, ¿habría más seguridad?», pensaba. Y pensaba que por culpa del pasado de otros no podía ella malograr su amor. Él debiera comprenderlo así. Debiera comprender que sus padres se resignarían, pues la gente acepta los hechos consumados, antes o después. De aquella reflexión filosófica —muy profunda para sus años—, pasó a otra consideración de menor filosofía. Si persuadía a Jon a un matrimonio rápido y secreto, y después descubría que ella conocía la verdad, ¿qué pasaría? Jon odiaba los subterfugios. ¿No sería, pues, mejor decírselo todo? Pero el recuerdo de la cara de Irene la hizo desistir de esta idea. Fleur se asustó. La madre de Jon tenía mucho poder sobre él, tal vez más poder que ella misma. Seria correr demasiado riesgo Absorta en estos pensamientos, llegó por la calle Green hasta el hotel Ritz. Allí se apeó del autobús y desanduvo lo que había avanzado en demasía. La tormenta había lavado hojas y troncos de árboles; caían de las ramas grandes gotas, y para evitarlas, salió al medio de la calle y pasó bien a la vista del Iseum Club. Miró por casualidad y vio a monsieur Profond con otro hombre grueso, en uno de los balcones bajos. Al entrar en la calle Green, oyó que la llamaban y vio acercársele a aquel gato. Se quitó el

sombrero, uno de esos hongos brillantes que ella detestaba tanto.

—Buenas tardes, miss Forsyte. ¿Puedo hacer en su servicio alguna pequeña cosa?

—Sí, cambiarse de acera.

— ¡Oiga! ¿Y por qué me tiene rabia?

— ¿Le tengo rabia?

—Lo parece.

—Pues será porque usted me hace pensar que la vida no merece la pena vivirse.

Monsieur Profond sonrió.

—Mire, miss Forsyte: no se preocupe. Todo se arreglará. Nada dura nada.

—Todo dura, por lo menos para mí. Especialmente las rabias y los afectos.

—Eso me hace experimentar una pequeña sensación de desconsuelo.

—Yo había pensado que nada le hacía sentir a usted desconsuelo ni satisfacción.

—No me gusta enojar a otras personas. Me voy a ir en mi yate.

Fleur le miró sorprendida.

— ¿Adónde?

—Una pequeña travesía a los mares del Sur o cosa por el estilo —dijo monsieur Profond.

Fleur experimentó a la vez descanso e impresión de insulto. Sin duda, quería hacerle notar que había roto con su madre. ¿Cómo se atrevería aquel hombre a crearse relaciones de aquella naturaleza y a romperlas después?

—Buenas noches, miss Forsyte. Salude de mi parte a su tía. No soy tan malo en realidad. ¡Buenas noches!

Fleur le dejó con el sombrero levantado. Después, mirando disimuladamente hacia atrás, le vio marchar —inmaculado y fuerte— hacía su Club.

—Ni siquiera puede amar. ¿Qué hará ahora mamá?

Aquella noche la pasó mal, con sueños y pesadillas interminables. Se levantó cansada, e inmediatamente se puso a consultar el Whitaker’s Almanac. Un Forsyte se da cuenta por instinto de que los hechos son los que verdaderamente determinan las cosas. Ella podría vencer los prejuicios de Jon; pero sin un mecanismo exacto que completase su resolución, no sucedería

nada. Del inapreciable tomo sacó que debían tener ambos veintiún años o consentimiento paterno, lo que desde luego era imposible para ellos obtener. Después vio lo que les pasaría si incurrían en perjurio. Pero ¡qué tontería! ¿Quién iba a intentar perjudicarles si daban edades cambiadas para casarse por amor? Casi no comió, y después volvió al Whitaker; cuanto menos lo estudiaba, más difícil le parecía lograr su propósito. Hasta que, volviendo distraídamente las páginas, vino a dar en Escocia. Allí la gente podía casarse sin tantos requisitos absurdos. Lo único que tenía ella que hacer es ir y estar veintiún días; después iría Jon, y ante dos personas cualesquiera se declaraban casados, y lo que es más: lo estaban… Era el mejor procedimiento, y en seguida pasó lista mental a sus compañeras de colegio escocesas. Tenía, por ejemplo, a Mary Lambe, que vivía en Edimburgo y que era Una gran muchacha. Además de esto, tenía un hermano. Podía irse con Mary, que luego, con su hermano, serviría de testigo. Bien sabía que muchas chicas considerarían innecesario todo aquello, y que todo lo que ella y Jon necesitaban era marchar de excursión un fin de semana y venir diciendo a sus padres que tenían que casarse. Pero Fleur era demasiado Forsyte para que le agradase el procedimiento; además, no creía que a Jon le gustara tampoco. ¡No! Mary Lambe era la más indicada, y además aquélla era la mejor época del año para ir a Escocia. Ya más tranquila, hizo la maleta, evitó encontrarse con su tía y salió para tomar un autobús a Chiswick. Llegó demasiado pronto y se fue a los jardines de Kew. Entre sus flores y sus árboles con etiquetas clasificadoras no encontró ninguna paz. Almorzó un bocadillo de pasta de anchoas y café, volvió a Chiswick y tocó la campanilla de la casa de June. La austríaca la pasó al comedor. Ahora que sabía las dificultades que ella y Jon tenían frente a sí, su deseo hacia él se había decuplicado, como si se tratara de uno de aquellos juguetes con bordes cortantes o pintura peligrosa que de niña querían quitarle. Si no se salía con la suya y no se casaba con Jon, la vida le parecería insoportable.

Después de esperar un rato, oyó sonar la campanilla, y acercándose a la ventana, le vio a la puerta suavizándose los labios y el pelo como para calmarse los nervios.

Estaba sentada en una silla, de espaldas a la puerta, cuando él entró. Le dijo inmediatamente:

—Siéntate, Jon. Tengo que hablar contigo muy en serio.

Jon se sentó en la mesa que tenía ella al lado, y ésta, sin mirarle, le dijo:

—Si no quieres perderme, tenemos que casarnos.

—Pero, bueno, ¿qué pasa? —dijo Jon con un suspiro—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, pero me di cuenta en Robin Hill y en mi casa.

—Pero —balbució Jon— en Robin Hill todo fue bien, y no me han dicho nada.

—Pero quieren separarnos. La cara de tu madre lo decía claramente. Y la de mi padre, también.

— ¿Le has visto desde entonces?

Fleur asintió. ¿Qué importaba una mentira suplementaria?

—Es que no comprendo cómo pueden estar así, después de tantos años.

Fleur le miró.

— ¿Es que no me quieres lo suficiente?

— ¡Que si no te quiero lo suficiente!… ¡Qué cosas dices!

—Entonces, vamos a casarnos.

— ¿Sin decirles nada?

—Hasta después, no.

Jon quedó en silencio. Parecía mucho más viejo que aquel día, todavía no hacía dos meses, que se habían conocido.

—Mamá sufriría mucho.

Fleur retiró la mano que le tenía cogida.

—Tienes que escoger.

Jon se deslizó de la mesa y cayó de rodillas junto a ella.

—Pero ¿por qué no decírselo? ¡No pueden impedírnoslo!

—Sí que pueden, te lo digo yo.

— ¿Cómo?

—Dependemos totalmente de ellos. Pueden hacer presión con el dinero y de otras formas. Yo no tengo paciencia. Jon.

—Pero sería engañarlos.

Fleur se levantó.

—Cuando tanto dudas, es que no me quieres.

La cogió Jon por la cintura y la hizo sentarse.

—Lo he planeado todo. No tenemos más que marcharnos a Escocia. En cuanto nos hayamos casado, se darán por vencidos. La gente se rinde siempre

ante los hechos. ¿No lo comprendes?

— ¡Pero hacerlos sufrir de esa manera!…

Por lo visto, prefería hacerla sufrir a ella.

—Muy bien. Entonces, me voy.

Jon se levantó y apoyó la espalda en la puerta.

—Creo que tienes razón, pero déjame pensarlo.

Fleur vio que hervía en deseos de decir muchas cosas, pero no quiso ayudarle. En aquel momento se odiaba a sí misma y casi le odiaba a él. ¿Por qué tenía que hacerlo ella todo para asegurar su amor? No era leal… Y entonces le vio los ojos, adoradores y conmovidos.

—No me mires así… Yo lo único que quiero es no perderte.

—No me perderás mientras me quieras.

— ¡Puedo perderte aun queriéndote!…

Le puso Jon las manos en los hombros.

—Fleur, ¿sabes algo más que no me hayas dicho?

Era la pregunta, y a quema ropa, que ella temía. Le miró a los ojos y dijo:

— ¡No! —y murmuró—: Prométeme que te casarás conmigo…

Jon no respondió. Su cara tenía la frialdad de la preocupación extrema. Al fin, dijo:

—Es como darles una bofetada. Tengo que pensarlo, Fleur. Tengo que pensarlo.

Fleur se echó a llorar. Empujó a Jon y salió. Aquella entrevista no había servido para decidir nada. Por la escalera se limpió los ojos y se empolvó las mejillas arrebatadas. Había excitado a Jon peligrosa e inútilmente, sin conseguir de él ninguna promesa. Pero cuanto más difícil le parecía, más se le agudizaba la voluntad de vencer.

En la calle Green no había nadie. Winifred e Imogen habían ido a ver una comedia que unos consideraban alegórica y otros «muy interesante, no sabes tú…». En vista de aquellas opiniones, Winifred e Imogen habían decidido verla. Fleur se encaminó a Paddington. Por la ventanilla del vagón le entraba aire que olía a flores. Y la flor que más le gustaba era aquella roja, rodeada de espinas…

IX

En la hoguera

Al llegar a su casa, Fleur encontró una tensión extraña, que afectó incluso a la que en su espíritu existía motivada por sus problemas. Su madre estaba inaccesiblemente atrincherada en un humor tétrico; su padre meditaba sobre el destino humano en la vida. Ninguno de los dos manifestaba gana ni de silbar a un perro. «¿Será por mí? —pensó Fleur—. ¿O será por monsieur Profond?». Preguntó a su madre:

— ¿Qué le pasa a papá? —y su madre se encogió de hombros.

Preguntó a su padre:

— ¿Qué le pasa a mamá?

— ¿Qué le va a pasar? —y la contempló con mirada aguda.

—A propósito —murmuró Fleur—. Monsieur Profond se va a un pequeño viaje por los mares del Sur.

Soames examinaba un majuelo sin uva.

—Esta viña es un fracaso —dijo—. Ha estado aquí el joven Mont a hablarme de ti.

— ¿Sí? —preguntó ella—. ¿Y a ti qué te parece Mont, papá?

—Es… un producto de la época. Hoy todos los chicos son producto de la época.

— ¿Y cómo erais los chicos en tu tiempo?

Sonrió Soames, adusto.

—Nosotros trabajábamos, y no perdíamos el tiempo en tonterías, en danzar en motocicleta y en hacer el amor por ahí.

— ¿Tú has hecho el amor alguna vez?

Evitó ella mirarle al decirle eso, pero le vio bien… Su cara se enrojeció; sus cejas, todavía negras en lo gris, se juntaron.

—Yo no tenía tiempo ni gana de hacer el tonto.

—A lo mejor has tenido una gran pasión.

La miró intensamente, diciendo:

—Sí…, y de mucho que me sirvió… —y echó a andar entre los conductos de agua.

Fleur le siguió, deslizándose de puntillas.

—Anda, padre, cuéntame eso…

— ¿Qué te interesan esas cosas a tu edad?

— ¿Vive ella todavía?

Asintió él.

— ¿Se casó?

—Sí.

—Es la madre de Jon Forsyte, ¿verdad? Y primero estuvo casada contigo…

Lo dijo llevada de una intención repentina. Quizá su oposición procediera del deseo de que ella no se enterara nunca de aquello. Pero quedó sorprendida: ¡Ver a una persona tan vieja mudar de color y oírle emitir un sonido de angustia!…

— ¿Quién te ha dicho eso? ¡Como haya sido tu tía!… ¡No quiero oír hablar de semejante cosa!

—Pero, papaíto…, ¡si hace ya tanto tiempo!

—Haga tiempo o no haga, yo…

Fleur le apretó cariñosamente un brazo.

—He tratado de olvidar —dijo de pronto—. No quiero que me lo recuerdes —y entonces, como desahogándose de una irritación largamente mantenida en secreto, añadió—: En estos tiempos nadie entiende eso… ¡Una gran pasión, sí! ¡Nadie sabe lo que eso supone!…

—Yo sí lo sé —dijo Fleur en un suspiro.

Soames, que se había puesto de espaldas a ella, se volvió a mirarla.

— ¿Pero qué es lo que dices…, una cría como tú?

—Tal vez lo he heredado, papá.

— ¿El qué?

—La pasión por su hijo.

Se quedó Soames pálido como el mármol, y Fleur comprendió que ella también lo estaba. Se miraron frente a frente en el calor humeante, que olía a musgo y a tierra mojada, a geranio y a viña.

— ¡Qué locura! —dijo Soames al fin, humedeciendo los labios.

Casi sin mover los suyos, murmuró ella:

—No te enfades, papá. Es que no puedo evitarlo…

Pero veía que no estaba enfadado; sólo triste, profundamente herido.

—Yo creí que esa locura estaba olvidada —balbució.

—No… Es diez veces mayor que antes.

Soames dio una patada a una cañería. El gesto desesperado conmovió a Fleur, que no tenía ningún miedo a su padre.

— ¡Papaíto mío! —le dijo—. Lo que es inevitable, es inevitable, ya lo sabes.

— ¡Inevitable! —repitió Soames—. Tú no sabes lo que dices. ¿Le han contado al chico…?

La sangre acudió a las mejillas de Fleur.

—Todavía no.

Soames había vuelto a ponerse de espaldas otra vez, y con la cabeza baja se quedó mirando fijamente al suelo.

—Es horrible para mí… —dijo de pronto—. Nada podía disgustarme tanto como eso. El hijo de ese… Es horrible, horrible.

Fleur se dio cuenta, casi inconscientemente, de que no decía «hijo de esa mujer», y de nuevo su intuición trabajó.

¿Era que el fantasma de su gran pasión se alojaba todavía en algún rincón de su alma?

Deslizó una mano bajo un brazo de su padre.

—El padre de Jon es un pobre viejo. Yo le he visto.

— ¿Que le has visto?…

—Sí; fui allí con Jon. Vi a los dos.

—Bueno, ¿y qué te dijeron?

—Nada. Fueron muy amables.

—Sí que lo serían.

Después de contemplar un rato la cañería, anunció:

—Esta noche volveremos a hablar de eso. Ahora déjame reflexionar.

Ella se dio cuenta de que por el momento no tenía nada más que decir, y se marchó. Se metió en el huerto, entre los árboles frutales, llena de ímpetu de comerse la fruta. Hace dos meses estaba muy contenta. Incluso dos días antes se hallaba sin ningún peso en el corazón, antes que Profond le hubiera dicho

nada. Pero ahora se hallaba enredada en una tela de araña agobiante de pasiones, de derechos supuestos, de opresión y rebeldía, las agobiantes ligaduras del amor y del odio. En aquel momento de desesperanza parecía, incluso a naturaleza tan decidida como la suya, que no había medio de desatarse de tanta sujeción. Y cuando más ensimismada se hallaba, se encontró con su madre, que andaba rápidamente, con una carta abierta en la mano. Su pecho jadeaba, sus ojos estaban dilatados, sus mejillas cubiertas de arrebol. Al instante, Fleur pensó: «El yate… ¡Pobre madre!».

Annette la miró con sorpresa. Después dijo:

—J'ai la migraine.

— ¡Oh, cuánto lo siento, madre!

—Si… Tú y tu padre… lo sentís mucho.

—Yo lo siento, mamá. Yo sé bien lo que sufres…

Los ojos de Annette se abrieron más aún, y dijo: «¡Pobre inocente!».

¡Que su madre, que tanto se dominaba, que tenía tanto sentido, hablase así! Era todo horroroso… ¡Su padre, su madre, ella!… Y no hacía más de dos meses parecían poseer todo sobre la tierra…

Annette arrugó la carta, escondiéndola. Fleur comprendió que tenía que hacer que no la había visto.

— ¿Puedo hacer yo algo para aliviarte, mamá?

Annette movió la cabeza y siguió andando.

—Es cruel —pensó Fleur—. ¡Y yo que me alegraba! ¡Qué hombre! ¿Por qué serán así los hombres, acercándose a las mujeres cuando quieren y dejándolas cuando les parece bien? Se habrá cansado. ¿Y por qué tiene que cansarse?

Se sentó bajo un árbol y volvió a pensar en ella. Tenía que hacer que su padre la ayudara. ¿Por qué no, si ayudándola la hacía feliz? Bien sabía que a su padre lo que más le preocupaba era su futuro, que realmente era lo único que le preocupaba en la vida. Entonces no tenía sino que convencerle de que su futuro no sería feliz, a menos que se casara con Jon. Su padre creía que era una locura juvenil. ¡Qué absurdos eran los viejos, creyendo poder interpretar el sentir de los jóvenes! ¿No había reconocido él que, de joven, había tenido una gran pasión? ¡Debiera comprender la suya! «Amontona dinero para mí —pensó—. Pero ¿de qué me servirá si voy a ser desgraciada?». El dinero compraba muchas cosas, pero no la felicidad. La felicidad sólo la daba el amor. Las margaritas del huerto crecían libres y felices. «No debieran haberme puesto de nombre Fleur —pensó—, si no querían que fuese libre y feliz».

Nada insuperable, como pobreza o enfermedad, se oponía. Sólo sentimientos, fantasmas del ayer. Jon tenía razón: los viejos no permitían la vida de los jóvenes… Incurrían ellos en error, cometían incluso crímenes, y luego… tenían que pagarlos sus hijos. Se levantó, arrancó una ramita de madreselva y echó a andar.

La noche estaba calurosa. Tanto ella como su madre se pusieron vestidos finos y claros; las flores del comedor eran pálidas, y Fleur quedó sorprendida de la palidez de todo; la cara de su padre, los hombros de su madre, la pantalla de la luz, hasta el color de la sopa… No había una mancha de color en la habitación, ni siquiera la de vino en los vasos, pues ninguno bebía. Y lo que no era pálido era negro: el traje de su padre, la ropa del criado, las cortinas, que tenían dibujos crema pálido. Entró una polilla, y era pálida también. La cena se deslizó silenciosa.

Cuando después de terminarla iba tras de su madre, su padre llamó a Fleur.

Se sentó junto a él a la mesa, oliscando la madreselva que había cogido.

—He estado reflexionando.

—Gracias, papá.

—Es muy doloroso para mí hablar, pero no hay más remedio. Yo no sé si te das cuenta de lo mucho que representas para mí. Nunca te lo he dicho…; me parecía innecesario; pero tú, para mí… lo eres todo. Tu madre… —y se detuvo mirando su lavadero de cristal veneciano.

— ¿Qué?

—No tienes más que fijarte. Yo nunca…, nunca he querido a nadie más que a ti desde que naciste.

—Ya lo sé —murmuró Fleur.

Soames se humedeció los labios.

—Tú quizá creas que esto es un asunto que yo puedo arreglar. Pero te equivocas. Nada puedo hacer.

Fleur no dijo nada.

—Aparte de mis sentimientos —prosiguió Soames—, esos dos no quieren, puedo asegurártelo. Me odian. Me odian como los humanos odian siempre a quienes ofenden.

—Pero él… Jon…

—Él es carne y sangre de ellos, su único hijo. Sin duda es para su madre lo que tú eres para mí. No se puede hacer nada.

—No —gimió Fleur—. ¡No, papá!…

Soames se reclinó en su asiento, pálida imagen de la paciencia, dispuesto sin duda a no demostrar ninguna emoción.

—Mira —dijo—: tú quieres oponer los sentimientos de dos meses a los sentimientos de treinta y cinco años. ¿Crees que puedes sacar algo? Dos meses, tu primer amor, un total de media docena de entrevistas, de unos cuantos paseos, de algún beso… Eso nada más, contra… contra algo que no puedes imaginarte, que no se puede imaginar más que quien lo ha pasado. Tienes que ser razonable y pensar bien; tienes que comprender que ése es un sueño infantil.

Fleur rompió la ramita de madreselva en pedazos diminutos, muy despacio…

—Lo que es un sueño, una pesadilla, una verdadera locura, es permitir que el pasado lo estropee todo. ¿Qué nos importa a nosotros el pasado? Se trata de nuestras vidas, no de las vuestras.

Soames se llevó la mano a la frente, que su hija vio perlada de sudor.

— ¡Qué niña eres tú! ¡Qué niño es él! El presente está ligado con el pasado, y el futuro con ambos, y no hay que darle vueltas. Aunque no nos guste, es así.

Nunca había oído Fleur a su padre semejantes filosofías. Impresionaba, y con los codos en la mesa y la cara entre las manos, dijo:

—Pero, papá, considéralo prácticamente. Nosotros nos queremos. Hay dinero, no se opone nada más que un sentimiento. Vamos a enterrar el pasado, padre.

Soames respondió con un suspiro.

—Además —dijo Fleur suavemente—, vosotros no podéis impedirnos nada.

—No creo que si fuera yo el único que tuviera que decidir, tratara de impedirte realizar tus deseos. Ya comprendo que para conservar tu cariño tendría que resignarme. Pero no soy yo quien tiene que decidir aquí. Eso es lo que quiero que comprendas, antes que sea demasiado tarde. Si te haces a esta idea, el golpe que vas a recibir será menos duro.

— ¡Ayúdame tú, papá! —gimió Fleur—. ¡Tú puedes ayudarme!

Soames hizo un viejo movimiento de negación.

— ¿Yo? —preguntó con amargura—. ¿Ayudarte yo? Yo lo que soy es un impedimento, el único impedimento, que es además impediente (¿no se dice

así?), pues tienes mi sangre en tus venas.

Y se levantó.

—Pero, bueno, tú misma te metes en la hoguera y no podrás echar a nadie la culpa de quemarte. ¡Anda…, no seas boba, hija mía!

Fleur reposó la frente en el hombro de su padre.

Sentía una gran agitación. Pero de nada le serviría mostrarla, y se dominó. Se separó de su padre y salió a la media luz del jardín, destrozada, sufriendo, pero sin convencerse. Todo le parecía vago, indeterminado y sin relación con ella, como las sombras de los árboles en el jardín. Lo único concreto era su voluntad. Se encaminó hacia el río y se quedó mirando el reflejo de la luna en el agua. El rocío le humedecía los zapatos y le hacía sentir frío en los hombros desnudos. De pronto percibió olor a tabaco, y una figura blanca se presentó ante ella como creada por la luna. Era el joven Mont, con su traje de franela, de pie en su bote. Oyó el crepitar suave de su cigarrillo al apagarse en el agua.

—Fleur —le dijo—. No hagas sufrir a este pobre diablo… He estado esperándote varias horas…

— ¿Para qué?

—Sube a mi bote.

—De ninguna manera.

— ¿Por qué no?

—No soy una ninfa acuática.

— ¿Pero es que en ti no hay una pizca de romance, de sentimentalismo? ¡No seas tan moderna, Fleur!…

—Márchate.

— ¡Fleur, yo te quiero!… ¡Fleur!

Soltó Fleur una carcajada.

—Vuelve cuando no pueda conseguir mi deseo.

— ¿Qué deseo?

—Pregúntale a otro.

—Fleur —dijo Mont con voz extraña—, no te burles de mí. Hasta un perro cuando le hacen la vivisección, recibe buen trato.

Fleur asintió con la cabeza. Le temblaban los labios.

—No quiero entrar en el bote, pero dame un cigarrillo.

Se lo dio Mont, y encendió otro él.

—No quiero lanzarme a cursilerías; pero imagínate todas esas cosas que decían los enamorados antes, y figúrate que entre ellas van todas las que yo te diría a ti.

—Muy bien, me imagino todo lo que quieras; pero adiós.

El humo de los cigarrillos se entrelazó en el aire. Fleur dio media vuelta y se encaminó a su casa. Miró un momento hacia atrás y vio que Mont se tiraba del cabello y agitaba los brazos como un desesperado. Le oyó decir: «¡Muy bonito, muy bonito!». Fleur se entristeció más. No podía ayudarle en nada; bastante tenía ella sobre sí. En la terraza se detuvo. Vio que su madre estaba en el salón, ella sola, escribiendo. Y en su cara no había nada notable, como no fuera completa inmovilidad, expresión de sufrimiento. Fleur subió la escalera. Se paró a la puerta de su cuarto. Desde allí oía a su padre pasear ante sus cuadros.

—Sí —pensó—. Muy bonito —y murmuró—: ¡Oh, Jon!

X

Decisión

Cuando Fleur marchó, Jon quedó unos instantes en casa de June. La austríaca le ofreció té, y él no lo quiso. Pero ante la insistencia de la mujer tuvo que aceptarlo.

— ¿Azúcar? La señorita Forsyte toma mucho azúcar. Es muy buena. Yo soy feliz sirviendo a la señorita Forsyte. ¿Usted es su hermano?

—Sí —dijo Jon, empezando a fumar el segundo cigarrillo de su vida.

—Un hermano muy joven —dijo la austríaca con una sonrisa que a Jon le recordaba el movimiento de la cola de un perro.

— ¿Le sirvo azúcar a usted? Y siéntese, por favor.

La austríaca se sentó.

—Su padre es un anciano muy amable. El anciano más amable que he visto. La señora Forsyte me habla mucho de él. ¿Está mejor?

Aquellas palabras sonaron a Jon como un reproche.

—Sí, gracias. Está muy bien.

—Me gustaría volver a verle —dijo la austríaca, poniéndose la mano en el

corazón—. Es muy bueno, muy bueno…

—Sí, es muy bueno —y volvieron a sonarle las palabras a reproche.

—Nunca da ninguna molestia. ¡Y tiene una sonrisa tan gentil!

—Sí, ¿verdad?

—A veces mira a la señorita Forsyte de una manera tan divertida… Yo le he contado toda mi historia. Es muy comprensivo. Y su madre, ¿está bien?

—Muy bien, gracias.

—Él tenía su fotografía encima de la mesa. Muy hermosa dama.

Jon apuró el té de un trago. Aquella mujer, con su rostro y sus palabras, no hacía más que darle remordimientos de conciencia.

—Muchas gracias —le dijo—. Ahora tengo que irme. ¿Podría…, podría dejarle esto?

Puso un billete de diez chelines en la bandeja, con mano vacilante, y ganó la puerta. Oyó a la austríaca lanzar una ligera exclamación, y salió corriendo. Tenía el tiempo justo para tomar el tren, y durante todo el camino hacia la estación Victoria, miraba las caras de todas las mujeres, como hacen los enamorados, en la esperanza desesperada de volver a verla. Al llegar a Worthing, pasó el equipaje al tren local y emprendió la marcha por los Downs hacia Wansdon, tratando de llegar a una resolución dando una caminata. Pero llegó al pozo de cal de Wansdon sin haber decidido nada. Y llegó a casa de su hermana exactamente a la hora de cenar. Ya le habían subido sus cosas a su cuarto. Rápidamente se bañó y bajó al comedor. Holly estaba sola. Val había ido a Londres y volvería en el último tren.

Desde el consejo que le dio Val de preguntar a su hermana qué pasaba entre las dos familias, habían ocurrido muchas cosas: la información que le dio Fleur en el parque Green, su visita a Robin Hill, el encuentro en casa de June… Ya no parecía haber nada que preguntar. Habló a Holly de España, de su insolación, de los caballos de Val, de la salud de su padre… Holly le sorprendió diciéndole que le parecía que su padre estaba bastante mal. Había ido ella dos veces a Robin Hill, y le había encontrado muy abatido, a veces con dolores, pero siempre rehusó hablar de sí mismo.

—Es el hombre más generoso y menos egoísta que hay en el mundo, Jon.

Sintiéndose él precisamente todo lo contrario, Jon respondió:

—Sí que es verdad.

—Yo creo que es el padre perfecto. Por lo menos, yo no le he visto en mi vida un mal detalle.

—Sí —convino Jon.

—Jamás se ha opuesto en nada a sus hijos, siempre comprendía todo… ¡Es maravilloso nuestro padre! Nunca olvidaré cuando me dejó ir a África, en la guerra bóer, cuando Val y yo éramos novios.

—Eso fue antes que se casara con mi madre, ¿verdad? —preguntó Jon de repente.

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada. Pero antes estuvo comprometida mi madre con el padre de Fleur, ¿no?

Holly dejó la cuchara y miró a Jon con mirada cautelosa. ¿Qué sabría aquel chico? ¿Sabía lo suficiente para que fuera mejor contarle todo? No podía decidir, no era su secreto. Parecía cambiado, mucho mayor. Pero aquello podía ser de la insolación.

—Creo que hubo algo… Pero como yo estaba tan lejos, no sé exactamente. Y luego no iba a andar preguntando el pasado de mi madrastra, como comprenderás.

De esta forma eludió una respuesta concreta, pues ella no sabía a qué atenerse sobre sus posibles sentimientos con Fleur. Antes de marchar a España estaba segura de que estaba enamorado de ella. Pero ahora habían pasado siete semanas, y entre ellos estaba toda España dos veces. Además, los chicos no dejan de ser chicos y pueden olvidar muy fácilmente. Pero dándose cuenta de que Jon comprendía que quería eludir toda conversación a ese respecto, le preguntó:

— ¿Has sabido algo de Fleur?

—Sí.

Y en su cara vio reflejado todo, mejor que en la explicación más larga que le hubiera podido hacer: ¡seguía queriéndola!

Y le dijo con mucho reposo:

—Fleur es muy atractiva, Jon; pero… ni a Val ni a mí nos gusta mucho.

— ¿Por qué?

—Creemos que tiene un temperamento muy…, muy posesivo…

— ¿Posesivo? ¿Y eso qué quiere decir? Fleur es… es… —y puso a un lado su plato de postre, se levantó y se fue al balcón.

Se levantó también Holly, fue a su lado y le pasó el brazo por la cintura.

—No te enfades, Jon. Todos no podemos ver a las personas desde el

mismo punto de vista… Mira: yo creo que cada persona, lo más que puede encontrar es otra u otras dos capaces de apreciar lo que tiene de bueno. En tu caso, esa persona es tu madre. Me di cuenta una vez que la vi leyendo una carta tuya. Era grandioso ver su cara en aquel momento. Me parece que es la mujer más hermosa que he visto; los años no hacen mella en su persona en absoluto.

La cara de Jon se dulcificó. Después volvió a endurecerse. Todo el mundo…, todo el mundo estaba en contra de Fleur… Y aquello servía para decidirle a seguir sus palabras de ruego de que se casase con ella.

Allí, en el lugar en que pasó una semana con ella, su recuerdo se hacía más intenso, y echaba de menos su presencia para embellecer la habitación, el jardín, el mismo aire. ¿Sería capaz de vivir sin verla? Se retiró pronto a su habitación, y su pensamiento se aferró al recuerdo de Fleur vestida con aquel disfraz. Oyó a Val cuando llegó: el ruido del Ford, el descargar las compras que llevaba… Después volvió a reinar la tranquilidad de la noche, oyéndose tan sólo el balido de algún cordero y el canto áspero de algún pajarraco. La luna estaba fría, el aire caliente, los Downs eran de plata… Pero, Señor, qué vacío estaba todo sin ella… En la Biblia estaba escrito: «Dejarás a tu padre y a tu madre y te adherirás a… Fleur».

Sí; tendría valor, se lo diría a sus padres. No podrían impedirle casarse con ella, no querrían cuando supieran lo que sentía por ella… Sí, se lo diría todo abiertamente. Los temores de Fleur eran infundados…

Cesaron el canto de los pájaros y el balido del ganado; lo único que se oía en la oscuridad era el rumor del arroyo. Y Jon, en su cama, soñó, feliz, libre de lo que es el peor mal de la vida: la indecisión.

XI

Las profecías de Timoteo

El día que hubo de verificarse el encuentro de Fleur y Jon en el Museo Nacional comenzó el segundo aniversario de la resurrección del orgullo y la gloria de Inglaterra, esto es: el sombrero de copa. Durante la guerra se había suspendido el festival correspondiente al comienzo del campeonato de cricket entre los azul claro y los azul oscuro. Pero ya volvían a desplegarse, orgullosas, las banderas deportivas al viento, casi lo mismo que en el glorioso pasado. En el tiempo dedicado a almorzar podían verse numerosas clases de sombreros femeninos, pero sólo una clase de sombrero de hombre: la chistera. El Forsyte observador podría, desde luego, localizar algún que otro sombrero

blando en los asientos de poco precio, pero casi ninguno en los sitios de preferencia. La vieja Escuela —o Escuelas— tenía la satisfacción de que el proletariado no pagara todavía la media corona necesaria para acercarse al césped de juego. Todavía allí había un círculo cerrado, aunque amplio, ya que los periódicos dijeron que asistían diez mil personas. Y las diez mil personas, todas animadas de un mismo interés, se preguntaban unas a otras: «¿Dónde almuerza usted?». Y era algo confortador el escuchar repetidamente aquella pregunta y ver que tantísima gente la hacía. Pues ¡qué reservas no tendría el reino británico! ¡Cuántos pichones y langostas, cuánto cordero y cuánto salmón con mahonesa, cuánta fresa y cuánto champaña no haría falta para que almorzase tanta gente!… Y no eran milagros, no; no eran siete panes y unos peces que se multiplicaban… La fe en Britania se fundaba en algo más firme y seguro. Seis mil sombreros de copa, cuatro mil sombrillas se quitarían de las cabezas o se plegarían; diez mil bocas hablando el mismo inglés se llenarían. ¡Todavía seguía viviendo el perro! Persistía la tradición. ¡Y cuán fuerte y elástica! Ya podían venir guerras, y subir los impuestos, y desarrollarse las Trade Unions, y morir Europa de hambre, que, mientras tanto, los diez mil comerían y se pasearían dentro de su círculo cerrado por el verde césped, y llevarían sombreros de copa, y se encontrarían unos a otros. El corazón seguía sano y el pulso funcionaba con regularidad. ¡E-ton! ¡E-ton! ¡Har-r-o-o-o-w!

Entre los muchos Forsytes allí presentes por derecho propio o cedido, estaba Soames con su mujer y su hija. No había pertenecido a ninguno de los dos Colegios o Escuelas, no le interesaba el cricket, pero quería que Fleur luciera su vestido y quería llevar sombrero de copa, sacarlo con tranquilidad entre sus iguales y afines. Andaba reposadamente, llevando a Fleur entre él y Annette. No había mujeres que las igualasen, por lo que iba viendo. Ellas sabían andar y mantenerse dignas; en sus aspectos había algo de sustancioso y firme, de que carecían las demás. La mujer moderna no tenía tipo, no tenía busto, no tenía nada… Y recordó con embriaguez de orgullo que había ido allí con Irene los primeros años de su primer matrimonio, y cómo almorzaban en el carro que su madre hacía alquilar a su padre porque era tan chic… Entonces todo eran carros y coches, y había aquellas instalaciones de tablazón. Se acordó de Jorge Forsyte, cuyos hermanos Rogelio y Eustacio habían ido a Harrow y a Eton, subido en lo más alto del carro agitando una bandera azul claro en una mano y otra azul oscuro en la otra, y gritando, precisamente cuando todo el mundo estaba callado: «¡Etroow, Harrton… Etroow, Harrton!», haciendo el bufón como siempre. Viejos días aquellos, en que Irene vestía de seda gris con adornos verde pálido… Miró a Fleur y la encontró bastante descolorida, desanimada y tristona. Aquel enamoramiento que le había entrado estaba perjudicando a su salud. Llevó la mirada hasta el rostro de su mujer, más pintada que de costumbre y un tanto desdeñosa, aunque no había allí, a él le parecía, nada que pudiera desdeñar. Estaba tomando la defección de

Profond con rara tranquilidad. ¿O era su pequeño viaje un truco nada más? Si era así, él haría como que no se daba cuenta. Tras de dar un paseo, buscaron la mesa de Winifred en la tienda del Club Beduino. Este Club, la última novedad en casinos, había sido fundado para los aficionados a viajar y en honor de un caballero de viejo apellido escocés, a quien su padre le había impuesto el extraño nombre de Leví. Winifred se había asociado, no porque pensara en viajes ni hubiera viajado mucho, sino porque el instinto le decía que un Club así, con tal nombre y tal patrono, llegaría muy lejos, y que si no se inscribía en seguida, quizá más tarde no lo pudiera hacer. La tienda del Club, con un texto del Corán sobre fondo naranja y un camello verde bordado en el paño de entrada, era la más notable instalación de todo el campo. Fuera estaba Jack Cardigan, con corbata azul oscuro (había jugado una vez por Harrow), golpeando el polvo con el puño de un bastón para explicar cómo aquel jugador debiera haber tirado aquella pelota. Los introdujo en la tienda de campaña. Reunidos en el rincón de Winifred estaban Imogen, Benedicto, con su mujer; Val Dartie, sin Holly; Maud y su marido, y, tras de sentarse Soames y sus acompañantes, quedaba un sitio vacío.

—Estoy esperando a Próspero —dijo Winifred—; pero anda muy ocupado con su yate.

Soames miró a hurtadillas a Annette y no le vio hacer el menor gesto. No le cupo duda de que ella sabía exactamente si el belga iba a ir o no. Y no se le escapó que Fleur también miraba a su madre. Si Annette no le respetaba a él, por lo menos debiera tener en cuenta a Fleur… La conversación, muy inconexa, estaba salpicada por los mid-offs de Jack Cardigan: citaba a todos los grandes mid-offs que en el mundo habían sido, como si hubieran constituido una entidad racial formativa de la composición del pueblo británico. Soames había terminado su langosta y estaba empezando con su plato de ave, cuando oyó decir:

—Vengo con un pequeño retraso, señora Dartie —y vio que se ocupaba el sitio vacío.

El belga se sentó entre Annette e Imogen. Soames comió de prisa, interrumpiéndose muy pocas veces para decir algo a Maud o a Winifred. Todos hablaban a su alrededor. Oyó la voz de Profond:

—Creo que usted se equivoca, señora Forsyte. Apostaría a que la señorita Forsyte está de acuerdo conmigo.

— ¿En qué? —preguntó la voz clara de Fleur desde el otro lado de la mesa.

—Estaba diciendo que las muchachas son lo mismo que eran antes, que hay sólo una muy pequeña diferencia.

— ¿Las conoce usted mucho?

Esta aguda pregunta captó la atención de todos, y Soames se movió nervioso en su sillita verde.

—Pues no sé… Pero creo que quieren hacer siempre su pequeña voluntad, lo mismo que siempre.

—Es posible.

—Pero, Próspero —intervino Winifred—, las chicas de la calle, las que han estado en las fábricas de municiones, las que trabajan en los comercios… Sus maneras ahora son verdaderamente chocantes.

—Esas pequeñas maneras que a usted le chocan las llevaban antes dentro y ahora las manifiestan, eso es todo —dijo Profond.

— ¡Pero tienen una moral!… —comentó Imogen.

—La misma que antes, señora Cardigan. Lo que pasa es que ahora tienen más oportunidades.

Aquella expresión, críticamente cínica, produjo risa a Imogen, un asombrado abrir de boca a Jack Cardigan y otro chirrido de la silla de Soames.

Dijo Winifred:

—Es usted muy malo, Profond.

—Señora…, la naturaleza humana es siempre la misma.

Soames contuvo un repentino deseo de pegar a aquel sujeto. Y oyó que su mujer replicaba:

—La naturaleza humana no es la misma en Inglaterra que en los demás sitios.

—Yo, la verdad…, no conozco mucho este pequeño país —a lo que Soames pensó: «No, gracias a Dios». Y prosiguió Profond—: Pero me atrevería a decir que en todas partes cuecen habas. A todos nos trae el placer, ahora y siempre.

Cuando terminó el almuerzo, todos se dispersaron en parejas para dar un paseo digestivo. Demasiado orgulloso para notarlo, Soames se hizo el desentendido ante su mujer y el belga, que marcharon juntos. Fleur se quedó con Val; sin duda le eligió de caballero porque conocía a aquel muchacho. Él fue con Winifred. Anduvieron un rato y luego se sentaron para que descansara Winifred, quien dijo con un suspiro:

—Me gustaría que pudiéramos volver cuarenta años atrás, Soames.

Por su memoria pasó toda la procesión de sus vestidos nuevos estrenados a

los comienzos de los campeonatos de cricket, pagados siempre por su padre…

—Lo pasábamos bien, ésa es la verdad. Hasta me gustaría que volviera a vivir Monty. ¿Qué te parece la gente de hoy día, Soames?

—Un encanto… Todo empezó a destrozarse con las bicicletas y el automóvil, y la guerra le ha dado el golpe final.

—Yo no sé lo que tendremos que ver todavía. Es posible que volvamos a la crinolina y al moño. Mira ese vestido…

—Sí. Hay dinero, pero falta fe en las cosas. No nos preparamos para el futuro. Estos jóvenes… Se pasan la vida de diversión y sin hacer nada.

—Y cuando se piensa en la gente que murió en la guerra y en todas las calamidades, hay que reconocer que esto demuestra una gran vitalidad. No hay país como el nuestro. Profond dice que todos los demás están arruinados, salvo América, claro. Y allí toman las modas y los modos de nosotros.

—Oye: el individuo ese, ¿se marcha, por fin, a los mares del Sur, o qué hace?

— ¡Oh! ¡No se sabe nunca lo que hará!

—Es otro producto de la época.

Winifred le había cogido del brazo con fuerza.

—No vuelvas la cabeza —le dijo en voz baja—, pero mira a tu derecha, hacia allí…

Soames miró hacia donde le decían, lo mejor que pudo, sin volver la cabeza.

Un hombre con chistera gris, con barba también gris, mejillas arrugadas y cierta elegancia en la postura estaba sentado junto a una mujer con un vestido color tierra, que miraba fijamente a Soames. La voz de Winifred dijo:

—Jolyon parece muy enfermo; pero siempre tan distinguido… Y ella no ha cambiado nada… Sólo el pelo.

— ¿Por qué hablaste a Fleur de aquello?

—Yo no le dije nada. Fue ella quien lo adivinó. Tenía que suceder así.

—Es una complicación tremenda. Le ha dado por enamorarse del chico de ellos.

— ¡Pobrecilla! —murmuró Winifred—. ¿Y qué vas tú a hacer?

—Pues dejarme guiar por los acontecimientos.

Se levantaron y echaron a andar entre la gente.

—La verdad —dijo Winifred— es que parece cosa del destino. Claro que eso del destino está ya pasado de moda… Mira: ahí vienen Jorge y Eustacio.

Jorge Forsyte había detenido su gran masa humana ante ellos.

— ¡Hola, Soames! —dijo—. Acabo de ver a Profond con tu mujer. Si corres un poco, los pescas. ¿Fuiste a ver al viejo Timoteo?

Soames asintió, y la gente los alejó y los hizo perderse de vista.

—Yo siempre he querido mucho a Jorge. Es tan divertido…

—Pues yo, nunca. ¿Dónde está tu sitio? Te dejaré en él, y yo me voy al mío. Puede que Fleur ya esté allí.

Dejó a su hermana en su asiento y se fue al suyo. No estaba Fleur. Tampoco Annette. Se sintió muy solo y pensó: «¡Pues yo no las espero! Ya volverán al hotel cuando les parezca». Salió, tomó un coche, y dijo:

—Lléveme a la carretera de Bayswater.

Las tías nunca le habían podido reprochar que no fuera a verlas. Ahora no estaban ya, pero estaba el pobre tío…

Smither estaba a la puerta de la calle.

— ¡Señorito Soames! Estaba aquí tomando un poco el aire… La cocinera se va a alegrar tanto de que haya usted venido…

— ¿Cómo está el señor?

—Pues no es el mismo en estos últimos días, señorito. Ha estado hablando mucho. Esta misma mañana decía: «Mi hermano James está ya muy viejo». Ya desvaría, señorito, y habla mucho de sus hermanos. Le preocupa la forma en que invierten su dinero. El otro día decía también: «Mi hermano Jolyon no quiere saber nada del papel del Estado», y parecía que le preocupaba mucho eso. Pero pase usted, señorito Soames, pase usted…

—Bueno, pasaré un instante.

—No —dijo Smither en el hall, lleno del aire fresco del exterior—; no estamos muy tranquilas con él en esta semana. Siempre comía con mucho orden. Ahora, no… El doctor dice que no tiene importancia; pero nosotras sabemos que eso indica que pierde la idea de lo que hace. Eso, y el que hable tanto, nos preocupa.

— ¿Ha dicho algo de importancia?

—No me gusta tenérselo que decir, señorito; pero ahora no le gusta su testamento. Se ha vuelto muy quisquilloso. Después de haberlo estado mirando todas las mañanas durante muchos años, resulta divertido. Dijo el

otro día: «Esos quieren mi dinero». Yo le dije que no, que nadie quiere su dinero, que su familia le tenía mucho cariño y que era muy desinteresada; por ejemplo, mi señorita Ana; le dije que la señorita Ana tenía un gran carácter. ¿Y sabe lo que me contestó? Pues que lo que quería su familia era su dinero y ningún carácter… ¡Pobre señor! Pero a veces dice cosas razonables.

Soames subió lentamente la escalera, pensando que no le gustaría vivir a él tantos años. En el segundo piso se paró y llamó a la puerta. Abrieron y vio la cara redonda de la cocinera, que hacía compañía a Timoteo.

— ¡Señorito Soames!

—Hola, hola… —y entró.

Timoteo estaba sentado en la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho y mirando al techo, donde estaba parada una mosca. Soames le miró con detenimiento.

—Tío Timoteo —dijo; y después, levantando la voz—: ¡Tío Timoteo!

Los ojos del viejo dejaron de contemplar la mosca y se posaron sobre su visitante. Soames vio cómo sacaba la lengua y la pasaba por los labios negruzcos.

—Tío Timoteo —volvió a decir—. ¿Necesitas que te haga algo? ¿Quieres decirme alguna cosa?

— ¡Ja! —dijo Timoteo.

— ¿Quieres que te traiga algo?

—No.

—Yo soy Soames, tu sobrino… Soames Forsyte, el hijo de tu hermano James.

Timoteo asintió con la cabeza.

—Tendría mucho gusto en servirte en cualquier cosa.

Timoteo le hizo señal de que se acercara.

—Diles a todos —dijo Timoteo con la misma voz de siempre—, diles a todos, de mí parte, que no se desanimen. Las obligaciones con garantía van a subir…, van a subir —y afirmó tres veces con la cabeza.

—Muy bien —dijo Soames—. Yo se lo diré.

—Sí —dijo Timoteo—. Esa mosca… —y volvió a mirar al techo.

Profundamente conmovido, Soames miró a la cocinera.

—Su visita le sentará muy bien, señorito Soames.

Un murmullo salió de los labios de Timoteo; pero indudablemente monologaba, y Soames salió con la cocinera.

—Me gustaría darle a usted un platito de crema, señorito, como en otros tiempos. A usted le gustaba tanto… Adiós, señorito, me vuelvo junto al señor. He tenido mucho gusto…

—Cuídele bien, amiga… ¡Es tan viejo!

Y estrechándole la arrugada mano, descendió la escalera. Smither estaba otra vez tomando el fresco a la puerta.

— ¿Cómo le ha encontrado usted, señorito?

— ¡Hum! —murmuró Soames—. Ha perdido la cabeza.

—Sí —dijo Smither—. Ya me temía que usted, viniendo de fuera, le pareciera eso.

—Smither —dijo Soames—, todos nosotros tenemos contraída una gran deuda con usted.

— ¡Oh, no, señor; no diga eso! Si el señor es un hombre maravilloso… ¡Da gusto tratar con él!

—Adiós, Smither —y entró Soames en su «taxi».

Llegó a su hotel en Knightsbridge, pasó a su salita y pidió el té. Ni su mujer ni su hija habían llegado. Y volvió a atacarle el sentimiento de soledad, y volvió a pensar en Timoteo. ¡Cuántas cosas podría contar si hubiera conservado la memoria! Allí estaba vivo, sin embargo, terne que terne… Sí; había cosas permanentes: Londres y el Támesis, el Imperio… «Que no se desanimen»… «Las obligaciones con garantía van a subir». Sin duda, todo se arreglaría bien. El mundo estaba en su segunda infancia, como Timoteo, aunque comiera desordenadamente.

Oyó ruido y se volvió a mirar. Eran Winifred y Fleur, de regreso.

— ¿Ya estáis aquí…? —les dijo.

Fleur no contestó. Se quedó mirando un instante a sus padres, y se metió en su dormitorio. Annette se sirvió una taza de té.

—Me voy a ir a París con mi madre, Soames.

— ¿Si? ¿Te vas con tu madre?

—Sí.

— ¿Por mucho tiempo?

—No sé.

— ¿Cuándo te vas?

—El lunes.

¿Se iría en realidad con su madre? ¡Qué raro!… No le producía la menor impresión. Y ella se daba cuenta de que no le importaba. Y de repente, entre Annette y él, vio un rostro de mujer: el de Irene.

— ¿Qué dinero quieres?

—Pues no me hace falta; tengo bastante.

—Muy bien. No dejes de avisarnos cuando vayas a volver.

Annette dejó en el plato un bizcocho que tenía en la mano, y, mirando a Soames a través de sus pestañas ennegrecidas, le dijo:

— ¿Quieres que le diga algo a maman?

—Muchos recuerdos.

Annette se estiró en su asiento, poniéndose las manos en la cintura. Dijo en francés:

— ¡Qué suerte que nunca me hayas querido, Soames! —y levantándose, salió de la habitación.

Soames se alegró de que hubiera dicho aquello en francés. Así no tenía que darse por aludido. Y volvió a ver la otra cara, pálida, de ojos negros, hermosa todavía, como la había visto en el cricket. ¡Y estar Fleur enamorada de su hijo! … ¡Qué casualidad tan extraña! Pero ¿existía la casualidad en la vida? Un hombre iba por la calle, y un ladrillo le caía en la cabeza. Sí; la casualidad existía. Pero en el caso de Fleur… «Herencia», había dicho ella. Y tampoco se desanimaba.

****

TERCERA PARTE

I

El olor del cigarro

Por dos razones había dicho Jolyon a su esposa que debieran ir al cricket: Necesitaba algo que apaciguara las angustias en que habían vivido los dos desde que, hacía sesenta horas, Jon había llevado a Fleur a Robin Hill, necesitaba también abstraerse del pensamiento de que muy pronto dejaría de

pensar definitivamente.

Hacía cincuenta y ocho años que Jolyon perteneció a Eton, pues la idea del viejo Jolyon fue que su hijo debería seguir el camino más claro posible hacia la plenitud social. Año tras año había ido al campeonato de cricket desde Stanhope Gate, con aquel padre que había visto transcurrir su adolescencia sin los pulimentos de aquel juego ni de otro alguno. El viejo Jolyon hablaba sin recato de aquel juego, como si entendiera mucho, y su hijo temblaba de que pudieran oírle: tal es el cándido snobismo de los pocos años. Sólo en aquel importantísimo asunto del cricket había osado temer error en su padre, que —con patillas a la crimeana— era entonces su beau ideal. Pero aunque no se había educado con tantos refinamientos, el buen sentido del viejo Jolyon le había salvado de parecer vulgar. ¡Qué delicioso era ir después a cenar al Club de su padre, y después a la Opera o a ver una comedia! Todavía era la vida fácil, mucha la elegancia, la democracia no había nacido y los libros de Whyte Melville se ponían rápidamente de moda. Una generación después, con su hijo Jolly, quien llevaba en el ojal las florecillas simbólicas de Harrow, pues por deseo de su padre, su hijo se había lanzado a la plenitud social por un camino algo más barato, Jolyon había vuelto a sentir las emociones del juego en aquel mismo sitio.

Y así había desempolvado su vieja chistera gris, le había pedido a Irene una cintita azul claro y, con la tranquilidad y reposo propios de la ocasión durante el viaje en coche, tren y «taxi», había llegado con su mujer al campo de deporte. Allí se interesó por el juego, y las emociones pasadas revivieron en él.

Cuando vieron a Soames, todo se estropeó. La cara de Irene mostró sufrimiento. Mejor sería no seguir allí, con Soames y tal vez su hija, presentándose una y otra vez como los decimales de una fracción periódica. Y dijo a su mujer:

—Pues mira: si te parece, podemos irnos.

Aquella tarde, Jolyon se sintió agotado. No queriendo que Irene le viera fatigado, en cuanto empezó a tocar el piano se escurrió bonitamente y se fue a su despacho, se sentó en el viejo sillón de su padre y cerró los ojos. Su vida con Irene le parecía lo mismo que aquella sonata de César Frank: «Un tercer movimiento divino». Pero ahora se presentaba aquel asunto, aquel mal asunto de Jon. Cayó en un estado mezcla de vigilia y sueño, y no supo si soñaba o percibía de verdad un conocido olor a tabaco, y le pareció ver a su padre en la oscuridad de sus ojos cerrados. La visión se formó, desapareció y volvió a formarse otra vez; y en el mismo sillón que él ocupaba, vio a su padre, vestido de negro, con las piernas cruzadas, los lentes entre el índice y el pulgar; vio sus grandes bigotes blancos, sus ojos mirándole fijamente, pareciéndole decir:

«¿No vas a enfrentarte con el problema? Eres tú quien tienes que decidir, pues ella es sólo una débil mujer…». ¡Y qué bien reconoció a su padre por esta frase, en la cual encerraba todo el espíritu victoriano! Y oyó su propia respuesta: «Lo he rehuido…, he tenido miedo de hacerla sufrir, de hacer sufrir a Jon, de sufrir yo. No, no he afrontado el problema». Pero aquellos ojos, mucho más viejos y mucho más jóvenes que los suyos, le decían: «Es tu mujer, tu hijo… Es también tu pasado. Hay que ser fuerte, hijo mío…». ¿Era un mensaje del espíritu de su padre, o el espíritu de su padre que revivía en él? Y volvió a sentir el olor del cigarro… Bien: se enfrentaría con el problema; escribiría a Jon y le pondría las cosas bien por lo claro ante los ojos. Y sintió que se ahogaba, que respiraba con dificultad. Salió al aire libre. Las estrellas brillaban. Dio la vuelta a la casa, hasta que llegó a la ventana de la sala de música, y vio a Irene sentada al piano, dándole la luz de la lámpara en el cabello gris. Parecía recogida en sí misma, con los ojos clavados ante ella y las manos sobre las teclas, sin tocar. Jolyon vio cómo aquellas manos se levantaban y se apretaban contra su corazón. «Es Jon que está con ella —pensó—. Siempre y sólo Jon. Yo para ella voy muriendo. Es natural…».

Y cuidando de no ser visto, se alejó.

Al día siguiente, tras una mala noche, se puso a la tarea. Con mucha dificultad y muchas tachaduras, escribió:

Queridísimo hijo mío:

Tienes ya años para comprender lo difícil que resulta a los viejos delatarse ante sus propios hijos. Especialmente cuando —como tu madre y yo, aunque yo la considere siempre joven— sus corazones están totalmente entregados al hijo ante quien han de hacer su confesión. No puedo decir que tengamos conciencia de haber pecado exactamente —yo creo que la gente peca en realidad muy pocas veces—, pero la mayoría de las personas dirían que sí que hemos pecado, y de todas formas nuestra conducta, buena o mala, nos ha traído a situaciones de gran sufrimiento.

La verdad es, queridísimo hijo, que los dos tenemos pasado, y ahora mi tarea es hacértelo conocer, pues afectará mucho a tu futuro. Muchos, muchos años hace, exactamente en 1833, cuando tenía veinte años, tu madre tuvo la grande y perdurable desgracia de hacer un matrimonio lamentable —no; conmigo no, Jon—. Sin tener dinero, con una madrastra pariente próxima de Jezabel, era muy desgraciada en su casa. Se casó con el padre de Fleur, con mi primo Soames Forsyte. Él la había perseguido insistentemente, y, para hacerle justicia, hay que decir que estaba profundamente enamorado de ella. Ya a la primera semana, tu madre se dio cuenta de la equivocación en que había incurrido. No era culpa de él; fue error de ella… y su desgracia.

Hasta aquí. Jolyon había conservado en su escrito un aire de ironía; pero

ahora, el tema de la carta se lo hacía perder por completo.

Jon: Quiero explicarte, si puedo —y es muy difícil—, cómo un matrimonio desdichado puede realizarse tan fácilmente. Claro que tú dirás: «Y si ella no le quería, ¿cómo se casó con él?». Y tendrías razón al hacerte esta pregunta, si no fuera por una o dos consideraciones muy terribles. De este error inicial de tu madre proceden las molestias, dolores y la tragedia subsiguiente; por eso quiero explicártelo todo con la mayor claridad. Mira, Jon: en aquellos tiempos, e incluso en los presentes, las jóvenes, en su mayoría, se casaban ignorando completamente el problema sexual en la vida. Y aunque lo conozcan, no tienen ninguna experiencia. Y ahí está la cuestión: es la verdadera falta de experiencia, a pesar de todo el conocimiento verbal del problema que puedan tener, lo que produce todos los errores y todos los dolores. En un gran número de matrimonios —y el de tu madre fue uno de ellos—, las jóvenes no están ni pueden estar seguras de si aman al hombre con quien se casan o no. No lo saben hasta la consumación del matrimonio. En muchos casos, tal vez en la mayoría, ese acto afirma y refuerza la adhesión de los esposos; pero en otros casos —y el de tu madre fue uno— es la revelación del error, la destrucción de la adhesión que pudiera previamente existir. Nada más trágico en la vida de una mujer que una revelación tal, que además crece, aumenta en su significado cada día. Los seres brutales e incapaces de pensar que existen, se ríen ante una revelación así, y dicen: «¡No hay que conceder tanta importancia a una tontería!». Los seres mezquinos de conciencia, muy poseídos de su rectitud, sólo capaces de juzgar las vidas y los sentimientos de los demás por los suyos propios, gustan de condenar a quienes incurrieron en tan trágico error, gustan de condenarlos de por vida a las cadenas que ellas mismos se han forjado. Ya conoces el refrán: «A lo hecho, pecho». Es una expresión dura, indigna de un caballero o señora, en el mejor sentido de estas palabras. Y no puedo hallar una forma más dura de condenar la frase. Yo no he sido lo que se llama un hombre moral; pero contigo, hijo mío, no quiero emplear palabras que te lleven a pensar a la ligera sobre los lazos o contratos con que te vas a ligar. ¡No lo permita el Cielo! Pero la experiencia de toda mi vida me permite decirte que quienes condenan a las víctimas de esos trágicos errores son inhumanos, o, mejor dicho, serían inhumanos si se dieran cuenta de comprender lo que hacen al condenar. He tenido que decirte todo esto porque voy a ponerte en la situación de juzgar a tu madre, y tú eres muy joven y no tienes experiencia de lo que es la vida. Pero voy a seguir con esta historia. Después de tres años de esfuerzos para vencer su repugnancia —iba a decir su odio, pero la repugnancia se convierte pronto en odio, y no creas que ésta es una palabra demasiado fuerte—, tres años que para una naturaleza sensible como la de tu madre serían de verdadero tormento, Jon, conoció a un joven que se enamoró de ella. Era el arquitecto de esta misma casa en que vivimos, pues la estaba construyendo para que ella y el padre de Fleur viviesen, una

nueva prisión para tu madre, en vez de la que tenía en Londres. Quizá esto tuvo alguna influencia en lo que sucedió después; pero el hecho es que tu madre también se enamoró de él. No creo que necesite explicarte que el enamorarse es cosa que no depende de la voluntad de uno. Viene el amor. Pues ha venido… ¡Nada podemos hacer ya! Yo me figuro perfectamente, aunque tu madre no me ha hablado mucho de eso, la lucha interior que tuvo que sostener, pues, Jon, tu madre había sido educada con mucha severidad y no era alocada en sus ideas, ni entonces, ni ahora, ni nunca. De todas formas, aquel amor no pudo resistirlo. Y la tragedia vino. Tengo que contártelo, porque si no te lo cuento, no comprenderás la situación que tienes que afrontar ahora. El hombre con quien tu madre estaba casada, Soames Forsyte, el padre de Fleur, una noche, cuando era total el amor de ella por aquel joven, ejercitó a la fuerza sus derechos de marido. Al día siguiente encontró ella a su amado y se lo dijo. Si se suicidó o si murió atropellado por ir distraído bajo los efectos de su dolor, fue cosa que no se supo. Pero murió. Piensa en tu madre cuando supo lo sucedido. Yo la vi por casualidad. Tu abuelo me mandó verla por si podía ayudarla en algo. La vi sólo un instante, antes que su marido me cerrara la puerta en la cara. Pero nunca la olvidé en aquel instante, ni podré olvidarla. Yo entonces no estaba enamorado de ella, ni lo estuve hasta doce años después, pero quedé impresionado. Hijo mío…, no es fácil escribir una carta como ésta. Pero, mira, tengo que hacerlo. Tu madre te quiere con devoción, con locura. No quiero referirme con dureza a Soames Forsyte, pues no pienso mal de él; siempre le he tenido lástima. El mundo juzga que tu madre incurrió en error y que él estaba dentro de sus derechos. Él la quería… a su manera. Para él, ella era su propiedad. Así piensa respecto de hombres, de sentimientos, de corazones: todo es propiedad de alguien. No es culpa suya…; ha nacido así. Para mí, ese punto de vista es algo horrendo… Así nacía yo, y conociéndote como te conozco, sé que también es horrendo para ti. Pero voy a seguir con la narración de la historia. Tu madre huyó de la casa de su marido aquella noche. Durante doce años vivió sola, sin compañía de nadie, hasta que en 1899, su marido, que seguía siéndolo, pues no trató nunca de divorciarse de ella, y ella no tenía derecho a divorciarse de él, parece ser que echó de menos no tener hijos, y empezó una pertinaz tentativa para inducirla a volver con él, pues quería tener descendencia. Yo entonces era albacea de mi padre para con tu madre y supe de los deseos de Soames. Y entonces fue cuando me sentí adherido moralmente a la causa de ella, devotamente adherido, sí. La presión de su marido aumentó, hasta que un día vino ella aquí y se puso bajo mi protección. Su marido, que la tenía vigilada y estaba al tanto de sus movimientos, intentó que se separase de mí y de mi protección, amenazando con el divorcio para arrojar la mayor mancha posible sobre tu madre; o tal vez quisiera divorciarse de verdad, yo no lo sé, pero de todas formas, nuestros nombres fueron publicados como cómplices. Eso nos decidió; nos casamos,

naciste tú… Y hemos vivido en felicidad perfecta, o yo por lo menos, y creo que tu madre también. Soames, tras divorciarse de tu madre, se casó con la madre de Fleur, y Fleur nació. Ésta es la historia, Jon. Te la cuento en vista del amor que sientes por la hija de ese hombre, amor que te conduciría a destruir la felicidad de tu madre por completo, y la tuya tal vez también. De mí no quiero hablar, pues es de suponer que a mis años no me queden ya muchos que vivir, y porque lo que yo sufriría seria principalmente por lo que sufriera tu madre y por lo que sufrieras tú. Pero lo que quiero que comprendas es que esos sentimientos de aversión y horror no pueden desaparecer nunca ni olvidarse. Siguen vivos en tu madre. Ayer precisamente, en el cricket, vimos a Soames Forsyte. Si hubieras visto la cara de tu madre, te hubieras convencido de lo que te digo. La idea de que te puedas casar con la hija de Soames es una verdadera pesadilla para ella, Jon. Yo no tengo que decir nada de Fleur, excepto que es hija de su padre. Pero tus hijos serían tan nietos de Soames como de tu madre; serían nietos del hombre que en tiempos poseyó a tu madre como se posee una esclava. Piensa lo que eso podría suponer. Haciendo tal matrimonio, te pasarías al campo de quien tuvo a tu madre prisionera y en el que ella vio destrozado su corazón. Tú estás ahora empezando a vivir; total, no hace más que dos meses que conoces a esa jovencita, y por mucho que creas que la quieres, te ruego que termines ese amor al punto. No proporciones a tu madre dolor y humillación para mientras viva. Aunque para mí sea joven, tiene cincuenta y siete años. Fuera de ti y de mí, no tiene a nadie en el mundo, y pronto te tendrá a ti tan sólo. Ten valor, hijo mío, y rompe. No mantengas esa nube, esa barrera, entre tu madre y tú…, ¡no la hagas sufrir! Que Dios te bendiga, hijo mío, y perdóname por el dolor que te produzco con esta carta. Quisimos evitarlo…, pero el viaje a España parece que no sirvió de nada.

Tu padre que te quiere.

JOLYON FORSYTE

Tras releer la carta, estuvo Jolyon a punto de romperla, pues comprendía que haría sufrir mucho a su hijo. Pero ¿cómo hacer comprender a Jon la realidad? Tenía, ¡gracias al Cielo!, casi dos días para pensar si rompía la carta o no, pues era sábado y Jon no vendría hasta el domingo por la tarde. No se la mandaría por correo, pues lo más pronto que la recibiría sería precisamente cuando se la pudiera dar él.

En el huerto vio a Irene coger ciruelas en un cesto. Nunca estaba sin hacer nada, le parecía a él, y le envidiaba su capacidad de movimientos, ahora que él estaba en constante inacción.

Bajó al huerto a reunirse con ella. Agitó la mano dentro del guante manchado de la fruta, y le sonrió. Un trozo de encaje atado bajo su barbilla le tapaba el pelo canoso y parecía muy joven.

—La mosca verde ya ha aparecido este año, y todavía hace frío. Parece que estás cansado, Jolyon.

Jolyon sacó la confesión del bolsillo.

—He estado escribiendo esto. Me gustaría que lo leyeras.

— ¿Es para Jon? —su rostro había cambiado, quedándose intensamente descompuesto.

—Sí. Se lo digo todo.

Y le dio la carta y echó a andar entre las rosas. En seguida, viendo que ya la había leído, volvió a ella.

— ¿Qué?

—Está maravillosamente explicado. No podría explicarse mejor. Muchas gracias, Jolyon.

— ¿Te parece que hay que quitar algo?

—No; tiene que saberlo todo, si es que queremos que lo comprenda.

II

Confesión

Aquella tarde Jolyon se durmió en el viejo sillón de su padre. Sobre sus rodillas tenía La Rôtisserie de la Reine Pédauque, e instantes antes de dormirse se había preguntado: «A nosotros, como pueblo, ¿nos gusta verdaderamente lo francés? Y los franceses, como pueblo, ¿gustan realmente de lo inglés?». A él, personalmente, Francia le había gustado siempre mucho, y se encontraba allí como en su casa, y se deleitaba en el ingenio francés y en su cocina. Irene y él habían ido muchas veces a Francia antes de la guerra, mientras Jon estaba en la escuela. Su amor por ella había comenzado en París. Pero los franceses, en general, no agradaban a los ingleses. Y con aquella conclusión en la mente, se durmió.

Al despertarse vio a Jon en pie entre él y la ventana. Evidentemente, el muchacho venía del jardín y había estado esperando a que se despertara. Jolyon le sonrió, todavía medio dormido. ¡Qué bueno era su hijo, qué sensato, qué cariñoso, qué recto! Y el corazón le dio un vuelco… ¡Jon! ¡La carta aquella, su confesión! Hizo un esfuerzo para dominarse, y le dijo:

—Papá, he venido a decirte una cosa.

—Bueno, hombre, pues siéntate. ¿Has visto a tu madre?

—No —y la cara del muchacho, que estaba llena de rubor, se tornó pálida.

Se sentó en el brazo de la butaca histórica, donde Jolyon solía sentarse junto a su padre años atrás. Y aquello era poco tiempo antes de la ruptura… ¿Habría llegado él con su hijo al mismo momento? Toda su vida le habían desagradado las escenas, había evitado discusiones, había procurado seguir tranquilamente su camino y no estorbar a los demás en el suyo. Pero ahora parecía que estaba frente a una de aquellas escenas que había odiado como si fueran un veneno. Procuró disimular la emoción y esperó a que su hijo hablase.

—Papá —dijo Jon lentamente—, Fleur y yo estamos comprometidos. Somos novios.

«Exactamente», pensó Jolyon, respirando con dificultad.

—Yo sé que ni a mamá ni a ti os parece bien la idea. Fleur dice que mamá estuvo comprometida con su padre antes de casarse contigo. Yo, claro, no sé lo que pasaría. Pero de eso hace muchos años. Yo la quiero, papá, y ella me quiere a mí.

Jolyon emitió un sonido muy extraño, medio quejido, medio carcajada.

—Tú tienes diecinueve años, Jon, y yo, setenta y dos. ¿Cómo vamos a entendernos en un asunto de esta naturaleza?

—Tú quieres a mamá. Tú sabes lo que se siente. No está bien que nos obliguéis a malograr nuestra felicidad por cosas que pasaron hace tantos años.

Llegado el momento de presentar a su hijo su confesión, Jolyon resolvió tratar de no recurrir a ella. Puso la mano en un brazo del muchacho.

—Mira, Jon: yo podría terminar este asunto diciendo que los dos sois muy jóvenes y que no sabéis lo que queréis. Pero tú no querrías atender a tales razones, que, además, no hacen al caso. La juventud, desgraciadamente, es una enfermedad que se cura ella sola. Los jóvenes, tú concretamente, habláis a la ligera de las cosas que pasaron hace tantos años, sin conocerlas. Pero, bueno, ¿alguna vez te he dado yo motivo para que dudes de mi cariño o de mi palabra?

En un momento menos angustioso le hubiera hecho gracia notar el apretón que su hijo le dio en la mano para asegurarle que nunca había podido dudar de él y verle poner cara de miedo ante lo que pudiera resultar de aquella seguridad que le daba. Pero no pudo sentir sino agradecimiento por la presión de la mano de Jon.

—Muy bien. Entonces podrás creerme si te digo que, de no dejar esos

amores, harás desgraciada a tu madre mientras viva. Créeme, hijo mío: el pasado, por muy lejano que esté, no puede enterrarse.

Se levantó Jon del brazo de la butaca.

«Veremos ahora la influencia de la chica… tan bonita, tan simpática», pensó Jolyon.

—No puedo, padre. No puedo. ¿Cómo voy a poder dejar de amar porque tú me digas eso? ¡No puedo!

—Jon, si tú conocieras la historia, me harías caso sin vacilar. No lo dudes. ¿O es que no me crees?

— ¿Cómo puedes decir eso? ¡Si es que la quiero más que a nadie en el mundo!

El rostro de Jolyon se contrajo, y dijo con lentitud dolorosa:

— ¿Más que a tu madre?

Los puños crispados de Jon, la cara que ponía, daban a su padre idea de la lucha que estaba sosteniendo.

—No lo sé —exclamó—, no lo sé. Pero dejar a Fleur por nada, por nada, al menos, que yo no puedo comprender, por un motivo que estoy seguro no tendrá mucha importancia… Me haría…, me haría…

—Te haría pensar que somos injustos, te haría sentirte separado de nosotros por una barrera. Sí… Pero eso es mejor que seguir el noviazgo con esa chica.

—No puedo. Fleur me quiere y yo la quiero a ella. Tú quieres que confíe en ti. ¿Por qué no tienes tú confianza conmigo? A nosotros no nos afectará lo que haya pasado; el saber que ha habido disgustos y sufrimientos, sólo nos llevará a quereros más todavía a ti y a mamá.

Jolyon se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta; pero la sacó vacía y se incorporó en la butaca, pasándose la lengua por los labios.

—Piensa en lo que tu madre ha sido para ti. Ella no tiene a nadie más que a ti, pues a mí… no me tendrá ya por mucho tiempo.

— ¿Por qué no? No es leal que me digas eso… Di: ¿por qué no?

—Pues… porque —dijo Jolyon fríamente— los médicos me dicen que me queda ya poco que vivir. Eso es todo.

— ¡Papá! —exclamó Jon, rompiendo a llorar.

El ver el hundimiento de su hijo, al que no había visto llorar desde que tenía diez años, conmovió a Jolyon profundamente. Se dio cuenta de la ternura

de corazón de Jon, de todo lo que iba a sufrir en aquel asunto lamentable y en toda su vida…

— ¡Hijo, no llores! No llores o me vas a hacer también a mí…

Jon se contuvo como pudo y se quedó con la cara como de piedra.

—Y no le digas nada de esto a tu madre. Ya está bastante alarmada con el asunto. Ya comprendo que quieres a esa niña. Pero nos conoces bien a tu madre y a mí para comprender que no íbamos a malograr tu felicidad por una tontería. Tu sabes, hijo mío, que lo único que nos importa verdaderamente en el mundo es tu felicidad. Para mí, sólo se trata de tu madre y de ti. Para tu madre, de ti sólo. Está en peligro vuestro futuro, Jon.

Jon se volvió. Tenía la cara con palidez mortal y los ojos hundidos, le brillaban como ascuas.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que pasa? ¡No me tengas así!…

Jolyon, que se comprendió derrotado, se metió la mano en el bolsillo, y durante un minuto largo estuvo con los ojos cerrados, casi sin poder respirar, pensando: «He sufrido mucho en la vida, he tenido malos momentos… Pero como éste, ninguno…». Después sacó la carta, y con voz fatigada dijo:

—Mira, Jon: si no hubieras venido hoy, te hubiera mandado esta carta. Yo quería evitarte, evitar a tu madre y a mí también… Pero veo que no es posible. Léela, que yo voy a salir al jardín —e intentó levantarse.

Pero Jon, que había cogido la carta, dijo:

—No; yo saldré —y se fue.

Jolyon se hundió en el asiento. Un abejorro entró en aquel momento y se puso a zumbar alrededor. El ruido le produjo bienestar. ¿Adónde habría ido Jon a leer? ¡Maldita carta y maldita historia! ¡Qué asunto tan cruel! ¡Cruel para ella, cruel para Soames, para aquellos dos niños, para él!… El corazón le latía con fuerza y le dolía mucho. ¡La vida, sus esperanzas…, sus trabajos, su belleza y sus dolores, y… el fin! La vida era buena…, buena hasta el momento en que uno lamentaba el haber nacido. La vida sometía a todos; nadie hacía en ella lo que hubiera deseado. ¡Qué equivocación era tener corazón! Y otra vez el moscardón se le acercó zumbando, llevándole todo el aroma y todo el calor y todo el ruido del verano. Y allí afuera, en algún sitio lleno de fragancia, estaría Jon leyendo la carta, pasando las hojas lleno de turbación y de dolor. El pensarlo hizo a Jolyon sentirse desgraciado. ¡Pobre Jon! Su mundo de ilusiones, destruido en una tarde de verano… ¡La juventud toma las cosas tan a lo vivo! Y atormentado por una indescriptible visión de la juventud tomándolo todo en serio, Jolyon se levantó de la silla y se acercó a la ventana. El muchacho no estaba por allí. Y salió a buscarle. ¡Si pudiera ayudarle en

algo!…

Miró por todo el jardín y por el huerto. Jon no estaba allí. No estaba donde los albaricoques y los melocotones empezaban a colorear. Pasó entre los cipreses, negros y agudos, al prado. ¿Dónde estaría aquel muchacho? ¿Se habría ido al seto, su antiguo campo de juego? Jolyon cruzó el campo de heno. Muchas veces lo habían cruzado juntos, cogidos de la mano, cuando Jon era pequeñín. Llegó al lado, donde moscas y mosquitos danzaban locamente sobre el agua. Allí estaba fresco. Pero Jon no aparecía. Le llamó. No obtuvo respuesta. Se sentó en el tronco, angustiado, ansioso, olvidando sus propias sensaciones físicas. Había hecho mal en dejar al chico que se fuera con la carta. Debiera haberle tenido ante su vista desde el primer renglón que hubiera leído. Muy turbado, se levantó para desandar su camino. Al llegar a las construcciones de la granja, le llamó de nuevo, y miró en el establo. Allí, al fresco, y al olor del amoníaco, lejos de las moscas, las tres Aldernoys mascaban incesantes. Una de ellas volvió la cabeza lentamente, y Jolyon pudo ver sus ojos lustrosos y la saliva que le caía de la boca. Lo veía todo con claridad apasionada, en su agitación nerviosa, todo lo que había querido tanto y había tratado de pintar, maravilla de luz y de sombra, y de color. No le extrañó que Cristo naciera en un pesebre… ¿Habría algo más encantador que los ojos de una vaca y la lunita de sus cuernos blancos a la cálida media luz? Llamó de nuevo, y tampoco obtuvo respuesta. Y corriendo lo que podía, pasó ante el tronco donde Irene y Bosinney habían reconocido su amor, donde él había reconocido, la mañana de domingo en que regresó de París, que Irene lo era todo para él. ¿Habría leído Jon la carta sentado en aquel tronco? ¿Adónde habría ido? Tenía que encontrar al pobre Jon…

Llegó a la rosaleda, y la belleza de las rosas, alumbradas por un rayo de sol, le pareció irreal, no terrenal. «Eres rosa, española». ¡Qué maravillosas tres palabras! Allí había estado ella, junto a aquel arbusto de rosas rojas, leyendo la carta que decidió leyera su hijo. ¡Ya la había leído! Se inclinó y olió una rosa, que le acarició la nariz y los labios temblorosos. Nada había tan suave como un pétalo de rosa, excepto su piel… ¡Irene! Y pasó, en su andar, ante el roble. Su copa brillaba; proyectaba una sombra densa, muy fresca, que agradeció, pues estaba cansadísimo. Se agarró a la cuerda del columpio. ¡Jolly, Holly, Jon!… ¡El viejo columpio! Y de repente tuvo un dolor horrible, se sintió enfermo de muerte. «¡Me he excedido, caramba! —pensó—. ¡Me he excedido… por fin!». Tambaleándose, llegó ante la casa y cayó al suelo, contra la pared. Allí quedó jadeando, con la cara enterrada en la madreselva que él y ella habían cuidado con tanto amor para que perfumara el aire que entrara en la casa. Su fragancia se mezclaba con un dolor terrible. ¡«Amor mío! —pensó—. ¡El chico!». Y con un esfuerzo enorme, entró por la gran ventana y se sentó en el sillón del viejo Jolyon. Allí estaba el libro, y en él había un lápiz. Lo cogió y escribió algo en una hoja…; la mano se le cayó…

¿Aquello era así…, así? Y después no vio nada…

III

Irene

Lleno de miedo y confusión, salió Jon corriendo con la carta, dio vuelta a la esquina de la casa y, apoyándose en la pared cubierta de enredaderas, abrió el sobre. La carta era larga, muy larga… Esto aumentó su temor. Cuando llegó a las palabras se casó con el padre de Fleur, le pareció que todo daba vueltas ante sus ojos. Estaba junto a una ventana, y entrando por ella, pasó por la sala de música y el hall y subió a su dormitorio. Sumergió la cara en agua fría y se sentó en su cama y continuó leyendo, dejando caer las hojas según las iba leyendo. La letra de su padre era muy fácil de leer y él la conocía muy bien, aunque jamás hasta entonces le había escrito una carta ni de la cuarta parte de extensión que aquélla. La leyó sin darse cuenta plena de su significado; lo único que percibió bien en aquella lectura fue el dolor de su padre al escribir carta semejante. Dejó caer la última hoja, y con una especie de atonía mental, empezó otra vez con la primera. Todo le parecía lamentable, muerto y horrible. De repente, una ola de comprensión le invadió el alma. Metió la cara entre las manos. ¡Su madre! ¡El padre de Fleur! Prosiguió con su lectura, y de nuevo le pareció que todo era lamentable y muerto, y su propio amor, muy diferente. Aquella carta decía que su madre y el padre de Fleur… ¡Qué horror!

¡Propiedad…! ¿Podría haber hombres que considerasen a las mujeres como de su propiedad? Una infinidad de rostros pasó ante su imaginación: caras encarnadas, violentas; caras como de pez, tristes y aburridas; caras secas, muertas… ¡Caras, muchas caras! ¿Cómo podría saberse lo que pensaban los hombres que tenían semejantes rostros? Se apretó la frente con las manos y gimió. ¡Su madre! Tomó una hoja y leyó otra vez: Tus hijos serían tan nietos de Soames…, del hombre que en tiempos poseyó a tu madre como se posee una esclava. Tuvo a tu madre prisionera. Se levantó del lecho. Aquel pasado terrible que había estado acechando hasta que llegó el momento en que él y Fleur… Todo aquello comprendía que era verdad; si no, su padre no lo hubiera escrito. «¿Por qué no me lo dijeron en seguida, el primer día que vi a Fleur? —pensó—. Ellos supieron que la había conocido. Temieron que me enamorase de ella…, pero no me dijeron nada. Y ahora…». Vencido por un dolor demasiado agudo para pensar o razonar, se fue a un rincón oscuro del cuarto y se sentó en el suelo, y quedó allí como un animalillo moribundo. No supo cuánto tiempo estuvo allí acurrucado, hasta que salió de su ensimismamiento a causa del ruido de la puerta que comunicaba su cuarto con el de su madre. En

el de él las persianas estaban echadas, y desde donde estaba sentado no la veía, pudiendo sólo percibir el ruido de sus pasos al andar. Por fin, la vio. Contuvo la respiración, en espera de que no le viera y se alejase. Pero ella se detuvo ante su lavabo. Se puso a tocar sus objetos de aseo devotamente, como si estuvieran impregnados de alguna virtud. Y le oyó murmurar: «¡Jon!». Hablaba para ella sola, y el tono de su voz conmovió más todavía el corazón del muchacho. Tenía en la mano una fotografía, y la alzó para que la iluminara un rayo de sol que se filtraba por una persiana. Jon conocía aquel retrato. Era suyo, de cuando era muy pequeño, y su madre lo llevaba siempre consigo. El corazón le latió violentamente, y su madre, como si lo hubiera oído, se volvió hacia él y le vio. Ante el susto que se llevó, ante el movimiento de apretar la fotografía contra el pecho, murmuró él:

—Soy yo.

Irene quedó callada y se sentó al borde de la cama. Por fin dijo:

—Veo que lo sabes ya, Jon.

—Sí.

— ¿Has visto a tu padre?

—Sí.

Otro largo silencio, larguísimo, se produjo, hasta que ella dijo:

— ¡Hijito mío!

—Bueno, bueno, está bien…

Sus emociones eran tan violentas, que no se atrevía a moverse. Sentía resentimiento, desesperación…, y a la vez un extraño deseo de sentir en la frente la mano de su madre.

— ¿Y qué vas a hacer, hijo?

—No lo sé.

El silencio más largo aún que antes, volvió a reinar. Después, Irene se levantó, hizo un ligero movimiento con la mano, y dijo:

—Hijo mío…, hijo mío, no pienses en mí. Piensa en ti sólo —y se retiró a su habitación.

Jon se apretó contra las paredes del rincón, hecho una bola, y cerró los ojos.

Pasó un par de minutos. Después, un grito le hizo levantarse. Venía de abajo. Era de su madre. Y sonó otra vez: «¡Jon!». ¡Su madre le llamaba! Salió corriendo, y corriendo bajó las escaleras. Pasó por el comedor vacío al

despacho. Su madre estaba arrodillada ante la vieja butaca, y su padre estaba allí, con palidez de mármol, la cabeza abatida sobre el pecho y una mano sobre el libro abierto, con un lápiz entre los dedos crispados, con una inmovilidad extraordinaria. Su madre le miró con una mirada enloquecida, y dijo:

— ¡Jon!… ¡Está muerto, está muerto!…

Jon cayó también de rodillas, y apoyándose en el brazo del sillón en que se había sentado antes, se inclinó y besó la frente de su padre. Estaba fría como la piedra. Pero ¿cómo…, cómo podía estar muerto, si una hora antes…? Los brazos de su madre apretaban convulsos las piernas de Jolyon, apretando su pecho contra ellas. «¿Por qué, por qué no estaría yo con él?», le oyó Jon murmurar. Después vio la palabra garrapateada en el libro por su padre: Irene, y rompió a llorar él también. Era la primera vez que veía la muerte de un ser humano, y aquella inconmovible inmovilidad atenuaba en él toda otra emoción. Entonces… la vida era la primera página de aquello… Todo el amor, toda la alegría, todo el dolor que se experimentaba, era el comienzo de aquella inmovilidad blanca… Se quedó mirando aquella cara que nunca había mostrado irritación, que siempre había sido dulce y amable. Pero reaccionó y dijo:

—Mamá, no llores… ¡Mamá!

**

Horas más tarde, cuando estuvo hecho todo lo necesario y su madre estaba en la cama, vio a su padre, solo, envuelto en una sábana. Comprendió entonces que su padre sabía desde hacía tiempo que moriría repentinamente, en cualquier momento…, y no había dicho una palabra. Le miró con reverencia apasionada. ¡Qué fuerza de carácter haría falta para callar semejante cosa, para evitar que su madre y él vivieran en continuo sobresalto y temor! Su problema amoroso era una pequeñez al contemplar aquel rostro muerto. ¡Aquella palabra del libro! ¡La última palabra de su padre! Ahora su madre no tenía más que a él. Se acercó a la cara inmóvil, no cambiada en absoluto, y, sin embargo, profundamente cambiada, y la miró. Miró luego un retrato de su padre que había en la habitación. Pensó que el alma de su padre estaría allí, y la de su hermano, que había muerto en el Transvaal, y la del padre de su padre… Quizá todos habían acudido en torno de aquel lecho mortuorio… Besó la frente de su padre y, despacito, se fue a su cuarto. La puerta que comunicaba con el de su madre estaba entreabierta. Su madre había estado allí: todo estaba arreglado, aunque antes no estaba listo el cuarto, dada su ausencia. Había hasta un vaso de leche y unas galletas en la mesilla. La carta ya no estaba desparramada por el suelo; su madre la había recogido y se la había llevado. Comió y bebió, tratando de no mirar al futuro. Se acostó y cayó en un sueño agitado. Una de las veces que despertó, vio junto a su cama una forma blanca

e inmóvil, y se sobresaltó. La voz de su madre dijo:

—Soy yo, Jon; sólo yo —y con la mano le acarició la frente, y se fue.

Sólo ella… Se durmió de nuevo, y soñó que unas letras, el nombre de su madre, trepaban lentamente por las sábanas y entraban en la cama con él.

IV

Soames reflexiona

La esquela del Times que anunciaba la muerte de su primo Jolyon afectó muy simplemente a Soames… ¡Conque había muerto aquel sujeto! Nunca se habían querido; pero ahora Soames no sentía ya ningún odio. Sin embargo, aquella muerte un tanto prematura le pareció a Soames un acto de justicia poética que se le hacía a él. Veinte años había tenido el disfrute de lo que era suyo: su casa y su mujer. Pues ya estaba muerto, ya había dejado de poseer ambos bienes. El comentario a la muerte, que apareció algo después, le parecía a Soames demasiado para Jolyon. En un artículo necrológico hablaba de aquel «diligente y agradable pintor cuyo trabajo ha venido a ser una expresión clara de la última época victoriana». Soames, que automáticamente prefería a Mole, a Morpin y a Caswell Baye, resopló despectivamente cuando leyó que su primo fue «uno de nuestros mejores acuarelistas contemporáneos», y dejó el periódico ruidosamente.

Tenía que ir a Londres aquella mañana para asuntos «exclusivamente Forsyte», y se dio cuenta de la mirada oblicua que Gradman le dirigió por encima de sus lentes. El viejo empleado presentaba un aire de luctuosa congratulación. Casi se le oía pensar: «El señor Jolyon, sí, sí… tenía mi misma edad, y… Señor, Señor…».

Y aquella atmósfera creada por el empleado llevó a Soames a despachar con suma rapidez algunas cosas que llevaba en cartera.

— ¿Qué hay, por fin, de aquel documento referente a la señorita Fleur?

—Lo he pensado mejor —dijo Soames con sequedad.

Soames había empezado a preguntarse en qué forma afectaría aquella muerte a Fleur. No estaba seguro de que se hubiera enterado, pues casi nunca hojeaba un periódico, y nunca ninguna información de natalicios, matrimonios y defunciones.

Apresuró su trabajo, y en seguida fue a la calle Green a almorzar. Winifred estaba casi triste. Parecía ser que Jack Cardigan había roto un trampolín al

saltar al agua y que no estaría en condiciones por algún tiempo. Y ella no podía hacerse a semejante idea.

— ¿Profond marchó, al fin? —preguntó Soames repentinamente.

—Sí —le informó Winifred—. Pero no sé dónde estará.

Ahí estaba la cosa… No es que le importara en modo alguno. De Annette llegaban cartas desde Dieppe, donde estaba con su madre.

— ¿Has leído la noticia de la muerte de ése?

—Sí. Y lo siento por sus hijos —dijo Winifred—. Era muy amable.

Soames emitió un gruñido muy raro. En su interior se iba desarrollando la sospecha de que los hombres eran juzgados por lo que eran, no por lo que hacían.

—Eso se empeñó la gente en decir, que era amable —murmuró, resentido.

—Ahora que ha muerto hay que hacerle justicia.

—La justicia me hubiera gustado a mí habérsela hecho antes —suspiró Soames—. Pero nunca se presentó la oportunidad. ¿Tienes aquí un Baronetage, por casualidad?

—Sí, en la librería esa, en el estante de abajo.

Tomó Soames un libro encarnado muy grueso, y pasó rápidamente las hojas. Leyó: «Mont.—Sir Lawrence, 9.° Bt. Título creado en 1620. Hijo de Geoffrey, 8. Bt., y Lavinia, hija de sir Charles Muskham. Bt. de Mukham Hall. Shrops. Casó en 1890, con Emilia, hija de Conway Charwell. Esq. de Condaford Grange co Oxon; 1 hijo, heredero Michael Conway, nacido en 1895, 2 hijas. Residencia: Lipping-Hall Manor, Folwell, Bucks. Clubs: Snooks; Coffe House; Aeroplane. Véase Bidlicott».

—Bueno —dijo; y luego—: ¿Tú conoces algún editor?

—El tío Timoteo.

—Que esté vivo, quiero decir.

—Monty conocía uno de su Club. Una vez le trajo a cenar. Monty estaba siempre pensando escribir un libro sobre la manera de ganar dinero en el Hipódromo. Quiso ver si aquel hombre se interesaba.

— ¿Y se interesó?

—Pues verás… Lo dejó a su suerte. Y lo apostaron a un caballo, en la carrera de los dos mil, creo. Y luego no volvimos a verle. Era un hombre muy fino, creo recordar.

— ¿Y ganó el caballo?

—No. Llegó el último. Ya sabes que Monty era muy inteligente, a su modo.

— ¡Ah!, ¿sí? —dijo Soames, y luego—: ¿Tú ves alguna conexión entre ser baronet y editor?

—La gente hace hoy día de todo —replicó Winifred—. La cosa consiste en no estar inactivo…, todo lo contrario que en nuestros tiempos. Entonces la cosa consistía en no hacer nada. Pero confío en que todo acabará por arreglarse.

—Ese joven Mont está medio loco por Fleur. Si sirviera para quitarle de la cabeza ese otro amorío, le ayudaría al muchacho.

— ¿Tiene buen aire?

—No es una belleza que digamos; muy agradable, con algo de seso, pero muy desparramado por la cabeza… Muchas tierras, me parece. Y parece que la quiere. Pero no sé…

—No —murmuró Winifred—. Es muy difícil. Yo siempre creo que lo mejor es no hacer nada. Ahora, con esto de Jack, es una lata. No podremos salir hasta después de no sé cuándo.

Camino ya de su casa, Soames dudaba si debía decir a Fleur que había muerto Jolyon o no. La situación quedaba alterada en el sentido de que el muchacho sería independiente y sólo encontraría la oposición materna. Heredaría mucho dinero, sin duda, y tal vez hasta la casa…, aquella casa construida por el arquitecto que llevó la ruina a su hogar. ¡Si llegara su hija a ser dueña de aquella casa! ¡También sería un acto de justicia! Él había querido hacer aquella casa para restablecer la unidad de su matrimonio, que se resquebrajaba, para que un día fuera solariega de sus descendientes… Los hijos de Fleur serían en cierto modo la progenie de Irene y de él… Pero el teatralismo de la idea repugnó a su temperamento forsyteano, tan sobrio. Pero la posibilidad de unir las dos grandes fortunas Forsyte tenía mucho encanto. Y ella. Irene, se vería ligada a él una vez más… ¡Pero eso era pensar tonterías! Y desechó el pensamiento por absurdo.

Al llegar a casa oyó el chasquido de las bolas de billar, y por la ventana vio al joven Mont despatarrado sobre la mesa, mientras que Fleur, con su taco cruzado por la espalda, sonreía viéndole. ¡Qué bonita estaba! No era extraño que aquel mozo estuviera loco por ella. Tenía un título, tierras… No era mucho tener tierras en aquellos tiempos, y tener un título era quizá menos. Los viejos Forsytes habían sentido siempre cierto desprecio por los títulos nobiliarios, cosas muy remotas y artificiales, que no valían el dinero que

costaban. Era exactamente el instinto nacional, que había hecho de los Comunes el principal poder del Estado. La generación de Soames tampoco era dada a grandezas. Y la tercera y la cuarta generaciones se reían de eso, como de todo.

Sin embargo, no había ningún daño en que aquel muchacho fuera heredero de un título y de fincas rústicas: hay cosas que no se pueden evitar. Entró despacio, en el momento en que Mont fallaba la carambola preparada con tanto esfuerzo. Observó los ojos del muchacho, fijos en Fleur, inclinada para tirar ella, y la adoración que vio reflejada en ellos le conmovió.

—No me va a salir —dijo Fleur con el taco deslizando suavemente sobre el puente de sus dedos esbeltos.

—Tira a ver.

—Ahí va.

Sonó el taco en la bola, y… falló.

—Mala suerte. Pero no importa.

Entonces le vieron, y Soames dijo:

—Yo marco.

Y se sentó junto al marcador, muy cansado, estudiando furtivamente las caras de los dos jóvenes. Cuando terminaron de jugar, Mont se dirigió a él:

—Ya he empezado, señor. Es cosa rara esto de los negocios. Usted, como procurador, habrá visto la mar de tipos humanos, ¿verdad?

—Ya lo creo…

—Voy a decirle una cosa que he notado: la gente se empeña en ofrecer poco por cualquier trabajo. Es mejor ofrecer más, y luego pagar menos.

Soames se quedó boquiabierto.

—Pero si se llega a un acuerdo sobre la oferta superior…

—Eso no importa —dijo Mont—. Es mucho más divertido conseguir que el que ha de cobrar rebaje que el que acepte de antemano un precio fijo. Por ejemplo: nosotros podíamos ofrecer a un autor una cantidad respetable por un libro. El autor acepta. Después nosotros nos metemos a hacerlo, y descubrimos que no podemos sacar un beneficio razonable pagándole lo previsto, y se lo decimos. El autor ha tomado confianza en nosotros porque le hicimos una oferta generosa, no sospecha malicia por nuestra parte y cede como un corderito. Pero si empezamos por ofrecerle poco desde el primer momento, no acepta, y tenemos que subir la oferta para convencerle, y se queda pensando que somos unos roñosos.

—Pues trate usted de comprar cuadros por ese sistema —dijo Soames— y verá. Una oferta aceptada es un contrato. ¿No sabía usted eso?

—No. Además, otra cosa: hay que dejar siempre que la parte que sea pueda dejar un asunto si quiere.

— ¿Trabaja su empresa editorial sobre esos principios?

—Todavía no.

— ¿Es usted socio de la editorial?

—Hasta dentro de seis meses, no.

—Pues los demás tienen que darse prisa y dejarlo.

Mont rompió a reír.

—Ya verá usted —dijo—. Van a cambiar muchas cosas. La idea de la propiedad está muy anticuada.

— ¿Cómo? —dijo Soames.

— ¡Que hay que hacer obras en el edificio! Y si no me manda usted nada, me retiro, señor.

Vio Soames cómo el mozo temblaba cuando su hija le dio la mano, y cómo ella se sacudía los dedos del apretón que él le dio, y oyó el suspiro del muchacho desde fuera. Después ella se acercó a la mesa de billar, y empezó a pasar el dedo por el borde de caoba. Al verla, comprendió Soames que iba a preguntarle algo.

— ¿Es que has hecho algo para evitar que Jon me escriba, papá?

— ¿Pero no sabes?… Hoy hace una semana que murió su padre.

— ¡Oh!

En su semblante, lleno de sorpresa, vio el esfuerzo que hacía por deducir lo que aquel fallecimiento podía suponer.

— ¡Pobre Jon! Y ¿por qué no me lo has dicho?

—Pues no sé. Tú no confías en mí, ni me dices nunca nada.

—Si tú me ayudaras, yo confiaría.

—Tal vez te ayude.

Fleur juntó las manos en gesto de satisfacción.

— ¡Oh, papaíto! Cuando se desea una cosa como yo, no se piensa en los demás. No te enfades conmigo…

Soames avanzó una mano, como para defenderse de un empujón.

—Estoy ahora en el campo de la meditación abstracta —dijo. ¿Y qué diablos le llevaba a hablar de aquella forma?—. ¿El joven Mont ha vuelto a insinuársete?

— ¿Insinuárseme? ¡Menudas insinuaciones! Está siempre con lo mismo a vueltas… Pero es un gran chico. No me molesta nada.

—Bueno —dijo Soames—. Voy a ver si duermo un minuto antes de cenar. Estoy muy cansado.

Subió a su sala de pintura, se echó en la chaise longue que tenía allí, y cerró los ojos. Menuda responsabilidad era tener una hija como la suya…, con una madre como la que tenía… ¡Ayudarla! ¿Cómo podría ayudarla él? No podía modificar el hecho de ser su padre ¿Y qué había dicho aquel Mont? ¿Que la idea de la propiedad?… ¿Que había que hacer obras?… ¡Cuánta tontería!

Y el aire del río, cargado de olores campestres, le embriagó dulcemente y se durmió.

V

La idea fija

La idea fija, que ha desbordado a más guardias en la calle que ninguna otra forma de desorden público, jamás toma más vigor y violencia que cuando está cubierta con los ropajes del amor. Ni a barreras ni a fosos ni a puertas, ni a otros seres con ideas fijas también o con ideas de otra clase, ni a cochecitos de niño con sus ocupantes chupando su idea fija propia de la edad, a nadie, en definitiva, presta atención la persona poseída por la idea fija del amor… Corre con los ojos introvertidos y alumbrados por la propia luz interior, olvidado de la existencia de otras estrellas. Los demás poseídos de ideas fijas diferentes, como la creencia de que la felicidad humana depende de su arte, o la práctica de la vivisección de perros, o la tendencia a ser ministro año tras año, o el amor por las raíces griegas, o cualquier otra idea fija, no son nada constantes en sus afectos comparados con el que tiene o la que tiene la idea fija de poseer el corazón de fulanita o fulanito. Y aunque Fleur, en aquellos días friolentos de verano, llevaba la vida de una niña Forsyte caprichosa con todos sus caprichos pagados, y cuyo único problema en la vida estribaba en pasarlo bien, era absolutamente indiferente a todo lo que no fuese su amor. Llevaba, incluso, las cartas de Jon encima, envueltas en seda de color rosa y metidas en el pecho, lo que en aquellos días, en que los corsés eran tan bajos, se despreciaba tanto el sentimentalismo y estaban tan fuera de moda los abultamientos carnosos, era,

sin duda, la mayor prueba de la fijeza de su idea de amor.

Tras enterarse de la muerte del padre de Jon, escribió a éste y recibió su respuesta tres días después, a la vuelta de una excursión por el río. Era su primera carta desde el encuentro en casa de June. La abrió, llena de temores, y la leyó con dolor:

Desde el día que nos vimos he sabido muchas cosas: todo. No te lo voy a repetir, pues creo que lo sabías cuando estuvimos en casa de June. Eso es lo que dice ella. Si lo sabías, Fleur, debieras habérmelo dicho. Es de suponer que sólo conozcas la versión de tu padre. Yo he oído la de mi madre. Es horrible. Ahora que está tan triste, no puedo hacer nada que aumente su dolor. La verdad es que todo el día estoy pensando en ti, pero creo que nunca podremos casarnos. Hay algo demasiado fuerte que nos separa.

¡Su ocultación se había descubierto! Pero Jon —ella lo sabía— le había perdonado aquello. Era lo que decía su madre lo que hacía angustiarse su corazón y le producía un temblor de piernas.

Su primer impulso fue contestarle; el segundo, no contestar. Y los dos impulsos alternaban sucesivamente en los días que siguieron, mientras la desesperación aumentaba en ella. No en vano era hija de su padre. La tenacidad de Soames era el fundamento de su modo de ser, adornado con la gracia y la rapidez francesas; por instinto, conjugaba siempre el verbo tener con el pronombre yo. Sin embargo, ocultó todo signo exterior de su desesperación creciente y se entregó a excursiones y paseos por el río, tanto como lo permitía el tiempo de aquel julio lluvioso y desagradable, como si no tuviera preocupación alguna. Simultáneamente, ningún heredero del título de baronet en el mundo descuidó sus deberes editoriales con tanta persistencia como Michael Mont.

Para Soames, su hija era un verdadero rompecabezas. Casi estaba engañado por su alegría fingida. Casi…, pues no dejaba de percibir que había momentos en que su mirada se perdía en un abismo de infinito, y que por la noche tenía luz en su cuarto hasta horas muy avanzadas.

En esta situación de tristeza y mal tiempo recibieron la invitación de Winifred para asistir a «una comedia divertidísima», La Opera de los mendigos, y el encargo de que llevaran algún amigo para completar el cuarteto. Soames, no frecuentaba ya los teatros, pero fue por llevar a Fleur. Y en su coche, los dos y Michael Mont, que se encontraba en el séptimo cielo, fueron a buscar a Winifred, que encontró al muchacho «la mar de divertido». A Winifred le interesó la comedia; a Soames le pareció desagradable y cínica. A Fleur no le pareció nada. Su idea fija cantaba en el escenario con Polly Peachum, hacía gestos con Filch, bailaba con Jenny Diver, adoptaba posturas raras con Lucy Lockit y tiraba besos, daba saltos y codazos con Macheath,

pero no advertía nada de lo que pasaba. Cuando entraron en el coche para el regreso, sufría porque Jon no estaba allí en vez de Michael Mont; cuando en algún salto del vehículo el brazo del joven rozaba el suyo, lamentaba que no fuera el brazo de Jon. Y cuando su voz alegre, más alegre aún por la presencia de ella, se alzaba sobre el ruido del motor, le dolía que no fuera la voz de Jon la que llegara a sus oídos.

Fue durante el viaje de regreso cuando tomó su resolución: iría a Robin Hill a verle. Iría ella sola. Cogería el coche sin decir nada a su padre y sin avisar de su visita. Ya hacía nueve días que había recibido la última carta y no podía esperar más. ¡Iría el lunes! Y el tomar aquella decisión la tranquilizó, y hasta la hizo ser amable con Michael. Teniendo por delante una cosa concreta que hacer, podía dedicarse a tolerar y a responder. Y Mont pudo quedarse a cenar, pudo dedicarse a hacer el amor a Fleur como de costumbre; a bailar con ella, a darle apretones de mano, a suspirar…, a todo lo que no pudiera llegar a interferir su idea fija.

Durante la cena habló más vivamente que de costumbre, esta vez sobre «la muerte de la burguesía». Fleur no prestaba casi atención; pero sí su padre, quien sonreía a vez con sonrisa que expresaba disentimiento y a veces cólera.

—La nueva generación no piensa como la suya, señor. ¿Verdad, Fleur?

Fleur se encogió de hombros: para ella, la nueva generación era Jon, y no sabía lo que estaría pensando en aquel momento.

—Los jóvenes pensarán como yo cuando tengan mis años, señor Mont. La naturaleza humana no cambia.

—Eso lo admito sin reservas. Pero cambian las formas de pensamiento. Y el interés en sí mismo, el egoísmo, está muriendo ya.

— ¡Vaya, vaya! El interesarse por sí mismo no es una forma de pensamiento, señor Mont; es un instinto.

Sí: era instintivo pensar en Jon.

—Pero ¿qué es el interés por sí mismo? ¡Ahí está la cosa! El interés de cada cual es ahora el interés por los demás; cada vez se tiende más rápidamente a eso, ¿verdad Fleur?

Fleur no hizo sino sonreír.

—Y sí el interés por los demás no llega a ser el interés fundamental de cada uno, habrá sangre.

—Desde tiempos inmemoriales se viene diciendo lo mismo.

—Pero admitirá usted que el sentido de la propiedad está desapareciendo.

—Yo más bien creo que está aumentando entre los que no tienen propiedad alguna.

—Pues fíjese en mi caso… Yo soy heredero de una fortuna y de un título. Y no lo quiero…

—Porque no está usted casado; por eso no sabe lo que está diciendo.

Vio Fleur que los ojos del joven se convertían, tristes, a ella.

— ¿Cree usted verdaderamente que el matrimonio…?

—La sociedad está basada sobre el matrimonio y sobre sus consecuencias. Esto no puede usted cambiarlo.

El joven Mont quedó pensativo. Se hizo un silencio total en el comedor, sobre la mesa llena de cubiertos de plata con la cresta de los Forsyte, bajo el globo de luz eléctrica… y fuera, se iba poniendo el sol, y la humedad del río lo iba invadiendo todo, acompañada de suaves olores.

«¡El lunes le veré! —pensó Fleur—. El lunes…».

VI

Desesperado

Las semanas que siguieron a la muerte de su padre fueron tristes y vacías para el último Jolyon Forsyte que quedaba. Las formalidades necesarias y ceremoniosas, la lectura del testamento, la evaluación de todo, la distribución de los legados, etc., se realizaron ante un muchacho que no se interesaba por la riqueza y ante una mujer que casi no se interesaba. Jolyon fue incinerado. Por disposición especial suya, nadie asistió a la ceremonia ni vistió luto. Su herencia, en cierto modo controlada por el testamento de su padre, el viejo Jolyon, dejaba a su viuda Robin Hill y dos mil quinientas libras al año, vitalicias. Aparte de esto, los dos testamentos iban conformes al propósito de asegurar que cada uno de los tres herederos de Jolyon tuviera una parte igual en la riqueza de su abuelo y de su padre. Jon, por ser varón, tendría el dominio de su capital a los veintiún años, mientras que June y Holly sólo tendrían el espíritu, para que sus hijos pudieran tener más tarde el cuerpo. Si no tenían hijos, todo iría a parar a Jon si los sobrevivía; y dado que June tenía cincuenta y Holly casi cuarenta años, Jon estaría tan bien acomodado como su abuelo cuando murió. Por lo menos, esto se estimaba en la posada de Lincoln Fields, y seguramente tenían razón. June fue quien hizo todo lo necesario para sustituir la apatía doliente de Irene y Jon.

Cuando se marchó, quedaron los dos solos, unidos por el dolor común y separados por el amor del muchacho. Su madre le miraba con paciente tristeza que tenía una insinuación de orgullo, como si fuera a necesitarle para defenderse. Jon no juzgaba ni mucho menos condenaba a su madre. Se presentó un motivo de distracción y alivio: el problema de la obra del muerto. June se ofreció a hacerse cargo de ella. Pero Jon y su madre comprendieron que si empezaba a exhibir cuadros y bocetos en su Sala encontrarían tales desprecios por parte de Paul Post y sus demás protegidos, que pronto arrancarían de su corazón todo cariño por la obra de su padre. Ésta, en su estilo a la antigua y en su técnica, era buena, y no podían soportar la idea de que nadie hiciera mofa y escarnio. Una exhibición dedicada exclusivamente a él, una exposición de toda su obra, era el último tributo de amor que podían rendirle, y en prepararla pasaron muchas horas bastante aliviados. En Jon aumentó el sentimiento de respeto por su padre. La tenacidad callada con que había convertido un talento mediocre en algo verdaderamente personal se puso de manifiesto en aquellos días. Había una gran cantidad de trabajo que presentaba una rara continuidad en el crecimiento de profundidad y alcance de visión. Nada, realmente, alcanzaba profundidades grandes o alturas muy elevadas; pero la obra era seria, consciente y completa. Y recordando la humildad con que su padre se proclamaba a sí mismo un amateur, Jon no pudo evitar el pensamiento de que realmente no había conocido a su padre. Tomarse a sí mismo en serio, y, sin embargo, no molestar a otros haciéndoles saber que se tomaba en serio, parecía haber sido su norma constante. En esto había algo que conmovía a Jon y que le hacía adherirse al pensamiento de su madre: «Tenía verdadero refinamiento; no podía dejar de pensar en los demás, hiciera lo que hiciera. Y cuando tomaba una resolución que iba en contra de las opiniones de otros, lo hacía sin pensar en que pudieran intentar hacerle daño, sin sentir desconfianza de nadie… En dos ocasiones tuvo en su vida que ponerse frente a todo, y, sin embargo, no se hizo duro ni agrio». Y Jon veía que por sus mejillas caían gruesas lágrimas, que ella procuraba ocultarle. Tomó con tanta serenidad su pérdida, que a veces pensó él que no la sentía mucho. Pero se daba cuenta de que su madre, como su padre en vida, tenían una gran reserva de dignidad, que le parecía no haber heredado.

Habían arreglado el estudio de su padre, que en tiempos fue habitación destinada a clase de Holly, donde ella tenía sus gusanos de seda, sus flores, su música, etc. Sobre su mesa de trabajo, tal como estaba manchada de pintura, Irene colocó un cacharro lleno de rosas rojas. Jon estaba asomado a la ventana cuando oyó el ruido de un automóvil. ¡Alguien que iría a algo del testamento, algún abogado cargado de papeles, sin duda! Le llegaba un fuerte olor a fresa. ¿De dónde venía? No se cultivaba fresa por aquel lado de la casa. Instintivamente sacó del bolsillo una hoja muy arrugada de papel, y escribió algunas palabras que para otro no hubieran significado nada. Un suave calor se

le difundió por el pecho; se frotó las manos. Y muy pronto tenía escrito esto:

Si pudiera yo hacer un cantar,

un cantar para calmar mi corazón,

lo haría de pequeñas cositas.

De ruido de agua, de frotar de alitas,

del ruido del perro al jadear

y de la gota de agua al estallar…

Del suspiro del gato y del pajarillo

y de todo misterioso ruidillo.

Del crujir en las hojas de la escarcha,

del trueno lejano que se marcha…

Tan tierno como la luz al brillar,

como la flor o la mariposa al volar.

Y cuando al fin lo viera cuajar,

lo dejaría volar y cantar.

Estaba repitiéndoselo a la ventana cuando oyó que le llamaban; se volvió y vio a Fleur. Ante la sorprendente aparición, se quedó sin poder hacer el menor movimiento ni decir la más breve palabra. Después, pudo avanzar hacia la mesa y decir: «¡Qué bien que hayas venido!». Y la vio vacilar como si le hubiera arrojado algo.

—Pregunté por ti y me trajeron aquí. Pero puedo marcharme.

Jon se agarró a la mesa manchada de pintura… Su carrera y su figura se fotografiaron tan vivamente en sus ojos que, si se hubiera hundido el suelo, hubiera seguido viéndola.

—Reconozco que te engañé, Jon. Pero fue porque te quiero.

—Sí…, no te preocupes. No tiene importancia.

—No contesté a tu carta. ¿Para qué? No podía decirte nada. Quería mejor verte.

Le tendió las manos y Jon se las cogió desde el lado opuesto de la mesa. Quiso hablarle, pero no pudo, pues toda su atención se concentró en no dañar aquellas manitas tan suaves. Ella le dijo, casi desafiadora:

—Y la vieja historia esa… ¿era verdaderamente tan horrible?

—Sí —contestó él.

Y en su voz había una nota de desconfianza.

Ella retiró las manos.

—No creía que hoy estuvieran los hijos tan amarrados a la falda de sus madres.

Jon se echó atrás, levantando la mandíbula como si le hubieran dado un puñetazo.

— ¡Oh, Jon! No quería decir eso… ¡Qué horror! ¡Cuánto lo siento! —y fue rápidamente a su lado—. Jon, Jon… ¡Lo siento mucho!

—Bueno, está bien.

Le había puesto ella las dos manos en un hombro y reposó la frente sobre ellas; el borde de su sombrero tocaba el cuello de Jon, y notó que estaba temblando. Pero, paralizado, no le dijo nada. Ella se le separó.

—Me voy. No me quieres. Pero nunca pensé que me dejarías.

— ¡Yo no te dejo! —gritó Jon, vuelto a la vida—. No puedo dejarte… Lo intentaré de nuevo.

Los ojos de Fleur resplandecieron, y se inclinó sobre él.

— ¡Yo te quiero, Jon; yo te quiero! —le dijo—. ¡No me dejes tú a mí! Estoy tan desesperada… ¿Qué me importa el pasado… de ellos…, comparado con… esto?

Y le abrazó. Él la besó en los ojos, en las mejillas, en los labios. Pero mientras la besaba estaba viendo las hojas de aquella carta, caídas en el suelo de su habitación…, la cara pálida y fría de su padre muerto, a su madre arrodillada junto a él… Las palabras de Fleur: «¡Habla a tu madre, Jon, háblale!», le sonaban a palabras infantiles. Se sintió extrañamente viejo.

—Yo le hablaré —murmuró—. ¡Pero es que tú no lo comprendes!…

—Ella quiere estropear nuestras vidas sólo porque…

— ¿Por qué? Di: ¿por qué?

Su voz sonó a desafío, y ella no respondió. Le apretó más aún entre sus brazos y le besó, y el correspondió a sus besos. Pero aunque estaba cediendo aparentemente, el veneno iba haciendo su efecto, el veneno de la carta… Fleur no sabía, no comprendía nada…, juzgaba injustamente a su madre. ¡Fleur venía del campo enemigo!

Jon se asomó a la ventana y oyó el ruido del coche que se la llevaba. Ella estaría desesperada, pero también lo estaba él.

Esperó hasta la tarde, hasta que hubieron cenado muy en silencio, hasta que su madre hubo tocado para él… Y siguió esperando, comprendiendo que ella sabía lo que le quería decir. Le dio un beso y se marchó a su habitación, y él siguió esperando, viendo la luna y las polillas que revoloteaban en torno a la luz, y observando el color irreal que toman las cosas en la noche. Hubiera dado cualquier cosa por desvivir lo vivido, por volver tres meses atrás…, por no enfrentarse con el problema de tener que decidir. Ahora se daba mejor cuenta de lo que quería decir aquella carta, como si su contenido fuera un germen que se hubiera ido desarrollando poco a poco, invadiéndolo todo, hasta su fe en Fleur. Pues sentía su amor menos ilusionado, más terrenal, lleno de duda de que Fleur, como su padre, lo que quería era poseer, poseerle a él. Él tenía todavía —pues no llegaba a los veinte años— el ansia juvenil de dar a dos manos y de no tomar con ninguna, de entregarse con enamorada generosidad. ¡Ella también sentiría así! ¡Si Fleur y él hubieran nacido y se hubieran conocido en un desierto, sin pasado, a solas!…

La puerta de su habitación estaba abierta y la luz encendida; su madre, todavía vestida y en pie, estaba allí, esperándole sin duda.

—Siéntate, Jon. Tenemos que hablar —y ella se sentó junto a la ventana y él en su cama.

Veía a su madre de perfil, y la gracia y la belleza de su rostro, la línea delicada de la frente, de la nariz, del cuello, la dulzura que había en ella, le conmovieron. ¿Qué le iría a decir? ¿Y quién tendría corazón para decirle nada?

—Ya sé que Fleur ha venido esta tarde. No me sorprende.

Era como si hubiera dicho: «Es hija de su padre». Y el corazón de Jon se endureció. Irene prosiguió:

—Tengo la carta de tu padre. La recogí aquella noche. ¿Quieres que te la devuelva? Yo la leí antes que te la diera. Y en ella tu padre no hacía justicia completa a mi crimen.

— ¡Madre! —empezó a decir Jon.

—Tu padre intentó disimularlo; pero yo sé bien que casándome con el padre de Fleur sin quererle hice una cosa horrenda. Un matrimonio así, Jon, puede hacer daño a otras vidas también… Tú eres muy joven, hijo mío, y estás enamorado. ¿Tú crees que puedes ser feliz con esa muchacha?

Mirándola a los ojos, más oscuros que nunca a causa del dolor, Jon respondió:

—Sí. Con ella sería feliz…, si lo fueras tú.

Irene sonrió.

—La admiración por la belleza y el deseo de posesión no son el amor. Si tu caso fuera otro como el mío, Jon, en que se unen los cuerpos, pero las almas están en guerra…

— ¿Por qué habría de serlo? Tú crees que ella es como su padre, pero no…

Volvió a sonreír Irene:

—Tú, hijo mío, eres de los que dan… Ella es de las personas que toman.

—No, no… Ella no es así… Si no fuera por no hacerte sufrir, ahora que papá ha muerto…

— ¡Calla, calla! —e Irene se puso en pie—. Aquella noche te dije que pensases en ti. ¡Te lo decía de verdad! Y ahora te lo repito: ¡Piensa en ti! ¡Piensa en tu felicidad!… Yo puedo soportar lo que venga… Yo me lo he buscado…

La palabra «¡Madre!» volvió a acudir a los labios de Jon.

Irene se le acercó y le puso una mano sobre una de las suyas.

— ¿Te duele la cabeza, hijo mío?

Jon la movió negativamente. No le dolía. Lo que le dolía era dentro del pecho, ante el tirón de dos amores incompatibles que le desgarraban los tejidos.

—Yo siempre te querré lo mismo, Jon, hagas lo que hagas. No creas que vas a perder mi cariño si… —le acarició el pelo y se fue.

Oyó cerrarse la puerta. Y se echó en la cama, tratando de normalizar la respiración y de vencer una sensación de ahogo angustiosa.

VII

Embajada

Cuando preguntó por ella a la hora de merendar, se enteró Soames de que Fleur había salido en el coche, a las dos… ¡Tres horas fuera de casa! ¿Adónde habría ido? ¿A Londres, sin decirle una palabra? No acababan de gustarle los automóviles. Le parecían cosas demasiado grandes, malolientes, ruidosas… Obligado por Annette a comprar uno —un Rollhard con almohadones gris perla, luz eléctrica, espejitos, ceniceros y floreros—, lo consideraba algo así como consideraba a su cuñado Montague Dartie. El automóvil representaba la inseguridad, la rapidez. Y él, según pasaban los años, se iba haciendo más seguro, más lento, más pesado… Más cada vez, en idas y en palabras, como

fue James, su padre. Y él se daba cuenta.

A las ocho casi, oyó el coche. Se le quitó un gran peso del corazón. Corrió a su encuentro, y ya ella salía, pálida y con aire de cansancio, pero viva…

—Buen susto me has hecho pasar. ¿Dónde has estado?

—En Robin Hill. Lo siento mucho, papá, pero tenía que ir. Luego te contaré —y le dio un beso y salió corriendo escaleras arriba.

Soames la esperó en el salón. ¡Había ido a Robin Hill! ¿Y para qué?…

Aquello no era cosa de que podían hablar mientras cenaban. El miedo que había pasado Soames ante su tardanza, el descanso que sintió al verla llegar, mitigaron su capacidad de condenar lo que había hecho y le permitían resistir lo que le fuera a decir; y esperó que hablara. La vida era un raro asunto. Él tenía sesenta y seis años y no tenía más dominio de las cosas que si no se hubiera dedicado cuarenta a conseguir una seguridad para él y para todos, a establecer pactos con alguna cláusula beneficiosa. En el bolsillo tenía una carta de Annette. Iba a regresar dentro de quince días. No sabía lo que había estado haciendo en Francia. Y se alegraba de no saberlo. Su ausencia había sido un descanso: ojos que no ven, corazón que no siente… Pero volvía otra vez a darle más preocupaciones. Y el cromo de Bolderby se le había escapado: Dumetrius se había hecho con él…, todo porque aquella carta anónima le había hecho olvidarlo con la preocupación que le trajo. Observó disimuladamente, el aire de dolor de la cara de su hija, como si también ella estaba mirando un cuadro que no podía comprar. Casi lamentó que se hubiera acabado la guerra; entonces las preocupaciones quedaban absorbidas en la gran preocupación. De su voz acariciadora dedujo que le iba a pedir algo, y no sabía si sería prudente concedérselo o negárselo.

Después de cenar puso Fleur en marcha la pianola eléctrica. Y auguró lo peor cuando se sentó en una banquetita a sus rodillas y le puso las manos encima.

—Papá, tienes que ser bueno conmigo. Yo tenía que ver a Jon: él me había escrito. Él va a ver si puede decidir a su madre a no oponerse. Pero yo he estado pensando, y creo que el asunto está enteramente en tus manos, papá. Tienes que convencerla de que el que nos casemos no significa que se va a renovar el pasado; que yo seguiré siendo tuya y Jon de ella; que tú nunca necesitas verla a ella ni verle a él, que ella nunca necesita verte ni verme a mí… Tú eres solamente quien puede convencerla, porque eres el único que puedes prometer. Nadie puede prometer por otro. Quizá la cosa no fuera demasiado dura para ti si la vieras en seguida, ahora que su marido ha muerto.

— ¿Demasiado dura? —preguntó Soames—. Dura es poco… ¡Extraordinaria!…

—Porque a ti, tú lo sabes mejor que nadie, no te importa no verla.

Soames guardó silencio. Aquello era precisamente una cosa de la que no estaba seguro del todo. Fleur le deslizó los dedos entre los suyos. Dedos finos, suaves, pero temblorosos, llenos de ansia. ¡Aquella niña, si se proponía meter la cabeza por una pared, lo conseguiría!

— ¿Qué voy a hacer yo si tú no me ayudas, papá? —dijo Fleur muy dulcemente.

—Yo haría cualquier cosa por tu felicidad —dijo Soames—. Pero eso no es tu felicidad.

— ¡Oh, sí!… ¡Sí que lo es!

—No se conseguiría nada.

—Sí se conseguiría… Es hacerle ver que se trata sólo de nuestras vidas, no de la tuya ni de la de ella. Tú puedes hacérselo comprender, papá…

—Estás enterada, hija mía…

—Por mi parte, Jon y yo esperaríamos un año. ¡Dos años si tú quieres!

—Lo que pasa es que no te importan un comino mis sentimientos.

Fleur apretó la mano de su padre contra su carita.

—Sí que me importan, papaíto; pero tú no vas a querer hacerme totalmente desgraciada.

Soames iba sintiendo crecer su asombro. ¡Qué mafia se daba aquella hija para salirse con la suya! Trataba con toda su voluntad de convencerse de que le quería… Pero no estaba seguro. No… Ella no quería más que al crío aquel. ¿Y por qué tenía que ayudarle a conseguirlo, cuando eso sería quedarse sin el poco cariño que le tuviera? Ante el criterio forsyteano, sería un tonto si lo hiciera. Y de pronto se dio cuenta de que tenía mojada la mano. Le dio un salto el corazón. No podía sufrir que su hija llorara. Puso la otra mano sobre las suyas, y en seguida le cayó una lágrima también. ¡No podía, no podía resistirse!…

—Vamos, vamos, hijita… Ya lo pensaré, ya lo pensaré. Pero no me llores, que yo haré lo que pueda.

No volvió a ver a Fleur aquella noche. Pero al desayuno del día siguiente le miró con ojos tan suplicantes, que no pudo hacerse el desentendido, ni lo intento siquiera. ¡Nada! ¡Iría a Robin Hill! ¡Iría a aquella casa de tan malos recuerdos! ¡Sobre todo el último!… Aquel día que fue allí a intentar separar al padre del muchacho de Irene con la amenaza de divorcio… Muchas veces después, pensó que con aquello lo que había hecho fue decidir que se unieran.

Y ahora iba a tratar de unir a su hija con el hijo de aquéllos… «¿Qué habré hecho en este mundo para verme obligado a tales cosas?», pensó. Tomó el tren hasta Londres y otra vez el tren allí, y desde la estación fue andando hacia la casa, lo mismo que había hecho treinta años antes.

Una criada salió a abrirle.

—Anuncie a… al señor Forsyte, para un asunto de mucha importancia.

Si Irene se daba cuenta de que era él, lo más probable era que no le recibiese.

Volvió la muchacha diciendo:

— ¿Tendría el señor la bondad de decir para qué asunto?

—Diga que es referente al señorito Jon.

Y otra vez quedó solo en el hall del estanque, proyectado por su primer amante, Bosinney. Sí… Había sido muy mala. Había querido a dos hombres y a él no. Debía tenerlo muy presente cuando se encontrara, una vez más, cara a cara con ella. Y la vio a la puerta, entre las cortinas rojas. Le dijo:

— ¿Quieres pasar, por favor?

Pasó. Como en la Sala de Exposiciones, como en la pastelería, le pareció hermosa. Y ésta era la primera vez, desde que se casó con ella hacia treinta y seis años, que hablaba con ella sin el derecho legal de llamarla suya. No iba de luto. «Seguramente una de las chifladuras de aquel sujeto», pensó.

—Siento mucho molestar —dijo con voz oscura—. Pero este negocio hay que terminarlo de una vez, de una manera o de otra.

— ¿No quieres sentarte?

—No, muchas gracias.

Molesto por lo falso de su posición, impacientado por las palabras ceremoniosas, rompió a hablar.

—Esto es un absurdo. Yo he hecho lo que he podido para cortar las cosas. Creo que mi hija está loca, pero la tengo mal educada y… siempre acabo por hacer lo que ella quiere. Por eso estoy aquí. Supongo que tú quieres a tu hijo.

—Claro.

— ¿Entonces?

—Que decida lo que le parezca.

Tuvo la impresión de que daba una estocada en el aire. Siempre, siempre lo mismo con ella…

—Pero eso es una locura.

—Sí que lo es.

—Por lo que a mí se refiere, puedes estar tranquila. Yo no quiero importunar con mi presencia ni a ti ni a tu hijo si este matrimonio se efectúa. Los jóvenes de hoy son…, ¡yo no sé cómo son! Pero no puedo ver sufrir a mi hija. ¿Qué debo decirle?

—Dile lo que te he dicho: que Jon tiene el asunto completamente en sus manos, que puede decidir lo que quiera.

— ¿Pero tú no te opones?

—Con todo mi corazón. Pero no con mis labios.

Soames se puso a morderse un nudillo.

—Recuerdo que una tarde… —dijo de pronto, pero se detuvo.

¿Qué tenía, qué tenía aquella mujer que no encontraba palabras para expresar la aversión que sentía hacia ella?

— ¿Dónde está… tu hijo?

—Creo que estará en el estudio de su padre.

— ¿No estaría bien que le llamaras?

Vio cómo tocaba el timbre y cómo entraba la muchacha.

—Dígale al señorito que baje, haga el favor.

—Si la cosa la tiene que decidir él —dijo Soames cuando salía la muchacha—, supongo que hay que dar por descontado que este matrimonio absurdo se realizará. En ese caso, habrá que hacer ciertas formalidades. ¿Quién es tu abogado? ¿Herring, tal vez?…

—Sí.

— ¿Piensas vivir con ellos?

—No.

— ¿Qué haréis de esta casa?

—Lo que a Jon le parezca.

—Esta casa —dijo Soames—… , yo tenía esperanza en ella cuando la empecé. Si ellos viven aquí…, sus hijos… Dicen que existe Némesis. ¿Lo crees así?

—Sí.

— ¡Ah! ¿Sí?…

Dio Soames unos pasos hacia la ventana. Luego volvió hacia Irene, y le dijo:

—No volveremos a vernos más. ¿Quieres darme la mano y olvidar el pasado?

Tendió la mano a Irene. Su rostro, muy pálido, se volvió más pálido todavía, y sus manos siguieron crispadas en su falda. Oyó un ruido y se volvió. Jon estaba a la puerta. Casi no le reconoció Soames. Había cambiado mucho desde el día en que le vio en la Sala de Exposiciones de June: parecía mucho más viejo; estaba macilento, rígido, con el cabello despeinado y los ojos muy profundos. Soames hizo un esfuerzo, y dijo con un gesto que ni era sonrisa siquiera:

—Bien, joven… He venido de parte de mi hija. Según me informa su madre, usted es quien ha de decidir sobre el asunto.

El muchacho, que tenía los ojos fijos en su madre, no contestó.

—Por causa de mi hija he venido. ¿Qué le digo de su parte?

Sin dejar de mirar a su madre, el muchacho dijo lentamente:

—Dígale a Fleur que es imposible. Debo hacer lo que mi padre deseaba antes de morir.

¡Jon!

—No me digas nada, madre.

Completamente estupefacto, Soames miró a uno y a otro. Después, tomando el sombrero y el paraguas que había dejado en una silla, se dirigió a las cortinas de la entrada. El muchacho le abrió paso entre ellas. Salió y oyó el ruido de las anillas al deslizarse, cerrando, por la barra. El sonido le hizo sentirse descansado.

— ¡Pues mira tú!… —pensó. Y salió de la casa.

VIII

La melodía negra

Cuando Soames salía de la casa de Robin Hill, el sol, atravesando el gris de aquella tarde fría, lo iluminó todo con su luz radiante. Tan absorto en la pintura paisajista que casi nunca buscaba la belleza de la Naturaleza fuera del rectángulo de un marco de cuadro, quedó sorprendido por aquella caricia caprichosa del sol, que parecía querer expresar sus sentimientos: victoria en la

derrota. Su embajada había fracasado. Pero estaba definitivamente libre de aquella gente, y también había liberado de ellos a su hija, para sí, aunque a costa de la felicidad de ésta. ¿Cómo reaccionaría Fleur cuando le dijera su fracaso? ¿Creería que había hecho las cosas lo mejor que pudo? Y Soames, bajo aquel sol que hacía destellar momentáneamente las hojas húmedas de los árboles, sintió miedo. Su hija quedaría muy abatida; tendría él que saber mover su orgullo. Aquel muchacho la había dejado, se había aliado con su madre, la mujer que le dejó a él. Y Soames crispó los puños. Sin prisa por llegar a casa, cenó en Londres en su Club de Connoisseurs. Y se estaba comiendo una pera cuando pensó que si no hubiera ido a Robin Hill, el muchacho no hubiera dejado a su hija. Recordó la expresión de su semblante cuando vio que su madre no quería darle a él la mano. ¿No habría fracasado Fleur por querer asegurarse demasiado el triunfo?

Llegó a su casa a las nueve y media. Cuando el coche entraba por una de las puertas de la verja, oyó que por la otra salía una motocicleta. Era, sin duda, el joven Mont; así, Fleur no había estado tan sola. Pero entró con el corazón angustiado. La encontró sentada en la sala, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Y el verla en semejante postura renovó sus temores.

— ¿Qué, papá?

Soames movió la cabeza. No pudo hablar. ¡Era horrible! Y vio cómo los ojos de Fleur se dilataban y cómo le temblaban los labios.

— ¿Qué, qué me dices? ¡De prisa, de prisa, padre!

—Hija mía —dijo Soames—, hice lo que pude… —y de nuevo movió la cabeza.

Fleur corrió hacia él y le puso las manos sobre los hombros.

— ¿Ella?

—No. Él. Yo te iba a decir que era inútil… Él ha hecho lo que su padre deseaba antes de morir —la cogió por la cintura—. ¡Vamos, hija mía!… ¡No consientas que te hagan daño! ¡Ellos no valen ni para descalzarte!

Fleur se escapó de sus brazos.

—No has hecho nada… ¡Ni lo has intentado! Tú… Tú me has traicionado…

Amargamente dolido, Soames la miró y la vio temblar como loca.

—No has hecho nada… Yo he sido tonta en confiar en ti… Él no puede… ¡Pero si precisamente ayer…! ¿Por qué te habré yo pedido semejante cosa?

—Sí —dijo Soames lentamente—. ¿Por qué me has pedido nada? Yo me tragué mis sentimientos. Yo hice todo lo que pude, en contra de mi propio

parecer… ¡Y ésta es mi recompensa! ¡Buenas noches!

Se dirigió a la puerta con los nervios destrozados.

Fleur se lanzó a alcanzarle.

— ¿Es que me deja? ¿Quieres decir eso?

Soames se volvió y, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Sí.

— ¡Oh! —exclamó Fleur—. ¿Qué hiciste? ¿Qué has podido hacer en aquellos tiempos?

Una sensación de monstruosa injusticia ahogó las palabras en la garganta de Soames. ¡Que qué había hecho él! Y con inconsciente dignidad, se puso la mano en el pecho y miró a Fleur.

— ¡Es una vergüenza! —gritó ella apasionadamente.

Soames salió. Subió, lento y helado, a la habitación de los cuadros, y se puso a pasear entre sus tesoros. ¡Insultante! ¡Insultante! ¡Es que la había mimado y consentido demasiado! Se paró ante la reproducción de Goya. Le había permitido acostumbrarse a salirse siempre con la suya, flor de su vida… Se asomó a la ventana. ¿Qué sonido era aquél? ¡Ah, era la pianola! Una melodía negra, con rasgueo de cuerdas y vibraciones hondas. ¿Qué consuelo podía sacar de aquella barahúnda? La vio por el jardín, andando de arriba abajo. ¿Cómo reaccionaría? ¿Cómo podría él saberlo? ¿Qué sabía él de ella? No había hecho nunca más que quererla como a su sangre, quererla siempre… Y no la conocía, no sabía nada, ni la menor cosa… Y allí estaba, y allí estaba el río, y allí seguía sonando la melodía negra.

—Voy afuera —se dijo.

Y corrió hacia la sala, que seguía con las luces encendidas, con la pianola jadeando aquel vals, o fox-trot, o como se llamara…

¿Desde dónde podría observarla sin que le viera? Se deslizó por el huerto hacia el embarcadero. Ahora estaba entre ella y el río y quedó algo más tranquilo. Era hija suya y de Annette y no haría una locura… Pero él no sabía… Desde el embarcadero podía ver la última acacia del camino y el remolino de su falda cada vez que daba la vuelta en su marcha incansable. Ya había cesado aquella melodía, gracias a Dios… Se acordó de pronto de aquella mañana en que había dormido en el embarcadero, tras la muerte de su padre y el nacimiento de ella…, ¡hacía ya diecinueve años! Aquel día comenzó la segunda pasión de su vida…, por su hija, por aquella niña que se paseaba, enloquecida, entre las acacias. ¡Qué de alegrías le había dado! Y todo sentimiento de ultraje desapareció de él. Si pudiera volver a hacerla feliz, no le

importaría de qué forma… Nunca olvidaría aquel momento. Se detuvo a la orilla, completamente inmóvil. Después, con infinito descanso, vio que se daba la vuelta hacia la casa. ¿Qué podría darle para contentarla? Perlas, viajes, caballos, relación con otros jóvenes…, ¡lo que quisiera!…, lo que pudiera llevarle a él a olvidar su figura inmóvil junto al río… Prestó atención. Había vuelto a poner en marcha la pianola, con la melodía negra otra vez. ¡Qué manía! Volvió también él a la casa. Dudaba si hablarle, pues no sabía qué le podría decir. Trató de recordar lo que sintió él ante su amor desengañado… y no pudo. ¡Todo se había ido! Sólo recordaba que sufrió mucho. Por una ventana que daba a la terraza, la veía. Estaba en pie, apoyada en la pianola, con un cigarrillo encendido en los labios. Cada músculo de su cara, sus ojos, sus labios, tenían una expresión extraordinaria de cólera y de rencor. No le parecía su hija. Alguna vez había visto así a Annette. Y no se atrevió a entrar, pensando que era inútil todo intento de consolarla.

La luna triunfó sobre los álamos y llenaba de su irrealidad el jardín. La luz de la sala se apagó. Estuvo un rato fuera, sin decidirse a entrar. Al fin, entró.

¿Se habría ido a acostar? Anduvo a tientas, hasta que tropezó con una silla. Oyó un suspiro. Allí estaba, acurrucada en un rincón del sofá. La vio a la luz de la luna, que se filtraba, misteriosa, en la habitación. Tendió la mano, deseando acariciarla; pero ¿necesitaba de sus consuelos? Observó su cabello revuelto y su cara bella, ya que trataba de disimular su dolor. ¿Cómo dejarla allí? Al fin le rozó la cabeza, diciéndole:

—Vamos, hija; mejor es que te acuestes. Yo haré que seas feliz.

¡Qué afirmación más fatua! Pero ¿qué decirle?

IX

Bajo el roble

Cuando Soames se hubo marchado, Jon y su madre se quedaron frente a frente, en silencio, hasta que él dijo:

—Debiera haber salido a despedirle.

Pero Soames iba ya por la calzada y Jon se volvió al estudio de su padre, no confiando en sí mismo de no estar a solas.

La expresión de la cara de su madre frente al hombre que había sido su marido le reafirmó en una resolución que tenía casi tomada desde la noche anterior. Había sido el último toque de realidad. Casarse con Fleur habría significado dar una bofetada a su madre y traicionar a su padre muerto, Y

aquello no estaba bien. Además comprendía que no era él quien más sufría sacrificándose. Era peor para Fleur e incluso para su madre. A pesar de sus pocos años, tenía un sentido de la proporción que le hacía ver las cosas en sus dimensiones justas. Era más duro ser rechazado que rechazar, y aún más ser la causa de ello… No tenía, pues, que mostrar sentimiento de reproche ni de queja. Mientras estaba contemplando la puesta del sol, le volvió a la mente una visión del mundo que tuvo la noche antes: mares y países, millones y millones de seres humanos, todos con su vida, sus energías, sus alegrías, sus dolores, y sufriendo… Todos con cosas que abandonar y luchando aislados por la existencia. Aunque él fuera capaz de darlo todo por conseguir lo que había rechazado, sería ridículo pensar que su sufrimiento tenía trascendencia en tan vasto y complejo mundo. Pensó en los seres que no tenían nada, en los millones de hombres que habían dado su vida en la guerra, en los millones que la guerra había dejado con vida, pero con poco o nada más; en los niños hambrientos, en las personas desplazadas, en los prisioneros, en tanto infortunio… Y aquello no le servía de nada. Si uno no puede comer, ¿qué saca de saber que tampoco pueden comer otros? Le atraía y le consolaba más pensar en lanzarse a aquel ancho mundo del que todavía no conocía nada. No podía seguir allí, amparado y protegido, con toda comodidad y no teniendo nada que hacer, como no fuera pensar en lo que pudo haber sucedido. No podía regresar a Wansdon, pues estaban allí los recuerdos de Fleur. Y si volvía a verla, no respondía de nada, y de quedarse allí o cerca de allí, lo más fácil sería que se la encontrara en cualquier momento. Siempre podría suceder, mientras uno estuviese al alcance del otro. Marchar lejos y pronto era la única cosa razonable. Pero aunque quería mucho a su madre, no quería marchar con ella. Pensando después que aquello era brutal, decidió proponerle que se fueran inmediatamente a Italia. Durante dos horas trató de serenarse. Después se vistió solemnemente para cenar.

Su madre había hecho lo mismo. Comieron poco, despacio, y hablaron del catálogo de obras de su padre. La exposición estaba dispuesta para octubre y, aparte de meros detalles, no había ya nada que hacer.

Cuando terminaron de cenar, se puso ella una capa, y salieron. Anduvieron un poco, cambiaron algunas palabras, y de repente se encontraron bajo el roble. Llevado del pensamiento «cuanto antes, mejor», Jon pasó el brazo por el de Irene y le dijo:

—Madre, vámonos a Italia.

Ella le apretó el brazo y contestó:

—Es una buena idea; pero me parece que debieras ir solo y ver más cosas de las que verías de ir conmigo.

—Pero no te vas a quedar sola.

—Ya he estado sola una vez, más de doce años. Además, me gustaría estar aquí para la apertura de la exposición de tu padre.

Jon aumentó la presión de sus brazos. No se había engañado.

—Esto es demasiado grande para que estés sola aquí.

—Pues en Londres. Y podría ir a París, después de abrir la exposición. Tú tienes que dedicarte, por lo menos, un año a ver el mundo, Jon.

—Sí, me gustaría ver mundo y moverme por ahí. Pero no quiero dejarte sola.

—Hijo mío, eso es lo menos que te debo. Es para tu bien y también para el mío. Podrías ir mañana. Tienes el pasaporte listo, ¿verdad?

—Sí. Y si me tengo que ir, es mejor que lo haga cuanto antes. Y una cosa, madre: si…, si quisiera quedarme en algún sitio, en América o en otra parte, ¿vendrías en seguida?

—A donde sea y cuando quiera que me llames. Pero no me llames hasta que verdaderamente me necesites.

Jon lanzó un profundo suspiro.

—Encuentro Inglaterra sofocante.

Estuvieron unos instantes más bajo el árbol, mirando hacia donde por la tarde se veía Epsom. Las ramas les quitaban la luz de la luna; pero ésta iluminaba todo el terreno a su alrededor y la casa que pronto dejarían.

X

La boda de Fleur

Las Notas de sociedad de aquel otoño que detallaban la boda de Fleur Forsyte con Michael Mont no expresaban casi el significado simbólico del acto. En la unión de la bisnieta de Forsyte el Grande con el heredero de un noveno baronet, el signo exterior característico es la fusión de clases que convierte en hecho indestructible la estabilidad política. Había llegado el tiempo en que los Forsytes deberían hacer dejación de su resentimiento natural contra un oropel que por nacimiento no era suyo, y aceptarlo como la dádiva más natural para llenar su instinto de posesión. Además, era inevitable que ellos ascendieran unos peldaños en la escala social para dejar sitio a nuevos ricos que lo eran mucho más que ellos.

En la tranquila y bella ceremonia de la plaza Hannover, y después entre los

muebles de la calle Green, fue imposible para quienes no eran muy amigos de ambas familias distinguir a los milites de la tropa forsyteana de los del contingente Mont: tan lejos y superado estaba ya Forsyte el Grande. ¿Había tal vez alguna diferencia entre Soames y el propio noveno baronet? ¿No era Fleur tan firme, dura, dueña de sí misma y bonita como la mejor de las señoritas Muskham, Mont o Charwell allí presentes? Y si la familia del novio poseía tierras, Timoteo había dicho que las obligaciones con garantía iban a subir. Timoteo no asistió a la ceremonia… Se hallaba in extremis en su casa de la carretera de Bayswater, según informe de Francie. Se susurraba que aquel joven Mont era una especie de socialista, rara sabiduría la suya, con los tiempos que corrían en que toda garantía de la propiedad era poca… No producía desagrado aquella circunstancia: las clases terratenientes producían aquel amable tipo de muchachos, limitados a la especulación ideal y que podían ser muy útiles. Jorge hizo notar a su hermana Francia: «Pronto tendrán cachorros, ya lo verás».

La iglesia, con flores blancas por todas partes, daba una viva sensación de castidad, quizá para contrarrestar la fraseología del rito, tendente a fijar en todos la idea de los cachorros. Forsytes, Haymans, Tweetymans, se sentaban a la izquierda; Mont, Charwells y Muskhams, en los bancos de la derecha. Y un chaparrón de compañeras de sufrimientos colegiales de Fleur y otro chaparrón de compañeros de fatigas de guerra de Michael se sentaban, permanecían en pie o se movían por donde les venía en gana. No faltaban dos criados de los Mont ni la vieja niñera de Fleur. Un público todo lo numeroso que se podía esperar, dada la condición agitada del país.

La señora de Val Dartie, sentada con su marido en la tercera fila, le apretó la mano más de una vez durante la ceremonia. Para ella, que conocía al detalle todos los de aquella tragicomedia, el momento más dramático fue muy doloroso. «¿Lo sabrá Jon por instinto?», pensó. Jon, que estaba en la Columbia británica… Había recibido una carta de él aquella misma mañana, que le había hecho sonreír y decir a su marido:

—Jon está en Columbia británica porque quisiera estar en California. Le gusta mucho…

— ¡Vaya! —dijo Val—. Parece que le vuelve el buen humor.

—Ha comprado unas tierras y ha llamado a su madre.

— ¿Y qué va a hacer allí ella?

—Ella lo que necesita es estar con Jon. Lo demás no le importa. ¿Sigues creyendo que la cosa ha terminado bien?

Los ojos agudos de Val se contrajeron hasta quedar en dos puntitos luminosos.

—Fleur no le convenía nada. No está bien criada. Mucho mimo…

— ¡Pobrecita Fleur! —suspiró Holly.

Era un matrimonio raro aquél. El joven Mont había cogido a Fleur de rebote, en el momento psicológico de quien, viéndose naufragar, cualquier tabla le parece buena para agarrarse. Holly, que se había casado por amor y que era feliz, sentía horror por los matrimonios desgraciados. El que se celebraba ahora podría ser felicísimo, ¡cómo no!…, pero era correr un albur demasiado peligroso; y consagrar una tirada de dados con una ceremonia de falsa unción, ante una turba de librepensadores a la moda, le parecía el mayor pecado que se podía cometer en una época que los había abolido. Sus ojos iban desde el prelado con sus vestiduras (un Charwell…, pues los Forsyte todavía no habían llegado a producir un prelado) a Val, que, a su lado, estaría pensando, no le cabía duda, en la jaquita de Mayfly. De su marido, al padre del contrayente, y de éste a Winifred, vestida con elegancia apasionada; de Winifred a Soames y Annette arrodillados uno al lado del otro. Y una sonrisita se dibujó en sus labios… Próspero Profond, de regreso de los mares del Sur, no andaría lejos, de rodillas también. Sí. Saliera lo que saliera, era divertido aquel pequeño asunto. Sin embargo, se consumaba en la debida iglesia y aparecería en los periódicos debidos al día siguiente.

Empezaron a cantar un himno. Con su dedo meñique, Holly tocó el pulgar de su marido, pues tenían el mismo salterio.

—Oye, ¿te acuerdas?

El himno terminó, y el prelado comenzó su homilía. Habló de los tiempos peligrosos que estaban viviendo, y de la absurda conducta de la Cámara de los Lores con relación al divorcio.

—Todos eran soldados —dijo— en la trinchera y bajo los gases venenosos del Príncipe de las Tinieblas, y había que ser sanos de espíritu. El fin del matrimonio eran los hijos, no la felicidad pecadora.

Holly se alarmó. Los ojos de su marido habían empezado a cerrarse. Sucediera lo que sucediera, no debió roncar. Le dio un pellizco en un dedo, y él se movió sobresaltado.

Terminó la plática y pasó el peligro.

Una voz tras ellos dijo:

— ¿Resistirá la carrera?

Preguntó a su marido quién era aquél.

—Es Jorge Forsyte.

—Pues se acabó esto —dijo Jorge, frotándose las manos.

Los novios pasaban del brazo entre las dos filas de bancos. Mont parecía embriagado de felicidad; sus ojos multiplicaban sus guiños y su sonrisa no decaía un instante. Fleur estaba serena por completo, más bonita que nunca con su vestido blanco y su velo de novia. Al pasar cerca de ella, Holly miró sus ojos. Y vio en ellos algo que le hizo pensar en el aleteo de un pajarillo enjaulado.

**

En la calle Green se celebró la recepción, en casa de Winifred, algo nerviosa. La petición de Soames de usar su casa para tal fin le llegó en un deliberado momento: bajo la dirección de Próspero Profond, estaba cambiando su mobiliario Imperio por otro expresionista. Y había allí los contrastes más divertidos. Un mes más tarde y el cambio se hubiera terminado; pero entonces… Pero su carácter decidido y bueno para arreglarlo todo sacó el mejor partido de la situación que pudo, y su salón fue algo que retrató maravillosamente el semibolchevizado imperialismo de su país. La habitación estaba llena de charlas, preguntas y más preguntas. Nadie esperaba las respuestas, pues era demasiado lento esperar. Winifred notaba grandes cambios desde su juventud, pero sobre todo en el modo de conversar. Claro que ahora resultaba muy divertido, y eso era lo que hacía falta. Incluso los Forsytes estaban hablando con una gran rapidez: Fleur y Cristóbal, e Imogen, y el hijo menor del joven Nicolás. Soames, desde luego, estaba callado. Winifred se acercó al noveno baronet, que no hablaría tan de prisa.

— ¿Qué tal, qué tal, afortunado suegro?

La respuesta salió de la sonrisa del buen señor a velocidad de bala.

— ¿Sabe usted que hay una tribu que entierra a la novia hasta la cintura?

¡Hablaba tan de prisa como los demás! Winifred pensó que aquel caballero debía ser propenso a decir cosas que lamentaría después. Después se dirigió hacia Soames. Estaba extrañamente inmóvil, como si fuera una estatua. Y pronto comprendió ella la razón de su inmovilidad. A su derecha estaba Jorge Forsyte, y a su izquierda, Annette con Profond. En cuanto Soames se moviera en su asiento, a un lado o a otro, o veía a la pareja de la izquierda o los ojos burlones que le miraban a la derecha. Cuando se le acercó su hermana, dijo, moviendo sólo los labios:

—Parece que Timoteo se está muriendo.

— ¿Y qué vas a hacer con él, Soames?

—Pues llevarle a Highgate —y contó con los dedos—. Será el número doce de la familia, contando a las esposas. ¿Cómo encuentras a Fleur?

—Preciosísima.

Soames asintió. Nunca, en verdad, la había visto tan guapa. Pero no podía liberarse del pensamiento de que aquel matrimonio era antinatural. Recordaba todavía su figurilla acurrucada en el sofá. Desde aquella noche no había recibido de ella ninguna confidencia. Supo por su chófer que había vuelto a Robin Hill, pero que la casa estaba cerrada, completamente solitaria. Sabía que había recibido una carta, pero no sabía lo que le decían, y sólo que se retiró a llorar a solas. Había notado que muchas veces le miraba a él, cuando creía que no se daba cuenta; y le miraba con sorpresa, como preguntándose qué habría podido hacer. Un día —ya había vuelto Annette— anunció Fleur que se iba a casar con Michael Mont. Le habló con algún mayor afecto cuando le anunció su propósito. Y él no se había opuesto. Annette dijo:

—Déjala que se case con ese chico. Es simpático y no tan tonto como parece.

La opinión de su mujer le dejó tranquilo, pues, fuera como fuera su conducta, tenía buen instinto para la vida y un sentido común fuera de lo corriente. Le había dado a su hija cincuenta mil libras de dote. Se iban a ir a España en viaje de novios. Se sentiría muy solo él… Pero tal vez con el viaje olvidara y volvería a tratarle con cariño.

La voz de Winifred le sacó de su ensueño:

— ¡Mira quién está aquí!… ¡June!

Su prima estaba allí, en efecto, y vistiendo de forma rarísima. Vio que Fleur se dirigía hacia ella. Y las dos subieron juntas por una escalera.

—Esta mujer es imposible… ¿Cómo se le habrá ocurrido venir?

—Tú la invitaste —dijo Soames.

—Porque pensé que no aceptaría.

**

Winifred había olvidado que la conducta de cada cual es la más clara expresión del modo de ser de la persona. O, en otras palabras, que Fleur era una pobre desgraciada. Y June no podía faltarle.

Al recibir la invitación, pensó June: «No quiero verlos por nada del mundo». Pero una mañana se despertó soñando que Fleur le hacía gestos desde un bote, gestos de dolor y pena…, y decidió ir.

Cuando Fleur se le acercó y le dijo: «Acompáñame mientras me cambio de vestido», la siguió escaleras arriba al que antaño fue dormitorio de Imogen, dispuesto para ella.

June se sentó en la cama. Fleur cerró la puerta y se quitó el traje de novia.

—Seguramente pensarás de mí que estoy loca —dijo con labios temblorosos— al casarme con éste en vez de Jon. Pero ¿qué importa? Michael me quiere, y a mí me da lo mismo. Por lo menos saldré de mi casa —y metió la mano en su pecho y sacó una carta—. Mira lo que me ha escrito Jon.

Leyó June:

Lake Okanagen, Columbia Británica.

No volveré a Inglaterra. Bendita seas.

JON.

—Ella ha tomado medidas, ya ves —dijo Fleur.

June le devolvió la carta.

—Eso no es leal con Irene —dijo—. Siempre dejó a Jon en libertad de hacer lo que quisiera.

Fleur sonrió con amargura.

—Dime: también destrozó tu vida, ¿verdad?

June la miró.

—Nadie puede destrozar una vida, querida mía. Eso es una tontería. Nos ocurren cosas, pero salimos a flote.

Y, llena de terror, vio cómo Fleur se derrumbaba de rodillas en el suelo y hundía la cara en su falda, sollozando.

— ¡Niña, niña!… ¡No llores, guapa! —murmuró—. Ten ánimo, mujer…

Pero la barbilla de la muchacha estaba clavada contra su muslo y los sollozos iban in crescendo.

Pensó que sería mejor que se desahogase. Luego se sentiría más tranquila. Le acarició el cabello, y todo el sentimiento maternal reprimido y sin objeto pasó por sus dedos a la cabeza de Fleur.

—No te dejes agobiar, hija mía —le dijo—. No podemos dominar la vida, pero podemos luchar contra ella. Hay que sacar el partido posible de las cosas. Yo tuve que hacerlo. También lloré como tú lloras. Pero ¡mírame ahora! Aquí estoy, completamente firme…

Fleur la miró, y su último sollozo se convirtió en una carcajada. Cierto que estaba frente a una pobre mujer consumida y nerviosa, pero sus ojos eran dulces y valerosos.

—Tienes razón. Todo pasará. Supongo que podré olvidarle.

Y, poniéndose en pie, se fue al lavabo.

June vio cómo se quitaba con agua fría las señales de la emoción. Se levantó de la cama y cogió un acerico. Y poner dos alfileres en sitios distintos fue todo lo que pudo hacer para expresar a Fleur que la comprendía.

—Dame un beso —dijo cuando Fleur estuvo lista.

—Voy a fumar un cigarrillo. No me esperes si no quieres.

La dejó June sentada en la cama con un cigarrillo en los labios, y bajó la escalera. En la puerta del salón estaba Soames, como inquieto ante la tardanza de su hija. June levantó con soberbia la cabeza y pasó ante él. Se encontró con su prima Francie.

—Mírale —dijo June, señalando a Soames con la barbilla—. Ese hombre es fatídico.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Francie—. ¿Fatídico?

June no contestó. Sólo dijo:

—No voy a esperar a que salgan. Adiós.

— ¡Adiós, mujer!… —dijo Francie, y sus ojos grises brillaron.

Aquella vieja pelea familiar… Realmente, era muy gracioso…

Soames, mirando por el hueco de la escalera, vio marchar a June, y emitió un suspiro de alivio. ¿Por qué no bajaba Fleur? Iban a perder el tren… Aquel tren se la iba a llevar lejos de él, pero le ponía nervioso el pensamiento de que podía perderlo. Y entonces bajó, con su vestido color tabaco y su sombrerito de terciopelo negro, y pasó por delante de él a la sala. La vio besar a su madre, a su tía, a la mujer de Val, a Imogen. Después, se encaminó a la puerta, rápida y bonita como siempre. ¿Qué haría con él, con su padre, en aquel último momento de su adolescencia? ¡No podía esperar mucho!…

Le dio un beso apretado en medio de un carrillo.

— ¡Papaíto! —le dijo. Y se fue.

¡Papaíto! Hacía siglos que no le llamaban así.

Suspiró largamente y bajó despacio la escalera. La voz del joven Mont dijo fervorosa a su oído:

—Adiós, señor… ¡Muchas gracias!

—Adiós —contestó—. Id de prisa, que vais a perder el tren.

No bajó todos los escalones, para poder ver por encima de aquellos estúpidos sombreros que cubrían estúpidas cabezas. Ya estaban en el coche. Una oleada de algo invadió el alma de Soames, y… no sabía lo que le pasaba; no veía nada…

XI

El último de los viejos Forsytes

Cuando amortajaron a aquel terrible símbolo que era Timoteo Forsyte, el último individualista, el único hombre que no se había enterado de la gran guerra, le encontraron maravilloso… Ni siquiera la muerte había destruido todo lo maravilloso que había en él.

Para Smither y la cocinera, el amortajarle fue la prueba final de lo que no creían que pudiera suceder: el fin de la vieja generación forsyteana sobre la tierra. Ahora el pobre señor Timoteo tomaría el arpa y cantaría himnos en compañía de la señorita Forsyte, de la señorita Julita, de la señorita Ester, con el señor Jolyon, y Swithin, y James, y Rogelio, y Nicolás como acompañamiento. No estaban muy seguras de que la señora de Hayman estuviera allí, en vista de que había sido incinerada. No decía nada; pero la cocinera creía que a Timoteo no le haría mucha gracia aquello de tocar el arpa; nunca le había gustado la música de los organillos ni nada parecido. Solía decirles: «Tomad este medio penique para el organillero y que se vaya con viento fresco». Y muchas veces tenían ellas que añadir tres peniques de su bolsillo para que el hombre se decidiera a marchar. Menos mal que en los años de sordera tomaba los organillos por moscardones, y ellas podían disfrutar de las melodías. Pero tocar el arpa…, ¡ni pensarlo! Al señor no le habían gustado nunca los cambios, y eso era un cambio muy grande. ¡Pobre señor! Durante seis años había sido un bebé cada día más bebé, y llegó a tanto, que tuvo que dejar de existir, como no existen los bebés antes de nacer.

Correspondía a Soames enviar las participaciones del fallecimiento y del sepelio, y Gradman las redactó en su oficina. Sólo a los parientes, y nada de flores; encargó seis coches. El testamento se abriría después, en la casa.

Llegó a las once, para ver si estaba todo listo. Un cuarto de hora después llegó Gradman, de guantes negros. Él y Soames se quedaron en el salón, para esperar a los acompañantes del duelo. A las once y media, los coches pararon, en fila, a la puerta. Pero no apareció nadie. Gradman dijo:

—Ya me extraña, señor. Yo mismo eché al correo las esquelas.

—No sé… —dijo Soames.

Había perdido contacto con la familia.

En los viejos tiempos, Soames había notado que su familia era mucho más dada a visitar a los muertos que a los vivos. Pero ahora, la forma que habían

tenido de acudir a la boda de Fleur y la de no acudir al entierro de Timoteo le extrañaban, haciéndole pensar en los profundos cambios que se estaban operando en el mundo. Pensó que también lo harían por delicadeza, pues Timoteo había dejado un montón de dinero, y presentarse allí podía interpretarse como interés por ver si a ellos les había tocado algo.

A las doce en punto, el cortejo rompió la marcha: Timoteo solo, en su coche encristalado; después, Soames, solo también, en otro coche; a continuación, Gradman, solo en otro coche también, y, finalmente, Smither y la cocinera, juntas en el mismo coche. Salieron al paso, pero pronto fueron al trote bajo el cielo brillante. A la entrada del cementerio tuvieron que detenerse para asistir al servicio religioso en la capilla. Soames hubiera preferido quedarse fuera. Él no creía una palabra de aquello. Pero convenía hacerlo… Era como un seguro que se pagaba, no fuera a haber algo después, y…

Se dirigieron en columna de a dos —él y Gradman, Smither y la cocinera — al panteón familiar. No resultaba muy lucido el entierro del último viejo Forsyte…

De regreso, llevó en su coche a Gradman, sintiendo cierta alegría en su corazón. Tenía preparada una sorpresa para el viejo empleado que había servido a los Forsytes durante cincuenta y cuatro años. Se acordaba de que dijo a Timoteo, el día del entierro de la tía Ester: «Mira, tío Timoteo: aquí está Gradman. Se ha preocupado mucho por nuestra familia. ¿Qué te parecería dejarle cinco mil libritas?». Y no fue pequeña su sorpresa, dada la dificultad de dejarle Timoteo nada a nadie, cuando su tío hizo un gesto de asentimiento. Y ahora, el viejo Gradman se quedaría más alegre que el Punch, pues su mujer estaba enferma del corazón y su hijo había perdido una pierna en la guerra. Era una gran satisfacción para Soames haberle dejado cinco mil libras… del dinero de Timoteo. Se sentaron juntos en la salita, cuyas paredes, como una visión celestial, eran azules y doradas, y se pusieron a leer aquella pequeña obra maestra que era el testamento de Timoteo. De espaldas a la luz, en la silla de tía Ester, Soames situóse frente a Gradman, sentado frente a la luz, en el sofá de la tía Ana. Cruzando las piernas, comenzó:

Éste es el testamento que yo, Timoteo Forsyte, vecino de Londres, domiciliado en la carretera de Bayswater a dicha ciudad, otorgo, y por el cual nombro a mi sobrino Soames Forsyte, vecino de Mapledurham, y a Tomás Gradman, que vive en el número 159 de Folly Road, y que en adelante son designados como mis albaceas testamentarios. Al antedicho Soames Forsyte dejó en herencia la cantidad de mil libras, exentas de todo descuento, y al antedicho Tomás Gradman dejó en herencia la cantidad de cinco mil libras, exentas también de todo descuento.

Soames se detuvo. El viejo Gradman estaba boquiabierto y llorando a

lágrima viva. Siguió la lectura:

El resto de mi propiedad, de todas clases, la dejo al cuidado de mis albaceas con el encargo de que paguen todas mis deudas y los gastos que se deduzcan de mi entierro y honras fúnebres. Asimismo les encargo que conserven el resto en depósito y en beneficio de los descendientes masculinos de mi padre, Jolyon Forsyte, habidos de su matrimonio con mi madre, Ana Pierce. Pero es mi voluntad que los sucesivos descendientes de mi padre no perciban capital ni interés de esta mi herencia, sino que mis albaceas conserven el primero, acumulándose los segundos, hasta el límite máximo que permitan las leyes de Inglaterra, siempre en beneficio del último descendiente masculino en línea recta de mi citado padre, Jolyon Forsyte.

Leyó también Soames las cláusulas de atestación y rúbricas legales, y miró a Gradman. El viejo empleado se estaba limpiando la frente sudorosa con un enorme pañuelo, cuyos brillantes colores ponían un tono alegre a la triste lectura que acababa de tener lugar.

— ¡Palabra de honor, señor Forsyte! —dijo Gradman. Y se veía que el hombre había quedado anulado por el jurista—, ¡palabra de honor que ese testamento es una maravilla!… Ahora hay en la familia dos nenes, y alguno pequeño… Si alguno cumple los veintiún años necesarios para entrar en posesión legal, y luego vive ochenta años más, que no es mucho, verdaderamente… Pues en un siglito, las ciento cincuenta mil libras del señor Timoteo Forsyte, que no dejará menos, y quizá deje más, se duplican en catorce años, al cinco por ciento… O sea trescientas mil libras… Seiscientas mil libras… Un millón doscientas mil… Dos millones cuatrocientas mil… Cuatro millones ochocientas mil… Nueve millones seiscientas mil… ¡La locura! En cien años, veinte millones… ¡Eso es un testamento!

Soames dijo secamente:

—Puede ocurrir cualquier cosa. El Estado pudiera incautarse de todo… En estos tiempos son muy capaces de hacerlo.

—Y llevo cinco… —estaba diciendo Gradman para sí—. Pero se me olvidaba… El señor Timoteo Forsyte tiene obligaciones con garantía… No sacaremos más que el dos por ciento, con el demonio éste de impuesto sobre la renta. Vaya, para no equivocarnos, lo vamos a dejar en ocho millones, que tampoco es grano de anís.

Soames se levantó y le dio el testamento.

—Usted, que va a la City, haga el favor de guardar esto. Haga los anuncios necesarios, aunque no hay deudas. ¿Cuándo es la venta?

La subasta de los efectos se vio más concurrida que el entierro, aunque no

por Smither y la cocinera, pues Soames se las había llevado de allí para evitarles que sufrieran. Estuvieron Winifred, Eufemia y Francie; Eustacio llegó en su coche. Las miniaturas, los cuadros de Barbizon y los dibujos marcados con J. R. los compró Soames. Las reliquias sin valor comercial se amontonaron en un cuarto para darlas a los parientes que quisieran tener recuerdos. Ningún mueble, ninguna porcelana interesó a nadie. Los pájaros disecados se habían deshecho como flores secas al quitarlos de donde habían estado sesenta años sin cantar. Para Soames resultó doloroso ver cómo traperos y mercachifles se llevaban las sillas de sus tías, y las cortinas y las alfombras. Pero, ¿qué iba a hacer él? ¿Comprarlo todo y meterlo en una leñera? No; debían seguir el camino de toda carne y de todo mueble, y usarse y gastarse y morir… Pero cuando salió a subasta y se iba a otorgar el sofá de tía Ana en treinta chelines, sin darse cuenta de lo que hacía, gritó: «¡Cinco libras!». La sensación fue considerable, y el sofá quedó suyo.

Después, cuando se acabó la venta, se colocó en la casa el cartelito de «Se alquila». Y con Fleur en España, sin el cariño de Annette, sin Timoteo en la carretera de Bayswater, se quedó Soames muy apagado. Irritado y solo, entró en la Sala Goupenor. Las acuarelas de Jolyon se exponían allí. Se acercó a verlas para ver si le producían alguna satisfacción. La noticia había llegado de June a la mujer de Val, de la mujer de Val a Val, de Val a Winifred y de Winifred a él: la fatídica casa de Robin Hill se vendía, e Irene se iba a Columbia Británica para reunirse con su hijo. Por un instante pensó Soames en comprar la casa; pero inmediatamente decidió que no, pues él no iba a vivir allí, después de lo que había pasado. No; la casa debía ir a parar a manos de algún par del reino o de algún especulador. Cuando aquella mujer se fuera sería una cáscara vacía. «Se vende o alquila esta casa». Con los ojos de la imaginación podía ver el letrero en lo alto de aquella pared cubierta de hiedra que él había hecho construir.

Vio detenidamente los cuadros, que le gustaron porque tenían estilo personal. Y pensó en el autor y en Irene con una tolerancia que le asombró. Pero no compró ninguno.

Cuando se dirigía a la puerta, se tropezó con quien no había estado totalmente ausente de su pensamiento: con Irene, que entraba. Por lo visto, aún no se había ido, y estaba haciendo visitas sentimentales a todo lo que quedaba del individuo aquel… Pasó junto a ella, pero no pudo evitar volverse a mirarla. Cuando se marchara, el ardor y la lucha de su vida, la locura y la pasión, la derrota única que había sufrido, desaparecerían también. Ella también se había vuelto. Y vio cómo de repente levantaba la mano enguantada, sonreía débilmente y en sus ojos se reflejaba algo como si se lo quisiera decir a él. Entonces le tocó a Soames despreciar el saludo, y salió a la calle, temblando como azogado. Comprendía que le había querido decir: «Ahora que me voy

para siempre fuera del alcance tuyo y de los tuyos…, perdóname. Te deseo todo el bien posible en la vida». Y aquello significaba, lealmente, su gesto. A Soames le hizo más daño que si hubiera ignorado su presencia.

**

Tres días después, en aquel octubre que ya teñía todo de amarillo, Soames tomó un «taxi» al cementerio de Highgate, dirigiéndose luego al panteón de los Forsyte. Recordó la discusión que se organizó cuando Swithin propuso que se adornase la tumba con la cresta de la familia. Tal proposición fue rechazada en favor de una corona en piedra sobre las palabras: Familia de Jolyon Forsyte, 1850. Todo estaba en orden, pues habían desaparecido las huellas del último sepelio. Toda la familia estaba allí, excepto el viejo Jolyon y su esposa y Susana Hayman, incinerada, nadie sabía por qué. Soames miró el panteón y le satisfizo que fuera fuerte y no requiriera ningún cuidado; esto era importante, pues sabía que cuando él estuviera dentro, ya nadie iría por allí. «¡Familia de Jolyon Forsyte, 1850!». Mucha gente había sido enterrada allí desde entonces; muchos ingleses se habían convertido allí en polvo… El ruido de un aeroplano que pasaba entre las nubes doradas le hizo levantar los ojos. También sus ocupantes acabarían perteneciendo a la tierra…

Soames volvió la espalda al mausoleo, y en la cara le dio una ráfaga de aire. Aire que sería delicioso si se pudiera quitar de encima la sensación de que era aire de muerte. Miró agitado las cruces y los ángeles que adornaban las sepulturas; las flores, alegres y agobiantes. Y de repente notó un sitio que parecía distinto por completo de todos los demás, hasta el punto de que tuvo que encaminarse a él para verlo de cerca. Era una tumba que no se parecía a las demás, con una cruz extraña sobre ella, y libre a los lados de la presión de otras tumbas. Cuatro cipreses le daban guardia permanente y estaba rodeada, a bastante distancia, por un arriate de flor. Este oasis en el desierto de tumbas convencionales conmovió el sentido estético de Soames, y se sentó allí. Por entre las hojas temblorosas y doradas de un abedul, miró a Londres y cedió a las tentaciones del recuerdo. Pensó en Irene en la plaza Montpellier, cuando su pelo era rubio y sus blancos hombros suyos… Irene, el premio de su pasión de amor, resistiéndose a ser su propiedad… Vio el cuerpo de Bosinney, yaciendo en el depósito, y a Irene sentada en el sofá, mirando al vacío con ojos de pájaro moribundo. Y la vio también junto a la estatuita del bosque de Bolonia, rechazándole una vez más. Su fantasía le llevó junto al río gris, el día de noviembre en que nació Fleur. Y le llevó a la habitación con la ventana abierta sobre Hyde Park, cuando murió su padre; también le llevó a aquel cuadro de «la ciudad futura», al día del primer encuentro de Fleur con el muchacho aquel; le llevó a recordar el humo azul del cigarro de Profond, y a recordar a Fleur acurrucada en el sofá, y el beso que le dio al marcharse, y el papaíto aquel que no esperaba. Y de pronto volvió a ver a Irene, agitando su mano

enguantada en un último gesto de despedida y liberación.

Permaneció allí un buen rato, pensando en su carrera, fiel por completo a su instinto de posesión, regocijándose en su vida y hasta en sus fracasos.

Dejar hacer… El criterio de la edad forsyteana, cuando un hombre era dueño de su alma, de su dinero y de su mujer, sin restricción alguna. Y ahora, el Estado tenía o tendría su dinero; la mujer de uno se poseía ella misma, y quién sabe quién poseería el alma de cada cual… ¡Dejar hacer!, aquel sano y sencillo criterio…

Escapando a los diques victorianos, las aguas del vivir se lanzaban sobre todo, anegándolo, destruyendo la propiedad, los buenos modos, la moral…, llevando a su boca un terrible gusto de sangre, saltando a los pies de aquella colina de Highgate, donde yacía enterrado el victorianismo.

Je m'en fiche, decía Próspero Profond. Soames no decía: Je m'en fiche, porque eso era francés; pero sabía que el cambio no era la muerte, sino un intervalo entre dos formas de vida, la destrucción necesaria para dejar sitio a nuevas formas de la propiedad. Podía mirar tranquilo el desbordamiento de las aguas. ¡Ya volverían a su cauce!

Y sólo una cosa le dolió, tras de reflexionar y de aplicar mentalmente el criterio de Profond: él podía desearla y desearla y no la tendría nunca: la belleza y la ternura del mundo…

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es